

# LA HIJA OLVIDADA

ARMANDO LUCAS CORREA



B

# La hija olvidada

ARMANDO LUCAS CORREA



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleernovelahistorica



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A Judith, la niña perdida del Saint Louis.  
A mi mamá, mi primera lectora.  
A mis hijos, Emma, Anna y Lucas, una vez más.  
A Gonzalo, siempre.*

La meta es el olvido. Yo he llegado antes.

JORGE LUIS BORGES

Uno

La visita

*Nueva York, abril, 2015*

—¿Es la señora Duval? ¿Elise Duval? —La voz repitió su nombre mientras ella permanecía en silencio—. Estuvimos en Cuba hace poco. Mi hija y yo queremos entregarle en persona unas cartas en alemán que le pertenecen.

Elise siempre había sido capaz de presentir el futuro. Pero hoy no. Hoy, ella nunca hubiera podido predecirlo.

Por un instante pensó que era víctima de un error. Era francesa, y había estado viviendo en Nueva York durante casi setenta años, desde que un tío materno la había adoptado al final de la guerra. Ahora, sus únicos familiares vivos eran su hija, Adèle, y su nieto, Étienne. Ellos eran su universo, y de pronto todo lo que venía antes quedó envuelto en tinieblas.

—Señora Duval —reiteró la mujer, insistiendo con delicadeza. El terror la invadió. Elise buscó apoyo, sintiendo que estaba por desvanecerse.

—Puede venir a verme hoy por la tarde —se limitó a contestar, sin antes comprobar si tenía algún compromiso, si debería consultar a su hija. Escuchó el nombre de la mujer, Ida Rosen, y el de la niña, Anna, pero su memoria era una nebulosa cerrada al pasado. Solo estaba segura de no estar dispuesta, en ese momento, a verificar las credenciales de aquella señora y de su hija. No tuvo que darles la dirección, ya la tenían. No la habían llamado por error. Lo sabía.

Elise pasó las horas siguientes intentando descifrar cada palabra de la breve conversación. *Rosen*, repetía mientras rebuscaba entre las sombras de aquellos que atravesaron con ella el Atlántico después de la guerra.

Habían transcurrido solo unas horas y ya la llamada comenzaba a disolverse en su memoria, tan limitada, tan selectiva. «No hay tiempo para recordar», acostumbraba a decirle a su marido, luego a su hija, ahora a su nieto.

Se sintió un poco culpable al haber accedido sin objeciones a ser visitada por una desconocida. Podía haber indagado quién había escrito las cartas, por qué habían ido a parar a Cuba, qué hacían la señora Rosen y su hija allí. En cambio, se limitó a callar.

Cuando oyó el timbre de la puerta, comenzó a sentir que el corazón estaba por abandonarle el cuerpo. Solo necesitaba cerrar los ojos, respirar profundo y contar sus latidos —uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis— para lograr sosegar; esa era la única memoria clara que conservaba de su niñez. No sabía cuánto tiempo había pasado en su recámara, ataviada con un traje azul marino, esperando.

Sintió como si al escuchar la campanilla sus sentidos se hubieran agudizado. Incluso podía percibir la respiración de las dos desconocidas al otro lado de la puerta esperando por ella, una vieja viuda, sorda y decrepita. Pero ¿por qué? Colocó la mano en el picaporte y se detuvo, con la esperanza de que aquel acercamiento no fuera más que una ilusión, algo que había soñado, uno de los tantos delirios que llegan con los años. Cerró los ojos una vez más y trató de vislumbrarlo: no tenía futuro, por eso no podía predecirlo.

Comprendió que el encuentro no se trataba del mañana, sino que había sido cuidadosamente diseñado por un pasado que retornaba, y que no sería posible evadir. Una sombra que la acompañaba fielmente desde el día en que desembarcó en el puerto de Nueva York, cuando la mano de un tío, que se convirtió en padre, la rescató del abandono. Pero no del olvido.

Abrió la puerta con determinación y una ráfaga de luz la aturdió. El ruido del elevador, un vecino que bajaba las escaleras, el ladrido de un perro y la



sirena de una ambulancia la aislaron por un segundo. La sonrisa de la mujer la trajo de regreso.

Con un ademán las invitó a pasar. Todavía en silencio, evitó hacer el más mínimo gesto que delatara su terror. La niña, Anna, que parecía tener unos doce años, se le acercó y la abrazó por la cintura. Elise no supo cómo responder. Quizás debió haber dejado caer sus manos sobre los hombros de la pequeña, o acariciarle el pelo, como solía hacer cuando su hija tenía esa edad.

—Tienes los ojos azules —aventuró.

*Un saludo absurdo. Debía haber dicho que tenía ojos hermosos, pensó.* Omitió lo que realmente hubiera querido decir: que los tenía del mismo azul, rasgados y caídos como los de ella, y que su perfil... *No, mejor no pensar en el perfil,* se dijo, aterrada, porque se vio a sí misma en el rostro de aquella desconocida.

Con esfuerzo, Elise las condujo hasta la sala. Justo antes de invitarlas a sentarse, Anna le extendió una pequeña caja de ébano con tonos desvaídos.

Elise abrió la caja cuidadosamente. Al sostener entre los dedos la primera carta doblada en varios pliegues, escrita en tinta desteñida en la hoja de un libro de botánica, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Esto me pertenece? —dijo en voz baja, aferrándose a un crucifijo que le colgaba en el pecho—. Tus ojos... —repitió mirando a Anna con una angustia infinita.

Elise intentó incorporarse, pero sintió que su corazón se detenía. Había perdido todo dominio sobre sí, sobre la vida que había cuidadosamente construido. Pudo observar su rostro a la distancia, como un testigo más en aquella habitación.

Poco a poco, las palmas de las manos comenzaron a humedecerse. La caja cayó y se esparcieron las cartas por la alfombra. La fotografía de una familia con dos pequeñas niñas con la mirada asustada, quedó sepultada entre

hojas amarillentas manchadas de tinta. Se vio a sí misma desde lejos cerrando los ojos, y una punzada en el pecho la hizo perder el balance. Al desplomarse sobre la alfombra desgastada, supo que era el preludio del fin: el último acto del olvido.

Silencio, muros de silencio alrededor de ella. Intentó recordar cuántas veces podía detenerse un corazón y comenzar de nuevo a palpar. Uno... Silencio. Dos... Otra pausa, aún más larga. Tres... El vacío. El silencio entre un latido y otro la separó del mundo. Quiso escuchar uno más. Cuatro... Y otro. Aspiró con todas sus fuerzas. Cinco... Necesitaba solo uno más y estaría a salvo. Silencio. ¡Seis!

—¡Elise! —El grito la hizo reaccionar—. ¡Elise!

Aquel nombre, aquel nombre: Elise. No era ella. Ella no era nadie, no existía, nunca había existido. Había vivido una vida que no le pertenecía, había formado una familia a la que había engañado, hablaba un idioma que no era el suyo. Había vivido todos esos años huyendo de quién realmente era. ¿Para evitar qué? Era una superviviente, y eso no era un error, ni un equívoco.

En el instante en que los paramédicos la colocaron en la camilla, ya había olvidado a la mujer y a la pequeña de ojos azules, las cartas escritas en un idioma extraño, la fotografía.

Pero en ese espacio del olvido, un recuerdo emergió. Era ella, como una niña pequeña, caminando a tientas por un bosque tupido, rodeada de enormes árboles que le impedían distinguir el cielo. Cómo orientarse, si no divisaba las estrellas. Sangre. Tenía sangre en la mejilla, en las manos, en el vestido, pero no estaba herida, no era su sangre. Alguien yacía sin vida, desangrado. No encontró una mano que la sostuviera. Percibió el aire denso y se escuchó balbucir en su voz de niña: «¡Mamá! ¡Mamá!» Estaba perdida, abandonada en medio de la oscuridad.

En la nube de recuerdos fragmentados, lo vio todo: las cartas, la caja de ébano, el cofre púrpura, un balón raído, un soldado herido. Vio flores marchitas y líneas borrosas.

Comenzó a reconstruir un pasado que hoy la compensaba con una última e imprevista visita, con la imagen de las cartas escritas en las hojas de un libro familiar. No por lo que decían, sino por el dibujo de las letras y por las flores que la habían acompañado todos los días de su infancia.

—*Hydrocharis morsus ranae*. —Suspiró.

Se percibió como el cáliz de esas plantas acuáticas que flotan a la deriva, emitiendo un haz de flores manchadas de amarillo. Estaba delirando; pero si podía recordar, aún estaba viva. Era hora de dejarse morir, pero tendría que hacer algo antes con las hojas del libro mutilado.

El daño estaba hecho, y no tenía derecho a pedir perdón. Cerró los ojos y contó sus latidos. Los silencios entre uno y otro hacían que el temor se disipara. ¿Quién se lo había enseñado?

«¡Listo!», escuchó.

Sintió un peso sobre el pecho fracturado. Una primera descarga eléctrica le provocó unas palpitations irreconocibles. No iba a permitir que la despertaran, se dijo. No quería vivir. Cuando niña, la habían depositado en un enorme trasatlántico y nunca se atrevió a mirar atrás. No lo iba a hacer ahora.

Con la segunda descarga, el calor regresó y la obligó a abrir los ojos. Las lágrimas comenzaron a brotarle sin control. No era capaz de discernir si estaba viva, por eso lloraba. Alguien le tomó la mano y le acarició la frente con compasión.

—¡Mamá! —escuchó la voz llorosa de su hija. Estaba tan cerca que no podía distinguir sus rasgos.

¿Encontraría las palabras para explicarle a Adèle, su única hija, que la había criado en una mentira?

—Elise, ¿cómo se siente? No fue mi intención... —Ida también estaba allí, apenada.

Adèle continuaba callada. No conseguía entender qué hacían aquella mujer desconocida y su hija en el hospital junto a su madre, una anciana moribunda.

En un desasosiego incómodo y en un idioma que no reconocía, Elise se escuchó murmurar una frase que llegaba de un lugar remoto: «*Mama, verlass mich nicht. No me abandones.*»

Uno —silencio—, dos —silencio—, tres —silencio—, cuatro, cinco... Respiró profundamente, a la espera de otro latido.

Verano, 1939

*Mi pequeña Viera:*

*Solo han pasado horas y mamá te extraña. Las horas son días, semanas, meses para mí; pero quiero que sepas que te tengo muy cerca. Nos separa el océano, aunque sé que me escuchas en las noches, tus noches, que son mis amaneceres, cuando te canto al oído y te leo las páginas de nuestro libro de botánica favorito.*

*Tú eres como esas flores de climas fríos que deben aprender a sobrevivir en una isla, en tierra húmeda y bajo la intensidad del sol. Tú necesitas la luz para vivir, y allá no te faltará. Será penetrante, pero no le temas, porque sé que crecerás y te harás cada vez más fuerte.*

*Tu hermana te extraña. Cuando nos acostamos a dormir, me pide que le cuente historias de ti y de nuestros días felices cuando éramos una familia. Sé fuerte, sigue siempre al sol y crece, para que cuando nos volvamos a encontrar, porque nos volveremos a encontrar, podrás correr hacia nosotras y abrazarnos, como lo hicimos en el puerto, al pie de aquel barco enorme.*

*Mi Viera, quiero que sepas que mamá, aunque esté lejos, te cuida. Cuando tengas miedo, cuenta los latidos de tu corazón para calmarte, como te enseñó papá. Tu hermana es también ahora una experta. Recuerda, primero son rápidos, pero cuando empiezas a enumerarlos descubrirás el silencio entre latido y latido. El miedo se aleja en la medida en que el espacio crece entre uno y otro. No lo olvides, mi pequeña.*

*Todos los viernes enciende dos velas, cierra los ojos y piensa en nosotras. Estamos contigo.*

*Todo mi amor,  
Mamá*

Dos  
La huida  
*Berlín, 1933-1939*

Si algo realmente inquietaba a Amanda Sternberg era el fuego.

Sabía que estaba condenada a morir en una hoguera.

Ya le habían dejado un panfleto de advertencia con las *Doce tesis* en su pequeña librería de Charlottenburg, así que debía comenzar a hacer limpieza, desde la fachada hasta el último rincón de la trastienda. La misión sugerida era eliminar todos aquellos libros que pudieran ser considerados poco alemanes, poco patrióticos u ofensivos. Aquella parodia luterana para suprimir todo espíritu judío del universo impreso había llegado a quienes tuvieran libros en su poder. Amanda estaba convencida de que, en sus preciados estantes, solo un número reducido se salvaría. Había pasado tantos años entre pergaminos, manuscritos, volúmenes con carátulas de piel, hojas de botánica dibujadas a mano, historias de duelos, amantes furtivos, pactos diabólicos, locos empedernidos... Formaban parte de su pasado y el de su familia, el amor de su padre, el arte de los escribas: todos serían reducidos a cenizas. *Un verdadero acto wagneriano de purificación*, se repitió.

Aún tenía la delirante esperanza de que una fachada con el nombre de jardín de letras podría pasar desapercibida. Si se dedicaba a exhibir la pureza germánica en la vidriera y escondía en la trastienda los libros que más amaba, tal vez la dejarían en paz. Las nubes estaban a su favor; varios días lluviosos habían contenido el avance de las fogatas.

A pesar de sus vagas esperanzas, no podía poner en riesgo a su familia con banalidades y decidió finalmente dar comienzo a la cruel operación. Pero antes se acostó sobre las tibias maderas y se dejó llevar por las historias de las

grietas del techo lleno de telarañas. Cada mancha de humedad tenía una anécdota, como cada libro tenía la suya. En la hoguera infinita donde presentía que iba a morir, no había libro que sobreviviera, porque hasta en el más germánico, el más nacionalista, el más puro, podían hallarse innumerables variaciones. Uno terminaba siendo el autor pues, aunque alguien lo había escrito y había creado los personajes, solo el lector decidiría cómo se verían, cómo reaccionarían.

Amanda se llevó las manos al vientre, ya ligeramente abultado. El sonido de la campanilla de la puerta la sacó de su letargo. Aún en el piso, inclinó la cabeza hacia atrás y reconoció la silueta; solo Julius entraba a la librería a esas horas del día.

El hombre se hincó detrás de ella. Con sus manos grandes y cálidas le cubrió las orejas y le besó primero la frente y luego la punta de la nariz, hasta detenerse en los labios tibios. Siempre la llenaba de regocijo cuando él atravesaba el umbral de la tienda con su sobretodo gris oscuro y un portafolio de piel cuarteada.

—¿Cómo se han portado mis dos tesoros? —se escuchó la voz de Julius Sternberg, grave y profunda—. ¿Con qué soñabas?

Amanda quiso decirle que fantaseaba con su librería abierta llena de clientes ansiosos por llevarse las novedades, con la ciudad sin militares, con solo el rumor de los autos y los tranvías en la distancia, pero él habló de nuevo antes de que ella pudiera responder.

—Estamos contra reloj —dijo—. Tienes que deshacerte de los libros.

Aquella orden la estremeció, y lo miró con ojos suplicantes.

—Subamos, que tu bebé y yo estamos hambrientos —fue su única respuesta.



La habitación principal era una especie de jardín protegido por una muralla de compendios literarios. Cortinas brocadas con motivos florales, tapices con paisajes bucólicos, alfombras tupidas como césped recién cortado y en cada espacio libre un estante desbordado de libros.

Durante la cena, Amanda evitó con comentarios banales que Julius regresara al tema. Le mencionó que había vendido una enciclopedia, que alguien había ordenado una colección de clásicos griegos, que Fräulein Hilde Krahmer, su clienta favorita, llevaba una semana sin visitar la librería, cuando todas las tardes, después de sus clases, pasaba horas revisando los estantes sin comprar nada.

—Mañana a primera hora, limpia la vidriera —exigió Julius con expresión severa. Al notar que Amanda reaccionó sobresaltada, se acercó a ella e hizo que se apoyara en él por un instante.

—¿No te cansas de escuchar corazones? —le preguntó Amanda con una sonrisa.

Julius reclamó silencio con un gesto y se arrodilló para acercar su oído al vientre de ella.

—Os escucho a las dos. Sé que vamos a tener una hija, y tendrá un corazón tan hermoso como el de su mamá.

Desde sus años en la escuela de Leipzig, Julius se sintió fascinado por el corazón —sus ritmos irregulares, sus impulsos eléctricos, las oscilaciones entre latidos y silencios—. «No existe nada más fuerte que el corazón», solía decir, pero siempre con la advertencia: «Puede resistir golpes físicos, pero la tristeza lo puede aniquilar en un segundo. ¡Prohibida la tristeza en esta casa!»

Esperaron a tener listo su consultorio para darle la bienvenida al primer bebé. Amanda lo acompañaba a la oficina y con ella probaba el electrocardiógrafo recién adquirido en un viaje a París, con galvanómetro en el centro y cámara fotográfica a un costado, que era la gran novedad en

Charlottenburg y que a Amanda le parecía una compleja máquina de coser Singer, como la que tenía en el desván.

A la hora de dormir, entusiasmado por el pensamiento de que su hija crecía en el vientre de Amanda, Julius apasionadamente le describió las fases de los latidos del corazón.

«Un corazón en diástole —le explicaba mientras ella se desvanecía en sus brazos— está en reposo.» Aquella terminología la abrumaba, y no tardaba en quedarse dormida junto al hombre que los aislaba, a ella y al bebé, del horror que se estaba gestando entre sus vecinos, en la ciudad, en todo el país y, al parecer, en todo el continente. Ella sabía que él cuidaba celosamente su corazón, y con ello bastaba para sentirse a salvo.

A medianoche, Amanda se despertó sobresaltada y salió a oscuras de la habitación para no despertar a Julius. Un presentimiento la hizo ir hasta uno de los estantes de la trastienda donde se guardaban los libros que no estaban en venta.

En el estante se amontonaban los poemas de Mayakovski, el escritor ruso comunista favorito de su hermano, Abraham, que se había marchado a una isla del Caribe hacía varios años. Allí estaban, con lomos gastados, los libros de cuentos que le leía su padre antes de dormir. Se detuvo a pensar cuál sería el que conservaría si tuviera que escoger solo uno. No lo pensó mucho, protegería el libro de botánica en francés, con dibujos a mano de plantas y flores exóticas, que su padre había traído de un viaje de trabajo a las colonias. Tomó aquel volumen con el aroma de las esencias que le recordaban a su padre, y contempló cómo las hojas amarilleaban y la tinta de algunas ilustraciones se desvanecía. Evocaba con precisión los nombres de las plantas

en latín y en francés, porque su padre, antes de dormir, le hablaba de aquellas flores como si fueran almas abandonadas en tierras exóticas.

Abrió una página al azar y se detuvo en el *Chrysanthemum carinatum*. Cerró los ojos y escuchó la voz grave de su padre describiendo aquella *planta originaria de África, la tricolor, con lígulas amarillas en la base y flores en capítulos tan largos que emocionaban*.

Llevó el libro hasta la habitación y lo protegió debajo de su almohada. Solo después de haberlo hecho pudo dormir en paz.

A la mañana siguiente, Julius la despertó con un beso en la mejilla. El aroma a cedro y musgo de su jabón de afeitarse la transportó a su luna de miel en el Mediterráneo. Lo abrazó para demorar su presencia, refugiándose en su largo y musculoso cuello, y dijo:

—Tenías razón. Va a ser una niña. La soñé. Y se llamará Viera.

—Bienvenida, Viera Sternberg —respondió Julius, y envolvió a Amanda en un abrazo.

Poco después, ella corrió a la ventana para despedirse y vio que ya había llegado a la esquina, rodeado de un grupo de jóvenes que llevaban brazaletes con esvásticas.

Pero eso no la preocupó. Sabía que nada amilanaba a Julius. Ni un golpe ni un grito lo derrotaban; un insulto, menos aún. Se volteó antes de doblar la esquina, y le sonrió. Con eso bastaba. Amanda estaba ahora lista para la purga de la librería. Ya había elegido el libro que sobreviviría a la hoguera.

Al abrir la puerta del Jardín de Letras encontró a Frau Strasser parada en la entrada como una muralla. No sabía si era por el traje masculino y de tela gruesa que llevaba —una especie de uniforme militar con cinturón de piel que ella misma se había confeccionado, la nueva moda en una ciudad donde

la femineidad y la elegancia eran vistas como el enemigo— o por sus gestos despóticos y desafiantes. Ahora pertenecía a un ejército de mujeres que jugaban a ser soldados sin haber sido llamadas al servicio.

—No voy a permitir que frente a mi casa se vendan libros indecorosos — exclamó con voz estruendosa. Cada palabra era una orden—. Tuviste suerte con estos días de lluvia, pero se acabó el periodo de gracia.

Era cierto. En mayo, la tienda de Amanda había sobrevivido la quema de más de veinte mil libros en la Opernplatz, arrastrados como cadáveres en carretillas por estudiantes universitarios obnubilados que pensaban que alimentar la hoguera más grande que se hubiera visto en Berlín les iba a iluminar el futuro.

Aquella tarde sombría del 10 de mayo de 1933, escucharon en la radio el discurso que iba a marcar el futuro del que hasta entonces había sido su país: «... la era del intelectualismo judío extremo está llegando a su fin y la consagración de la revolución alemana le ha dado paso nuevamente a la verdadera esencia de lo que es ser alemán».

¿Cómo podrá sobrevivir un país sin poetas y pensadores?, se preguntaba Amanda, ensimismada, sentada a los pies de Julius. La radio dio paso entonces al himno de las juventudes nacionalsocialistas, haciendo alarde de una nueva época.

Aunque los días lluviosos de una primavera tardía impidieron continuar con las hogueras alrededor de la ciudad, ahora esperaban el verano para reiniciar el ataque con todas sus fuerzas, y la colección de Amanda no se salvaría.

Frau Strasser continuaba en la puerta, pero no lograba intimidarla. Amanda se acariciaba el vientre, no iba a permitir que la vecina corpulenta con ansias de militar arruinara su felicidad. *Voy a ser mamá*, se repitió en silencio para alejarla, pero la mujer permanecía allí, con los brazos cruzados, desafiante.

Al observarla mejor, Amanda pensó que lo único humano en su vecina eran sus ojos. Detrás de aquella aspereza, era evidente que no había sido escogida; pertenecía apenas al poder de la masa, pero no al de la élite. Una élite a la que, sin lugar a dudas, ella rendía pleitesía, adoración y sumisión.

Después de sostener por unos instantes más aquella mirada, Frau Strasser se marchó en silencio. Amanda sabía que en la próxima visita aparecería escoltada por miembros de las juventudes nacionalsocialistas. Algo tramaba.

Amanda se acomodó cerca del estante de la entrada para dar comienzo al juicio y se sintió como una madre lanzando a sus hijos al olvido. Los bárbaros destruyendo siglos de civilización, el ataque a la cordura desde el supuesto orden, desde la pretendida perfección. No pudo retener las lágrimas al escuchar en el recuerdo los pasos de su padre organizando libros por temáticas, acariciando los cantos, soplando el polvo de los lomos. Cerró los ojos y rescató los olores de la tinta envejecida, el pegamento, la esencia dulzona de la almendra y la vainilla, la piel seca y curtida de los viejos tomos. Y escuchó a su padre hablarle de la degradación del papel y las sustancias volátiles que desprende, de la celulosa y de la lignina, de la hidrólisis del ácido.

Al abrir de nuevo los ojos, no hizo otra cosa que evitar los nombres que debía enfrentar. ¿Por qué unos sí y otros no? Comenzó con Zweig, y continuó con Freud, London, Hemingway, Lewis, Keller, Remarque, Hugo, Dostoyevski, Brecht, Dreiser, Werfel, Brod, Joyce y Heine, el poeta preferido de su padre, y no pudo contener las lágrimas, como si pudieran salvarla del infortunio de ser su propia y patética censora. Lanzó los libros al piso, como preparándolos para lo peor.

Entonces sonó la campanilla de la entrada y entró en la tienda un estudiante universitario de mejillas rosadas. Su rostro parecía tan jovial que hacía que hasta su rígido uniforme pareciera afable. Pero Amanda no se dejó

engañar. Lo saludó sin hablar como a un cliente asiduo, de esos que pasaban horas navegando entre carátulas, imágenes y textos al azar.

—¿Dónde está el dueño? —preguntó el chico, marcando cada sílaba, como queriendo imponer su poderío y superar su estatura.

Amanda, con la sangre aún fría, le sonrió, haciéndole ver que allí no había nadie más que ella, que si buscaba a un hombre tendría que esperar por su marido.

—¡Tiene hasta hoy mismo para eliminar toda esta basura de los estantes! —bramó el jovencito, y salió dando un portazo para intimidarla, al tiempo que mascullaba una frase que Amanda prefirió no entender—. Gusanos de mierda.

¿Cuál podía ser entonces el sentido de la selección? Había llegado el momento de dejar secar su Jardín de Letras. No había nada que hacer: su librería quedaría abandonada a merced de los verdugos.

El sol había alcanzado su cenit cuando dejó atrás los estantes, cerró la tienda y atravesó las calles de un barrio que se le hacía irreconocible. *Hoy es el solsticio de verano. Hoy va a ser el día más largo del año*, pensó.

Los vecinos la evitaban al verla pasar. Todos escuchaban con disimulo, desconfiando unos de otros. El caos de la duda se apoderaba de la capital alemana: escuchar era más seguro, hablar era un riesgo. De casa en casa, de ventana en ventana, las noticias en la radio, aquellas arengas en alabanza de la pureza se habían convertido en la banda sonora habitual de la ciudad: «Alemania para los alemanes.»

*Y yo, ¿no soy alemana también?*, quiso preguntar.

Caminando sin rumbo fijo, terminó en la Fasanenstrasse. Al darse cuenta

de que estaba muy cerca de la sinagoga, cruzó a la acera de enfrente. En otra esquina, se sorprendió al ver dalias.

Entró en la floristería y pidió las más pedunculadas para llevarlas al consultorio de su marido y sorprenderlo. La florista, una mujer encorvada con manos como garras, comenzó a preparar el ramo.

—Solo quiero las que tienen diferentes tonos rosa —la interrumpió Amanda.

—Todas son iguales. Son dalias rojas —gruñó la florista—. ¿Qué le pasa a usted? ¿Está ciega? Si no le gusta cómo lo hago, ¡prepáreselo usted misma!

Luego de seleccionar algunas dalias en tonos de rosa francés, amaranto, persa y mexicano, pagó de prisa y salió de la floristería. Sosteniendo el ramo de flores contra su pecho, dejó atrás la Sybelstrasse y deambuló por la populosa Kurfürsterndamm hasta llegar a la Pariser Strasse, que la conduciría al consultorio. Cada minuto que transcurría, el color de las dalias se intensificaba. Aquellos indefensos tonos rosa se defendían bajo la hiriente atmósfera.

Amanda sentía la tentación de perderse en la fragilidad de las dalias, en el rostro de los niños que encontraba a su paso, pero no podía evitar volver a la realidad. Sentía que ella y su marido eran los únicos que quedaban en una ciudad en fuga. Sus primos habían huido a Polonia. Sus padres ya habían fallecido, y los de él también. ¿Qué los ataba a Berlín?

Tenían amigos en Francia; podían conseguir un salvoconducto, dejarlo todo y comenzar de nuevo en París o en algún pequeño pueblo. Incluso, su marido tenía pacientes que los recomendarían, con solo pedirlo, en la oficina de Palestina en la Meinekestrasse. Pero Julius no podía abandonar a sus pacientes. Ahora aparecían en la consulta con la esvástica en la solapa o atada en el brazo, y Julius desviaba la vista de aquella señal que a ella la

atormentaba. «Nada ha cambiado —le decía él—. Siguen siendo mis pacientes. Les veo solo el corazón, no les leo la mente.»

Al entrar en el consultorio, la mirada rigurosa de Fräulein Zimmer, sentada detrás del enorme buró de caoba cubierto de gruesos expedientes médicos, no fue acogedora. Sabía que cada vez que ella interrumpía al doctor con visitas imprevistas, él cancelaba las citas, posponía las que no fuesen urgentes y abandonaba la consulta sin más explicaciones.

Amanda se sentó en silencio en la sombría sala de espera, muy cerca de la puerta, esperando a que se abriera de un momento a otro. Primero escuchó voces y luego risas, hasta que salió un hombre alto y canoso, con traje marrón oscuro y una brillante esvástica en la solapa. Al entrar en el salón se fijó en Amanda, que se puso de pie. La miró como preguntándose qué podría hacer una hermosa germana como ella en una consulta del corazón.

Cada vez que se sentía evaluada de esa manera, Amanda bajaba la vista; un gesto que algunos podían interpretar como un acto de sumisión. Detrás del hombre recio salió un joven que era su vívido retrato, con los mismos rasgos ordinarios: ojos separados, nariz redondeada en la punta, cejas espesas y labios ausentes. El traje le quedaba enorme y no era posible definir si debajo de aquellas vastas hombreras habría músculos o solo huesos. Sus ojos parecían a punto de desprenderse de las órbitas, y los labios eran de un morado enfermizo.

Julius, al verla, se adelantó, la besó y la retuvo en sus brazos.

—¿Su esposa? —inquirió el viejo corpulento con expresión de duda—. No parece... —dejó la frase inconclusa.

El joven clavó los ojos en ella con una expresión que parecía preguntar: *¿Por qué yo, y no ella?* Él pertenecía a una raza superior, ella pretendía esconderse tras una fachada aria, pero no era más que un ente inferior y despreciable. ¿Por qué le había tocado a él, en el momento en que su nación



más lo necesitaba, tener un corazón tan débil que no era siquiera capaz de bombear la sangre que necesitaba para respirar?

Padre e hijo se aprestaron a salir, despidiéndose solo de Fräulein Zimmer.

Del brazo de Julius, Amanda se sentía inmune ante todos los desaires, repudios y abandonos posibles. Estaban juntos, no necesitaban nada más. Mientras él la contemplaba, ella sonreía. *¿Qué sería de mi vida sin ti?*, pensaba él. Llegaron a la Olivaer Platz aún en silencio y se refugiaron en una terraza que miraba las arboledas del parque, a esperar que cayera el sol. Julius ordenó vino y algo para cenar.

—Hoy es el día más largo del año —dijo Amanda.

Para ellos, la vida continuaba. Iban a ser padres y la clientela en el consultorio crecía. Aunque ese año había sido atroz con la llegada al poder del nacionalsocialismo, no pensaban en dejar atrás todo lo que habían construido. *¿Por qué salir huyendo y comenzar de nuevo?*, se preguntaba el cardiólogo. *¿Adónde?*

Sin terminar el café, emprendieron el camino a casa justo antes de la puesta de sol. Amanda acortaba sus pasos a medida que se acercaban, como si no quisiera llegar a su destino. *Demorémonos más, quedémonos aquí, detente*, quería decir. Julius le seguía el juego en silencio, pero también se percató de lo que su mujer percibía. Grupos de jóvenes corrían en diferentes direcciones, y tanto los militares como la policía habían desaparecido.

Al llegar a la esquina advirtieron una pequeña conmoción frente al Jardín de Letras. A lo lejos divisaron a Frau Strasser rodeada de vecinos y curiosos. Por la calle, a toda prisa, se acercaban estudiantes con carretillas desbordadas de libros. Cantaban a destiempo un himno, en frases que Amanda no lograba descifrar.

Vio correr hacia ella a Fräulein Hilde Krahmer, su cliente favorita.

—¡Hilde! —la llamó cuando la tuvo a unos pasos, y su voz se quebró.

Julius le apretó la mano con firmeza, como suplicándole que no se desvaneciera, que no se dejara vencer por el temor.

La joven, de pelo muy corto y castaño, vestida con una blusa blanca cerrada hasta el cuello, se abalanzó hacia ellos.

—¡Forzaron la puerta y se llevaron todos los libros! —gritó Hilde.

*Todos.* Amanda tenía esperanza de que su libro máspreciado, aquel que la hizo despertar de sus sueños y salir a rescatarlo, aún siguiera debajo de su almohada. Hilde no dejaba de hablar, turbada, con nerviosismo.

—Pensé que, después de la hoguera de mayo, los estudiantes estarían más calmados, y en cambio... ¿En qué nos hemos convertido, Amanda?

Cuando Amanda vio que surgía un resplandor anaranjado detrás de Hilde, supo que esa era la señal. Moriría una parte de su vida junto a los libros, en las llamas.

Los tres se acercaron al Jardín de Letras y vieron a Frau Strasser al frente con algo parecido a un azadón en la mano, satisfecha de su operación cumplida.

Solo había algunos jóvenes presenciando la hoguera. Eran los únicos espectadores; a nadie más le importaba. Amanda quiso gritar, pero cerró los ojos y respiró hasta sostener todo el aire posible con olor a madera quemada, imaginando el cuero, el papel, los pegamentos cediendo al calor del fuego. Por el rostro de Hilde corrían lágrimas; en el de Julius había un oscuro fulgor de tristeza; en el de Amanda, una gélida sonrisa.

—Solo están quemando restos de papel. Los libros están aquí —dijo Amanda, llevándose el dedo índice a la sien, toda su angustia atrapada en un gesto—. Para que desaparezcan de verdad, nos tendrán que quemar a todos —prosiguió—. ¿Piensan que van a incinerar lo que aprendí de mi padre? Nunca lo lograrán, Hilde. La voz de mi padre siempre estará conmigo...

No pudo continuar.

—Todavía quedamos alemanes buenos —dijo Hilde, intentando consolarla.

—Yo también soy alemana. Este es mi país, aunque ellos sostengan lo contrario.

—Un poeta lo predijo el siglo pasado: «Donde se queman libros, se termina quemando también a personas.» El canciller los tiene hipnotizados a todos, principalmente a los jóvenes, que actúan por impulso.

En sueños, Amanda había visto la hoguera. Las llamas se erguían hasta las nubes; la montaña de libros se alzaba más alta que cualquier edificio de la Opernplatz. En realidad, no eran más que una veintena de estudiantes envalentonados con la esvástica y el himno de las juventudes nacionalsocialistas atacando un puñado de libros. Habría otros, ella lo sabía. Ese era apenas el comienzo.

No había nada más que hacer. Se despidió de Hilde y la abrazó, sintiendo en ese instante que una larga y profunda amistad las uniría. Juntas rememorarían los libros quemados; en secreto, recitarían frases de sus autores favoritos y así los mantendrían vivos. Tomó la mano de Julius y regresó con él a su hogar. Había sobrevivido a la hoguera, al menos esa vez, y Amanda conservaba la satisfacción de haber salvado al menos un libro del fuego, y ese se quedaría con ella hasta el último día de su vida.

—Vamos, contemos los días hasta que llegue el invierno, cuando nacerá nuestra hija —murmuró Amanda mientras ascendían la escalera hacia su apartamento.

—Aún estamos en junio, cariño —indicó Julius con serenidad—. Nos falta mucho.

Viera Sternberg nació una mañana fría de enero de 1934. Llegó al amanecer de un nuevo año, con los primeros rayos de sol que con dificultad atravesaban las densas nubes berlinesas, cargadas de nieve y lluvia helada.

El invierno era la estación favorita de Amanda. La época en que los días eran cortos y la calma de las tardes de lluvia serenaba su desasosiego. Amanda se refugiaba en ver dormir a su pequeña, que ya reaccionaba con ojos atentos al escuchar su voz.

A menudo, Amanda abría el libro de botánica que había salvado de la hoguera y comenzaba a leerle a su hija en francés o en latín. Viera se adormecía, relajada por aquellos lenguajes que poco a poco fueron haciéndose familiares.

—Tu abuelo adoraba las rosas índicas. Había que cultivarlas en febrero, cubiertas de hojas secas. Prefería las que soportaban las temperaturas bajas, eran las más fuertes, como la Malmaison y la Madame Pierre Oger, que también tenían espinas más suaves.

Mientras la amamantaba, Amanda recitaba la enciclopedia, a veces improvisando comentarios sobre las flores, como hacía su padre cuando se la leía siendo una niña.

Desde aquella noche del solsticio de verano, la tristeza se hizo perpetua en los ojos de Amanda. Batallaba por sonreír mientras amamantaba a una niña que crecería sin libros; no podía evitar mirarla con compasión. *¿Para qué traer a un niño a un mundo tan hostil?*, se repetía, y no lograba dejar de sentirse culpable porque su hija sufriría por su error y por el odio de los

demás. Despierta, esperaba ansiosa la noche, para que el tiempo transcurriera más de prisa. Pero en sueños se le revelaba un futuro desolador en el que ella sería un libro más, destinado al fuego. Un día, ella también agonizaría en medio de las llamas.

Al llegar Julius a casa, el primer beso ahora era para Viera. Cada día llegaba un poco más tarde, porque tras el arribo del bebé se habían duplicado los pacientes.

—Mi pequeña Viera nos ha traído buena suerte —decía, comentando los trastornos cardíacos que ahora proliferaban en la capital alemana. *La euforia nacionalsocialista les ha encogido el corazón a muchos*, pensaba Amanda.

Cuando Julius se alejaba, Viera contraía los labios, arrugaba los ojos oscuros, comenzaba a llorar y su cuerpo entero se enrojecía. Él la tomaba en brazos, casi dormido, y se balanceaba al compás del conteo de sus latidos, como el experto que era. Su movimiento imitaba las pulsaciones de aquel pequeño corazón que había llegado al mundo con la fuerza de un tornado.

—Mi pequeña Viera —le susurraba, aunque ella aún no lo pudiera entender—, cada vez que tengas miedo, y sientas que tu corazón está galopando, comienza a contar tus latidos. Cuéntalos y piensa en cada uno, porque solo tú puedes controlarlos. En la medida que crezca el silencio entre un latido y otro, el miedo irá desapareciendo. Necesitamos de esos silencios para existir, para razonar.

Los gritos de la niña se espaciaban y la paz llegaba también a Amanda al escuchar la voz de Julius.

—Durante el verano alquilaremos una casa en Wansee, junto al lago —sugirió él antes de irse a la cama. Amanda lo abrazó con todas las fuerzas que le quedaban.

A oscuras, Julius se quedó contemplando las delicadas líneas del rostro dormido de su mujer, que parecía marchitarse con el paso de los días.

Los viernes por la tarde, sin importar el frío o la lluvia, Amanda florecía. Hilde la visitaba después del mediodía, al terminar sus clases en la zona este de la ciudad. Si no hacía buen tiempo, se acomodaban junto a la ventana, tomaban té de hierbas exóticas que Hilde traía de sus viajes a París, y contemplaban a la gente que corría bajo la lluvia. Si hacía sol, deambulaban por las avenidas y empujaban el coche de Viera. A la niña, que ya comenzaba a brotarle una densa cabellera rojiza y en cuyas mejillas se descubrían las primeras pecas, le encantaban aquellos paseos, y el movimiento sobre los adoquines la adormecía dulcemente. Se detenían en el café de Georg, muy cerca de la Olivaer Platz, y bajo la tenue luz ámbar de las lámparas que una vez fueron de gas se calentaban con la esperanza de que la primavera se apresurara en dar paso al verano.

Si Viera se inquietaba, Amanda la tomaba en brazos, la mecía y le decía al oído: «Un día iremos a Grecia y nos quedaremos a vivir en una de las islas, lejos de todo mal. Papá abrirá una consulta con vistas al mar...»

—Viera es el retrato vivo de su padre —le comentaba Hilde, y Amanda rebosaba de felicidad.

Hilde no era muy maternal, pero disfrutaba de formar parte de las fantasías de su amiga. Su familia vivía en el sur de Alemania, pero ella había venido a Berlín a estudiar. Al graduarse de maestra, sus padres le compraron un pequeño apartamento en Mitte, cerca de donde impartía clases de mitología griega en una escuela privada para niñas que aborrecía. Le fascinaba la literatura francesa, y aunque tenía un rudimentario dominio del idioma, solo leía las traducciones al alemán que antes solía encontrar en el Jardín de Letras.

De espaldas, parecía una adolescente. Cada semana asistía al peluquero para mantener el cabello corto y lucir su cuello y los ángulos pronunciados de su mentón. Sus cejas, espesas y oscuras, y sus ojos negros contrastaban con

los labios, que siempre llevaba de un carmín intenso. Cuando se emocionaba, o se asustaba, le aparecían manchas rojas en el cuello y el pecho, como si la sangre le desbordara de los poros.

Hacía viajes a París en tren cada vez que tenía días libres en la escuela, y se reunía con amigas en la capital del ocio y las fiestas. «En París, la vida es más desenfadada» le repetía a Amanda.

Era la oveja negra de la familia, decía Hilde, porque había dejado bien claro que nunca se casaría, y mucho menos traería hijos a un país del que se avergonzaba. Para mantenerla alejada con sus ideas opuestas a la nueva Alemania, que podrían traerle problemas, la familia la ayudaba económicamente para que viajara y se mantuviera en la capital donde ellos, conservadores del sur, esperaban más tolerancia ante las ideas rebeldes de Hilde.

—El viernes que viene me voy a París. Mis amigas me esperan. Necesito un poco de aire fresco; esta ciudad me está ahogando. Solo puedo respirar en paz cuando estoy con ustedes.

Amanda imaginaba a Hilde y a sus amigas, y las veía vestidas de pantalón holgado y con el pelo corto, perfumadas con esencias de hierbas y madera, atravesando las pequeñas calles que desembocaban en el Sena, visitando las librerías de Le Marais o rastreando en los estantes de los celosos *bouquinistes* la edición olvidada de un clásico.

Cada viernes regresaban a casa antes de que el sol se pusiera. Hilde la ayudaba a preparar la cena, acostaban a Viera y encendían dos velas pequeñas en el comedor rodeado de estantes vacíos.

Una tarde después de regresar de París, Hilde apareció con las manos llenas de chocolates suizos y bolsas aromáticas de té.

—Debes convencer a Julius de mudarse a París —le dijo a Amanda—. Si vieras las calles de Le Marais... Allí serían libres, y quién sabe si hasta podrían abrir otra vez la librería. Aunque a veces me pregunto si debería seguir yendo. No quieren a los alemanes por allá. Todos hablan de que Alemania, con su afán bélico, puede desatar una nueva guerra como la del catorce. Dios nos libre...

Amanda se sintió un poco aturdida por la insistencia de su amiga en la idea de tomar las maletas y abandonar la ciudad que siempre habían considerado como suya; sin embargo, sentía que era la conclusión inevitable.

—Hay muchas familias como ustedes que se han mudado de aquí a Le Marais. Ustedes dominan el idioma, ¿qué más necesitan?

Sí, todos huían, y la historia de los que partían era cada vez más sórdida en los periódicos. Amanda había decidido aislarse de la radio y de las noticias impresas, que solo repetían que los emigrantes robaban la fortuna de la familia y dejaban a sus ancianos desamparados en vetustos apartamentos sin luz ni agua caliente. Que abandonaban a los niños, con la estrella de David al cuello, a la entrada de las iglesias cristianas.

—En el verano nos iremos al lago —remató Amanda, impasible, y puso punto final a una posibilidad de exilio para la cual su marido aún no estaba preparado. Ella sí.



Durante la estancia en la casa de verano junto al lago en Wansee, Amanda le comunicó a su marido que estaba embarazada nuevamente.

Esta vez, la noticia no fue motivo de mucho entusiasmo para ninguno de los dos. No se atrevían a afrontar la realidad de otro hijo que tendría que desafiar nuevas atrocidades.

Una mañana, una sombra se agitó en el camino y Julius se adelantó a la puerta. Amanda lo entrevió conversar, cabizbajo, con el dueño de la casa, mientras ella perseguía a Viera, que ya gateaba y se escondía en los rincones. Cuando Julius regresó, permaneció en silencio por unos segundos y Amanda comprendió de inmediato. Alzó a la niña y lo afrontó.

—Estoy lista para cualquier cosa. Nada me asombra —dijo, queriendo demostrarle a su marido que se había fortalecido, que debía confiar en ella y depender de ella.

—Tenemos que regresar a la ciudad —dijo Julius, dejándose caer en la butaca que miraba al jardín—. No puede seguir alquilándonos la casa. Las nuevas leyes raciales no se lo permiten. No aceptó el dinero de la semana entrante. Si nos quedamos, la policía vendrá a reclamarle.

—Pues no se hable más. Vamos, Viera, es hora de volver.

Al atardecer, los tres iban sentados en la parte de atrás del auto mientras el chofer se mantenía en silencio de vuelta a Berlín. Entrando en la ciudad, Amanda veía cada esquina igual a la otra, cada edificio se confundía con el siguiente. Una monotonía agobiante. Los soldados se multiplicaban como moscas; todos idénticos, alineados en una perfección enfermiza y enfundados

en uniformes acartonados; parecían soldados de plomo, todos con el mismo perfil. El chofer era uno de ellos. Nada rompía el equilibrio hasta que llegaron al edificio amarillento que una vez fue verde musgo y en cuya planta baja reinó alguna vez una hermosa librería.

La primavera había sido una ilusión; el verano, un desperdicio. El crudo invierno sorprendió a Amanda, obligándola a permanecer dentro con su embarazo avanzado, mientras Viera jugueteaba por la casa. Durante los primeros meses las náuseas la atormentaron, y en el último trimestre la niña no dejaba de moverse, principalmente a la hora de dormir. Sí, era una niña, lo sabía, y se llamaría Lina. A veces sus puntapiés la sobresaltaban y se le escapaban quejidos que despertaban y alarmaban a Julius. Sabía que tenía que alimentarse, pero los precios de los productos básicos habían subido a cifras desorbitantes e intentaba garantizar que Viera, que tenía un apetito voraz, se mantuviera saludable.

Lina Sternberg nació a medianoche, pocos días antes del inicio de la primavera de 1935. Amanda estaba feliz porque iba a poder salir con la bebé y con Viera a tomar el sol, y ya llegaban a su fin los días lluviosos y velados de un Berlín que se le hacía cada vez más ajeno. A veces daba la vuelta a una esquina y no reconocía dónde estaba; se había convertido en una nota discordante que se ahogaba en una ciudad uniforme.

Aquella niña que no dejó de moverse durante los últimos días del embarazo era ahora una bebé tranquila que solo dormía. Lo más difícil era amamantarla, porque al primer contacto con el pecho de la madre y la leche tibia, caía en el sueño más profundo. A Julius le preocupaba que no aumentaba de peso como debiera, y la encontraba demasiado pequeña para una bebé de su edad.

—Ya crecerá. Es una niña saludable —le respondía Amanda—. Ella tiene su tiempo. Todos somos diferentes. No puedes pretender que sea como Viera.

A los pocos meses, lo primero que llamaba la atención en Lina eran sus profundos ojos azules. Cuando estaba despierta, observaba a todo el que se le acercara con una obstinación perturbadora, y nunca sonreía.

Caminó antes de cumplir el primer año, y seguía a su hermana a todas partes. Eran inseparables, una con la cabellera rojiza y los ojos color miel, y la otra con rizos brillantes y un azul intenso en la mirada. Al estar tan entretenidas, Amanda tenía más tiempo para sus quehaceres domésticos, y disfrutaba más de sus encuentros de las tardes de viernes con Hilde.

Lina tomó el control de la dinámica de la casa, e incluso dirigía los juegos con su hermana. Julius la alzaba en brazos al llegar del trabajo, ella colocaba su cabeza en el pecho del padre e imitaba el bombeo del corazón, moviendo la cabeza como si la fuerza de los latidos la hiciera rebotar. Julius sonreía y la llamaba «mi pequeñita».

Solo le preocupaba que siguiera menuda y debilucha, y que, con cada ola de frío en el otoño, se enfermara con fiebre y tos y se negara a comer. Para ella la comida era una distracción; el mundo era mucho más fascinante que aquel insulso y descolorido plato de comida, y descubrirlo, con la ayuda de un estetoscopio, era más placentero que sentarse a la mesa por una hora llevándose tediosamente a la boca una cucharada tras otra.

Al año y medio, Lina ya había aprendido a hablar y mostraba destrezas muy avanzadas para una niña de su edad. En ocasiones parecía ser más madura que su hermana; con solo oírlas podría pensarse que era mayor que Viera. Únicamente su tamaño la delataba.

Antes de dormir, Julius las tomaba en brazos y recorría la casa como un torbellino, contándoles historias de egipcios, griegos y romanos, de escarabajos sagrados, de batallas campales, de mares abiertos, de pueblos nómadas, de esclavos. En ocasiones les hablaba de filósofos enloquecidos, de estudiosos del corazón, de los inventos que salvarían a la humanidad en los

siguientes cien años, como si estuviera hablando en un salón de conferencias de la universidad. Las niñas abrían los ojos y fingían alarma para complacer al padre, y al instante se echaban a reír, con carcajadas que lo hacían el hombre más feliz del mundo.

—¿Así pretendes que se duerman? —los interrumpía Amanda, cómplice de un juego que, secretamente, rogaba que no terminara nunca.

Una noche, a principios de noviembre de 1938, Amanda se despertó sobresaltada. Se asomó a la ventana y vio a algunos vecinos con los ojos vueltos al cielo. En los bajos alguien la divisó y le gritó con un asombro que ya se había convertido en costumbre:

—¡Está ardiendo la sinagoga de la Fasanentrasse!

Amanda cerró la ventana y, con la resignación de los condenados, regresó a la cama en busca de un sueño que ya no pudo conciliar.

Al día siguiente, el consultorio de Julius amaneció con los cristales rotos, una imprecisa estrella dibujada con dedos rabiosos en la pared y una palabra que se había convertido en oprobio y que ahora estaba presente en toda la ciudad: *Jude*. Al entrar a la oficina, Julius halló piedras por doquier. Poco después apareció su secretaria y, sin un destello de simpatía, le indicó que debía renunciar al trabajo con el que mantenía a toda su familia.

Julius se sentó en el sofá del salón, a esperar que apareciera el primer paciente heroico, uno que desafiara el torbellino de los perfectos. Pero nadie se presentó ese día, ni el siguiente; ni siquiera llamaron para cancelar sus citas. Sacó de su bolsillo dos cadenas de oro de las que colgaban diminutas estrellas de seis puntas y, taciturno, contempló las inscripciones con el nombre de sus hijas.

—¿Qué sentido tiene que las lleven ahora? —supuso—. ¿De qué las protegerían?

El viernes, como de costumbre, Amanda se fue con Hilde y las niñas a su caminata por el barrio. Aún se sentía el olor a fuego y ceniza, y las aceras

estaban llenas de cristales rotos. A lo lejos brotaba una débil humareda de los escombros de la que fuera la más hermosa sinagoga de Berlín. Llegaron al café de Georg, un poco más vacío que los viernes anteriores, y ordenaban su té cuando entró un policía, quien revisó en silencio, uno a uno, el rostro de los comensales.

—Un soldado de plomo más —presintió Amanda—. Podrían cambiarlo cada día y estoy segura de que la familia nunca se daría cuenta. Todos piensan igual, tienen la misma voz, el mismo rostro, la misma mirada. Hasta el alma se les ha diluido en una uniformidad escalofriante. Nosotros somos los otros. Pero ¿sabes una cosa, Hilde? Me estoy cansando de ser la otra...

El policía abandonó el café y, con la ayuda de un grupo de jóvenes, dibujó con torpeza la estrella de seis puntas en la fachada. Los otros, los diferentes, permanecieron detrás de la estrella, habituados a la afrenta. ¿Qué más podían hacer?

Esa noche, Amanda esperó a que Julius durmiera para levantarse y sentarse a solas en el salón principal, cerca de la ventana. Necesitaba un tiempo para ella, sin Hilde, sin las niñas, sin su marido. Debía poner orden en sus pensamientos, aunque no sabía en realidad para qué. *Ya era tarde. El daño estaba hecho.* A veces pensaba que sus padres habían muerto y que su hermano, Abraham, se había ido a Cuba a tiempo para escapar de la barbarie en la que ahora estaban sumergidos, ahogándose minuto a minuto sin la posibilidad de una mano salvadora. No tenían otra familia que sus dos hijas.

Sabía que era el momento de partir, pero no había orillas que los acogieran. Las larvas estaban diseminadas en cada esquina de un putrefacto Berlín, y se reproducían con un odio lacerante para devorar todo lo que no fuera semejante o interrumpiera su proceso de reproducción masiva. Habían infectado toda la ciudad, todo el país, y ahora se proponían contaminar todo

un continente, y quién sabía si todo el mundo. La meta era infinita: el universo sería perfectamente ario.

El viernes siguiente alguien llamó a la puerta con insistencia perturbadora. Amanda bajó mientras Hilde y las niñas permanecían en la planta de arriba tomando chocolate caliente y confituras de frutas como si la vida tuviera que continuar a la fuerza. Un paciente de rostro acongojado, debilitado por el miedo, traía un mensaje de Julius.

—Se lo llevaron —exclamó el anciano, visiblemente enfermo—. Nos están cerrando las puertas, Frau Sternberg.

—¿Adónde se lo llevaron? —preguntó Amanda sin pestañear.

—A la oficina de la Gestapo de la Oranienburger Strasse. Eso dijeron, pero quién sabe si es verdad. Ellos tienen el poder de hacer lo que quieran.

Amanda tomó su abrigo y su bolso, y dejó a las niñas con Hilde. Sin preguntas, ni explicaciones, ni agradecimientos, ni despedidas.

La ciudad era un hervidero. Sin destino preciso, todos corrían de norte a sur, de este a oeste y tropezaban unos con otros sin intermediar gestos de compasión o disculpas. Intentó tomar un taxi, pero pasaban como luces fugaces sin detenerse, y decidió que la única vía posible sería el S-Bahn hasta Mitte; qué importaban ahora las miradas de rechazo.

Al llegar a la oficina de la Gestapo vio a varias mujeres rogando por sus familiares, sin que nadie intentara responderles. No sería posible restablecer el orden hasta tener una lista actualizada de los condenados. Alguien insinuó que podrían estar en el antiguo centro comunitario para ancianos de la Grosse Hamburger Strasse.

Junto a la oficina de la Gestapo aún había vestigios de la gran sinagoga. El viento lanzó sobre el rostro pálido de Amanda un fragmento de pergamino

con una frase en hebreo que eludió descifrar. Tal vez ahí estaba escrito su destino y aún no estaba lista para recibirlo. A sus pies, restos de madera calcinada; a su alrededor, un humo perenne, como si el fuego se negara a extinguirse.

Al entrar en el viejo edificio, un joven soldado la condujo hasta una oficina. Tal vez la escogió porque, a diferencia de las demás mujeres, que gritaban o lloraban desesperadas, ella permanecía asombrosamente calmada, pensó. Subió con seguridad los escalones detrás del soldado de plomo.

—¿Por quién viene a interesarse?

—Por mi marido.

—¿Su marido es comunista?

Amanda se mantuvo en silencio. Se dio cuenta de que aquel chico sin experiencia la había confundido con uno de ellos. No había percibido que ella era una de los otros, como los que aullaban por sus familiares a la entrada del edificio, confundidos con las ruinas de un templo que para él nunca debió haber existido.

—¿Judío? ¿Qué hace con un marido judío?

En silencio, ella solo apresuró el paso; ¿para qué dar más explicaciones? Él iba a su lado detallando cada línea de su rostro —el tamaño de sus orejas, su nariz— como si fuera un experto en craneometría. Si hubiera tenido a mano el instrumento adecuado para estudiar las características faciales que diferencian a los mortales de los inmortales, le habría medido la frente, la distancia entre los ojos, la separación entre el nacimiento de la nariz hasta el labio superior.

El oficial, escudado tras un enorme escritorio de caoba oscura y agobiado con listados organizados en perfecta caligrafía y por orden alfabético y fecha de detención, escuchó el nombre pronunciado por Amanda con voz firme y se dio a la búsqueda, apellido tras apellido.



El corazón de Amanda latía con furia. No quería mostrar que tenía miedo, puesto que el oficial lo podría olfatear y ella perdería el control; algo que no podía permitir. En vez, comenzó a contar en silencio: *Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...*

—Sternberg. Sternberg, Julius. Así que es usted la mujer del doctor. Frau Sternberg, su marido ya no está en esta oficina. Se hirió con uno de los cristales de su consultorio. Él mismo se hizo un torniquete en la pierna. Aquí no podemos mantener a un herido.

El soldado de plomo continuaba tras ella.

—¿A qué hospital lo trasladaron?

—Frau Sternberg, su marido no fue a ningún hospital. Esa herida ya se curará. Su marido está en Sachsenhausen.

Al principio no comprendió, pero repitió la palabra varias veces en su mente hasta recordar por qué le sonaba familiar: *Un campo de trabajos forzados en las afueras de Berlín. Nadie regresaba de Sachsenhausen.*

—Pero ¿no es allí adonde mandan a los gitanos, a los comunistas, a los que tienen que ver con política? Mi marido es un cardiólogo. Es médico.

—Frau Sternberg, no hay ningún error. Su marido ha sido enviado a Sachsenhausen con todos los demás como él. —Y recalcó con desprecio «como él» para que no hubiese ninguna duda—. Y sí, sabemos que es médico. También hacen falta médicos en Sachsenhausen. Espere, tenga paciencia y él le escribirá.

La última frase la traspasó. Abandonó la oficina y bajó las escaleras con andar de caballo herido listo para ser ultimado. Perdió el sentido del tiempo y el espacio, y, solo al salir de vuelta a la calle, los gritos de aquellas mujeres desvalidas la hicieron despertar de su sopor.

Una anciana le extendió un papel estrujado, con dos nombres escritos a mano. Eran sus hijos, sollozaba. Pero Amanda ya no podía escuchar, ni

entender, ni ver. Atravesó desorientada aquella muchedumbre de fantasmas y al alejarse vio cómo el crepúsculo se tornaba violeta al final de una avenida sin destino.

Al cruzar por debajo de la línea del tren vio venir hacia ella a un anciano elegante, con sombrero, corbata y bastón. Caminaba con antigua dignidad, repitiendo una frase que solo entendió al tropezar con él: «Se los llevaron a todos. Se los llevaron a todos.»

Comprendió que era la resonancia de la pérdida: la de ella, la del anciano, la de las mujeres que se desgarraban llorando como plañideras en la Grosse Hamburger Strasse, temiendo que los que partieron nunca más volverían.

A la mañana siguiente fue hasta el consultorio abandonado para comprobar si era cierto que Julius se hubiera herido con uno de los cristales de la puerta de entrada. En efecto, había rastros de sangre por doquier, pero no era una simple herida, eran evidentes las huellas de un forcejeo: su marido había batallado por su vida, por escapar hacia ellas, por no dejarse vencer. Amanda se sentó en el sofá del salón, como acostumbraba a hacer durante las tardes soleadas que comenzaba a olvidar. Permaneció un rato mirando hacia la puerta con la sombría ilusión de un milagro, pero ella no creía en milagros.

Intentó reproducir la última vez que lo vio, la última frase, el último abrazo, el último beso. Nada. No recordaba siquiera el tono de voz de Julius al despedirse de ella cada mañana. Había borrado los momentos felices para quedar cara a cara con la sangre seca y sin vida del único hombre que había amado.

Hilde decidió mudarse con ella hasta que liberaran a su marido. Lina las observaba con minuciosidad; su solemne mirada se mostraba convencida de que el padre nunca más regresaría. Amanda le devolvía una sonrisa y se iba preparando para recibir la fatídica noticia que aquella niña parecía poder predecir. Intuía que el futuro, para ella, ya no sería jamás una sorpresa al lado de Lina.

La carta de Julius llegó a las tres semanas. Sin lugar de referencia, solo con destinatario. Con el sobre en las manos, permaneció en la entrada de la librería. Al principio se sintió desconcertada, pues solo leía órdenes. No

reconoció la letra imprecisa, deforme, con palabras incompletas. Aquella hoja amarillenta, manchada y arrugada era lo último que había tocado su marido.

2 de diciembre de 1938

*Amanda:*

*Irás hasta la sede de la policía en la Alexanderplatz. En la recepción pregunta por Herr Christmann y te identificas. De ahí dirígete a las oficinas de Palestina en el número 10 de la Meinekestrasse y pregunta por Mr. Donovan. Te registras como la mujer del doctor, no tienes que decirle nada más.*

*Las maletas están en el único estante con puertas de la trastienda.*

*La infección en la pierna no la puedo controlar, sigue expandiéndose y aquí, como te imaginarás, no hay medicinas. Ya no puedo caminar, pero tengo al menos una buena noticia: no hay dolor.*

*¿Cómo están mis niñas? Dile a mi pequeña Viera que cuide siempre a su hermana. Recuerden las tres que el miedo no conduce a nada. El miedo termina arrebatándonos lo que nos queda de lucidez. Cuenten cada latido, desde aquí pueden estar seguras de que yo contaré con ustedes.*

*¿Qué hubiese sido de mi vida si no te hubiese encontrado?*

*Llegaste a mí cuando más te necesitaba. Tú eres mi luz, Amanda.*

*Una vez soñamos juntos en Leipzig. Jugamos a casarnos, a crear una familia, a abrir un consultorio y a que sacarías adelante la vieja y abandonada librería de tu padre. Tendríamos uno, dos, quién sabe si tres hijos. Pasaríamos los veranos en Wansee y algún día iríamos juntos a escalar la Acrópolis. Lo más importante de nuestros sueños lo conquistamos. Ayúdame ahora a construir nuestro final.*

*Desde este lugar oscuro y frío escucho tu corazón. Conozco de memoria todas sus oscilaciones. Cuando estás dormida o despierta, feliz o triste, como hoy.*

*Mi Amanda, quiero que nunca olvides que una vez sí fuimos felices,*

*Tu Julius*

Al terminar de leer las palabras de Julius comprendió que eran su despedida. Dejó salir un grito desde lo más profundo de su garganta y se desplomó en la acera, a la vista de todos. Sí, quería que la vieran llorar, que

vieran en qué habían convertido a su familia. Quería que cada uno de los perfectos reconocieran el horror y la culpa con que tendrían que cargar y, algún día, sí, algún día no muy lejano, pagar.

Dejó a las niñas con Hilde y con ojos erráticos deambuló por la ciudad, sin abrigo, como si el tramo de su casa a la Alexanderplatz se consumara en un suspiro. No sintió frío. Se apoyó en su rígida cartera de piel marrón, casi vacía, en la que había guardado la carta de Julius. Además, contenía tal vez solo unos billetes y unas monedas, y la última foto de los cuatro juntos, tomada cuando nació Lina. Mostraba una familia con semblante severo, aunque el fotógrafo insistiera en una sonrisa imposible. Era una foto oscura, cuya única luz estaba en los rostros; el resto de la imagen era borroso, desenfocado. Recordar que llevaba la foto consigo la hizo tímidamente feliz, un fugaz sentimiento que ya le era extraño, pero lo reconoció y sonrió.

Era un día entre semana; no sabía cuál, pero eso no importaba. Tomó un tren, cualquiera, y fue empujada por los transeúntes, dejándose llevar como un cuerpo ya sin vida. Rodó por aquellas calles impecables, limpias, sin cristales, ni escombros quemados, sin rastros del horror. ¿Quiénes eran los fantasmas? ¿Ella o ellos? No podía dilucidarlo.

Entró en la sede de la policía sin que nadie la percibiera. A nadie le importaba su presencia, era un cadáver incipiente. Siguió las instrucciones de Julius y terminó con un sobre en las manos que colocó sin abrir en su cartera rígida. Temblaba, pero no de miedo. De eso estaba segura, porque su corazón se había detenido en el momento que recibió el mensaje de Julius. ¿Dónde había dejado la carta? Ahí estaba, la llevaba consigo, en la mano.

Subió y bajó del tren nuevamente; fue de Mitte a Charlottenburg sin voluntad propia. Ya estaba frente al edificio con el enorme cartel de palestine & orient lloyd. No había largas filas de suplicantes, como cada amanecer.

Todos se habían marchado. Los cristales rotos, el lugar abandonado, un curioso asomado en la entrada.

Continuó andando desorientada, no sabía adónde dirigirse ahora, porque la carta no especificaba qué hacer si la oficina de Palestina estuviera cerrada o si Mr. Donovan se hubiese marchado, o lo hubiesen detenido o asesinado. Buscó un espacio familiar y prosiguió hasta la Olivaer Platz: los cristales rotos en el café de Georg, la puerta arrancada de un tajo, las mesas y las sillas volteadas. Ya no le quedaban lugares familiares en Berlín.

Se encontró debajo de una marquesina iluminada y a los pocos minutos despertó dentro, sola, entre el humo asfixiante de los cigarrillos de aquellas almas abandonadas a las sombras. No había nada más misterioso y sobrecogedor para ella y para Julius que sentarse en el sagrado recinto, invadido por fantasmas lumínicos en la enorme pantalla donde lo más oscuro cobraba vida en blanco y negro. Vio aparecer en los créditos a una amiga de juventud a la que ella llamaba por su primer nombre, Helene. Ambas habían coincidido en clases de la Grimm-Reiter Dance School, cuando ella soñaba con ser bailarina y Helene, actriz. Juntas se iban a nadar y competían hasta perder el aliento.

Ahora, de la mano de Helene se deja llevar en la pantalla por las infinitas columnas de imponentes templos griegos y se eleva hasta las nubes, donde una diosa del Olimpo le abre los brazos. Los rostros sudorosos, listos para la competencia y vociferando, como si alguien los hubiese lanzado frente a sedientos leones en el estadio. Alguien siempre debe ganar, es la hora del triunfo, es el momento de la huida, cuando el hombre más ágil del mundo da una zancada y se impone ante el desconcierto de los mejores. Si él puede, ella podrá; si él sobrepasa los límites humanos, a ella nada la detendrá.

La masa aúlla, sedienta de sangre, reclama el fracaso del otro. Ella es el otro. La llama olímpica está a punto de extinguirse y alguien lanza un disco

hasta las nubes más lejanas, mientras los rostros se confunden en un saludo al vacío. Los hombres que fuman en la platea, soldados de un ejército invisible, se ponen de pie al ver que el hombre que rige sus destinos aparece ahora en la pantalla, y todos responden al unísono a un impulso, a una fuerza ajena, y elevan un brazo hacia el infinito.

Uno de los soldados, delante de ella en la platea, le reprocha:

—¿Cómo una perfecta alemana puede permanecer sentada en la luneta, inmune al triunfo de la raza superior? —Y pretende animarla con un gesto triunfante.

*¿Recordará Helene lo que soñábamos?*, piensa Amanda, ignorando al hombre. Helene se ha convertido en una estrella al servicio del poder nazi.

Al cerrar los ojos, la sala oscura desaparece. Ahora sueña con Julius a su lado, como aquellas tardes en que se perdían en el Palast, sonriendo ante hombres vestidos de frac y zapatillas brillantes que danzaban por escaleras de mármol a la luz de una luna de plata y estrellas de cristal, y ella siguiendo su compás con el traje de seda que la abrumba, como si fuera una extensión más de su cuerpo etéreo.

Un silbido la estremece entre la densa neblina de los olvidados y se refugia en los brazos de Julius. *¿Por qué me traes aquí?*, pregunta, y él sonríe.

Ella siempre se sobresaltaba por aquel silbido, cada vez que el hombre de rostro acongojado renacía en la penumbra. Un grupo de niñas entona una canción sobre un asesino: *En el salón del rey de la montaña...* Amanda cierra los ojos y quiere olvidar esa imagen en la pantalla del Palast.

*¿Por qué recordar a Julius a través de una película que me da escalofríos?*, se pregunta, confundida. La historia se repite y ella tiene que huir. Sus hijas están a merced de un asesino en serie que se esconde detrás del uniforme impecable de los triunfadores.

Al salir del cine, abre la carta de Julius. Solo lee la fecha y la repite en voz

alta.

—*Dos de diciembre de mil novecientos treinta y ocho. ¿Era sábado?*



Mientras Amanda buscaba una vía para escapar de la ciudad, Viera y Lina jugaban con el viejo estetoscopio del padre, escuchando a través de paredes y ventanas. Para Lina, todo objeto inanimado tenía vida y ella estaba ahí para demostrarlo. Antes de llevarse una fruta a la boca, la reconocía, como buscándole un lejano aliento. Todas las noches, antes de leer el libro de botánica en francés, Lina lo auscultaba, y no podía ser abierto en la última página de la noche anterior hasta que ella avisaba haber detectado un latido. Viera olfateaba las hojas marchitas y suspiraba.

De tanto leer en francés, Lina recitaba con fluidez los párrafos del libro. Cuando salían con Hilde, de camino a un café o a un parque, hablaban entre ellas en el idioma que Amanda también había aprendido con su padre en la niñez.

En ocasiones, Amanda deambulaba por los estantes de libros vacíos seguida por Lina, y rememoraba dónde estaban ubicadas las novelas caballerescas, las románticas, las ediciones originales, las versiones en francés, los libros de botánica, los atlas y las populares enciclopedias y diccionarios. Con los ojos cerrados, podía enumerar exactamente dónde habían estado una vez *Madame Bovary*, *Crimen y castigo* o *Los miserables*. En sueños, a veces tenía la ilusión de que alguna de sus joyas literarias, aquellas que una vez fueron favoritas suyas o de su padre, regresarían por su cuenta y la sorprenderían.

Hilde entretenía a las niñas rescatando del escaparate vestidos de seda en desuso, mantas bordadas con hilo dorado o abanicos de encaje de Brujas. Les

retocaba con carmín los labios, las mejillas y la punta de la nariz, y con un lápiz de cejas les marcaba lunares en los hoyuelos. Se reían a carcajadas como si fueran felices, como si Julius nunca se hubiera marchado y aún las hiciera dormir en las noches cálidas.

—Mamá está triste —dijo Lina un día, y en un suspiro el instante feliz se disolvió—. Sé que papá no va a regresar.

Hilde se recostó en la butaca y comenzó a fabular para protegerlas de la mejor manera que conocía.

—Un día, cuando menos lo esperen, esa puerta se abrirá para dejar entrar al doctor. Herr Sternberg va a regresar, ¿saben por qué? Porque si es capaz de salvar a un enfermo del corazón, que es el órgano más importante del cuerpo, sabrá reponerse de cualquier herida, no importa cuán grave sea. Él se recuperará y volverá a ustedes. A ver, ¿qué les gustaría hacer mañana por la tarde?

Pero las niñas no contestaban. Preferían no salir, se sentían protegidas en la parte alta de la casa, lejos de la calle y de los vecinos que no las querían.

Una tarde, mientras cantaban una vieja canción de cuna que Lina insistía en entonar a deshora, una estruendosa llamada a la puerta las sacudió. Hilde bajó decidida a indagar quién pretendía invadir su hogar.

Amanda la siguió. Lo primero que vio fue la esvástica en la solapa del hombre y de inmediato reconoció el rostro con el que había cruzado miradas en la consulta de su marido. Recordaba aún más la imagen demacrada del hijo, el chico de los labios morados. Amanda le pidió a Hilde que subiera con las niñas y, sin darle la bienvenida al enemigo, se dispuso a esperar otro desplante similar al que había recibido cuando se encontraron por primera vez.

—Frau Sternberg, vengo con un encargo de su marido. ¿Puedo pasar? —

dijo el hombre mirando a los lados, como asegurándose de que nadie lo hubiese visto entrar en aquel edificio marcado por la vergüenza.

Amanda se hizo a un costado. La mirada del hombre robusto era nerviosa y no sabía cómo comenzar o de qué manera explicarse. Sin decir una palabra sacó de su gabán un sobre cargado y se lo extendió.

Amanda no entendía aún qué hacía el hombre allí; si venía a pagar una deuda que, con las nuevas leyes raciales, no tendría validez alguna, o si los documentos anunciaban que ella también sería detenida.

Le dirigió al hombre su mirada más desafiante y lo confrontó.

—¿Qué quiere de nosotros? —le espetó, ignorando el sobre.

—Vengo a ayudarlas —respondió el hombre con sigilo.

—No necesitamos de su ayuda. Usted sabe bien que mi marido debe regresar de un momento a otro.

—Frau Sternberg, temo decirle que su marido no va a regresar.

Permanecieron por unos instantes en silencio y ella bajó la guardia, exactamente lo que había evitado desde el principio. Los ojos se le llenaron de lágrimas e hizo un enorme esfuerzo para evitar que se deslizaran por su rostro.

El hombre continuaba con la mano extendida, como insistiendo en que aquella mujer testaruda confiara en él a pesar de que los separaran la raza y, más aún, la ideología. Él, un militante del partido en el poder; ella, una judía con rostro germánico.

—Es lo menos que puedo hacer por su marido. Acéptelo, por favor.

—No necesito su dinero —respondió Amanda.

—Mi hijo está vivo gracias a su marido —insistió el hombre.

—¿Y cómo está su hijo? —El tono de su voz cada vez era más bajo.

Ya no podía cruzar la mirada con él. Si lo hacía, comenzaría a llorar.

—No podrá servir al Führer, pero al menos está con nosotros. —Sonrió el

hombre, y de inmediato su rostro se contrajo. No sabía si había dicho algo inapropiado.

Amanda tomó el sobre. Iba a comenzar a revisar lo que había en su interior cuando el hombre la interrumpió.

—Usted ya tiene en su poder los pasaportes. Sé que no pudo obtener los visados a Palestina, pero yo conseguí unos permisos de desembarque en Cuba. Irán en primera clase, en un trasatlántico alemán. Los boletos están en el sobre. Me ocupé de que todo estuviera en orden. Con la ayuda de su marido pude localizar a su hermano en La Habana, y ha comunicado que está dispuesto a recibirlas.

—Nosotras no nos vamos sin mi marido —insistió Amanda, y comprendió en ese instante que Julius había estado maquinando durante semanas, tal vez meses, la huida de la familia.

—Herr Sternberg falleció hace seis días —musitó el hombre, al tiempo que bajaba la mirada y entrecruzaba las manos, ya libres del sobre.

Sin levantar la cabeza, intentó observar la reacción de Amanda, que permanecía en silencio. Su respuesta fue una débil sonrisa. Ya estaba preparada; no escuchaba nada nuevo. Desde el día en que se llevaron a Julius, sabía que no regresaría. Lina lo predijo. La única carta que recibió había sido su despedida, así que no necesitaba nada más. Y mucho menos la compasión de aquel hombre, que era tan culpable como los que habían dejado morir al padre de sus hijas. Lo único que quería era que se marchara, que la dejara sola con aquel dolor nuevo y desgarrador con el que debía aprender a convivir.

—Herr Sternberg era un gran hombre. Pidió verme y logré volver a visitarlo antes del final. La infección lo estaba consumiendo, pero tuvo fuerza suficiente para rogarme que las ayudara, a usted y a sus hijas.

Al escuchar hablar de su marido en pasado, los labios de Amanda

comenzaron a temblar e intentó mordérselos; no quería compartir su sufrimiento con aquel desconocido. Sus ojos se negaban a expresar agradecimiento alguno, y solo contaba los minutos para quedarse sola, con sus hijas, con su amiga, y leer la última carta de Julius otra vez, tantas veces como pudiera.

—Solo pude conseguir dos permisos de desembarque. Herr Sternberg insistió en que debe usted enviar a las niñas. El *Saint Louis* zarpará el trece de mayo, al anochecer, desde el puerto de Hamburgo. En el sobre va a encontrar todas las instrucciones. Es la única manera de salvarlas...

Entre frase y frase el hombre se detenía, tomaba un respiro y continuaba con lentitud nerviosa. La última la dejó a medias, turbado. Se debatía entre lo que consideraba su deber ciudadano y la deuda con el hombre que había resucitado a su hijo. Ahora era él quien debía proteger a seres de raza inferior que su país se proponía eliminar de la faz de la tierra. La escoria, los gusanos, aquellos que desfalcaban las arcas del país, que ocupaban sus trabajos, que humillaban a la raza más pura que Dios podía haber creado.

Hubo otro largo silencio. Al ver que Amanda no reaccionaba, el hombre intentó acercarse y ella se agitó. Todo su cuerpo comenzó a latir.

—Frau Sternberg, cumpla con las instrucciones de su marido. De Hamburgo viajará al día siguiente, en el primer tren de la mañana, con destino a París y de ahí a Limoges. Terminará en un pequeño pueblo en el Haute-Vienne. Allí la esperará Claire Duval, que ya ha recibido por adelantado el pago por un año, hasta que pueda usted reunirse con sus hijas. Es también una manera de ayudar a Frau Duval, usted sabe que es viuda y vive sola con su hija.

Hacía más de un año que Amanda no se comunicaba con Claire. Su marido, mucho mayor que ella, era un amante de la botánica, la pasión que

compartió con su padre desde que ambos se conocieran en las colonias. Había muerto hacía algunos años.

Lo que no podía entender era por qué Julius la había mantenido al margen de todos aquellos planes de huida, de aquella posibilidad de salvación que, al parecer, nunca contempló para él.

—Es lo mejor que puede hacer por sus hijas —concluyó el hombre con voz grave—. Lo único que puede hacer. —La miró por última vez, se acercó a la puerta y desapareció.

Amanda se quedó inmóvil por unos instantes; resumía de prisa el capítulo que se abría ante ella. Estaba condenada a perderse en un diminuto pueblo en el suroeste de Francia, y sus hijas, en una isla insignificante, al otro lado del Atlántico. Desorientada, fue directamente a la trastienda y revisó, por primera vez, las maletas a las que su marido había hecho referencia en la carta de despedida. Solo encontró un maletín de doctor. Al abrirlo, vio que estaba lleno de reichsmarks. Lo dejó en el mismo lugar y dio varias vueltas por la habitación, ensimismada, tratando de poner orden en sus pensamientos.

—Julius, Julius, ¿qué hemos hecho...? —clamó con amargura y comenzó a llorar, desconsolada por la pérdida, y por la idea de tener que lanzar a sus hijas a un abismo. *Sé que tu intención fue cuidarnos, pero ¿cómo quieres que desampare a mis hijas, nuestros tesoros, nuestras pequeñas estrellas? Viera es más grande, pero Lina...*

Pasó largas horas en la trastienda, con aquel maletín cargado de una fortuna incapaz de comprar su libertad o la de sus hijas. El tiempo estaba en su contra, y debía comenzar a prepararlas para una travesía a lo desconocido, a una isla perdida en medio del mar, lejos de la oscuridad. *Sí, en esa isla habrá sol, mucha luz y nadie se atreverá a despreciarlas. Abraham las protegerá,* se repetía en silencio para convencerse.

Intentó visualizar el futuro de sus hijas en una isla del Caribe, junto a un

tío de ideas comunistas que miraba al mundo con rabia y siempre estaba a punto de tomar las armas, pero solo encontraba una densa y fría nebulosa.

*Oh, Abraham, tendré que confiar en ti, a ciegas, desde lejos... es mi única alternativa.*

Recordaba a Abraham con el ímpetu de un joven guerrero en contra de todo lo establecido, desde niño enfrentándose a sus padres, a la religión, a la política. En las clases de historia terminaba a puñetazos con sus compañeros de estudio, y su madre se veía en la necesidad de acudir a salvarlo de severas penitencias. Su hermano estaba obsesionado con Mayakovski, un escritor comunista ruso, e hizo que su padre comprara todos sus poemas. Los libros llegaban a Alemania disfrazados, envueltos en papel de estraza para ocultar el rojo de la portada. *¿Cómo será Abraham ahora?*, se preguntó. La última vez que lo vio, no estaba aún casada con Julius.

Con esa última idea regresó al salón. Las niñas ya dormían, Hilde la esperaba a la mesa con un té que comenzó lentamente a serenarla.

—Se van. —Bebió un sorbo y continuó—: Viera y Lina se irán en un barco. Es la única manera de que sobrevivan.

No eran sus palabras, ni sus pensamientos. Se dejaba embriagar por las esencias del té que aspiraba mientras repetía frases recién aprendidas.

—Zarparán en la noche, a mediados de mayo, de Hamburgo —continuó.

Al notar que Hilde comenzaba a derramar lágrimas con los ojos contraídos, le dedicó una sonrisa a su amiga. Hilde podía desahogarse, llorar, gritar, salvarse por ella.

Le dijo que dejaban atrás Berlín, el Jardín de Letras, sin mencionar destino alguno. Solo insinuó que era una ida sin regreso. Hilde comprendió. Amanda no la abrazó, no dejó escapar un sollozo.

—Hay que preparar las maletas. Tres. Una para cada una. No necesitamos nada más.

Buscó en el dormitorio una pequeña caja de ébano con marquetería de madreperla que había sido un regalo de su padre, y fijó sus ojos en los delicados filamentos nacarados.

—*Diospyros ebenum* —susurró, y guardó la caja en la maleta, junto al preciado libro de botánica.

El apartamento despojado de libros no era más que una extensión vacía, muerta. No había nada más que salvar, no había razón para quedarse, no había espacio posible para la nostalgia.

—Las niñas se van a Cuba —especificó Amanda de regreso al comedor—. Al menos allá podrán asistir a la escuela. Aquí no se les permite. Y sin libros...

Lo que más la trastornaba era estar a merced de lo desconocido, de la distancia, del tiempo. Entonces se incorporó para consolar a su única amiga. Abrazada a ella, aliviando el dolor ajeno, recuperó fuerzas para decirlo de una vez.

—Hace seis días dejaron morir a Julius.

Seis días, una eternidad. Intentó reconstruir en la memoria lo que había hecho ese día: *¿Llovía? ¿Hacía frío? No, estaba soleado, y había salido con las niñas a caminar. Sí, ahora recordaba. Era un día hermoso. ¿Habrá muerto al amanecer o a la medianoche? ¿Quién le habrá tendido la mano, cerrado los ojos? ¿Quién se despidió de él? ¿Quién escuchó sus últimas palabras?*

—Vamos a estar bien. Julius dejó todo organizado. Las niñas con mi hermano en Cuba y yo en el sur de Francia, en una pequeña granja, junto a mi amiga Claire, lejos de las hordas salvajes. ¿Ves? Julius nos salvó. Él siempre estará pendiente de nosotras. Me casé con un ángel.

Ambas sonrieron. La imagen de Julius velando por ellas les devolvió una



paz ilusoria pero reconfortante. Ahora debían planear cómo se comunicarían, cuándo Hilde podría visitarla.

—Ay, Hilde, aún tenemos tiempo para despedirnos. Pero debes comprender que será un adiós. —Hizo una pausa dolorosa—. Ya nos encontraremos de nuevo cuando Alemania recupere la razón. Vivimos en las tinieblas, pero puedes estar segura de que al final siempre prevalecerá la luz. No se puede vivir mucho tiempo en la oscuridad.

Hilde se retiró a su habitación y Amanda logró quedarse a solas, algo que necesitaba desde que comenzó a aceptar que debía separarse de sus hijas.

Sola. Sin nadie que la juzgara o la compadeciera por maldecir el aire que respiraba y culpar a sus antecesores, los padres de los padres de sus padres, por haber convertido a Alemania en la tierra prometida y haber dejado de ser nómadas, para lo cual, en definitiva, habían nacido. No tenía derecho a echar raíces. Ahora ella, con sus dos hijas, era la encargada de clausurar un siglo de ilusoria permanencia para lanzarse a conquistar un nuevo mundo tan hostil, estaba segura, como el que las obligaban a abandonar.

Los buenos días desaparecieron del habla cotidiana y fueron sustituidos por un levantamiento impetuoso del brazo derecho apuntando hacia el infinito, acompañado de un aullido: «*Heil Hitler!*» Amanda había quedado confinada: no se le permitía usar el teléfono, comprar el periódico ni usar el tranvía.

Cada día, después que Hilde se marchaba a sus clases, Amanda salía con las niñas en busca de pan, queso, carne, papas, por calles en las que se movía a contracorriente. *Ya nadie camina, pensaba, todos marchan o corren. Nosotros, a nuestro paso.*

Una mañana, a la entrada de la carnicería, vio como golpeaban al dueño, que trataba desesperado de cubrirse la cabeza. Había perdido la kipá a solo unos pasos de él y un joven comenzó a patearla, como si fuera una pelota de fútbol, mientras saltaba y cantaba victoria.

—¿Qué le ha pasado a Herr Ross? —preguntó, temblorosa, Lina, y Viera comenzó a llorar.

Un hombre con sombrero y la banda de la esvástica atada al brazo derecho de su chaqueta tropezó con Amanda.

—Váyanse, no es seguro para ustedes. Llévase a las niñas inmediatamente a su casa —ordenó en voz baja, la miró con complicidad y se unió al grupo que repudiaba al carnicero.

Amanda arrastró a las niñas y corrieron al ritmo de los bárbaros, aplastando todo lo que encontraban a su paso hasta refugiarse en un cobertizo que hallaron en el pasaje que conducía a la Grolmanstrasse. Empujaron una

gruesa reja oxidada y entraron, al compás de un enervante chirrido, al patio interior de aquel edificio de familias. Rodeadas de ladrillos enmohecidos buscaron el centro, y con el rostro vuelto hacia las nubes, Amanda clamó por un haz de luz que la sacara de la afrenta. *Unas semanas más y al menos las niñas estarían a salvo*, se decía en voz baja, como una oración, un credo, como pidiendo disculpas por haber traído a dos seres a la ignominia. Ya era tarde, no había vuelta atrás. Julius lo había comprendido, y dedicó sus últimos días a protegerlas.

Contrajo los labios y agradeció. Se preguntaba quién sería aquel hombre que la alertó frente a la carnicería. Seguramente otro ángel enviado por Julius, un bárbaro con el corazón auscultado por su marido. Julius había llenado la ciudad de ángeles, estaba convencida.

Después de la cena, mientras Hilde recogía los platos, Amanda tomó las manos de Viera y Lina y demandó atención. Solo se escuchaba el sonido de las piezas de porcelana.

—Niñas, papá logró que ustedes se vayan un tiempo a vivir con mi hermano, Abraham —dijo, sin concederles espacio para quejas, protestas o gestos de rechazo—. Hay que cumplir con lo que papá nos ha organizado. Primero se van ustedes y luego nos reencontraremos allá.

Lina se volvió esperando que Hilde interviniera, que las ayudara a convencer a su mamá de que no las mandara tan lejos, con un tío que no conocían y que con seguridad las aceptaba porque no tenía otra opción.

Pero Hilde se mantuvo de espaldas.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Viera.

—Pronto. Es cuestión de un par de semanas.

—Tengo miedo, mamá. —Viera comenzó a temblar, los ojos enrojecidos.

—¿Qué se hace cuando tenemos miedo?

—Contamos uno a uno los latidos del corazón. —Lina comenzó a

enumerarlos con parsimonia, en voz baja—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

Al final sonrió, esperando ser recompensada por haber respondido correctamente a la pregunta de su madre.

—Muy bien. Debemos comenzar a empacar. Solo nos llevaremos lo imprescindible.

Hilde intentó descifrar qué había detrás de aquel rostro que solo impartía órdenes como si alguien, desde otra dimensión, controlara cada una de sus frases y la obligara a comunicarle a sus hijas que las mandaba a una isla muy lejana, quizás para siempre. Dejó caer un plato, que se deshizo en pedazos, y se sobresaltó al escuchar el estruendo de la porcelana contra las losas de la cocina. Pero nadie se percató. Nadie volteó a ver qué había roto Hilde. No les importaba. Se iban.

Amanda se retiró con sus hijas. Se acostaron juntas, refugiadas las tres en un abrazo, como si fuera la última noche. Solo necesitaban tiempo.

—Un día iremos a la Acrópolis —les susurró, dándoles una última hermosa fantasía para acompañarlas mientras se dormían—. Recuerden que un día viajaremos juntas a Grecia...

El viernes, al atardecer, mientras encendían sus velas en el comedor y la cena estaba casi lista, sintieron golpes en la puerta, pero ya nada podía alarmarlas. En una semana, el sábado 13 de mayo, se separarían. Nada podría ser peor. Hilde bajó a abrir y regresó con dos mujeres, cada una con una tablilla llena de papeles.

Amanda bajó con las niñas al Jardín sin libros.

—Vienen a hacernos el *Vermögensklärung* —le dijo Hilde, incluyéndose

a propósito en el proceso de inventario de bienes al que eran sometidos quienes abandonaban el país.

Una de las mujeres miró con desprecio a Hilde.

—¿Cómo se atreve a mezclarse con la basura? —le comentó a la otra, que lanzó una carcajada grosera—. Ponerse al nivel de esta gente...

Hilde las ignoró y Amanda no hizo gesto alguno. Se sentía protegida por el vacío; no había nada de valor que inventariar, nada que quisiera salvar de la pesquisa. Vivía en un hogar sin libros, sin ornamentos, sin olores. Refugiada con sus hijas y su amiga entre los anaqueles vacíos de lo que había sido el Jardín de Letras, estarían a salvo durante las horas que durara el despojo, en los altos, de un pasado que ya no le importaba proteger.

La tímida primavera había llegado a Berlín y los afiches con la grandilocuente oda a la perfección habían opacado a las flores blanquecinas. Para Amanda, que caminaba para despedirse de la ciudad que una vez había creído suya, ya habían desaparecido las estaciones, y se preguntaba por qué no terminaban de florecer los tilos de Unter den Linden.

En la última noche cenaron en silencio a la luz del ámbar vacilante de las velas. Al pie de la escalera esperaban las tres leves maletas. Hilde trajo unas etiquetas de su último viaje a París y junto a las niñas las fijó al equipaje.

—Hotel Bellevue —leyó Lina—. ¿Es un palacio?

—Un pequeño palacio en el centro de la ciudad más bella de Europa, que está llena de grandes palacios sin princesas. Ustedes serán las primeras.

Muy temprano, al amanecer, las recogería el auto que las llevaría al puerto de Hamburgo. Hilde se preocupaba porque los documentos estuvieran en orden, que no olvidaran los permisos de desembarque, los boletos de primera clase, los pasaportes con la poderosa águila ensombrecida por la esvástica. Amanda, por el contrario, esperaba un error, un olvido, un extravío que la

salvara de la inminente culpa con la que iba a cargar durante los años que le quedaran de vida.

Esa noche las niñas durmieron en paz, listas para el viaje. Hilde y Amanda se mantuvieron en vela, atentas al frágil sueño de aquellas criaturas inocentes.

Con la salida del sol sabatino, el último que verían en Berlín, se alistaron para la huida. No había vuelta atrás. Amanda tomó las manos de Hilde y le dedicó su más dulce sonrisa. Ladeó la cabeza sin dejar de observarla y la abrazó.

—Siempre estarás conmigo, mi querida amiga. Gracias.

—¿Estás segura de que no quieres irte a París con las niñas?

—Tengo que protegerlas, Hilde. Tenemos que huir de aquí. Tal vez ni un océano será suficiente para salvarlas de la barbarie.

—¿Podré escribirte?

—Por tu bien, Hilde, por tu bien. Esta es nuestra despedida.

—¿En qué nos han convertido, Amanda? —La voz de Hilde comenzó a quebrarse.

—Lo pagarán, Hilde. Lo pagaremos todos. Ya me lo recordaste una vez, «comienzan con los libros y terminan con los hombres». Alemania ya no es lo que fue. Mis padres estaban orgullosos de pertenecer al país más civilizado, más culto, más creativo... ¿Y qué somos ahora? Lo peor es que pasarán los años y seguiremos pagando la culpa de otros. Han llevado a la nación a un abismo del que será imposible resurgir. ¿Quién querrá tener un hijo alemán? Envejeceremos, seremos repudiados por el mundo y generación tras generación intentarán limpiar esta vileza sin conseguirlo. Es el fin, Hilde. Es el inicio del fin.

Se separó de su amiga y vio cómo Hilde le dio la espalda y se cubrió el rostro, desconsolada. Atravesó el umbral del Jardín con la cabeza inclinada,

los ojos fijos en el suelo. Las niñas besaron a Hilde con ternura. Lina llevaba su rígida muñeca de trapo con los brazos en alto; Viera, un pañuelo de flores en la cabeza, anudado al cuello. Listas para la nueva odisea, se aventaron en la parte trasera del auto.

Amanda le dedicó una última mirada de compasión a su amiga. Ella huía del terror, pero Hilde tendría que cargar con el vergonzoso peso de una nación a la que pertenecía, y no pudo dejar de sentir lástima por ella.

Hilde, a su vez, percibió en Amanda una calma aterradora, sin emociones, con la levedad de quien ya no existe o se ha ido quién sabe adónde.

—¿Cómo te sientes? —Su voz era dulce, entristecida.

Al escuchar a su amiga, Amanda regresó al presente.

—Como si nos hubieran puesto en línea, en plena oscuridad, frente a un pelotón de fusilamiento. No ves quién dispara, no ves al agresor. Comienza el silbido de las balas, filoso, penetrante, y sigues de pie. No importa cuántas veces te han perforado. Sigues ahí hasta que la gravedad te vence. En el suelo, todos permanecen en una línea perfecta, acribillados, despiertos. No pueden matarte. Y sigues ahí, porque no hay nada ni nadie que pueda separarte de tu sufrimiento. ¿Que cómo me siento, Hilde? No me siento.

Se abrazaron en silencio, sin lágrimas. Un abrazo como una isla, como una sombra; un abrazo que nadie percibió, salvo la vecina que acechaba desde la ventana del segundo piso.

En lo alto, la luna llena se negaba a desaparecer con el amanecer.

Amanda la contempló con los ojos anegados.

—Obstinada, la luna —balbució.

Se sostuvo el cuello como si tuviera una herida. Murió cuando se llevaron a Julius, y ahora seguía desvaneciéndose. *¿Cuántas muertes más me esperan?*, se preguntó.

Ya en la acera, a punto de entrar en el auto, tropezó con un soldado que



pasaba. ¿Qué más daba? Ya las niñas estaban dentro, en la parte trasera, ya Hilde cerraba con dos vueltas el llavín del Jardín de Letras apoyada en los aldabones de una época gloriosa. Entró en el auto, que comenzó a alejarse mientras las niñas decían adiós agitando las manos con frenesí. Hilde se mantuvo en la puerta por unos segundos y comenzó a caminar en dirección opuesta. Había una cólera helada en sus ojos. La vieron alejarse con lentitud, sin vencer la esquina, como si el auto y ella estuvieran atrapados en un mismo instante. La lejanía se abría en el tiempo, no en la distancia, y Amanda observó cómo Hilde se convertía en una penumbra que se deshacía. Respiró profundamente para quedarse, en medio del vértigo de la huida, con su esencia en la memoria.

—En La Habana no vamos a tener que usar abrigo —dijo Lina—. Hay tanto sol que a veces nunca llega la noche. ¿Te imaginas?

Viera sonrió sin desviar la mirada de los ojos inundados de su madre.

—Vamos a una isla donde siempre es de día, donde siempre es verano —continuó Lina, exaltada.

—¿Por qué el tío Abraham no habrá tenido hijos? Tal vez no le gusten los niños... —la interrumpió Viera.

—El tío Abraham no tiene hijos porque trabaja mucho.

—Entonces no tendrá tiempo para nosotras —dijo Viera, y continuó observando los ojos ausentes de su madre, su respiración agitada, los labios temblorosos, los párpados contraídos, cómo abría y cerraba las manos con desesperación contenida—. Mamá —dijo apenas, intentando sacarla de su letargo.

Amanda se perdía en la incertidumbre. No debió haber seguido las instrucciones de aquel bárbaro que la había despreciado en la consulta de su marido. Él había hecho todo por salvar a su hijo, entregándolo incluso a un médico de raza inferior solo para que su corazón siguiera bombeando, y

ahora ella tenía que deshacerse de sus hijas. ¿Qué clase de madre era, que se dejaba embaucar por un hombre cuyo único propósito era sacarla a ella y a sus hijas de su absurdo proyecto de país?

—¡Mamá! —gritó Viera.

—¿Qué hacemos aquí? —reaccionó al fin—. ¿Adónde vamos?

—A Cuba, mamá. El tío Abraham nos está esperando —respondió Lina, no muy convencida.

En ese instante su rostro se despejó y les sonrió. Las niñas respiraron aliviadas, pero Lina desconfiaba, intuía que su madre había tomado una decisión que las afectaría y que en ese momento no podía definir. Tal vez había decidido que era demasiado arriesgado enviarlas solas a una isla donde el verano era infernal; o quizás sería su mamá la que se fuera en el barco, a comprobar si de veras el tío Abraham podría recibirlas. Quizás serían ella y Viera quienes terminarían en Francia, en la casa de campo, rodeadas de ovejas y a la espera de la señal salvadora de su madre. Lina tenía una sospecha, pero el futuro inmediato le resultaba difuso, no conseguía descifrarlo.

Intentó contar sus latidos, los de Viera, los de su madre, para sincronizar aquellos silencios necesarios para dejar el miedo atrás, como había aprendido junto a su padre. *Si pudiéramos irnos juntas...* fantaseaba. *Cuando el capitán vea que somos dos niñas solas invitará a mamá a viajar con nosotras, encontrará un camarote para las tres, con una enorme escotilla. Señora, cómo las va a abandonar. ¿No ve que son unas niñas? De ninguna manera lo voy a permitir. A ver, aquí está su permiso de desembarque y la mejor cabina para ustedes. Mire ahora qué felices están sus hijas. Listas para llegar a La Habana. Ya verá qué ciudad más hermosa.*

El puerto era un caos en medio del cual se alzaba el enorme trasatlántico negro, blanco y rojo como una masa compacta de hierro a flote. Salieron del auto con las maletas y comenzaron a abrirse paso entre la multitud. Amanda intentaba orientarse en medio del gentío que se movía en varias direcciones. Una banda entonaba una marcha de despedida disonante entre órdenes y gritos de despedida. Viera y Lina admiraban fascinadas las dimensiones del barco que las conduciría a la isla del tío comunista.

Amanda intentó distinguir en la masa quiénes se iban y quiénes se quedaban, como ella. Se colocó en una fila que conducía a los elegidos hacia un punto de chequeo antes de subir por el vacilante y resbaladizo tobogán.

Al final, tres soldados revisaban con parsimonia los documentos y los sellaban. Sí, tenía todos los papeles en regla, el pasaporte de las niñas... Algo faltaba, lo sabía, pero aún no podía definirlo.

Delante de ella, un hombre y una mujer cercanos a los cincuenta años, sin equipaje y engalanados con trajes oscuros, se voltearon y sonrieron.

—Somos los Meyer —se presentó la mujer ante los ojos insistentes de Amanda.

—Frau Meyer, mi hija mayor viaja sola —dijo, pero ni Viera ni Lina la escucharon—. Soy Amanda Sternberg. —Hizo una pausa, intentó sonreír.

La mujer se contrajo y le dedicó una mirada severa.

—No tenemos otra opción.

La mujer continuaba sin entender. El hombre ignoraba la conversación.

—Frau Meyer, cuide a mi hija, por favor —continuó Amanda—. No tengo

a nadie a quién encargarla. Mi hermano la recibirá en La Habana.

Mientras la fila avanzaba, la señora Meyer observó a la niña, que seguía extasiada con la banda que continuaba entonando sofocadas marchas militares.

—Se llama Viera. —Señaló a la niña—. Ella es más grande, podrá resistir, ya va a cumplir seis años. Lina es aún muy pequeña, solo tiene cuatro.

La mujer asintió en silencio. Sus ojos se habían suavizado. Amanda percibió el rechazo. En silencio, Frau Meyer debió de haberla cuestionado como madre. Cómo se lanzaba así a abandonar a su hija en manos de dos desconocidos. Pero su propia desesperación la estaba haciendo abordar aquel barco y, en comparación, la situación de Amanda era aún mucho más desesperada.

—No creo que esté haciendo lo correcto, pero haré lo posible porque la niña no se sienta sola. —Su voz era firme, como si quisiera recriminarla, pero quién era ella para hacerlo cuando también, como todos los que estaban en el puerto, ella y su marido huían de la barbarie dejando atrás lo único que conocían.

El oficial procesó a los Meyer y les estampó con tinta roja una «J» en el pasaporte. A su lado, otro militar le pidió la documentación a Amanda. Ella le entregó el pasaporte y el permiso de desembarque de Viera. Con la «J» grabada se acercaron al tobogán. Los Meyer se hicieron a un lado, esperando que Amanda se despidiera. Ellos no tenían a nadie en Hamburgo a quien decir adiós.

Viera y Lina no comprendían lo que estaba sucediendo. Su madre había tomado una decisión de última hora; ellas tenían aún la idea de abandonar juntas Alemania e iniciar su aventura de islas.

Amanda se inclinó hacia su hija mayor. Quería que la escuchara, que la entendiera, que al menos la perdonara. Tomó de su cartera un pequeño cofre

púrpura y extrajo dos cadenas de oro con la estrella de David. Buscó las inscripciones y tomó la que tenía el nombre de Viera. La de Lina la devolvió al cofre y lo guardó de nuevo en su cartera.

—Viera, tú eres más grande. —Hablaba con los ojos fijos en la niña mientras le ponía la cadena al cuello—. No creo que Lina pueda sobrevivir.

Los labios de Viera comenzaron a temblar y sus ojos se llenaron de densas lágrimas.

—¡Mamá! —suplicó.

Lina seguía admirando fascinada el puerto, las olas rompiendo en la proa, el vaivén del tobogán y aquella banda disonante que continuaba aplacando los gritos de las despedidas.

—Desde lejos, yo siempre estaré contigo, día y noche. —Amanda sacó el libro de botánica de su bolso y desprendió varias páginas amarillentas de su interior—. Escúchame, Viera, con estas hojas me quedaré. En ellas te escribiré durante cada amanecer que estemos separadas. El día que se completen las páginas del libro nos reencontraremos. Te lo prometo.

Las tres se abrazaron, se besaron, se miraron por largo tiempo.

—Mamá os ama. Siempre estaremos juntas. Tu cadena y la mía nos unen. Esa cadena es un regalo de papá —dijo, con la mano sobre la estrella de David—. Ve, Viera, Frau Meyer te espera.

La niña se dirigió hacia la entrada del tobogán, dejó escuchar un gemido y comenzó a caminar mirando al suelo. No había palpitaciones, no sintió miedo. No había necesidad de comenzar a contar los absurdos latidos.

Amanda buscó en la maleta la caja de ébano y guardó en ella, dobladas, las hojas del libro de botánica.

Lina clavó la mirada en su mamá con desesperación. No había preguntas posibles; por primera vez, Lina estaba muda. Solo Frau Meyer se volteó,

ahora con ojos compasivos, y les dedicó una sonrisa piadosa. Había entendido. Amanda le decía adiós a su hija con esa esperanza.

¡*Qué he hecho!*!, gritó en silencio, con el rostro contraído, sin lágrimas, sin suspiros. Veía a su hija desaparecer en el infinito, entre los que iban a salvarse, y en ese instante dudó. Estaba condenando a su hija menor. La amparaba contra lo desconocido y la dejaba expuesta a la tortura de lo que estaba por venir. Abrió los ojos y grabó los datos en su memoria. El día, 13 de mayo de 1939. La hora, ocho de la noche. Lina se abrazó a su madre sin entender por qué había sido condenada a quedarse en tierra firme.

*¿Qué guardé en la maleta de Viera? ¿Qué fue lo último que la niña cenó? ¿Tendrá frío? Puede darle una fiebre en altamar. Sí, había varios vestidos, dos pares de zapatos; pero esa ropa pronto le quedará pequeña. ¡Dios mío!* Quería detener el tiempo, bramar para que le devolvieran a su hija, pero la sirena del barco le hizo comprender que ya era tarde. El trasatlántico comenzó a alejarse del puerto y en la cubierta principal divisó el rostro angustiado de los que huían. No pudo distinguir a Viera, ni a los Meyer. La imaginó en su camarote de primera clase, sola, deshaciendo la pequeña maleta de piel, sonriendo. *Sí, estaba sonriendo*, se dijo.

Tomó la mano helada de Lina y le dio la espalda al barco, a los Meyer y a su hija.

Otoño, 1939

*Mi pequeña Viera:*

*Aquí los días son cada vez más grises. El sol batalla por salir todas las mañanas, unas veces puede, otras no, y se queda rezagado entre las nubes.*

*No he recibido noticias del tío Abraham, pero en esta época el correo no es una prioridad, habrá que esperar un poco más.*

*Esperaba ansiosa saber de ti y revisaba el buzón todas las tardes, hasta que, hace unos días, me devolvieron la primera carta que te envié. Con esta irá esa, y esta y la próxima y todas las que me devuelvan, porque mamá nunca se rendirá, de eso puedes estar segura.*

*Estamos en guerra. El mundo está en guerra, pero por suerte estamos protegidas en este pueblo, en una granja, lejos de la gran ciudad. No creo que nos encuentren.*

*Tu hermana, Lina, crece y su francés es cada vez más perfecto.*

*Deberías escucharla, parece una chica más de la zona.*

*Hemos comenzado a ir a una iglesia, aunque quiero que sepas que todas las noches enciendo una vela por ti, me aferro a mi estrella de David como si fuera la tuya y te siento en cada punta sobre la palma de mi mano.*

*A estas alturas ya debes de hablar español, o al menos algunas palabras. Quiero que me escribas en tu nuevo idioma. Te escribo de madrugada, porque sé que es cuando debes irte a la cama. Descansa, mi pequeña Viera, y todas las mañanas guíate por el sol.*

*Nosotros nunca dejaremos de pensar en ti, aunque en este lado del mundo nunca amanezca.*

*Todo mi amor,*

*Mamá*

Tres

El refugio

*Haute-Vienne, Francia, 1939-1942*



Claire Duval recelaba del olvido. Primero su madre, luego su padre y, por último, su marido, todos se refugiaron en una niebla densa de confusión, y cerraron las puertas del pasado. Los tres terminaron por no reconocerla, perdieron el habla, transcurrían entre gestos desorientados; más tarde dejaron de caminar, se acurrucaron como recién nacidos y regresaron a la semilla.

Atesoraba la imagen de su marido, Jerome Oliver, un hombre noble de ojos afables, amante de las plantas exóticas, que había consagrado su vida a los estudios de botánica. Se tornó irascible y violento; la más desoladora vejez lo consumió, lo postró en una cama con el cuerpo lleno de escaras, desintegrándolo. Jerome respondió al dolor con una perenne sonrisa helada que a ella le provocaba escalofríos recordar hasta el día de hoy. No obstante, se obligaba a hacerlo, a memorizar cada detalle, a revivir los instantes luminosos y amargos, a atravesar laberintos. Y a evitar soñar. Claire les temía a los sueños. Eran lo único que se permitía olvidar.

Últimamente sufría pesadillas recurrentes. Despertaba sudorosa y comenzaba a tratar de borrar los imprecisos mensajes del sueño, estaba poniendo en riesgo la vida de su hija. Abría los ojos y amanecía temblando, estremecida por el sobresalto. Todo había comenzado el día en que recibió la carta de Julius Sternberg pidiéndole un favor al que no podía negarse. O, más bien, desde el momento en que aceptó acoger a su mujer, la hija del mejor amigo de su marido en épocas lejanas.

Era su deber cristiano, pensaba y se repetía hasta el cansancio, intentando convencerse de que no estaba cometiendo un error. No podía abandonarla, y

a su vez debía proteger a su hija. Aún recordaba a su marido enviando antiguos libros franceses de botánica a la librería el Jardín de Letras en Berlín, y el intercambio epistolar entre ambos hombres, amantes de las plantas. Tras la muerte del padre de Amanda, Jerome se sumió en la tristeza y poco a poco se dejó vencer por el olvido. La demencia lo fue consumiendo hasta morir, y ella se concentró entonces en la educación de su hija pequeña. Ahora, al socorrer a Amanda, sentía que, a su vez, cumplía con una deuda contraída con su marido.

Al levantarse esa mañana de mayo, aspiró con fuerza el aire cálido de un verano que se aproximaba mientras rezaba en silencio. Cubrió de violetas el vierteaguas de la ventana de la entrada y preparó un vigoroso ramo con flores silvestres: paniculata, espigas, astilbes, lisianthus y lavanda seca. Buscaba una bienvenida para Amanda, a quien solo conocía por breves cartas y amables referencias. Intentaría ayudarla a recuperarse de la angustia del abandono, del dolor de haber enviado a sus dos hijas en un barco lleno de almas en pena a una isla perdida.

Acomodó el ramo en la mesa, abrió la puerta y divisó a lo lejos una sombra vacilante.

—¡Danielle! —llamó a su hija con voz firme. La niña corrió, asustada, hacia ella.

—*Maman*, nunca me dijiste que la señora Sternberg venía con alguien más.

Claire colocó el brazo sobre los hombros de su hija sin responder, y comenzó a acariciarle el cabello.

La primavera estaba en todo su esplendor. Rojos, naranjas, amarillos y verdes se imponían sobre un gris en retirada. La mujer y la niña que se aproximaban con densos abrigos parecían arrastrar consigo el invierno a destiempo.

Danielle, temerosa, abrazó a su madre, y ambas esperaron inmóviles en el

umbral. Amanda se adelantó, sonriendo con timidez, y Claire la ayudó a deshacerse del abrigo polvoriento. Al abrazarla sintió el cuerpo débil, como eviscerado, de aquella mujer de respiración lenta.

—Danielle, esta es la señora Sternberg, Amanda. Y... —vaciló, como esperando una confirmación—, esta niña es su hija.

—Lina —aclaró la recién llegada, mirando al suelo—. Viera viajó sola en el barco.

Las niñas se miraron con curiosidad por algunos segundos, intercambiando sonrisas tímidas. A los pocos segundos, se abrazaron, y Danielle tomó de la mano a Lina y desapareció con ella dentro de la casa.

Amanda se volvió hacia la puerta como quien se pregunta si alguien pudiera haberla seguido. Una breve fantasía la rondó: que su hija se hubiese escapado del barco, lanzándose a las frías aguas del río en Hamburgo, y hubiese nadado hasta la orilla, decidida a no partir.

—Pero Viera no sabe nadar —reflexionó sin aliento.

—El tiempo pasa rápido, ya verás —dijo Claire con serenidad, y la condujo hasta el comedor, inundado del olor dulzón a crema y canela del pastel de bienvenida que había preparado.

—Lo único que puedo hacer es esperar. —Suspiró Amanda, mientras colocaba sobre la mesa las hojas sueltas del libro de botánica—. Viera es más grande. Le di el libro, pero arranqué unas páginas al despedirnos. En estas hojas me comunicaré con ella y, cuando lo complete, nos reencontraremos. —Sonrió con doloroso sarcasmo—. Eso le prometí. ¿Has conocido a alguna madre que no cumpla lo que le promete a su hija?

—Viera va a estar bien —repuso Claire. Se levantó y regresó con un tazón de manzanilla en el que flotaba una flor seca de anís con forma de estrella—. Hiciste lo mejor que pudiste hacer.

Permanecieron en silencio por varios minutos. Paciente, Claire observó los

gestos distantes, la mirada perdida, los constantes suspiros de la mujer a quien acababa de dar refugio.

Amanda no podía ya recordar la travesía de Hamburgo a Haute-Vienne, la espera en el andén, si le había dado de comer a su hija o incluso si habían bebido agua. Su recuerdo más reciente era el silbato del conductor vociferando el nombre del pueblo al que habían llegado.

Claire la guio hasta el que sería su cuarto, al fondo del salón principal. Había llegado a un hogar transitorio con vigas endebladas de madera, paredes corroídas, puertas y ventanas desencajadas. Una casa llena de sombras y destellos de sol que traspasaban rendijas y agujeros. En el cuarto de viejas paredes que lucían un verde demacrado, las sábanas planchadas relucían, impecablemente blancas.

Amanda hizo un intento por sonreír, pero su rostro no la obedeció. Sin lágrimas, sin emociones, ya sola en su nueva habitación, comenzó a sumergirse en su dolor; un dolor físico, palpable, como el de un brazo desgarrado que conserva la memoria de la mano ausente. Tomó una de las hojas del libro de botánica, sin reparar a qué flor pertenecía, e intentó componer una frase al azar en el espacio vacío. Tuvo la sensación de que, en ese instante, su alma se separaba del cuerpo, ascendía y tropezaba contra las vigas de madera, y pudo verse a sí misma inerte, frente a la hoja en blanco, con la pluma en la mano, esperando qué decirle a su hija abandonada.

*Mi pequeña Viera*, dibujó en alemán, la lengua que se había prometido no volver a hablar jamás. ¿Tal vez sería mejor escribir en francés?, pensó. La letra era temblorosa; los rasgos, alargados; las vocales, gruesas y desamparadas. El miedo aparecía allí también. *Solo han pasado horas y mamá te extraña...* Debía orientar a Viera, darle algunas coordenadas para el reencuentro. *Verano de 1939*, alcanzó a escribir, una fecha tan imprecisa como sus pensamientos. Quién sabe cuándo sería capaz de terminar la carta,

que atravesaría Francia y todo un océano para recorrer las calles efervescentes de La Habana. Con la pluma en la mano y la página a pocos centímetros de los ojos, se quedó dormida.

Poco después de medianoche, Claire escuchó unos gemidos intermitentes. En silencio atravesó el salón principal, llegó a oscuras hasta la habitación de Amanda y acercó el oído a la puerta. Comprendió que Amanda cantaba lo que parecía una canción de cuna. *Guten Abend, gut Nacht, mit Rosen bedacht, mit Näglein besteckt, schlupf unter die Deck: Morgen früh, wenn Gott will, wirst du wieder geweckt.* En su precario alemán, Claire descifró «rosas y claveles debajo de la sobrecama» y «si Dios quiere te despertarás de nuevo al amanecer».

Aquella primera carta tardó seis semanas en completarse. Amanda no se permitía errores; las preciadas hojas del libro que había mutilado no podían desperdiciarse. Cada palabra, cada frase, debía ser estudiada. Era imprescindible sentir cómo la recibiría su hija, sola y desorientada. Dudó más de una vez de lo que había escrito, porque quería evitar que Viera la sintiera débil y acongojada. Debía comunicar que era feliz, levantarle el ánimo.

Selló la carta y una noche húmeda de verano la colocó en el buzón rojo cercano a la carretera. Pasaron tres días y dos tormentas antes de que el cartero la recogiera. De allí tal vez la llevaría a Limoges, donde la procesarían hasta enviarla a su destino. Quién sabe si las cartas enviadas al otro lado del Atlántico tendrían que pasar por París. Era ese el tema de sus soliloquios mientras ayudaba a Claire en la cocina o se sentaban juntas a tejer bufandas para el invierno mientras las niñas corrían, se subían a los robles o se dejaban caer sobre las flores ya marchitas del camino.

Algunas noches, Amanda les leía las páginas sueltas y Danielle se

extasiaba con la cadencia del francés y del latín en la voz de aquella señora alemana. Antes del beso de buenas noches, siempre les hablaba de Viera, de lo traviesa que era, de cómo auscultaba los libros antes de leerlos, o de cómo los olfateaba para adivinar lo que contaban.

—Debimos haber traído el estetoscopio de papá —comentó Lina una noche—. Ahora Danielle y yo podríamos jugar con él, como hacíamos Viera y yo.

Al apagar la luz, Amanda se retiraba despacio hacia su habitación y se asombraba de que en esa casa solo hubiera libros de recetas, de plantas medicinales y una biblia, todos escondidos en uno de los estantes superiores de la cocina.

Los domingos iban las cuatro a la misa del padre Marcel, en la iglesia del pueblo. Allí se inició Amanda en las nociones de la culpa, el castigo y el perdón de una religión que no se proponía entender. Solo se dejaba llevar por una liturgia que la entretenía o se conmovía mirando a Lina arrodillada, con las manos unidas, los ojos cerrados y la cabeza inclinada mientras imploraba con fervor infantil a un dios ajeno.

Danielle jugaba a eliminar las huellas del alemán en el acento de Lina. A veces le colocaba un lápiz en la boca; otras, un pedazo de miga de pan debajo de la lengua, o le hacía pronunciar las palabras como si estuviera a punto de lanzar un beso y terminaban ambas riendo a carcajadas. Para los niños del pueblo, por mucho que Lina se esforzara en pronunciar, seguía siendo la alemana, o la alsaciana, o incluso la refugiada amiga de Danielle. Y Amanda se inquietaba menos al saber que nadie la rechazaba por ser «la judía».

Cada viernes, Amanda encendía una vela junto a la ventana a la caída del sol y esperaba a que se pusiera el sol al otro día, para escribirle frases incompletas a Viera. Esa misma noche, una vez por semana, recibían al padre

Marcel, cenaban juntos y dedicaban la sobremesa a intensos debates sobre la terrible sombra que amenazaba Europa.

El padre Marcel, alto y ágil, llevaba el pelo corto, tan corto alrededor de las orejas y en la nuca que podían verse las venas de la cólera que infundía a su discurso. Sus benévolo ojos grises contrastaban con la vehemencia con que desafiaba al mundo sin alzar la voz, con una cadencia gentil que envolvía a Claire y confundía a Amanda. Su fervor, la amargura de sus palabras, su pesimismo sobre lo que se avecinaba sonaban, para quien no entendiera su meticuloso francés, a lirismo trasnochado. Solo en el presbiterio el tono de su voz se intensificaba e inundaba el recinto cada domingo.

—A veces pienso que el mundo está llegando a su fin —repetía el padre con parsimonia—. ¿Será orar lo único que nos quede? La guerra es inminente.

Para Amanda, la guerra ya había comenzado. Las palabras del padre no la inquietaban tanto como a Claire, para quien, después de la muerte de su marido, el padre era la única persona inspiradora de confianza y protección.

—No creo que los alemanes se atrevan a invadir Francia —aventuró una vez.

—Ya lo hicieron en una ocasión y se vieron perdidos. Pero ahora tienen el poderío militar y el apoyo de todo un pueblo ofuscado. —El padre Marcel bajó el tono—. Estamos hablando de Hitler, no de cualquier militar.

—¿Los nazis van a venir hasta aquí? —exclamó Lina, sobresaltada.

—¡Nunca los vamos a dejar entrar! —la animó Danielle.

—No hay guerra todavía —intervino Claire—, así que ahorrémonos las preocupaciones. ¡A terminar con ese plato de sopa, que es lo importante! —exclamó al ver el terror en los ojos de Lina.

—Hay que estar listos, es lo único que quiero decir —insistió el padre antes de continuar cenando.

Amanda escuchaba la discusión en silencio. Para ella, ya los nazis habían aniquilado a su familia y estaba casi convencida de que no habría refugio seguro para su hija.

—Es un huérfano criado por las monjas. Por eso nos ha salido tan «rebelde» —le comentó en voz baja Claire a Amanda, intentando que el padre Marcel no la escuchara—. Por cualquier cosa se asfixia. Tiene la sabiduría de un anciano, pero el ímpetu de la juventud lo altera.

—¿Qué estamos haciendo? Nada. No puedo creer en lo que me he convertido —deliraba el padre, sin esperar respuesta—. Ya no sé ni quién soy. —Movía la cabeza de un lado a otro, suspiraba, dejaba caer la cuchara sobre la mesa, apretaba los labios, enrojecía, cerraba los ojos como si batallara contra sí mismo.

—En ese mismo dilema estamos todos —se atrevió a comentar Amanda, y al instante inclinó la cabeza, temerosa de haber sido indiscreta.

El padre se detuvo y comprendió que estaba inquietando a sus anfitrionas.

—No habrá guerra. Al menos, rezaremos porque no la haya —dijo y selló su vehemente discurso con una cucharada de sopa y clavando los ojos en el desteñido mantel de flores.

Claire se levantó para comenzar a recoger la mesa y, antes de retirarle el plato, le estrechó la mano en un gesto de consuelo. El padre continuó mirando el mantel por unos segundos.

—Voy a ocuparme de inscribir a Lina en la escuela para niñas del pueblo —declaró mirando a Amanda, que agradeció la frase con una sonrisa.

La velada concluyó sin despedidas. Amanda se retiró con las niñas a la habitación y acomodó el sillón entre las dos camas, junto a la pequeña lámpara.

—Mamá nos va a leer las páginas del libro mutilado —dijo Lina,



pronunciando con aire de misterio la última palabra—. Nos va a hablar de flores, y raíces de leguminosas y polemoniáceas...

Claire acompañó al padre hasta el sendero y se detuvo a su lado. No contemplaban la luna, que se escondía tras las nubes; tampoco había estrellas. Miraban ambos la negrura de la noche. El padre tomó la mano cálida y familiar de Claire, y ella se atrevió a apoyar la cabeza en un hombro amigo. Permanecieron así por algunos minutos, hasta que él se desprendió sin hablar de aquella sosegada cercanía y comenzó a andar impetuosamente, como si escapara, hacia la oscuridad.

La posibilidad de ir a la escuela con Danielle llenó a Lina de regocijo. Se prometía seguir practicando su francés hasta que no le quedara ni pizca de acento. Quería ser la más francesa de las francesas, se insistía en voz baja, y deletreaba hasta el hastío las palabras más difíciles.

—No vamos a estar en la misma clase —comentaba Danielle con una madurez asombrosa para sus ocho años, sentada en el último escalón del portal trasero de la casa—. Pero iremos y regresaremos juntas, que es lo más importante.

Una tarde, la conversación fue interrumpida por un torbellino de hojas en el polvo. Del centro emergió un chico.

—Es Remi —explicó Danielle—; como puedes ver, se pasa el tiempo haciendo travesuras.

—Así que ella es la extranjera. —El chico se acercó a Lina, observándola con intensidad, intentando descubrir de dónde venía en realidad. Al comprender que la había intimidado se alejó un poco y dejó caer la pelota raída que llevaba, como protegiéndola, bajo el brazo—. No te asustes, niña. Aquí no nos comemos a nadie.

—¿Seguro? Que yo recuerde tú siempre tienes hambre. —Danielle tomó de la mano a Lina y se abrieron paso por un atajo en dirección al pueblo.

—Espero que esta *Elise* hable algo de francés —insinuó Remi mientras las seguía, las adelantaba, las rodeaba formando un círculo.

—¿*Elise*? Su nombre es Lina, y habla el francés mejor que tú. Recuerda que tu familia vino del norte, así que tú eres aún más extranjero que ella...

—Tiene más cara de *Elise*. ¿No crees?

—No le hagas caso —le dijo Danielle a Lina—. Se pasa todo el tiempo inventándole nombres a todo lo que encuentra.

—¡Vamos al río! —gritó Remi, y se lanzó a correr despavorido, acomodándose el cinturón blanco con hebilla metálica que sostenía un pantalón que en realidad le quedaba ajustado. Las niñas corrieron detrás de él. Durante todo el recorrido, Lina no se atrevió a pronunciar una sola palabra.

El chico las dirigió hacia la entrada del pueblo, por donde cruzaba el tren. Justo en el punto en que los rieles seguían la curva, antes de cruzar el puente, había una roca enorme a cuya sombra se refugiaron.

—El tren debe pasar en media hora —dijo Remi, con las mejillas enrojecidas de correr y el cuello de la camisa empapado en sudor—. Este es un buen lugar para descansar.

Lina lo observaba en silencio, mientras él hacía payasadas, intentando descifrar el bombardeo de frases y chistes que el chico lanzaba a toda velocidad.

—Así lo llevó Giampiero Combi en el mundial, y así lo llevaré siempre yo —explicó con orgullo, al notar la curiosidad de su nueva amiga por el cinturón blanco.

Su familia provenía de Reims, aunque su madre era de la Romaña, una italiana que se enamoró de un francés y dejó a su familia y su país, huyendo del despropósito que se gestaba en el corazón de su ciudad. Al menos, esa era la historia que había escuchado Danielle durante una de las cenas de los viernes con el padre Marcel. Remi nunca aprendió la lengua de su madre, pero sentía pasión por el equipo de fútbol de aquel país que no conocía, «ni pensaba visitar mientras Il Duce estuviera en el poder», repetía, con palabras prestadas de su madre. Cada vez que seguían un partido en la radio, su padre bromeaba: «¿Fanático de la Juventus? Pues seremos enemigos hasta la

tumba»; y la madre, cómplice, le guiñaba un ojo. Remi, apasionado, contestaba que nunca seguiría a un equipo perdedor, y que Francia jamás ganaría un mundial mientras un miembro de la Juventus jugara en el equipo nacional. Italia había ganado el mundial el año anterior, y su fidelidad se mantendría «hasta la muerte». «¡Fascista! Mi único hijo me ha salido fascista!», gritaba el padre, llevándose las manos a la cabeza. «En esta casa no se come más pasta», le ordenaba a su esposa. La madre reía y el hijo se preguntaba por qué el padre lo llamaba así.

—Mi papá dice que va a haber guerra pronto. Si estalla la guerra y los alemanes entran en Francia, en vez de irnos al norte atravesaremos los Pirineos y nos iremos bien al sur, hacia España. Ya tenemos un plan. ¿Y ustedes?

—Si hay guerra y los alemanes entran en París, no creo que haya muchos lugares adonde escapar —sentenció Danielle.

—Nosotros salimos huyendo, pero si cada vez que los nazis se acercan todos nos vamos... ¿Qué va a pasar? —dijo Lina, que se había mantenido en silencio hasta ese momento. Había hablado muy despacio, intentando pronunciar con exactitud cada palabra, lo que la hacía parecer mayor y le otorgaba un aire de infantil superioridad.

Remi, levemente desconcertado, corrió hacia los rieles.

—Se acerca el tren, tenemos que cruzar al otro lado.

A lo lejos, pudieron divisar el primer vagón que se preparaba para vencer la curva. Remi tomó de la mano a Danielle y cruzaron. Lina se quedó rezagada.

—¡Lina! —gritó Danielle—. ¡No te va a dar tiempo a cruzar! ¡Quédate de ese lado!

Remi se cubrió el rostro con las manos. Lina subió al riel, dudó un instante, clavó sus ojos en la locomotora cada vez más cercana y se lanzó. Primero los

brazos, luego la cabeza y el torso. Las piernas quedaron detrás, y al saltar cayó boca abajo sobre una piedra. La vibración de los rieles le sacudía el cuerpo, pero se mantuvo así hasta que el tren desapareció. Danielle creyó ver debajo del tren los pies de la niña que debía proteger; el polvo la cegaba, su grito era una mueca silenciosa. Remi corrió hacia Lina, la ayudó a incorporarse y la abrazó.

—¿Estás bien?

Pero Lina no respondió. Se levantó de un salto; de las rodillas magulladas corría un hilo de sangre.

—Es temeraria la alemanita —comentó Remi, mientras Danielle se recuperaba del susto y corría hasta ella.

Lina echó a andar erguida, ocultando el ardor de la herida. Sabía que para ganarse el respeto de Remi y de las niñas de la escuela no podía llorar. Lo había calculado, no iba a dejarse intimidar por nadie, su acento desaparecería y estaría lista para retar al mundo, incluso a los alemanes si se atrevían a invadir. La huella que la perseguía se borraría de la memoria con el tiempo.

Remi se les tornó inseparable. Jugaban al fútbol y competían entre los tres por el dominio del viejo balón. Era su mascota, y no se desprendía de él ni para dormir; lo llamaba «Combi», como el jugador legendario de la Juventus.

El mundo estaba en guerra. La maestra, cabizbaja, enfrentó a los estudiantes con la noticia que había dejado de ser una sorpresa. Lina y Danielle no se alarmaron demasiado. Vivían en un pueblo olvidado de Francia; era imposible que el ejército alemán estuviera dispuesto a atravesar praderas, montañas y ríos solo para llegar a una plaza insignificante, apenas con dos o tres comercios y una iglesia austera.

Lo cierto es que la dinámica del pueblo cambió, y, durante las cenas de los viernes con el padre Marcel, los silencios prevalecían a las discusiones. Lina y Danielle salían temprano por la mañana, regresaban a almorzar e iban de vuelta a sus clases de la tarde. Al terminar, jugaban con Remi en un huerto abandonado detrás de la iglesia.

En ocasiones, el padre Marcel se unía a los niños y pateaba aquel balón cada vez más escuálido. Los viernes se iban juntos a cenar en casa de Claire. Remi era un nuevo comensal, y al padre Marcel se le hacía insólito que el niño hubiera convencido a Lina y a Danielle a convertirse en fanáticas de aquel equipo de fútbol enemigo que se había consagrado campeón por segunda vez en el mundial más reciente en la propia Francia.

Con la llegada de Remi y el comienzo del curso escolar, la vida en el pueblo se le había hecho más fácil a Lina. Pasaba más tiempo fuera de la casa y le gustaba pensar que lo peor ya había pasado y que podía crecer con una familia en paz, aunque a veces las profesoras hablaban de una ocupación nazi que la desconcertaba. Pero ella tenía a Danielle y a Remi, y con ellos se sentía la niña más afortunada del planeta aunque, antes de dormirse, siempre

extrañara a Viera. ¿Qué más podía pedir? Había venido a un país nuevo y había ganado a dos amigos con los que se sentía protegida. Con ellos era capaz de enfrentar hasta al más poderoso enemigo.

Un viernes, después del partido de fútbol con el padre Marcel, divisaron de lejos al cartero saliendo del café de Madame Bauchene. Sin dudas, se dirigía a casa de Claire.

—¡La carta! —le gritó Danielle a Lina—. ¡Noticias de Viera!

Lina contrajo el ceño, detuvo el paso y se mantuvo a la zaga. Presentía que aquella carta no traería buenas noticias, y tenía la seguridad de que su mamá caería en un nuevo letargo. Ya su padre les había explicado una vez que la vida era como las curvas de los electrocardiogramas, una montaña rusa sin principio ni final. Por primera vez desde su llegada a Francia, Lina comenzó a contar los veloces latidos de su corazón en busca de silencios: uno, dos, tres...

Amanda estaba junto al buzón rojo. Cada tarde, como una centinela, se limitaba a esperar alguna señal de la isla y a escribir frases sin sentido en las hojas del libro mutilado. Se sentía culpable cada vez que comenzaba a difuminarse el rostro de Viera en su memoria. Ya no era capaz de verlo con claridad, de descifrar el tono exacto de sus ojos o recordar cómo iba vestida a solo seis meses de la noche de la despedida. *Demasiado pronto nos alejamos del pasado*, se dijo.

El cartero respiraba con dificultad. Abrió la enorme bolsa en la que solo cargaba un pequeño sobre amarillento lleno de sellos rojos y negros que Amanda tomó en silencio. El cartero bajó la mirada, ella elevó la suya al cielo, cargado de nubes densas.

—Ha comenzado a oscurecer más temprano, tengo que encender una vela —dijo, y caminó a la casa de prisa.

Tal vez debería tratar de comprender mejor la idea cristiana de la ofensa y

el perdón. Tal vez debería confesar todos sus pecados y tratar de redimirlos. Tal vez debería olvidarse de quién era, entregarse a un dios de misericordia y venerar la cruz. Pero no podía, no debía. Por ella, por sus muertos, por sus hijas.

Amanda buscó en el escaparate un vestido perfectamente planchado y se cambió evitando su imagen en el espejo. Se recogió el pelo y se colocó sus pendientes de perlas. Apagó la luz de la habitación, encendió una pequeña vela, agitó sobre ella las manos heladas. Luego comenzó a llorar en un silencio punzante. Observó el sobre a la luz tenue de la vela. Le habían devuelto la carta después que atravesara Francia, el Atlántico y los barrios de La Habana sin dar con el destinatario.

Guardó el sobre en la caja de ébano. Recostada en la ventana, contempló cómo el sol comenzaba a ponerse y oró para aliviar su dolor. Sintió a Lina entrar en la habitación, inclinó el rostro y la recibió con una sonrisa. Debía bendecirla y así lo hizo, la bendijo con un beso en la frente.

—Ve a lavarte las manos antes de cenar —le dijo.

Amanda pidió fortaleza para el camino que aún le tocaba recorrer y decidió que comenzaría otra carta cuando se divisaran las tres estrellas de la noche del sábado. No podía rendirse. Su hija estaba bien, ella lo sabía, y por eso al amanecer le cantarían en silencio solo a ella, durante ese momento único en que se podían comunicar, aunque las cartas nunca llegaran a su destino.



En la escuela habían comenzado los simulacros de bombardeo. Francia había declarado la guerra a Alemania y Lina temía ser vista nuevamente como una enemiga. Ya lo había sido en Berlín, ahora la podrían percibir como al invasor. Solo la tranquilizaba pensar que esta vez era parte de la mayoría. Cerraba los ojos y suplicaba a los dioses del universo que la dejaran en paz, y que le permitieran ser una francesa más en su clase.

Todos debían estar preparados cuando lanzasen la primera bomba, explicaba la maestra sin poder evitar sonar aterrada, no por el inminente ataque, sino por el miedo que pudiera estar inculcando a sus discípulas. Al escuchar la sirena, las niñas debían refugiarse debajo de los pupitres hasta escuchar el aviso de salir al patio. Había que responder con rapidez a las órdenes, no debían pensar ni titubear.

Para las niñas, el enemigo era aún invisible. Vendría del cielo, escondido entre las nubes, y los aplastaría a todos por igual, pensaba Lina. No habría elegidos, ni religión. Todos, sin importar a qué dios adoraran, caerían bajo las garras de una misma fuerza, y no habría poderío en el mundo que pudiera enfrentársele.

—La *drôle de guerre*, en eso estamos —le comentó el padre Marcel a Claire al final de la cena, detenido en el umbral. Amanda los observaba mientras las niñas cavaban en el jardín la tumba de un pajarillo que había caído del nido.

—Seguramente lo derribó un avión alemán —dijo Lina entre dientes.

—La primera víctima de la guerra de broma —la secundó Danielle,

repitiendo la frase del padre Marcel.

—Si seguimos así, los alemanes nos aplastarán como moscas —continuó el padre—. Tenemos un anciano al frente del ejército y los británicos no cruzarán el Canal para defendernos. ¿Por qué lo harían?

—Los alemanes no se atreverán con nosotros. No será fácil tomar París —repuso Claire, intentando parecer segura solo para serenar la furia contenida de su amigo. Al final, no estaba convencida de lo que decía, un temor confuso la desvelaba casi cada noche.

Para Amanda, el mañana se había convertido en un velo borroso. Concentrada en poder reencontrarse con Viera, su habilidad de vislumbrar el futuro se había desvanecido. Ese sábado, al amanecer, tomó decidida otra hoja del libro y comenzó a escribir. La guerra que había dejado atrás en Berlín y esa que ahora la perseguía hasta las praderas de Haute-Vienne no tenían ningún sentido. Pero también sabía que, por mucho que se refugiara, sería descubierta, y humillada una y otra vez, hasta ser aniquilada. Para ella la guerra, la única guerra que importaba, no tenía nada de ficticia.

*Otoño, 1939. Mi pequeña Viera... Aquí los días son cada vez más grises. El sol batalla por salir todas las mañanas, unas veces puede, otras no, y se queda rezagado entre las nubes. En tu isla, estoy segura, aparece siempre, y te ilumina cada mañana...*

Con las lluvias de noviembre el cielo cayó con todo su peso sobre los caminos. El río Vienne parecía ocuparlo todo. Las piedras, los troncos de los árboles, las fachadas y las ventanas se llenaban de musgo. Lina se detenía por horas a observar aquella costra verdosa que se adhería viva sobre cualquier superficie y que cada día se extendía. *Un día, no volverá a entrar la luz en esta casa*, pensaba, e intentaba infructuosamente desprender de las paredes aquel terciopelo húmedo y oscuro.

Una mañana, Claire no salió de su cuarto. La lluvia las tenía desorientadas,

deambulaban en un anochecer perenne. Amanda golpeó con suavidad la puerta de la habitación. Nadie respondió, solo se sentía en la oscuridad la respiración entrecortada de Claire. Al descorrer las cortinas, la luz desganada se la descubrió bañada en sudor, los labios cuarteados, los ojos semiabiertos. Temblaba de fiebre.

Envió a las niñas por toallas mojadas en agua fría, que le acomodó con suavidad en la nuca y en la frente.

—Vas a estar bien —dijo Amanda—. Cómo no nos vamos a enfermar. ¿Así son siempre el otoño y el invierno por aquí?

Lina y Danielle permanecían en la puerta, sin atreverse a entrar.

—Dejemos que descanse —continuó, y salió a preparar una tisana.

Al saber que Claire estaba en cama, el padre Marcel corrió a la casa junto a las niñas. Los olores del eucalipto y las tisanas de caléndula, malva y celidonia lo aturdieron al entrar por primera vez en el recinto privado de su amiga.

—Esta lluvia nos está ablandando —dijo, y tomó asiento junto a la cama.

Tomó las manos de Claire y las besó, temeroso. Ella sonrió e intentó quedarse dormida, no tenía fuerzas para más. Desde su silla, él recorrió cada esquina de la habitación en penumbras. En una foto desvaída reconoció a Claire de blanco, junto a un hombre con cazadora y sombrero de pana. Ambos miraban al frente sin sonreír, con ojos asustados. Tomó entre las manos el rosario de madera y se concentró en la oración.

Al día siguiente, Claire empeoró. La fiebre no cedía, su respiración se hacía cada vez más entrecortada y Amanda pensó que lo mejor sería buscar un médico.

—No —protestó Claire—. Mañana estaré mejor.

Durante seis noches, el padre Marcel oró y veló junto al lecho de Claire. Se retiraba a la medianoche, bajo la lluvia, y regresaba al atardecer del día

siguiente. Se acostumbró de prisa a estar a solas con ella y relatarle detalles de su vida: su infancia con las monjas, el seminario, el descubrimiento temprano de su vocación cuando comprendió que nunca sabría quiénes habían sido sus padres. Tal vez unos adolescentes temerosos que lo abandonaron a la entrada del convento. «Demasiado dramático para ser real», bromeó.

—En una época me sentía desamparado. ¿Cómo puede alguien dejar a un niño a la intemperie? Pero lo entendí, olvidé y perdoné. Quién sabe lo que pasaba por la mente de mi madre. Y ahora tengo una familia inmensa, ¿no?

Una mañana, los colores regresaron al rostro pálido y ajado por la fiebre. El padre Marcel se avergonzó de no sentir regocijo. Si Claire mejoraba, sus visitas volverían a limitarse a las cenas de los viernes y una que otra conversación después de misa, o alguna visita de ella a la abadía con las niñas. Sabía que ya no tendría justificación alguna para visitar a diario la casa, y mucho menos para quedarse a solas con Claire. Ella comprendía su dicotomía.

—Aquí tiene un hogar, padre. Siempre será bienvenido —le declaró sin mirarlo, ruborizada y agradecida.

Esa noche no se despidieron con tisana, sino con café recién hecho y fuera de la habitación. Permanecieron sentados en el salón, admirando el temporal que los mantenía felizmente encarcelados.

La segunda carta devuelta llegó con el invierno. Ya lo sabían cuando vieron acercarse al cartero, cabizbajo. Amanda tomó la misiva y la guardó, también, en la caja de ébano. Estaba convencida de que algún día su hija las leería todas y descubriría que ella siempre había estado a su lado. Eso era lo más importante. Esperaría que llegara el año nuevo; no tenía sentido mandar otra en una época en la que con seguridad se extraviaría entre postales y regalos navideños. Tenía esperanzas de que, durante los primeros días de enero, las distancias se acortaran, que algún empleado de correos de la isla se compadeciera de su insistencia y encontrara al final a su hija, que ya debía de hablar el español como una nativa. O tal vez sería mejor comenzar a escribir en la primavera, con el renacer de las flores. Estaba resignada al paso del tiempo, pero no al olvido.

Con la llegada de la nueva década, la guerra aún se percibía silenciosa. Ni un solo enfrentamiento en un campo de batalla, ni una explosión, ni un invasor, ni un acto de defensa. Barcos contra barcos en el medio del Atlántico, lejos del continente. En la ciudad, escasas octavillas caían del cielo sobre los tejados y las plazas como copos delicados. Aquel era el acto más osado de un pueblo dispuesto a rendirse de rodillas ante el enemigo, decía el padre Marcel. Claire, por su parte, estaba convencida de que el ataque era inminente, que los días de paz se esfumaban. Amanda intuía también que su refugio estaba a punto de desaparecer.

A mediados de la primavera, con los tulipanes en todo su esplendor, los Países Bajos cayeron como naipes. Un mes más tarde, los alemanes traspasaron la frontera más endeble y entraron en Francia. Dos meses después, el 14 de junio de 1940, París, la gran dama, se rendía a sus pies.

—Nadie puede con los alemanes —decía Amanda—. Es un horror, pero es la realidad. Dominarán al mundo.

—No creo que veamos a un nazi por estos alrededores. Aquí no vendrán a izar la bandera con la esvástica —aventuraba Claire, sin conseguir del todo que sus propias palabras la persuadieran.

Amanda se estremecía. Si abandonaba la casa de Claire, si se iba al sur y cruzaba los Pirineos, Viera no sabría cómo encontrarla. Aún debía esperar un poco más para tomar una decisión.

En la radio escucharon, ensombrecidos, la voz del general francés desde su exilio en Londres.

—Pase lo que pase, la llama de la resistencia no debe apagarse, ni se apagará.

A Amanda le tomó todo un año terminar la siguiente carta, consciente de que nunca llegaría a su destino. Al menos, no mientras ella estuviera viva. Pero debía escribir.

*Invierno, 1940. Mi pequeña Viera: La oscuridad llegó a nosotros. ¿Ves? Qué bien hice en dejarte ir, aunque mi corazón sufra cada hora de cada día. Solo Dios es testigo de la fuerza que tuve que acumular para abandonarte. Solo Él pudo darme la resistencia para tomar de la mano a tu hermana y continuar de espaldas a ti.*

Por primera vez escribía sobre el abandono y lo hizo con decisión. Había alcanzado también el momento de enfrentarse a sí misma, dispuesta a asumir su posible error. Ahora debería encontrar aún más fuerza para salvar a Lina.

Y comenzó sosegadamente a diseñar su plan, estudiando todas las posibles variantes. Tenía un proyecto y no podía dejarse vencer.

El cambio fue evidente para Claire, que no conseguía entender cómo Amanda podía mostrarse tan apacible, incluso feliz. Se había iluminado. Era más cariñosa con las niñas y sus silencios durante la cena se convirtieron en animadas charlas.

Comenzó a referirse a su amiga como *Maman Claire*. «A ver, Lina, ayuda a *Maman Claire*.» «Corre, que *Maman Claire* te necesita.» «Acompaña a *Maman Claire* al mercado.» Había dado inicio a una suerte de transferencia. Desde entonces, Claire fue, para Lina, *Maman Claire*. Ahora, cada vez que su hija le pedía permiso para irse al río con Danielle o Remi, o quedarse en el pueblo después de las clases, le exigía que se dirigiera a *Maman Claire*. Poco tiempo después, hasta el padre Marcel comenzó a llamarla así: *Maman Claire*.

Al año siguiente, 1941, y aunque aún no habían visto a ninguno en los alrededores, ya se comentaba que los nazis se habían asentado en Limoges, a unos veinte kilómetros del pueblo. Los titulares de los periódicos comenzaron a promover los nuevos estatutos para los judíos, firmados por el gobierno francés, que se disponían a «arianizar» los negocios israelitas y prohibir a los judíos trabajar en los periódicos, en el teatro, en la radio. La historia se repetía para Amanda, pero esta vez la tomaba con indolencia. No había nada que hacer.

Claire se había hecho cargo de las noches y se dedicaba a contarles historias fantásticas a las niñas para distraerlas de la guerra invisible.

Cuando Lina se dormía, Danielle le hacía preguntas a Claire sobre su padre.

—Tú eras la niña de sus ojos —respondía Claire con nostalgia, mientras se detenía a contemplar por unos segundos la fotografía de su boda y suspiraba

—. Gracias a Dios tu padre ya no está con nosotros, Danielle. No hubiera sobrevivido al ver en qué han convertido a Francia. Un hombre que dedicó toda su vida a su país...



Una mañana del verano de 1942 tocó a la puerta el cartero, escoltado por un policía y un funcionario de la alcaldía de Limoges.

Claire los recibió, atenta y temerosa, con Amanda a su lado. Con ellos entró en la casa una ráfaga helada, y las niñas corrieron a esconderse al desván. El cartero señaló con un dedo tembloroso a una de las mujeres. En sus gestos había miedo, pero en sus ojos titilaba el alivio de la denuncia.

—Ella es Amanda Sternberg —afirmó.

—Documentos —requirió con sequedad el policía uniformado. Era la ley, y había que cumplirla aunque viniera del enemigo. A fin de cuentas, para nadie estaba claro quién era el enemigo.

Amanda se retiró a su habitación y de regreso, con parsimonia, le extendió al policía sus documentos y los de su hija.

El hombre anotó despacio los nombres, las fechas de nacimiento y escribió al margen la fecha, 16 de julio de 1942, y la palabra *JUIFS* en letras mayúsculas. Revisó lo que había plasmado en el papel, orgulloso de su hermosa caligrafía, y la alejó de sí para que el cartero también la apreciara.

—Es un simple procedimiento —aclaró, incómodo, el funcionario de la alcaldía—. Necesitamos tener actualizado el registro de los judíos de la zona, como requiere la ley.

Ante la mirada severa de ambas mujeres, los tres se retiraron de espaldas, y partieron sin despedirse.

A partir de aquel momento, Amanda y su hija quedaban expuestas,

sometidas a la voluntad de la policía francesa, que, según el padre Marcel, cada día era más cobarde y sumisa.

*Las cartas. Nos delataron las cartas.* La idea le martilleaba a Amanda en las sienas. La perseverancia en encontrar a Viera ponía ahora a Lina en peligro. Un té caliente las mantuvo en silencio mientras intentaban encontrar alguna idea reconfortante, alguna frase esperanzadora. Los ojos de Claire brillaban de rabia y terror, el destino de Amanda y Lina a merced de una ley firmada por los franceses para complacer a los alemanes, un estatuto que les concedía la esperanza de sobrevivir a cambio de denunciar a los indeseables de siempre.

*No hay escapatoria. Nadie puede reescribir su destino,* se dijo Amanda. Vivía protegida por un cura de pueblo y una mujer que había hecho peligrar la vida de su propia hija por refugiarlas a ella y a Lina.

El padre Marcel llegó alarmado. Acababan de llevarse a un campo de trabajo en las afueras a los pocos españoles que vivían en el pueblo, a los gaullistas, a los «indeseables».

—Puedo preparar una fe de bautismo para Lina y enviarla al convento donde crecí —propuso, atropellando las frases—. Aquí no está segura ninguna de las dos, pero al menos podemos garantizar que no se lleven a Lina. Se habla de redadas en París. Con la ayuda del gobierno de Vichy, los alemanes han llenado el país de campos de trabajo.

Amanda lo escuchaba en silencio, con los ojos entrecerrados, impasible. Fuera, los niños corrían divertidos tras el balón de Remi.

—Lo mejor será hablar con el padre Augusto en la abadía, estoy convencido de que él nos puede ayudar. Ya este no es más un refugio seguro para ustedes —insistió el padre.

—No hay refugio seguro. No podemos huir toda la vida.

—Amanda, con la ayuda del abad podremos salvar a Lina —dijo Claire—.

Es un anciano, pero estoy segura de que si el padre Marcel se lo pide no se negará. Con la fe de bautismo...

—No voy a abandonar a mi hija —intervino Amanda con voz grave—. Ya lo hice una vez, no voy a hacerlo de nuevo. Tiene solo siete años.

Bebieron vino sentados alrededor de la mesa y Claire estrechó las manos de Amanda, que se dejó consolar, resignada, mientras el padre Marcel bebía en silencio hasta que dejó caer el puño sobre la mesa dos veces, se levantó y suspiró.

—Vamos a encontrar una solución. Por ahora, creo que lo más prudente es que Lina no vaya a la escuela.

Protegidas por la luz de una vela en el pequeño desván, las niñas se refugiaban detrás de barriles de madera. Habían construido una casa de campaña con mantas abandonadas y rastrillos oxidados.

—Aquí no nos van a encontrar —decía Danielle, ilusionada—. Desde hoy serás Elise, así todos pensarán que eres francesa como nosotras. Tal vez *Maman* te pueda adoptar, y así seríamos oficialmente hermanas de verdad. ¿Quién podría dudarlo? Te pareces más a ella que yo.

Lina se mantenía en silencio, con los ojos fijos en la confusa luz de la vela. Cuando se quedaron a oscuras, ambas dormían abrazadas.

Fue difícil convencer a Lina, pero Amanda decidió que no acompañarían a Danielle y Claire a la misa del domingo. El sermón del padre Marcel comenzó con historias de príncipes y filisteos, hijas entregadas y traiciones. Nadie entendía bien por dónde quería conducirlos con aquellos desvaríos bíblicos. No había alusión a la guerra, al París rendido a los alemanes, todo giraba en torno a la culpa y la traición, la ignominia y el deber. Al final, mirando con intensidad a sus feligreses, el padre Marcel les leyó pausadamente un salmo: «Porque no es un enemigo el que me reprocha, si así fuera, podría soportarlo; ni es uno que me odia el que se ha alzado contra mí, si así fuera, podría ocultarme de él; si no tú, que eres mi igual, mi compañero, mi íntimo amigo...»

Un inquietante murmullo estremeció la iglesia, y en algunos rostros se vieron correr lágrimas. Claire se postró de rodillas y comenzó a orar, mientras que Danielle y Remi fueron a encontrarse con Lina.

El padre se encerró en la sacristía y estuvo por largo tiempo recorriéndola de un extremo a otro, con los brazos entrelazados a la espalda, rumiando su ansiedad. Al salir tropezó con el cartero, que, al parecer, lo había estado esperando. El padre siguió de largo, sin intención de detenerse. No podía improvisar otro sermón, tampoco tenía intenciones de hostigar a aquel hombre consumido por su propia cobardía. Debía concentrarse en algo más importante: encontrar un refugio nuevo para Amanda y Lina.

—Hice lo que me ordenaron, padre —estalló el cartero, corriendo tras él—. No podía escabullirme.

—¿Qué quieres que te diga, que reces diez padrenuestros? Pues a rezar, si crees que eso va a despejar tus obras.

—Decretaron que había que actualizar el registro en la alcaldía. Lo único que dije es que ahí vivía una extranjera. No sabía que era judía.

»Nos dieron órdenes de localizar a los *étrangers indésirables*.

—¿Y cuál es la diferencia?

—No podemos esconder judíos, usted lo sabe, padre. Ellos están en contra nuestra.

—¿Ellos? —Iba a decir algo más, pero no valía la pena—. Creo que es mejor que te vayas. Tengo cosas importantes que resolver.

—Es que, si no los sacamos, si no colaboramos, los alemanes lanzarán toda su furia contra nosotros, padre. Y yo tengo familia...

—Esa furia ya está sobre nosotros. Nos tienen arrodillados —dijo—. Pero, bueno, cada uno sabrá lo que hace. —Dio media vuelta y salió caminando de prisa a la plaza, en dirección a la abadía.

El cartero permaneció inmóvil. Pensó en regresar al altar, inclinarse y pedir perdón, pero prefirió asegurarse de haber hecho lo correcto. «Las leyes hay que cumplirlas —repitió frente a la imagen de Jesús crucificado—. Es lo único que podemos hacer. Tú lo sabes mejor que nosotros. A ti también te

traicionaron, ¿y tú qué hiciste? Nada. —Mojó el índice en la pila bautismal y se persignó, encogiéndose de hombros—. Un cura no va a venir a decirme lo que está bien o está mal. Ni él ni nadie están por encima de la ley.»

Mientras atravesaba la plaza, el padre Marcel reflexionaba en el incidente del cartero. *El hedor del miedo contamina, todo el que tenga contacto con él se hace vulnerable y, una vez que alguien se adentra en ese camino, es imposible salir. El hedor de la infamia es aún más repugnante, nadie piensa, nadie reacciona. Y Dios solo observa,* meditaba el padre, analizando su propia negativa a razonar con el delator.

El episodio dio inicio a una vigilia permanente. Estaba atento a cada movimiento en el pueblo. Cualquiera podía seguir el ejemplo del cartero; aquellos que una vez comulgaron con él podían convertirse en delatores, porque había llegado la hora de traicionar al vecino para salvarse. Entró en el Hotel Beaubreuil a comprar un periódico. Leía los titulares, intentaba mantenerse informado, pero solo tenía acceso a noticias de las que desconfiaba. Pronto se llevarían a todos los indeseables, no tenía dudas. Pasaba las noches sin dormir, intentando reivindicar a sus feligreses al constatar cada pequeño gesto de bondad. Llegó incluso a dudar de su vocación, y el horror le provocó un dolor físico. Sería más útil si se uniera a la resistencia, si se fuera a las montañas. Pero era un simple cura, apenas preparado para arengar y perdonar en el nombre de Dios.

«Primero se llevarán a los indeseables. Cuando ya no quede ni uno en Francia, seremos nosotros mismos los próximos en salir del juego», se repetía en voz baja.

La presencia alemana en Limoges hizo que los pueblos de los alrededores se sintieran desvalidos. Había llegado la hora de comenzar el éxodo. Por muy insignificantes que fueran sus granjas, por muy pequeñas que fueran las plazas, por muy alejados que estuvieran de las grandes urbes, la ocupación era un hecho y todos temían sus efectos.

Los que habían llegado al pueblo desde el norte o de París, continuaban al sur en busca de refugio. Los pueblos se vaciaban, los caminos se abarrotaban. Para Claire, la guerra apenas comenzaba. Para Amanda, estaba llegando a su final, porque no era posible sostener una batalla por más de tres años. Su esperanza estaba en el tiempo, la cura de todos sus males. Pero ¿cuánto más tendría que esperar?

Los días se alargaban para Lina desde que le prohibieran ir a la escuela. Danielle y Remi le contaban que en cualquier momento podía caer una bomba sobre ellos, y que las maestras les habían enseñado cómo protegerse a través de un simulacro ridículo en el que los niños participaron entusiastas, como en un juego.

Los días se hacían más inciertos, la meta era llegar al atardecer. Lina no creía que de noche pudieran aparecer los guardias franceses o alemanes a retirarlas, que era la palabra que Amanda usaba cada vez que Claire o el padre mencionaban las redadas en los pueblos vecinos.

—Si llegaran a retirarnos de noche... —comentaba un día, cuando vio entrar a Lina y Danielle, con los ojos desorbitados y los zapatos cubiertos de fango.

—Los vimos —estalló Lina, tratando de recuperar el aliento.

—Cruzaron el puente en dirección a Limoges —aclaró Danielle.

—Pues en Limoges se quedarán. Allá tienen más cosas que hacer —repuso Claire, restándole importancia al anuncio de las niñas. Fue hasta la cocina y allí permaneció, cabizbaja. Amanda la siguió, y al llegar frente a ella la miró largamente. La hora se acercaba.

Al ponerse el sol, Amanda encendió sus velas de los viernes. Estaba segura de que el padre llegaría a la cena con las peores noticias, y ya había tomado una decisión. Se retiró a su cuarto, preparó de prisa una maleta para ella y para Lina, y llamó a Claire con un gesto.

Por algunos minutos, permanecieron sentadas en silencio al borde de la cama. Un haz de luz que entró por la ventana las sorprendió y Claire fijó los ojos con aprensión en la caja de ébano que Amanda tenía sobre el regazo. En la penumbra, aquel rostro perdía la suavidad de sus líneas para hacerse severo, imponente.

—Lo único que puede mantenerme unida a mi hija está aquí dentro, Claire. ¿Te imaginas que algo tan grande pueda caber en un espacio tan pequeño?

No había respuestas para aquella pregunta. El corazón de Claire se agitó.

—De un momento a otro van a llegar, lo sé —continuó Amanda—. Nos llevarán quién sabe adónde. Aquí está lo máspreciado que tengo. Algún día mi hija sabrá de nosotras, algún día comprenderá que no la abandoné.

La voz se le quebró, la última palabra sonó como un gemido. Un gemido seco, sin lágrimas.

—Todo tiene un fin, y sé que la guerra terminará y la vida seguirá su curso, pero no para mí. A nosotros se nos ha hecho un poco tarde.

Claire no pudo evitar sentirse culpable, herida, desesperada. En silencio, pidió a Dios que la ayudara a buscar un camino para salvar a su amiga.

—Prométeme que estas cartas llegarán a Viera; prométemelo, Claire. Es lo



único que te pido.

Claire intentó un abrazo, pero sintió la rigidez de Amanda, cuyo cuerpo se negaba a recibir compasión. Al separarse, Amanda se dirigió a la ventana. Allí, se iluminó con una vela y tomó una de las hojas del libro. En voz alta leyó el nombre que encabezaba la página marchita, *Matthiola incana*, y admiró el delicado púrpura de los pétalos, su perenne belleza.

Repentinamente comenzó a faltarle el aire, como si la flor absorbiera todo el oxígeno de la habitación, y dejó caer la hoja en busca de una ráfaga de aire salvador. Una carta no resolvería nada, debía poner fin a aquella farsa que no la llevaría a ninguna parte.

Comenzó a escribir y esa vez las palabras brotaban con furia, sin pausas. Apagó con los dedos la llama de la vela a punto de extinguirse y prosiguió escribiendo a oscuras. La luz de la ventana solo iluminaba los filamentos de perla de la pequeña caja, aún en manos de Claire.

Amanda se detuvo de repente. Tomó la hoja, la hizo desaparecer en su puño y la arrojó a una esquina de la habitación. Se levantó y, sin mirar a Claire, caminó hasta el comedor, rígida como un autómatas.

Claire, angustiada, se precipitó a rescatar la hoja estrujada. La estiró contra su pecho, acariciándola. Abrió la caja para guardarla con el resto de las cartas devueltas.

—Tenemos que irnos. No nos queda mucho tiempo —las apremió el padre mientras se acercaba a la mesa.

Por primera vez se incluía. Y no mencionaba la fe de bautismo para Lina, ni hablaba de enviarla a un convento, o de que Amanda cruzara la frontera con España, o de que Claire y Danielle se fueran lo más al sur que pudieran. En esa ocasión, él encabezaba la partida. Era lo único que hacía sentir segura a Claire, solo así se arriesgaría a escapar.

Amanda se mantuvo alejada de aquellos nuevos planes de huida. Pensó

que estaba pagando la culpa de haber traicionado a su marido al no enviar a Lina para Cuba junto a Viera. Ambas estarían ahora a salvo. Pero el daño estaba hecho y era irreparable. No había escapatoria posible.

Esa noche, Lina durmió junto a ella en la cama angosta. No hubo cuentos, ni lecturas sobre plantas exóticas, ni nombres en latín. Amanda pensó en Hilde y recorrió en silencio los infinitos caminos que podrían haber transitado: si hubiese enviado a las dos niñas juntas, si las tres se hubiesen ido a París. Demasiadas posibilidades.

Con los ojos cerrados, Amanda intentó buscar a Hilde en su memoria. *Mi querida amiga, los nazis han llegado también a la ciudad más hermosa del mundo, en la que soñabas vivir con las niñas. París. ¿Te imaginas? Hubiésemos sido tan felices... Pero la felicidad, al final, es solo un instante, un delirio. Viera, en una isla lejana; Lina y yo desamparadas, y tú, ¿dónde estás? ¿Berlín, París? ¿O acaso decidiste refugiarte con tus padres al sur, bien al sur? No pertenecemos a ninguna parte, no tenemos raíces. Nunca las tendremos. Ahora necesitaría tu mano para que me diera fuerzas para tomar una decisión. Una decisión de la que, estoy segura, también me arrepentiré. Esa es mi condena, arrepentirme siempre.*

Escuchándose a sí misma, pensó enviarle a su amiga una carta que nunca escribió, y se durmió profundamente.

Todas las mañanas, Amanda se levantaba como si fuera la última. Tomaba un baño de agua caliente, se cepillaba la piel, se recogía el pelo. Dejaba la maleta lista detrás de la puerta de la habitación y revisaba que sobre la mesa estuviesen en la posición justa la pluma, la tinta, una vela y la hoja del libro mutilado, dispuestos para la última carta a Viera, cuyo encabezamiento ya había escrito: *Verano, 1942*. Se detenía por un instante ante el dibujo y leía con la cadencia de un rezo el texto en latín que describía aquella flor, la corola de cinco pétalos azules y el centro rojo, como una herida. *Anagallis caerulea*, pronunciaba, y se sentaba en el portal a la espera de que aparecieran a buscarla. Nadie en la casa se atrevía a alterar su rutina silenciosa y calculada. A veces entraba en la habitación y orientaba la hoja del libro mutilado en una posición precisa, se cercioraba de que cada objeto necesario estuviese en su lugar. Tal vez nunca escribiría esa carta, tal vez fuera esa, la página de la flor, su despedida.

Con los primeros rayos del sol, Lina sintió un impacto en el cristal de la ventana. Al abrir los ojos divisó a Remi fuera. Danielle corrió a la ventana, envuelta en una manta. Sabían que Remi dormía poco, pero esa visita tan temprana no era una buena señal.

Al abrir la ventana permanecieron calladas, esperando que Remi se explicara. Además, llevaba bajo el abrigo sus mejores galas: la camiseta de la Juventus y el cinturón con la hebilla dorada.

—Hoy es mi último día —les dijo, con los labios contraídos y los ojos inundados.

Las desconcertaba verlo llorar, y no sabían cómo consolarlo. Nerviosas, se aprestaron y los tres salieron juntos por el camino trasero de la casa, hacia el río.

*Debimos haber estado preparadas*, pensó Danielle. Sabía que sus padres se llevarían a Remi, el día menos pensado, a atravesar los Pirineos con la ayuda de un español republicano y quién sabe si también seguidor de la Juventus. Remi les había prometido a sus padres que ni en sueños revelaría que huirían al anochecer del sábado. «El fascismo es una plaga, es contagiosa», repetía su padre, y se daba golpes contra las paredes. Un día más con los nazis y se volvería loco, si es que no lo estaba ya.

En el camino al río, el chico no encontraba cómo despedirse. Se detenía en cada esquina, tomaba una piedra en sus manos y la lanzaba lejos, arrancaba una hoja, la palpaba, la olía, como si no se estuviera despidiendo de sus amigas y del pueblo, sino de su infancia.

—¿Saben lo que me gustaría hacer ahora mismo? —dijo al llegar al río—. Gritar bien alto. Gritar para que me oiga todo el mundo; hasta Dios, si es que tiene oídos, si es que en realidad nos escucha.

—Grita, si te hace bien —le respondió Danielle.

—Odio a los nazis —farfulló Remi.

Las niñas comenzaron a reír.

—¡Odio a los nazis! —dijo Lina un poco más alto.

—¡Odio a los nazis! —gritó con fuerza Danielle.

Los tres repetían la frase al mismo tiempo cuando los sorprendió el paso de una carreta cargada de cajas, maletas y dos ovejas que chillaban. El hombre que la guiaba les sonrió y se sumó a la protesta.

—¡Odio a los nazis!

La complicidad de los gritos los animó un poco. Al ver una anguila pasar, corrieron detrás de ella por la ladera del río en dirección a la frontera entre el

Haute-Vienne y La Creuse. Los aullidos de un animal los detuvieron. *Es un perro*, pensó Lina.

—¡Se está ahogando! —exclamó.

Remi se acercó al animal agonizante. Tenía medio cuerpo fuera del agua, cubierto de lodo, y las dos patas traseras, ensangrentadas y sumergidas, devoradas con lentitud por pequeños peces. Lina, cautelosa, fijó sus ojos en los del animal, que ya no reaccionaba ante la presencia de ellos. Respiraba con dificultad y una espuma amarillenta le cubría el hocico.

—Debe haber rodado desde la pradera. Es muy pequeño para saber nadar y el agua está muy fría. —La voz de Remi tenía la cadencia necesaria para calmar al animal moribundo. Se le acercó con cuidado y, cuando intentó agarrarlo por las patas delanteras para sacarlo del agua, el perro lanzó un gruñido defensivo y mostró los colmillos—. Sabe Dios cuánto tiempo lleva aquí.

Lina comenzó a acariciarle la cabeza y el animal bajó la guardia. Otro gruñido más, esta vez un poco más débil, y Remi logró sacarlo del agua y acomodarlo en la hierba. Cerró los ojos y continuó respirando con dificultad. Tenía las patas deshechas.

—Se va a recuperar —aventuró Remi, dubitativo.

Se sentaron alrededor del perro, acariciándolo, a la espera de que mostrara signos de recuperación o de que muriera. No podían dejarlo solo. Permanecieron callados, viendo cómo el animal dejaba poco a poco de respirar, cómo el cuerpo se estremecía en los últimos estertores.

Por primera vez se enfrentaban a la muerte. Fijaron los ojos en el agitado pecho que buscaba aliento. Los silencios se hicieron cada vez más distantes, hasta que dejó de moverse.

—Era su destino —decretó Remi con lágrimas en los ojos. Danielle abrazó a Lina y la consoló, acariciándole el cabello.

—Todo va a estar bien —dijo Lina sin saber por qué. Quién era ella para asegurar que no terminarían ellos también como el perro, agonizando junto al río, pensó.

Remi, al ver el desconsuelo de Lina, colocó una mano sobre su hombro.

—Vamos, Elise, el mundo no va a acabarse hoy. Mira, te regalo a Combi, ¡pero tendrás que cuidarlo!

Lina comenzó a sonreír. Si su amigo la llamaba Elise, todo iba a estar bien, aunque Danielle protestara.

—¿Qué dices, Remi? Combi es tuyo. Y nosotras no vamos a jugar al fútbol sin ti...

Pero Lina ya se aferraba el balón con los ojos cerrados.

—Ya no lo necesito. Compraré uno nuevo. ¡Cuídenlo mucho! Él pertenece a este lugar, junto a ti y a Danielle...

Apesadumbrados, se incorporaron al camino. Se detuvieron, observaron desde su altura el cuerpo sin vida del perro y se unieron en un largo abrazo. Remi miró al cielo.

—Las nubes están bajas. Si llueve, no podremos irnos, y tal vez me quede un día más con ustedes.

Regresaron a casa con el viento en contra. Esa noche no llovió.

La humedad era aún persistente, ya el día estaba llegando a su fin y Amanda seguía sentada frente a la hoja en blanco. Danielle estaba en su habitación y Lina ayudaba a Claire en la cocina cuando tocaron a la puerta.

—Debe de ser Remi —gritó Lina con la intención de abrir cuando Claire la detuvo y se adelantó hacia la puerta seguida por la niña. Antes de abrir, Claire se inclinó hacia ella y le dijo al oído:

—Toda esta pesadilla va a pasar algún día y nos olvidaremos de ella. — Abrazó a Lina, que la miró sin comprender—. Ayuda a tu madre. Sé fuerte.

Otro golpe seco en la puerta la obligó a recomponerse. Abrió. En el portal estaba, hecho realidad, el vaticinio de Amanda. Un soldado alemán, de uniforme negro, escoltado por dos gendarmes franceses. Fuera, un auto y un camión con las insignias militares alemanas y las luces apagadas.

—Madame Duval, buenas noches —saludó el soldado en francés.

Los ojos verdes del alemán la escrutaban; sonreía con una amabilidad que le provocó un escalofrío.

Lina apretó la mano de Claire.

—*Maman* —suplicó.

El oficial se acercó al rostro de la niña.

—Eres tan bella como tu madre. ¿Lo sabes? —Se levantó y se dirigió a Claire—. Frau Sternberg y su hija tienen que acompañarnos.

Amanda entró en el salón con su maleta, seguida por Danielle.

—¿Adónde se las llevan a estas horas de la noche?

—No se preocupe, Madame Duval. Van a donde deben estar todos ellos.

—Sonrió el gendarme francés, mientras le abría paso a Amanda.

—Sígueme —ordenó el oficial, dirigiéndose a Amanda en alemán.

Amanda abrazó a Danielle, que comenzó a llorar y se negaba a dejarla ir.

—¡Lina! —gritó Danielle. El oficial fijó los ojos extrañados en ella.

—No podemos perder más tiempo. Las dos al camión —continuó en alemán.

Amanda tomó las manos de Claire y sonrió. Danielle estaba paralizada, observando a Lina.

—Estoy lista desde hace tiempo —aclaró Amanda—. No hay que llorar. — Se acercó al oído de Claire, para que nadie más la escuchara, y musitó algo que impacientó al soldado. Después le extendió la mano a Lina y salieron al portal. El oficial, sorprendido, comprendió que se había equivocado. Miró con desprecio a Danielle, como para inculparla de su error.

Lina siguió a su madre, sin preguntar, sin despedirse, sin mirar atrás. Su corazón comenzó a saltar incontrolablemente, casi hasta el punto de no poder respirar. No había tiempo para contar los latidos, podía desorientarse, y tenía que mantenerse concentrada para comprender cuál sería la escapatoria, cuál era el plan que su madre tenía preparado.

Quizás Claire correría hacia ella y no permitiría que se la llevaran. Estaba lista para escuchar los gritos de Danielle y huir al escondite perfecto, donde ni el alemán, los gendarmes franceses, el cartero ni nadie podrían encontrarlas.

*Dios es una sombra, Dios está dormido, Dios no nos puede ver, Dios nos desampara, Dios no nos quiere,* se repetía en una letanía sin sentido.

Silencio. El motor del camión rompió la calma y las luces la cegaron. Caminaba ahora de la mano de su madre sin saber qué pisaba ni hacia dónde se dirigía. Iba a ciegas, con la garganta seca, por un camino que conocía de memoria, piedra por piedra, y que ahora le resultaba extraño.



*Ay, Remi, por qué no me fui contigo, por qué no me llevaste a cruzar juntos los Pirineos. Ay, mamá, todo sería distinto si aquella noche hubiera subido al barco con Viera. Ay, mamá, por qué no nos fuimos con Hilde a París...*

Lina comenzó a temblar, alucinada, y sintió como si el corazón bombeara más sangre de la que su diminuto cuerpo podía tolerar. Ya no sintió frío, sino todo lo contrario, un aire cálido la envolvió. *¿Papá?*, gritó en silencio.

*¿Y si rezaba? Tal vez el otro dios, el que promete la salvación, la escuchase. Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre... ¿Ves? Nadie nos escucha. Dios no existe. Nunca existió. Al menos no para nosotros. ¿Dónde está el padre Marcel? ¡A la abadía, corramos a la abadía!*

El cielo estaba tan bajo que parecía querer golpearlas de un momento a otro. Un torbellino removió las hojas del camino y Lina pudo escuchar el gemido del viento.

*Es una señal, debemos escapar. Nadie nos va a descubrir. Vamos, mamá. ¡La tormenta es nuestra señal!*

—Frau Sternberg, ¿me permite los documentos suyos y de su hija?

*¿Ves, mamá? Va a dejar que nos quedemos. No venía por nosotras. Fue un error. ¿Qué mal hemos hecho? ¿Por qué tenemos que huir de todas partes?*

El oficial dudaba aún de la identidad de la niña. ¿Cómo pudo haberse equivocado? Hojeó con desconfianza los documentos. Lina bajó la cabeza; no quería que el oficial la viera llorar. Sintió que flotaba y que dejaba a todos detrás, bien lejos. Cerró los ojos con todas sus fuerzas y a su lado vio a sus padres, a Hilde, a Viera, incluso a Remi con su Combi.

—No voy a hacerte daño, déjame ayudarte —le dijo el oficial, convencido de que su alemán sería perfecto, pero la niña continuaba ensimismada.

*Papá, pronto vamos a estar contigo. No te vayas, espéranos. Mamá te necesita y yo también. Ahora sí estamos solas.*

El viento creó una neblina de polvo contra los faroles del camión. El chofer oprimió el acelerador para mantenerlo encendido. El oficial caminó al lado de la niña con la esperanza de escucharla, de confirmar que era la judía alemana. Pero Lina permanecía sin reaccionar, caminaba por inercia. Hasta que tropezó con una piedra y cayó. Entonces se acurrucó como una recién nacida en la hierba húmeda, a la espera de alguien fuerte y valiente que la protegiera.

En medio de la oscuridad, entre la niebla y el polvo, Lina sintió como un gigante de brazos musculosos y cálidos la elevaba hasta casi tocar las nubes con su rostro. *Estoy a salvo*. Abrazó al gigante, se le refugió entre el cuello y el hombro y con una mano tanteó sus latidos. Reconoció la colonia de afeitar de su padre y sonrió con placidez. *Mi Lina*, escuchó y recuperó las esperanzas.

—Sabía que no me ibas a abandonar, papá —dijo en alemán, y se rindió al instante.

El oficial sonrió satisfecho, había conseguido lo que buscaba y la subió al camión.

—¡Mamá! —gritó, y un bebé comenzó a llorar. No sabía de dónde provenía el llanto. No podía definir cuántas personas más estaban en el camión.

Amanda alzó la maleta y la dejó caer. El oficial la ayudó a subir al camión y con una linterna las ayudó a buscar un espacio.

—Allá, al fondo, pueden sentarse al lado de la anciana —dijo, y cerró la compuerta.

Amanda y Lina se acomodaron y el camión se puso en marcha, cuando escucharon un grito.

—¡Elise! —Era la voz de Danielle, en la distancia.

Lentamente se fueron acostumbrando a la penumbra y los rostros comenzaron a delinearse. Lina sintió algo parecido al hedor del perro moribundo y pensó que todos los que iban en el camión también estaban listos para que alguien los salvara de no ser devorados por los nazis. *Es mejor morir solo, lejos de las mordidas de los peces.*

Amanda comenzó a llorar en silencio. La mujer a su lado le tomó la mano para consolarla y le dijo al oído:

—Salvaste a tu hija.

Entornó los ojos como respuesta al sarcasmo: *¿Cómo puede decirme que la salvé, si la he condenado a muerte?*

—Tu hija fue de los que pudieron desembarcar —continuó la mujer, que apestaba a urea seca.

Al mover un pie en la oscuridad sintió un charco de orina a sus pies. La mujer llevaba horas en el camino, sentada allí. Amanda no comprendía aún de qué le hablaba. Cerró los ojos y escuchó la siguiente frase, sin que el llanto del niño se lo impidiera.

—Tu hija desembarcó en La Habana. La salvaste.

Después de un largo silencio, reaccionó. *¿Era la voz de un ángel?*

*¿Estaba soñando?*

—*¿Frau Meyer?*

La mujer asintió, avergonzada del estado deplorable en que se encontraba.

—Al llegar al puerto no nos dejaron desembarcar. Estuvimos una semana

intentándolo. Nos engañaron a todos. Cuando salimos de Hamburgo ya sabían que nuestros permisos no tenían validez para entrar en Cuba.

En el momento que ya había olvidado el rostro de su Viera, tuvo que venir un oficial alemán a retirarla de su refugio para poder reencontrar a su hija olvidada. Tres años y tres cartas al vacío fueron su condena. Pero entendió que escribir sobre las hojas del libro mutilado había sido necesario para que tuviera lugar el encuentro con Frau Meyer. Si el cartero no se hubiese llevado y devuelto las cartas con su verdadero nombre, ni la hubiese denunciado a los alemanes, nunca se habrían reencontrado. Sí, había recuperado a su hija olvidada y ahora podía morir tranquila. Viera estaba a salvo en una isla perdida, lejos de las hordas salvajes, del odio, del hedor a muerte. Se sentía con más fuerzas que nunca, y ahora tenía un único propósito: salvar también a Lina.

—Discúlpame por haberte juzgado —añadió Frau Meyer.

Amanda la abrazó feliz y revivió por un instante la noche de mayo en Hamburgo, al pie del tobogán. Vio una vez más el enorme trasatlántico, y a su hija, que se desvanecía de la mano de una desconocida entre la multitud que escapaba a la tierra prometida.

—He vivido tres años con la culpa de haber abandonado a mi hija, y ahora eres tú quien me devuelve la calma. Gracias por haber cuidado de ella.

—Viera es una niña muy fuerte.

Al oír hablar en presente de su hija, sonrió con una serenidad a la que ya no estaba acostumbrada. Al ver sonreír a su madre, Lina recuperó la confianza. Iban a estar bien.

—A su tío le permitieron subir a cubierta y navegaron en un pequeño barco hasta el puerto —continuó Frau Meyer—. A nosotros no nos permitieron ni acercarnos a la costa.

—Pero por suerte no los devolvieron a Alemania.

—A mi marido y a mí nos enviaron para acá, pero cuando estalló la guerra y los nazis llegaron a Francia, él ya no resistió. No podía más. ¿Adónde íbamos a huir, si nadie nos quería? Y aquí me tienes, sola. Me pregunto por qué no escogimos Gran Bretaña cuando nos devolvieron a Europa. Es mucho más difícil que los nazis lleguen hasta allá, pero quién sabe...

Con la sensación de que su destino estaba escrito de antemano, que una fuerza superior la guiaba, que un ángel velaba por ella, Amanda contempló los rostros de los condenados que iban en el camión y se sintió por primera vez, desde que salió de Berlín, afortunada. Incluso las pérdidas de Frau Meyer la regocijaban. Una inexplicable cadena de sucesos se había conjurado para que ella tuviese noticias de Viera. Su hija había sido elegida para desembarcar.

Lina observaba confundida a su madre. No recordaba a Frau Meyer, e incluso llegó a pensar que podía ser una impostora.

Un anciano se desvaneció, cayó de golpe sobre el suelo desnivelado del camión y se hirió la frente con un enorme tornillo. Nadie reaccionó, nadie hizo el intento de ayudarlo. El golpe seco despertó al bebé, que comenzó de nuevo a gritar.

—Está muerto, como el perro —dijo Lina.

La sangre que brotaba de la frente del hombre se mezcló con los restos de orina de Frau Meyer. Lina levantó los pies para mantenerlos secos. Fijó los ojos espantados en el anciano y vio que el cuello arrugado y ennegrecido aún palpitaba.

Amanda dormía plácidamente. Había encontrado a Viera.

Invierno, 1940

*Mi pequeña Viera:*

*La oscuridad llegó a nosotros.*

*¿Ves? Qué bien hice en dejarte ir, aunque mi corazón sufra cada hora de cada día. Solo Dios es testigo de la fuerza que tuve que acumular para abandonarte. Solo él pudo darme la resistencia para retener a tu hermana y continuar de espaldas a ti.*

*Cuánto daría por escucharte, leerte. Sé que estas cartas que cruzan el Atlántico en una y otra dirección algún día llegarán. Quién sabe cuándo, quién sabe si yo estaré aquí ese día, pero estoy convencida de que terminarán en tus manos, porque serán lo único que pueda dejarte, porque cada palabra la he escrito al compás de nuestros latidos. Los tuyos, los míos, los de Lina y los de papá, el hacedor de ángeles. Cuando las recibas, no importa cuándo, sabrás que nunca te abandoné, que nunca nos olvidamos de ti, mi dulce Viera.*

*Cada día que pasa el mundo es más oscuro, pero sé que donde vives el sol siempre saldrá para ti y la vida será un eterno verano.*

*Ahora me toca proteger a Lina de la noche.*

*Y aunque ya dominarás el español, yo te seguiré escribiendo en alemán, porque así recordarás mi voz y mis canciones de cuna.*

*Leo y releo las escasas páginas de nuestro libro de botánica, porque sé que tú, antes de dormir, también lo leerás. Allí verás las flores y plantas del trópico que te rodea. Respira profundo, crece, hazte fuerte y piensa en nosotras, que siempre estaremos aquí, aunque lejos, para protegerte.*

*Y si nos olvidas no importa, lo comprenderé. Lo único que te pido es que no olvides tu nombre. Eres una Sternberg, Viera Sternberg. Solo así, mientras la oscuridad nos lo permita, podré dormir en paz.*

*Todo mi amor,*

*Mamá*

Cuatro

El regreso

*Haute-Vienne, agosto, 1942*

Un alarido despertó a Amanda: el sueño había terminado.

El cuerpo ensangrentado del anciano se deslizó violentamente fuera del camión dando tropiezos y, al caer, provocó un estruendo seco sobre el suelo rocoso y las hojas marchitas.

—Está vivo —le dijo Lina a su madre, aún desorientada.

No había amanecido, parecía como si aún fuera una medianoche de primavera, pero para Amanda las estaciones habían perdido todo sentido, se había vuelto inmune al frío o al calor, al día o a la noche. Pensó que debía haberse mantenido despierta, intentar definir hacia dónde las llevaban, si se dirigían al norte o al sur, si habían cruzado alguna frontera o si se mantenían en territorio francés ocupado. Incluso, necesitaba saber qué día de la semana era, porque el tiempo había cobrado una dimensión diferente y ahora cada segundo contaba.

Se aferró a la maleta como si fuera una extensión más de su cuerpo y saltó del camión primero, para luego ayudar a Lina y Frau Meyer.

Demacrada, con los labios cuarteados y las piernas entumecidas, Frau Meyer se torció un tobillo al bajar del camión intentando disimular su abrigo manchado de orina. Amanda respiró aire fresco, buscando deshacerse del hedor pútrido impregnado en su piel, en su vestido impecablemente limpio y planchado. Trató de estudiar el terreno, divisar los límites de aquel campo sin césped en el que permanecerían confinadas.

A los hombres, a empujones, los dirigieron hacia un extremo del campo cercado, y a las mujeres y los niños, hacia un pabellón próximo a la salida,



con la puerta principal desencajada. Pudo divisar un bosque gris más allá de las alambradas, y a lo lejos, varios techos de tejas, una que otra chimenea y el campanario de una iglesia. Sí, aún estaban en Haute-Vienne, intuyó, y se sintió protegida al saber que Claire todavía estaba cerca.

Todo parecía indicar que solo había una barraca para las mujeres y los niños. El resto del campo de internamiento, flanqueado por cuatro torres de vigilancia, estaba ocupado por hombres. A algunos los escuchó hablar español, discutir. Ladraban como perros, intentando marcar su territorio con una libertad ilusoria. Mantenían sus ropas de civil, al parecer tenían acceso a cigarrillos y se pasaban de mano en mano, desafiantes, hojas gastadas de periódicos, la única fuente de noticias del exterior. Los guardias franceses los ignoraban e intentaban mantenerse alejados o, al menos, a una distancia prudencial.

Amanda calculó que había solo unos diez guardias custodiando el campo. Los que venían con ellas en el camión permanecieron allí, y retuvo en la memoria el rostro del que le había tendido la mano al bajar. En la oscuridad, su perfil denotaba severidad, y calculó que tendría a lo sumo unos veinte años. Con la llegada del sol, comprendió que era un militar de oficio, y que tal vez tendría su misma edad. Cejas espesas, tez oscura y una cabellera disciplinada a fuerza de brillantina. Era alto y delgado, con ojeras profundas y andar brusco, como sofocado. Al escucharlo hablar con los otros gendarmes, intuyó que era el mismo oficial que le había mencionado a Claire el sitio al que las llevarían.

Lina descubrió que no era la única niña en el campo. Encontró a un grupo junto a la barraca y comenzó a acercarse a ellos. De inmediato la rodearon y comenzaron a interrogarla con extrema curiosidad: si estaba sola o con sus padres, si era del norte o del sur, si la habían torturado, si había visto alguna vez a un muerto, si le había disparado a un soldado alemán.

A cada pregunta, Lina respondía con una carcajada, su mejor negativa.

—Pero, tú, ¿de dónde saliste? —le preguntó el niño más alto, que parecía ser el líder del grupo.

—Caí del cielo —contestó Lina sin pensar, con los ojos bien abiertos y una sonrisa que los cautivó a todos.

Para Amanda, la ejecución del plan para salvar a Lina necesitaba precisión y rapidez, cada segundo contaba, de cada minuto dependía la vida de su hija. Un simple error podía tirar por la borda la única vía de escape que había calculado. Los días venideros eran de supervivencia, no sería importante tener acceso a agua potable, comida caliente o una cobija para dormir. Lina se distraería con sus nuevos amigos, que, por lo visto, también tenían libertad de movimiento en el campo.

Afortunadamente, pensó, la barraca de las mujeres estaba solo ocupada a medias, lo que significaba que podía continuar llenándose. Amanda buscó una esquina solitaria y alejada de las ventanas, porque las noches comenzarían a ser más frías.

—Te aconsejo que te vengas a este lado, donde estamos todas. Si te quedas aquí, sabe Dios a quién puedan ponerte al lado. Lo último que supimos fue que van a llenar el campamento de judíos y de gitanos, y ya sabes cómo son ellos.

Amanda escuchaba a la mujer mientras extendía sobre un frágil bastidor la colchoneta manchada. Le sonrió con timidez, y descubrió que tenía el cuello dañado por la rosácea. Al intentar darle la vuelta a la colchoneta, la mujer le tendió una mano.

—Aquí tenemos que ayudarnos. No nos queda otro remedio. Qué, ¿tu marido también es comunista? Solo a mí se me pudo haber ocurrido casarme con un comunista con ínfulas de rebelde. Ahora todos pagamos. Hemos

terminado con maridos que no sirven para nada; un marido preso es como estar viuda, ¿no te parece?

Amanda mantuvo un silencio cortés, empeñada en que nada ni nadie la desviara de su plan. No le interesaba hacer amistad con las mujeres de la barraca, pero tampoco deseaba levantar sospechas que pudieran crearle obstáculos.

La mujer dio media vuelta y se encaminó a su extremo de la barraca.

—Esta, por lo visto, se cree mejor que nadie... —dijo, con la intención manifiesta de ser escuchada.

—Amanda. Mi nombre es Amanda —se apresuró a decir—. Solo vine con mi hija. A mi marido lo mataron, pero prefiero no hablar de eso. Ya no hay nada que pueda hacerse...

—Estos cabrones *boches* y estos guardias franceses lo van a pagar bien caro. —La mujer volvió sobre sus pasos—. Yo soy Bérénice ¿Eres del norte? Seguro eres de Alsacia. Con esos ojos azules y ese pelo...

Amanda se dio cuenta de que su acento aún la delataba. Bajó los ojos y esperó que Bérénice asumiera su gesto como una afirmación.

—Aquí no puedes confiar en nadie. Por muy franceses que veas a esos guardias, son todos unos vendidos a los alemanes. Lo único que les interesa es la paga. No importa si viene de los *boches* o de Pétain. Son tan cobardes que evitan meterse con los hombres, porque saben que, al salir de aquí, si algún día terminan en libertad, van a ir directo a ajustarles cuentas. —Hizo una pausa—. Y las van a pagar bien caro.

Sin saberlo, Bérénice le acababa de proporcionar información valiosa. Amanda comprendió que debía usar a su favor ese temor de los guardias. Solo necesitaría un gesto de bondad que pudiera transformarse en salvoconducto al final de la guerra, que, por muy larga que pareciera, en algún momento terminaría.

A pesar de la aridez de su mirada y los gestos desafiantes de la mujer, baja y musculosa, Amanda entrevió en ella cierta benevolencia. Bajo la mirada curiosa de Bérénice, abrió la maleta, guardó el abrigo y al inclinarse para colocar sus cosas bajo la cama divisó, perdida en una esquina, a Frau Meyer. Corrió a su encuentro y la ayudó a incorporarse. Aturdida, la anciana comenzó a deambular apoyada en los muros, y al chocar con las paredes se daba golpes en la frente. Iba de esquina a esquina tropezando, como si intentara encontrar una salida secreta.

—Una judía apestosa. Por ella estamos pagando todos los franceses — comentó Bérénice, y Amanda le dirigió una mirada de desaprobación.

—Está bien, no te enojés. Tal vez sea una buena mujer. No la conozco, pero no me vas a negar que apesta.

Amanda condujo a Frau Meyer hasta una ventana desde donde divisaron a Lina, que corría junto a un tropel de niños tras un perro escuálido. Intentó despojarla del abrigo, pero la anciana se opuso con ojos de terror y súplica. El abrigo era su única pertenencia.

Al llegar la noche, Amanda durmió abrazada a su hija. Tan profundamente, que no sintió llegar a decenas de mujeres y niños. Al despertar, se dio cuenta de que no solo había perdido la noción del día y de la noche, sino que también los sonidos se habían diluido en una masa imprecisa, que las voces eran ruidos, que el hedor de la barraca había pasado a ser un vaho insignificante, que los colores se habían borrado. Nada era ya blanco o negro; el ocre y el gris se difuminaban en una palidez neutra, sin espacio para el rojo, el azul o el naranja de los amaneceres. Habían comenzado a vivir en una noche perpetua, sin contrastes, sin sombras. Habían aprendido a respirar absorbiendo todo el aire que sus pulmones necesitaban para despertar, sin

olores discernibles. Solo así sería posible sobrevivir. Solo necesitaba aprender a recuperar el silencio. Cada segundo un gemido, un grito o un golpe le recordaba que no estaba sola.

Las mañanas daban comienzo con los intermitentes chillidos de un bebé que se aferraba al pecho seco de una mujer que exprimía con furia aquel pedazo de carne maltrecha como si no estuviese atado a su cuerpo. Al parecer, cada vez que estrujaba la piel prensaba las venas rancias y el bebé se calmaba, hasta que el hambre regresaba y volvía a estremecer su cuerpo con involuntarios estertores.

La madre, exhausta y con el espíritu decrepito, se refugió en una esquina del camastro y dejó caer sobre la colchoneta desnuda al bebé tembloroso. El bebé calló, quizás desconcertado por el súbito abandono de su madre.

La mujer de la cama de arriba bajó y se sentó a un costado. Se calzó unas medias mugrientas ignorando al bebé, que mantenía los ojos abiertos, tal vez ya sin energía ni para cerrarlos.

*No resistirá un día más*, pensó Amanda con una frialdad que por un segundo la horrorizó. La rozó la idea de extender una mano, pero comprendió de inmediato que no tendría sentido alguno. La mujer ya se había rendido.

—Mi marido sobrevivió a la malaria, a un tiro en el pecho, a la caída de un barranco y hasta a ser aplastado por un carretón —le dijo a Amanda, con los ojos en otra parte, lejos del bebé que yacía detrás de ella—. Ahora, aquí encerrado, se muere cada segundo, cada noche se va encogiendo, y un día de estos no lo veré salir de la barraca. A mí ya nada me conmueve, nada me mata. Para qué acongojarse, si en definitiva uno nunca está libre. Ni aquí dentro ni allá fuera.

Se frotó con calma los ojos y un destello de miedo brilló en el fondo de sus pupilas. Intentó ocultarlo con una sonrisa, tomó de nuevo a su bebé en brazos, como si ya él la hubiese abandonado, y se lo extendió a Amanda.

Lina vio a su madre con el bebé y la escuchó consolarlo con una canción de cuna que era más bien un balbuceo sin melodía. La niña sacó de su bolsillo un pedazo de chocolate al que le dio un mordisco. El resto lo apretó contra su puño tibio para ablandarlo y rozó con él los labios del bebé, que lo saboreó despacio, con muecas de rechazo y gozo mientras se contoneaba con torpeza, intentando acomodarse al nuevo regazo que lo acogía sin recelo.

Amanda contempló al bebé, segura de que se dejaría vencer con la caída de la noche. Aquella minucia oscura y dulce solo lo sostendría por unas horas, pero al menos por el momento la vida había regresado a él, y comenzó a ser percibido por las mujeres. Hasta Frau Meyer se acercó, lo tomó en brazos y comenzó a mecerlo por los pasillos, levantando polvo. Bérénice se acercó a ella y se lo arrebató sin resistencia. Incluso la mujer de arriba, que antes lo había ignorado, se acercó a hacerle desencajadas muecas y caricias. Rodeado ahora de aquel perturbador instinto maternal, el bebé permanecía en silencio.

Amanda mandó a Lina de vuelta a jugar con sus amigos. Regresó a su cama, se recogió el pelo, se alisó el vestido, incluso se dio un toque de carmín en los labios resecaos y se encaminó a la salida. Con el bebé aún en brazos, Bérénice siguió cada uno de sus movimientos.

—Esta se trae algo. En un par de días estará tan sucia como nosotras.

Le devolvió el bebé a la madre y salió a ver qué rumbo había tomado Amanda, pero la había perdido de vista. Pensó que habría ido a la barraca de los hombres y comenzó a rastrearla, pero allí no estaba. Se acercó a los niños y tomó con brusquedad a Lina por el brazo.

—¿Adónde diablos fue tu madre? —aulló.

Lina se zafó con agilidad y se encogió de hombros, dándole la espalda. Bérénice no se dio por vencida y corrió a las letrinas, a la cocina, hasta bordear con insistencia la zona de los hombres. De regreso, vencida, reconoció el vestido lila de Amanda detrás de las barracas de las mujeres.

Sorteó a los guardias que se acercaban con un nuevo grupo de recién llegados cuando un remolino de viento la cegó por un instante. Al recuperar la vista la distinguió en una de las esquinas de la barraca, cerca del cobertizo donde se almacenaban el carbón y la leña. No estaba sola, pero aún no podía divisar quién le tomaba la mano. Se acercó sigilosamente, pero solo podía escuchar murmullos, frases sin sentido, trazos aislados que intentaba descifrar: *mi hija, un amigo, la noche del sábado*. Al acercarse más, reconoció el perfil del hombre en la penumbra.

Se detuvieron en un abrazo y Bérénice entrevió cómo la mano de él bajaba hasta la cintura de Amanda. Ella se dejaba estrechar, sin importarle que la vieran, hasta que el ruido de unos pasos la hizo reaccionar. Se desprendió de los brazos del gendarme y corrió de regreso a la barraca.

Las mejillas le ardían de asco, pero al menos había conseguido poner en manos del hombre la carta para Claire y el padre Marcel. Al menos... Un escupitajo denso la regresó a la realidad. Cerró los ojos, sorprendida, intentó limpiarse el rostro y vio frente ella a Bérénice, con los brazos cruzados y la mirada desafiante.

—¿Crees que dejándote manosear por Bertrand vas a vivir mejor que nosotras? Qué, ¿nos vas a denunciar a todas? ¡Me vas a hacer vomitar!

Amanda intentó esquivarla, se volteó y buscó la entrada a la barraca. Bérénice insistió y la detuvo.

—Aunque sea francés, Bertrand es un guardia tan asqueroso como los *boches*. Tiene tanta culpa como los alemanes. ¿Es que acaso no lo entiendes?

Amanda seguía con la cabeza gacha. En su fuero interno explotaba de júbilo: el primer paso de su plan se había cumplido. Un escupitajo más no la iba a detener.

—Todavía quedan rastros de tu perfume de rosas, tu cabello se ve reluciente, tu rostro está fresco y rozagante aún, pero en unos días vas a

empezar a apestar como todas nosotras. Vamos a ver si entonces él todavía va a querer...

—No es lo que tú piensas —la interrumpió Amanda, sin explicar nada más. Hubo un silencio, se miraron a los ojos. Bérénice, aún molesta, calló—. Voy a hacer todo lo que tenga que hacer para salvar a mi hija.

Al entrar en la barraca vieron a la madre sin el bebé. Sonreía alucinada, con un brillo diferente en los ojos enrojecidos. Con los dedos intentaba acomodarse el cabello detrás de las orejas en una especie de gesto maquinal; regresaba a su cama y le daba vuelta a la colchoneta. Se quedaba inmóvil por un minuto, y apenas unos segundos más tarde comenzaba a repetir la rutina absurda.

Aquella visión desoladora provocó pánico en Amanda. Se vio de repente sin Lina, en una barraca rodeada de mujeres sin destino. Una más, a la espera de ser lanzada a la cloaca.

Se volvió resuelta hacia Bérénice, convencida de que no le permitiría avanzar un paso más hacia ella.

—Por mi hija soy capaz de todo. Aquí nos queda poco tiempo, ya no pueden traer a nadie más. Van a comenzar a sacarnos y sabe Dios adónde nos enviarán. Tú no sabes lo que es tener una hija. Así que, tenlo bien claro, no me importa si es un francés o un alemán o quien sea...

—Yo logré salvar a mi hija —admitió en voz baja Bérénice, sin mirarla, mientras se recogía la larga cabellera oscura—. Conseguí mandarla a España con mi hermana cuando vi que ya venían por nosotros.

—Entonces tienes que comprenderme. Aquí no estamos para juzgar a nadie.

Bérénice se aproximó y abrió sus brazos como ofreciendo paz, pero Amanda dio un paso atrás. No esperaba compasión ni necesitaba cómplices. La suya era una batalla en soledad, y debía estudiar con minuciosidad cada



movimiento, como si se tratara de componer la maquinaria de algún antiguo reloj.

—Tienes que apurarte —repuso Bérénice—. Llevas dos semanas aquí. Tan pronto como se llenen las barracas, nos sacan. El rumor es que en menos de un mes nos trasladan a Drancy. Y de ese campo, quién sabe adónde. Dicen que a Polonia.

Amanda había examinado cuidadosamente a Bertrand; sus desplazamientos, su relación con el resto de los guardianes, cómo lograba con habilidad esquivar una revuelta dejando que otro oficial intercediera. Lo veía recostado en un muro de la cocina, con un tazón de café, desorientado, como preguntándose de qué modo un militar de carrera, hijo de militares, había terminado vigilando prisioneros ajenos.

Desde que lo vio llegar a casa de Claire percibió que su voz era distante, huidiza y se sintió, en alguna medida, identificada con aquel porte señorial de militar venido a menos.

—Lo que necesitan estos puercos españoles es un buen baño, primero; y luego, una paliza que los ponga en su lugar —comentaba algún guardia.

—Déjalos tranquilos, bastante poco joden —refutaba Bertrand—. Algunos ni saben por qué están aquí.

—No me vengas con eso. Todos no son más que basura comunista.

Cuando se cruzaba con ella, bajaba los ojos, turbado. En esos momentos, Amanda intuía que podía confiar en él, y sonreía mientras se acomodaba el cabello.

Estaba satisfecha con lo que había logrado hasta ese momento, pues no solo no la rechazó, sino que aceptó enviar la carta. Además, el haber hablado de su plan con Bérénice, una madre que también había tenido que tomar una decisión drástica, la hacía sentir aliviada.

Los días eran cortos, las noches se dilataban porque no conseguía dormir.

No esperaba una respuesta de Claire, ni del padre Marcel, solo intentaba confiar en que, en dos semanas, aparecerían la noche del sábado.

Los días se hicieron un poco más tolerables porque Bertrand la llevó a trabajar en la cocina. Al principio lo asumió como un castigo, pero Bérénice le hizo ver que era un gran privilegio, por el que debía sentirse agradecida. Al menos se mantenía ocupada, y podía asearse ocasionalmente. A veces dejaba las manos bajo el chorro de agua hirviente hasta casi levantarse la piel. Era un modo de sacudirse toda aquella suciedad que la agredía. Otra ventaja era que podía saborear el café antes de que fuera diluido para los abandonados, como prefería llamar a los prisioneros, retenidos contra su voluntad en aquel lugar que no aparecía en los mapas.

Trabajar le permitió también llevar pan negro, duro como una piedra, a Lina, a la pobre Frau Meyer y a Bérénice que, poco a poco, se había ido convirtiendo en una suerte de amiga y confidente que la ayudaba a comprender mejor la retorcida dinámica del campo.

Bérénice ya se había convencido de que Amanda no estaba de parte del enemigo, ni tenía intenciones de delatar o frustrar cualquier intento de resistencia, alzamiento o fuga. Por el contrario, y gracias a su relación con Bertrand, Amanda podía serles muy útil, y así se lo hizo saber Bérénice a su marido, que lideraba un grupo dentro del campo.

A veces, al caer la noche, Bertrand la esperaba en una esquina del cobertizo. Solo necesitaba pasar por la cocina e inspeccionar el trabajo, ella sabía que esa era la señal para el encuentro. Al verlo entrar, las mujeres de la cocina callaban y bajaban los ojos. En ese segundo, Amanda sonreía para sí, y al instante su estómago se contraía y sentía dolor en el pecho. Su breve alegría le dolía, no lograba comprender cómo era capaz de vivir un minuto de sosiego con aquel desconocido, cuando su único hombre había sido Julius. Pero Julius ahora era un fantasma y no estaba allí para ayudarla. Lo que más

la desconcertaba era la seguridad que sentía junto a Bertrand. Sus encuentros, que deberían estremecerla de aversión, le suscitaban una paz y un placer que ya había olvidado. Cada vez que él aparecía en la cocina con el mensaje del encuentro, a tres o cuatro días del anterior, ella cerraba los ojos y sacudía las manos en torno a la cabeza, como para alejar aquellas inquietantes sensaciones que podían representar un riesgo, que amenazaban con distraerla de su meta.

En aquellas ocasiones, era la última en salir de la cocina, y aprovechaba para rociarse agua caliente sobre las mejillas y los labios. El calor hacía que cobraran vida. Mientras el ardor le acuchillaba el rostro, ella sentía regresar su antigua belleza. Y sonreía.

Esa noche no había nubes, y Amanda se encaminó despacio hasta el lugar de su cita. En el silencio —no había llantos, ni gritos, ni golpear de cazuelas, ni palabras ásperas de las mujeres en la cocina— buscó la luna. Una sombra gigante se le acercó y le tendió su mano. Se dejó conducir por aquella mano ardiente que la aferró y la atrajo. Él descendía hasta ella, el enemigo. Era él quien tenía más que perder: ponía en juego sus grados de militar, su seguridad, su honor. Ambos se enzarzaban en una batalla contra la tiranía del deseo. En la oscuridad, los límites se borraban, los rostros se difuminaban.

—Todo va a estar bien —le susurró al oído, como si la acariciara. Él sabía que para ella las caricias adquirirían sentido solo si estaban relacionadas con la vida de su hija—. ¿Cómo te tratan en la cocina?

Ella sonrió, vulnerable.

—Verás que tu hija va a salir de aquí.

Sí, su hija, ella no. Ella no tenía redención, había dejado de existir. Se acercaba al cuello de Bertrand y se sometía a su voluntad, la única voluntad que existía en aquel rincón oscuro.

Cerraba los ojos y se dejaba llevar por caminos intransitados, sombríos, sin

salida. Como un hechicero, él la dominaba, la controlaba a su antojo. Al menos tenía a alguien que la protegiera, pensaba mientras él saciaba de prisa su tosco deseo.

Él, un oficial francés venido a menos tras la llegada de los invasores, un soldado que, como buen militar, solo cumplía órdenes, sin detenerse a pensar si iban dirigidas contra su propio pueblo. Así le explicaba cada noche, mientras la perforaba con caricias y palabras dulces.

—Solo cumplo órdenes, tienes que comprenderlo —se despedía siempre, con frases que ella no escuchaba, mientras se abrochaba el pantalón, se acomodaba el uniforme, se secaba el sudor frío de la frente y comprobaba que cada mechón de su pelo engominado luciera impecable.

Al terminar, recobraba el tono firme.

—¿Estás segura de que traerán las joyas?

Le había prometido un brazalete de brillantes y su anillo de bodas, con el diamante más luminoso, un pedazo de roca perfecto. Le aseguró que con aquel trofeo podría dejar atrás la ignominia de ser oficial de un ejército ocupado, retirarse lejos de la vergüenza y el dolor, perderse en alguna pequeña granja en medio de un valle al que los alemanes nunca llegarían.

—Serán tuyas, te lo prometo —fue su despedida.

Flotaba, como si su cuerpo hubiese perdido toda la energía. Y al llegar a la barraca, Bérénice la esperaba a la entrada, sentada sobre una piedra. Amanda se acomodó junto a ella, incluso recostó la cabeza en su hombro.

—Ay, Bérénice, en qué nos hemos convertido —reflexionó—. Lo peor de todo es que no hay espacio para la pena, para el arrepentimiento, la vergüenza...

—En dos semanas nos sacan de aquí. Ya está confirmado. No puedes esperar más.

—Todo va a estar bien —repitió la frase de Bertrand, y sonrió—. Todo va

a estar bien, me lo prometió.

—Confías demasiado en él.

Para ellas, Bertrand se había convertido en él. Era más seguro no mencionar su nombre para prevenir cualquier sospecha.

—¿Tengo otra opción?

—Quisiera pensar que es un francés de buen corazón...

—Está arriesgándose por mí, por mi hija.

—¿Y por qué lo hace? ¿No te lo has preguntado?

—Va a recibir su recompensa.

—Supongo que será algo más de lo que está recibiendo ahora.

—Ay, Bérénice, ¿sabes qué es lo que más me duele? Que me siento segura con él. Sí, con él. Mi cuerpo dejó de existir hace mucho tiempo, así que no me importa que se complazca con esta masa sin vida, que sacie su rabia sin pudor... Pero es que cada vez que me tiene en sus brazos...

Bérénice no escuchó más. Se levantó de un salto, alzó intempestivamente a Amanda con ella y le colocó las manos sobre los hombros.

—Recuerda algo, niña tonta, ese hombre no lo está haciendo por ayudarte, se está ayudando él mismo.

Amanda abrazó a Bérénice y se quedaron juntas en silencio, por varios minutos.

—Voy a salvar a mi hija...

La barraca de las mujeres estaba abarrotada. Dormían dos y hasta tres por camastro. Por las noches dejaban la puerta abierta para que entrara aire fresco, porque el aliento colectivo se hacía denso y permanecía en las esquinas, sin dejar lugar para el poco oxígeno que entraba en el edificio. Había comenzado la cuenta regresiva para Amanda, faltaban exactamente siete días para que se cumpliera su plan. En esa semana, la definitiva, debía medir cada segundo, cada minuto, con absoluta precisión.

En la medianoche del domingo, al comenzar la semana en que salvaría a su hija, todo estaba en silencio. Poco antes del amanecer, Bérénice sacudió a Amanda de su duermevela y la tomó del brazo. Sin energías para oponérsele, ella se dejó llevar a tropezones de la barraca a las letrinas. Una luz mustia al final del bloque de paredes macizas era la única orientación posible.

Las letrinas eran una especie de fortaleza. Ni la cocina ni las habitaciones de los gendarmes eran tan sólidas. Tal vez porque era la mejor opción para limitar el hedor y restringir la contaminación. En el centro, un muro de cemento con orificios y asientos de madera presidían el espacio de desahogo de los abandonados.

Para Amanda, los olores habían desaparecido. Al entrar en las letrinas su rostro se mantenía impassible; el de Bérénice, a pesar de llevar más tiempo en el campo, se contraía de asco. Las letrinas eran el único espacio del campo al que los gendarmes no osaban entrar. Estaban convencidos de que solo con respirar aquel aire rancio podían terminar infectados.

Bérénice recorrió el lugar con su vista de águila para verificar que estaban

solas cuando en una esquina vio a una mujer arrodillada, perdida en la penumbra.

—Esa no sobrevive un día más aquí —sentenció.

Amanda esperaba en silencio el secreto que Bérénice le quería transmitir. Al mirar el cuerpo desvalido de la mujer tuvo la corazonada de que, si permanecía un mes más entre las alambradas, terminaría como ella.

—Este fin de semana la mitad de los guardias saldrán de permiso para visitas familiares. Tengo entendido que les darán unos quince días. — Bérénice exigía toda la atención de Amanda, que continuaba observando a la mujer abandonada—. Tú eres la única que nos puede ayudar.

Amanda no comprendía cómo. Ella trabajaba en la cocina y algunas noches a la semana se encontraba con Bertrand en el cobertizo. Jamás la llevaba a las habitaciones de los oficiales o a la torre de vigilancia.

—Bertrand tiene que saber quiénes son los que se van, y si esperan refuerzos.

—Pero eso sería más fácil de averiguar para las que limpian. ¿Cómo pretendes que yo llegue a esa información?

—Lo más importante es saber si vienen refuerzos o no. Es muy simple lo que te pido.

—¿Y crees que Bertrand me lo va a decir? ¿Qué interés puedo tener yo?

—Tú sabrás cómo hacerlo.

—Bérénice, si Bertrand sospecha...

—No va a sospechar nada si tú no quieres que sospeche. De eso depende la vida de tu hija y la de muchos hombres. Los hombres que nos van a ayudar a salir de los *boches*.

Amanda la miró, desolada. *Los alemanes han ido ocupando terreno, han eliminado las fronteras, han aplastado todo lo que se han encontrado en el*



*camino. De ellos no se podrá salir jamás*, quiso decirle, pero calló. Quizás Bérénice comprendió, pero también calló.

—Veré lo que puedo hacer, pero no puedo prometerte nada.

De vuelta a la barraca, Amanda pensó en ayudar a la mujer abandonada en la letrina. Correría hacia ella y la salvaría del oprobio. Estaba por salir cuando Bérénice la detuvo.

—Déjala, si te acercas te vas a enfermar. Recuerda que de ti depende la vida de muchos, no solo la de tu hija. ¿Vas a poner en riesgo la salvación de Lina?

Faltaban ahora solo seis días, ciento cuarenta y cuatro horas, ocho mil seiscientos cuarenta minutos para liberar a su hija. Los contaba mientras oraba en silencio, temerosa de que una tormenta, una revuelta o la llegada de los alemanes alterara su plan. Cada noche estudiaba todos los posibles accidentes y cómo desafiarlos. Podían adelantar sin previo aviso la salida del campo hacia Drancy, podían separar a las mujeres de los niños, podían trasladar a Bertrand, el marido de Bérénice podía iniciar una revuelta, organizar un escape en masa...

Su plegaria consistía en negar todas aquellas probabilidades. *Nada podía suceder antes del sábado. Nada.*

Al caer la noche del lunes, Lina la esperaba intranquila en el camastro. Amanda regresaba extenuada de su cita con Bertrand y esquivó la mirada de su hija, como si la niña pudiera detectar su vergüenza.

—Gilberte está convencida de que nos van a matar a todos.

—No le hagas caso. Qué sabe ella —le dijo, sentándose a su lado, a una distancia prudencial para que la niña no percibiera las huellas de su afrenta, el olor de Bertrand impregnado en cada poro.

—Su madre también trabaja en la cocina.

Amanda reaccionó como si su hija la estuviera recriminando. *Tendrías que saberlo, tú también trabajas en la cocina y en lugar de estar al tanto de lo que sucede en el campo o de lo que nos va a suceder, pierdes tu tiempo en los brazos de ese asqueroso guardián.* Escuchaba las voces de Lina, de Hilde, de Claire, todas inculpándola.

—Lina, confía en mí. Aquí no van a matar a nadie.

La niña esperaba una explicación, no una frase hueca. Se resistía a creer que lo único que había hecho su madre, desde que salieron de Berlín, era llorar la ausencia de Viera y escribir cartas en hojas marchitas.

—Gilberte dice...

—¡Basta de Gilberte! —estalló Amanda con furia contenida. Una exclamación que solo ella pudo escuchar, pero que sobresaltó a Lina, ahora todavía más preocupada por la reacción de su madre. Era la primera vez que notaba un ápice de impulsividad en aquella mujer dulce, que siempre había vivido bajo las alas de un hombre que auscultaba los débiles y mal acompasados latidos de corazones ajenos.

—Nos van a hacer caminar toda la noche hasta llegar a una estación de trenes. Luego nos meterán en un vagón donde transportan ganado y viajaremos días hasta llegar a un campo alambrado. Allí sí nos van a separar. No será como aquí, mamá. Allá estaremos en manos de los alemanes y ellos sí que se darán cuenta de quiénes somos. Gilberte contó todos los detalles...

Amanda cerró los ojos por un instante. Cómo convencer a su hija de que estaría a salvo, que crecería lejos de ella, como Viera. No en una isla, pero sí junto a gente amiga, rodeada de personas que le darían más amor y protección que los que ella pudiera dedicarle. Sintió un ardor profundo en la garganta, como si por su esófago viajara un mar de espinas y al llegar a su

vientre comenzara a perforarlo. Sus ojos se humedecieron, sus labios comenzaron a temblar.

—Todos los días alguien huye. Saltan las alambradas, y a los guardias franceses no les importa. Gilberte...

—No resolveríamos nada con huir, Lina —la interrumpió con firmeza—. Siempre nos van a perseguir. Tendríamos que hacer algo más.

—¿Algo más, mamá? ¿Qué más... desaparecer?

Lina se incorporó, abatida, y se dirigió a la ventana. Las nubes estaban más bajas que de costumbre, era imposible ver la luna o las estrellas. El cielo también estaba cerrado.

Regresó lentamente al camastro. Amanda la esperaba y la abrazó con ternura. Frau Meyer las observaba desde su litera, perdida.

—Mamá, ¿sabes lo que más me duele? —Ahora Lina tenía los ojos anegados en lágrimas.

—¿Qué, hija mía? —Amanda intentó juntar fuerzas para consolarla. Una niña tan pequeña hablando de dolor, de trenes hacia ninguna parte, de separación, de muerte.

—Ya no recuerdo a papá.

Se recostó con suavidad en su madre, como pidiéndole permiso para abrazarla.

—Papá nunca nos ha abandonado. —Amanda buscó la maleta y extrajo con cuidado una fotografía.

—Pero me he olvidado de su rostro, de sus ojos... Ya no recuerdo ni su voz.

—Papá está aquí —le dijo, y le extendió la imagen de la familia—. Y también ahí. —Suspiró, señalando hacia la ventana. Le besó la frente—. Desde una de esas estrellas te cuida...

—No hay estrellas, mamá —la detuvo Lina, con la fotografía en la mano

—. Aquí no hay estrellas.

Cada amanecer, el trayecto de la barraca a la cocina era una batalla ominosa contra la dulzura del abrazo cálido de Lina, la indiferencia de Bérénice, el insomnio de Frau Meyer, la mirada impasible de los guardias, el frío atípico para la temporada. Y aquella puerta de cerrojos oxidados que tenía que forzar, mientras las astillas se le clavaban debajo de las uñas. Se sentaba aterida en una esquina, con los ojos clavados en la ventana, volaba hasta las alambradas y de ahí al vacío. Más adelante aparecía un bosque infinito, y las imaginaba a ella y a Lina perdiéndose bajo las estrellas fugaces. No era hasta que alguien entraba y hacía sonar una cazuela desbordada de agua turbia que Amanda despertaba de su ensoñación.

El martes por la mañana, la madre de Gilberte lloraba en el suelo de la cocina, junto a los trastos. Un guardia entró dando un portazo, la tomó por el pelo y la arrastró como si fuese un animal muerto. La mujer se incorporó sin una queja y lo siguió dando traspies, apresurada. Se acomodaba con torpeza el vestido húmedo y descolorido, y Amanda la vio llevarse al vientre una mano temblorosa.

A resguardo en su esquina, comprendió que, de hecho, todas las mujeres que trabajaban en la cocina habían sido elegidas y se debían a un oficial, o incluso a dos. Todas eran jóvenes, algunas eran todavía bellas. Admitió aliviada que, al menos, Bertrand nunca había tenido un gesto brusco o despiadado hacia ella. Prefería pensar en él como su guardián, su salvador. Había tenido suerte, pensó, y debía sentirse agradecida. Sonrió desganada, alzando sin entusiasmo las comisuras de los labios, cada vez más pálidos.

Las noticias llegaban fragmentadas y a destiempo. Era difícil comprenderlas, porque circulaban de boca en boca y comenzaban a distorsionarse hasta convertirse en leyendas. Un rumor afirmaba que los alemanes iban a la retaguardia; otro, que los franceses se habían rendido; otro, aún más fantasioso, aseguraba que la resistencia había tomado París. Se multiplicaban a diario, y cada zona del campo podía tener versiones diferentes. Para una barraca, los ingleses habían atravesado el canal de la Mancha y habían llegado a Pas de Calais; para otra, ya Francia estaba libre de judíos, los habían deportado a todos a Polonia y ahora los alemanes, una vez cumplido su plan de limpieza racial, iniciarían la retirada a tres años de comenzada la guerra.

Con una sonrisa indescifrable, Bérénice recorría el campo, lo controlaba todo, y sorteaba a los guardianes con una habilidad que fascinaba a Amanda. A diario, robaba comida en la cocina y se las arreglaba para obligar a la chica que hacía la limpieza en las habitaciones de los oficiales a que sacara cuanto periódico pudiera, sin importar de qué día fuesen. Con frecuencia los guardias la veían salir de la cocina con los bolsillos llenos de pan y le daban la espalda, miraban hacia otra parte evitando comprometerse o mostrar debilidad ante la esposa de uno de los líderes de los detenidos, que podría obligarlos a rendir cuentas al final de la guerra, estaban convencidos. Algunos, de hecho, ya habían recibido amenazas. Era preferible no arriesgarse.

Con Bérénice y su marido era prudente no meterse. No les otorgaban ninguna preferencia visible, pero les permitían un discreto acceso a espacios que para los demás estaban prohibidos. Había una red de la resistencia en la zona, tal vez en toda Francia, y los oficiales debían convivir con el recelo de ser denunciados o de que sus familias fueran atacadas. Varias veces, al

ensañarse con alguno de los detenidos, habían escuchado sobrecogidos una frase que los estremecía: «Ojo por ojo, diente por diente.»

La libertad de la que gozaba Bérénice para entrar y salir de las barracas incomodaba a las otras mujeres. Era la única que tenía la posibilidad de acercarse a los hombres, abastecerlos de comida y hacerles llegar las gastadas noticias, que por esos días eran el contrabando máspreciado. También era portadora de novedades entre las barracas de hombres y mujeres: una muerte, una enfermedad, un aniversario recordado. Las nutría con descripciones tan precisas y elaboradas que Amanda llegaba a sospechar que no eran más que pura invención de Bérénice para mantenerlas vivas, calmadas, alejadas de la desesperación y el abandono.

Amanda se sentía afortunada de contar con la protección, e incluso con la complicidad, de la mujer más poderosa de la barraca. Y esa proximidad le permitió percibir una agitación que sobrepasaba los límites de la cotidianidad del campo. *Algo se trama, puedo sentirlo, algo grande.* Con Bérénice nada era abandonado al azar, cada movimiento era calculado, cada acercamiento tenía una finalidad, no arriesgaba ni el más mínimo paso en falso. Amanda le tenía una temerosa confianza, y aunque estaba casi segura de que los planes de Bérénice no se interpondrían a los suyos, el sobresalto de que pudiera no ser así la angustiaba.

En medio de la noche, cuando una de las mujeres comenzó a gritar, a desgarrarse los harapos que llevaba encima y a revolcarse desnuda en el suelo de tierra, Bérénice, que tenía el sueño ligero y vista de águila, fue la primera en reaccionar y levantarse. Corrió hacia ella, y la abofeteó hasta calmarla. El resto de las mujeres observaba con qué frialdad y determinación actuaba Bérénice cuando ellas no tenían siquiera la más mínima energía para incorporarse en sus camastros.

—Si no te callas de una vez, voy a hacer que te ahogues si es necesario —

le gritó al oído mientras con una mano le apretaba el cuello—. No voy a permitir que los malditos guardias franceses vengan a castigarnos por tu culpa. Recoge este estropicio, cálmate y regresa a tu cama. ¡Ahora!

La mujer se serenó, aunque aún temblaba. Cabizbaja y avergonzada, cubierta de polvo, regresó a su sitio con la cara vuelta hacia la pared. Bérénice se sacudió el vestido y dirigió una veloz inspección a la barraca. Las curiosas evitaron de prisa encontrarse con su mirada. En pocos segundos, todo estaba de nuevo en calma.

*Qué mujer tan valiente, si yo tuviera esa fuerza,* se admiraba Amanda. Por primera vez examinó las manos cargadas de venas de su amiga. Para ella, Bérénice era una persona esencialmente bondadosa, con un alma aún no dañada. Una guerrera que solo buscaba defenderse y defender a los suyos. Alrededor de ella se habían entretejido las leyendas más inauditas, que circulaban de boca en boca: que si había matado a un alemán; que si había dejado a su hija en un orfanato en España, que si había ajusticiado a más de un colaboracionista. Algunas decían incluso que tenía una pistola escondida y que estaba ansiosa por conseguir municiones. El día que disparara la primera bala, sería contra el oficial que se atreviera a entrar en la barraca de las mujeres, como una vez había amenazado. Aquel era un territorio vedado, y ella les hacía entender que se encargaría de que continuase así. En las mujeres, pues, inspiraba, más que temor, respeto. Para los guardias era una intocable.

Bérénice había determinado no compartir con su marido el plan de Amanda. Se trataba de una operación silenciosa y bien ejecutada, y decidió que la apoyaría hasta el final. Era también una manera de controlar los posibles efectos. Todo estaría bien. Una niña más o menos no alteraría el orden del campamento.

*Sí, Bérénice se trae algo entre manos. Lo único que pido es que sea*



*después del sábado*, se dijo Amanda en silencio e intentó dormir, pero no lo consiguió.

En la mañana del martes, un alboroto las sacó del sueño y salieron corriendo al patio central. Había un grupo de mujeres gritando aferradas a la cerca. Unas lloraban, otras lanzaban blasfemias contra los guardias franceses.

Lina apretó la mano de su madre. Tal vez, pensó, había llegado el momento de fugarse juntas, correr y refugiarse en la iglesia más cercana. Ella rezaría al pie del altar, como le había enseñado el padre Marcel. «Dios no nos va a abandonar», musitó, y Amanda la escuchó. Sin decir más, se fueron acercando cautelosamente al extremo donde se unían las barracas de las mujeres con las de los hombres. No había guardias alrededor. «Llegó el momento —continuó la niña—. No hay guardias, ni alemanes. Somos libres, mamá.»

Lina cerró los ojos con fuerza y comenzó a rezar en silencio. Se dejaba arrastrar por su madre, abriéndose paso entre la multitud frenética. *Te prometo, mi Dios, que todas las noches diré dos padrenuestros y cuatro avemarías*, imploró en silencio.

Amanda apartó la vista y estrechó a su hija, intentando cubrirle los ojos. El cuerpo ensangrentado de uno de los abandonados yacía en medio del patio.

—No vale la pena escapar. ¿Para qué? ¿Para terminar despedazado? —dijo una mujer junto al cuerpo inmóvil.

El rostro del hombre estaba cubierto de hematomas y coágulos de sangre; el labio superior, desprendido. Descalzo, las plantas de los pies en carne viva. Dos hombres se acercaron, lo alzaron y se encaminaron a la barraca. Los brazos le colgaban, la cabeza rozaba el pavimento.

Lina se desprendió del abrazo de su madre y observó la escena sin pestañear.

—Está muerto —dijo.

—No, Lina. Está vivo y se va a recuperar. Aquí todos tenemos que aprender a sobrevivir.

Distanciada del grupo percibió a Bérénice que, a su vez, buscaba su mirada y le hizo señas para que se acercara. Amanda le ordenó a Lina que regresara a la barraca y siguió a su amiga. Juntas, fueron acercándose a la cocina. Bérénice hablaba en voz baja.

—Van a cambiar a los guardias. Ha habido demasiadas fugas en los últimos días y no quieren más problemas con los alemanes. El control del campo se les ha ido de las manos y ahora nos quieren dar un escarmiento. Debes darte prisa.

—Se me ha hecho tarde, ya es hora de que esté en la cocina —fue su única respuesta. Agradeció la advertencia de Bérénice, pero su calendario era inamovible. Solo faltaban tres días para el sábado, si cambiaban a los guardias no sería hasta la semana siguiente. Nada sucedería antes del sexto día. Nada podía suceder. Le dirigió a su amiga una breve mirada nerviosa y apresuró el paso.

—¡Amanda! —gritó Bérénice. Amanda se volvió y quedaron por un instante frente a frente. Callada, dibujando con los labios sus palabras, Bérénice dijo algo más—: Lo siento. —Y volvió al patio.

*No tienes por qué. No te compadezcas de mí. Nada va a suceder,* quiso decirle Amanda. Con premura, entró en la cocina. De hecho, era Bérénice para quien ya no habría salida. Todos serían deportados, quizás incluso antes de que tuviera lugar el cambio de los guardias, si en realidad llegaban a hacerlo. Podía escuchar la voz de Bérénice en aquella frase acongojada y silenciosa. Podía sentir la compasión de su única confidente, la mujer

endurecida que la apreciaba de veras. No podía desviarse para ser compadecida, ni para lamentarse, ni para acelerar su plan.

—Todo va a estar bien —se repitió, cegada de momento por los vapores de la cocina.

Comenzó a pelar papas, ensimismada, y se hirió con el cuchillo oxidado en la palma de la mano izquierda. Más que reaccionar al dolor, se detuvo a observar cómo corría la sangre de aquel rojo surtidor en su mano, y sonrió. Estaba viva. Guardó el rudimentario pedazo de metal afilado con mango de madera en el bolsillo del vestido y caminó con serenidad al fregadero. Al ver la sangre, una de las mujeres se acercó, le tomó la mano y se la colocó bajo el grifo.

—Solo nos falta que te enfermes —gruñó—. Otras dos han terminado con tétanos en esta cocina. El día ha comenzado muy mal, muy mal.

Bajo el agua fría, Amanda miró la herida abierta y cómo la sangre roja se tornaba púrpura. El cuchillo había llegado hasta el músculo y quién sabe si hasta un nervio, pensó. Había perdido toda sensación, y se alegró. Era una señal: se había vuelto inmune al dolor; nadie podría contra ella, mucho menos un endeble cuchillo oxidado. Un ardor le subió por el antebrazo y estuvo a punto de desvanecerse.

—Creo que deberías meter la mano en agua caliente, si es que no quieres morir de una infección.

No comprendía por qué la ayudaban, por qué la movían de un sitio a otro como a una marioneta. Se dejó llevar, absorta, ausente y al mismo tiempo satisfecha de poder comprobar que su cuerpo era apenas eso: simple materia, independiente de quien, en esencia, era ella.

Congregadas a su alrededor, las mujeres le pusieron sal en la herida y comenzaron a vendarle la mano con una tira de tela grasienta.

—De esta te salvas, no te preocupes —le sonrió la enfermera improvisada

al mirar la expresión ausente del rostro de Amanda. Ella le devolvió la sonrisa. Cómo explicarle que estaba preparada para cualquier golpe, que ya no sentía dolor, y que nada podía hacerla más feliz.

Salió de la cocina en busca de Bertrand, sintiendo cómo su herida palpitaba al ritmo de su corazón. Lo divisó a la entrada de una de las casetas de vigilancia y se acercó con cautela. Al verla, él abrió los ojos, amenazantes. Amanda ignoró la advertencia y bordeó la caseta.

—Esta noche necesito verte —dijo con serenidad, a pocos pasos de él.

Se había atrevido a invadir el territorio enemigo, había perdido el miedo. Ahora se sentía a una nueva altura, desde donde podía controlar a Bertrand, a Bérénice, a todo el que osara interponerse en su paso. No tenía nada que perder.

Bertrand se cruzó de brazos, incrédulo. Su mirada parecía decir «¿Cómo se atreve?». Volteó la cabeza y comenzó a balbucir frases ininteligibles. Amanda pensó que quizás estaba maldiciéndola, y lo interpretó como un gesto de debilidad. Se dio cuenta de que era capaz de sacarlo de sus casillas, acercarse a él aunque se lo prohibiera, incluso darle una orden. Si se lo proponía, podía hacerle perder incluso sus grados de oficial, podía hacer que le encargaran tareas sin importancia. En cambio, se detuvo por un momento, ¿existía algún trabajo peor que aquel al que estaba condenado? *A quién se le ocurre vigilar a enemigos ajenos*, quiso decirle, y sintió lástima del hombre que se había comprometido a ayudarla.

Se llevó la mano herida al pecho para controlar las palpitations y regresó a la cocina con la convicción de que tenía bajo su dominio al insaciable Bertrand.

La noche del miércoles una lluvia fría la sorprendió camino a la esquina

del cobertizo. Quería asegurarse de que Bertrand continuaría en el campo, al menos por unos días más y que no habría ningún otro contratiempo que pudiese poner en riesgo su plan. No esperaba garantías, solo necesitaba asegurarse. A esas alturas hubiera sido imposible idear nuevas opciones.

Buscó refugio de la lluvia en el rincón que ya les pertenecía y cerró los ojos dispuesta a esperar, temblorosa, rememorando cada encuentro, cada caricia, cada promesa. Una mano tibia le secó la frente y la sacó de su ensueño.

—Si sigues aquí pescarás una neumonía. ¿Qué te pasó en la mano? — Bérénice no esperó respuesta—. No creo que vaya a venir con esta lluvia. Es muy tarde. Lina tiene fiebre, tienes que regresar.

Amanda tardó en reaccionar. La ausencia de Bertrand la había perturbado, pero confiaba en que no había acudido a causa de la lluvia. Sabía que, aunque su frasco de esencia de rosas se hubiera vaciado y su cabello no fuera tan reluciente como a su llegada, aún era atractiva a los ojos de Bertrand. En cualquier caso, ahí estaban las joyas que le había prometido. Las joyas que representaban, también, una salvación para él.

Siguió de prisa a Bérénice. Al entrar en la barraca corrió hacia Lina y colocó las manos frías debajo de la nuca para hacer bajar aquella fiebre a deshora que coloreaba las delgadas mejillas de su hija. Palpó su vientre, lo sintió blando, y como buena esposa de doctor siguió auscultándola.

Nada estaba inflamado, nada contraído.

—Debe de ser una simple gripe, la fiebre va a ceder —le aclaró a Bérénice, que permanecía a su lado, observándola. Amanda tomó entre las suyas la mano de su amiga—. Gracias por avisarme.

—Me di cuenta y vine a ver qué pasaba porque parecía delirar. Hablaba de una tal *Maman* Claire —explicó Bérénice.

—Va a estar bien, ya lo verás. Regresa a descansar —repuso Amanda, y se

acostó junto a Lina.

La mañana del jueves se apresuró a la cocina con la esperanza de tropezar con Bertrand. Faltaban solo dos días para que todo se concretara. Frau Meyer le ofreció ocuparse de Lina, como antes se había ocupado de Viera. Si la fiebre subía, ella se lo haría saber. Ambas sonrieron con tristeza al escuchar por segunda vez la promesa repetida. Amanda había visto en la coincidencia una señal desesperada de buena suerte.

Estaba por entrar en la cocina cuando una mano amiga la detuvo por la muñeca. Bertrand se había atrevido a tocarla, aunque aquella no era una caricia.

—No dejó de llover —se justificó con brusquedad. Sin mirarlo, ella sonrió para sus adentros—. Será el sábado por la noche, como teníamos previsto. Procura que tus amigos traigan lo que me prometiste.

Dijo la última frase de espaldas a ella, que permaneció por unos segundos inmóvil en la puerta de la cocina. No se volteó a mirarla; más bien se alejó de prisa, como si el estar allí hubiese sido apenas un desvío involuntario.

Quedaban apenas cuarenta y ocho horas para que su hija fuese libre una vez más, la definitiva. Comenzaba la despedida.

Ni ella ni Lina, sobre todo Lina, pertenecían a ese lugar al que habían llegado por error, por una decisión que ahora maldecía. Julius había preparado todo para salvar a sus hijas y ella lo traicionó. Con las mejores intenciones, con la certeza de que estaba haciendo un bien, pero lo había traicionado. Era su obligación enmendar el error.

Al anoecer buscó las dos últimas hojas que conservaba del libro



mutilado para escribir una última carta a Viera. Sabía que su hija la leería. Un año después, o quizás en una década, eso no era lo más importante. La carta llegaría a su destino, como las otras que había dejado en manos de Claire. Su hija sabría que siempre había sido querida, y que fue precisamente el amor la causa de su abandono. Y buscaría a Lina, porque en esa carta ella se había propuesto darle toda la información que necesitaba para reencontrarse con su hermana.

En una de las hojas ya había escrito el encabezamiento. Solo había tenido energía para comenzar con la fecha, en casa de Claire, en una época que ahora parecía lejana. Junto a la flor podía reconocer su caligrafía: «Verano, 1942.» Decidió guardar aquella, que sería la última, la de su despedida, y tomar otra.

Era su día de suerte. Sonrió complacida al ver la *Impatiens balsamina*, la pequeña alegría de pétalos diminutos, hojas lanceoladas y tallo flexible y resistente. «Solo necesita que se le mantenga la tierra húmeda. No es preciso regarla en demasía. No es conveniente someterla a temperaturas muy bajas.» Leía con sumo cuidado las explicaciones, tratando de memorizar cada frase. Intentó recordar las flores de las cartas anteriores.

—¿Dónde diablos metiste el cuchillo!

El alarido la hizo saltar de la cama y dejar caer la página al suelo. Desesperada, se lanzó a buscarla, de rodillas, a oscuras. Lina se despertó, asustada.

Con la hoja de nuevo en su poder, Amanda se levantó y confrontó a la mujer de la cocina.

—Hemos buscado el estúpido cuchillo por todas partes; nos tienes desde temprano registrando cada estante, cada piedra. ¿Crees que somos idiotas? Ya nos tienes cansadas de esos aires tuyos de dama de sociedad. ¡Te provocaste la herida para quedarte con el cuchillo!

Silencio. Las ofensas no la tocaban, los gritos no la perturbaban. La mujer bajó el tono, marcando cada palabra.

—No me vengas con cuentos y devuelve ese cuchillo. Ahora. —Le tomó con violencia la mano vendada y la acercó a los ojos, inspeccionándola—. Además, por lo que veo, vas a terminar como las otras, podrida.

—¡Oh, ese cuchillo! Ya aparecerá —respondió Amanda con el tono de quien ha olvidado por completo el incidente—. Creo que, cuando me corté, el mango se separó de la hoja. Me desvanecí, alguien debe de haberlo recuperado...

—No vamos a pagar todas por tu culpa, ¿me oíste bien? Procura que aparezca lo que queda del cuchillo. —La mujer dio media vuelta y salió de la barraca dando zancadas.

Bérénice se aproximó a Amanda.

—El cuchillo se perdió y ya está. Escóndelo bien. Un día de estos vamos a necesitarlo —le dijo al oído, y regresó a su cama.

La tos seca de Lina resonó de nuevo en la barraca. Amanda la acomodó y se sentó a su lado.

—No quiso comer nada en todo el día. Si mañana hay sol, le hará bien salir —comentó Frau Meyer.

A oscuras, Amanda regresó a su carta. No necesitaba luz para iluminar lo que ella ya tenía pensado escribirle a Viera. Su mano no titubeaba, no había tiempo para lágrimas ni nostalgias. No podía detenerse en expresiones amables ni en despedidas prolongadas.

Esa carta no estaría fechada ni empezaría como las otras, «Mi pequeña Viera...». Solo quería que las dos hermanas se reencontraran. *Cuando la guerra termine, viajarás a Francia, a Haute-Vienne, y buscarás a la familia Duval...*

—Eres una mujer muy valiente —susurró Frau Meyer, todavía junto a la

cama.

Amanda rio por lo bajo con ironía y le dio dos palmadas cariñosas en la espalda a la mujer que había protegido a sus hijas.

—¿Qué más podemos hacer? Nuestros destinos ya no nos pertenecen.

—Pero tú vas a salvar a Lina. Lo sé. Se recuperará de esa fiebre y podrá salir a jugar.

—No es de la fiebre de lo que tengo que salvarla, Frau Meyer. La fiebre no es nada.

—Lo sé, mi querida Amanda. Lo sé... —Le acarició con delicadeza la frente y le dio un beso en la mejilla—. Tus ojos son hermosos, aún están llenos de vida; pero ella es la esperanza.

La ventana estaba cerca y ambas permanecieron en silencio, mirando la noche. En aquel breve instante, que para ellas fue eterno, se sintieron libres.

La tarde del viernes, Amanda se apresuró de regreso a la barraca. Sacó la maleta maltrecha de cuero y madera, allí estaban las dos pequeñas velas que se llevó al pecho. Cerró los ojos e inició una plegaria silenciosa. Frau Meyer la seguía. Era Sabbat.

Juntas, fueron hasta la ventana y esperaron a que el sol se pusiera. Antes de que la oscuridad cayera totalmente sobre el campamento, colocaron las velas en el alféizar de la ventana, en el centro, muy cerca una de la otra y se tomaron de la mano, cómplices. Con una cerilla, a escondidas, las encendieron con dificultad. El ámbar tembloroso de la llama les hizo recobrar los colores del rostro y les iluminó una sonrisa tímida. Poco a poco, un grupo de mujeres comenzó a aproximarse en silencio. Lina se levantó de la cama y se acercó a su madre cuando las llamas comenzaron a imponer sus colores más allá del gris de la barraca. Amanda observó el cabello rojizo de una de las mujeres; el azul profundo de los ojos de Lina; las pecas que salpicaban las arrugadas mejillas de Frau Meyer. A los pocos minutos se llevaron las manos al rostro y comenzaron a moverlas en círculos, con las palmas sobre los ojos.

Protegiendo con sus manos la cabeza de Lina, Amanda inició una plegaria en hebreo que solo su hija podía escuchar con claridad, pero que todo el grupo seguía.

—Bendito seas, Señor, nuestro Dios, Rey del universo, que nos has dado vida, nos has sostenido y nos has permitido llegar a esta ocasión.

Una voz rabiosa de mujer interrumpió la plegaria. Amanda se detuvo, mantuvo los ojos cerrados y, en silencio, pudo escuchar sus ladridos.

—Por culpa de todas ustedes Francia está pagando. ¡Nosotros les abrimos las puertas! Y ahora los alemanes nos lo están haciendo pagar.

Bérénice rastreó el origen de la voz, se detuvo al encontrarla y con una mirada la hizo callar. Después contempló a la docena de mujeres con los ojos fijos en ella y buscó el rostro de su amiga, aún concentrada en su plegaria frente a las velas. Amanda levantó los ojos, le dedicó una sonrisa y se separó del grupo todavía concentrada en su ritual, iluminada por la luz trémula y la intensidad de sus plegarias. Caminó pidiéndole a Dios por ella, por su amiga.

—Perdóname... No sabía que eras... —La temeraria Bérénice no encontraba ahora las palabras justas.

—Como ves, no soy de Alsacia... No tienes que disculparte. ¿Perdón por qué? —Amanda le tomó las manos.

—Ahora entiendo lo que sufren tu hija y tú. ¿Adónde van a huir que no las condenen?

—Todas estamos pasando por lo mismo, Bérénice. Mira en qué nos han convertido. No creo que pueda resistir un día más.

Acercó sus labios al rostro de su amiga y le dijo en un suspiro, que para ella era lo más parecido a una caricia: «Lina estará a salvo.»

Apenas pudo conciliar el sueño esa noche. Velaba la fiebre de su hija, colocándole sus manos frías en la nuca y tarareándole canciones de cuna como antaño, en la época lejana en que aún eran una familia. No sintió nostalgia. Se veía junto a Julius en la mesa, con las niñas, pero la imagen era ahora tan distante que apenas se reconocía.

Cuando abrió los ojos, era el amanecer del séptimo día. Despertó sobresaltada porque se había quedado profundamente dormida. Al volverse

hacia Lina, la encontró pálida, con los delgados brazos colgando fuera del camastro.

—A ver, Lina, hay que despertarse. Vayamos a tomar un poco de sol. —La acarició.

La niña estaba bañada en sudor. Intentó acomodarla en el centro de la cama, le levantó la cabeza y le recogió el pelo, pero Lina no reaccionó. La colchoneta estaba orinada.

—¡Lina!

Frau Meyer se acercó, tomó a la niña en brazos y la llevó hacia la ventana para que respirara aire fresco.

—¡Lina! —Ahora el grito hizo que toda la barraca reaccionara. Las mujeres observaban la escena sin acercarse, con prudencia. Amanda se arrodilló y comenzó a balbucir. Sacudió la cabeza de un lado a otro, esperaba una reacción de Frau Meyer, alguna palabra de aliento, pero comprendió que su fervor de la noche anterior había sido una despedida. No le quedaban más plegarias, ni gestos de súplica, ni sonrisas esperanzadas. Lina se había dejado vencer en el séptimo día.

*Unas horas más mi niña, dame unas horas más,* suplicó, apoyando la frente en el camastro húmedo.

—Te prometo que te voy a sacar de aquí. Unas horas más, mi Lina.

Permaneció por algunos minutos en un silencio irreal, donde solo ella podía refugiarse. Al cerrar los ojos comenzó a sentir sus latidos y vio claramente a Julius que le tendía la mano. Llevaba una camisa blanca, remangada hasta los codos, abotonada hasta el cuello, y reconoció el cinturón de piel marrón que había heredado de su padre. ¿Y su olor, el olor de Julius? Aspiró con energía para rescatarlo, pero sus sensaciones la habían abandonado. También los colores se disiparon, todo había regresado de nuevo al gris más uniforme. «Es hora de contar los latidos, vamos. Uno,

dos...» Escuchó la voz de Julius como un eco lejano. La frase se repetía y las palabras caían unas encima de las otras. «¡Julius, Julius!», intentó llamarlo. Su voz se confundía con la de él. Fueron unos segundos, unos segundos unidos fuera del tiempo.

—¡Lina! ¡Lina!

En la ventana, las dos velas se habían consumido. A contraluz, pudo divisar a su hija de pie, con un tazón humeante en las manos. Bebía y sonreía.

—Vamos a ver, despacio, despacio, que llevas mucho tiempo sin nada en el estómago —dijo Frau Meyer en voz alta para que Amanda se repusiera del susto—. Esta niña tiene más fuerza que todas nosotras.

Lina dejó el tazón en la ventana y corrió hacia ella. La abrazó. «Creo que me oriné en la cama, mamá», le dijo al oído.

*En esta cama no dormirás más, niña mía*, no se atrevió a decirle.

—Me asustaste, Lina... —La abrazó con delicada fuerza, con una ansiedad mansa, imperceptible—. La pesadilla está por terminar.

El rostro de Lina se contrajo y sus ojos se inundaron de lágrimas. Se estrechó contra ella, angustiada.

—No me abandones, mamá. No me abandones. Recuerda lo que pasó con Viera. No sabemos nada de ella...

—Nunca te voy a abandonar, mi Lina querida. Viera, aunque no lo creas, está mejor que nosotras. A Viera la salvamos papá y yo. Ahora me toca salvarte a ti.

—¡Mamá! —gritó Lina, y se abrazó a su cuello. Se apretó con todas sus fuerzas contra ella.

—Confía en mí —le repitió Amanda—. Confía en mí.

En la tarde del sábado una ola de frío húmedo cayó sobre el campo. Las nubes descendían desordenadas al ponerse el sol, observó Amanda mientras esperaba ansiosa la salida de las tres estrellas. Esa era la señal acordada para el encuentro con Bertrand.

De la barraca de los hombres llegaba una algarabía, como de costumbre. Se pasaban frenéticamente hojas de periódicos, las lanzaban al suelo con furia, otro las tomaba, las releía y maldecía al cielo. Los guardias se mantenían a distancia y hacían caso omiso de las ofensas que algunos se atrevían a gritarles en español. Si bien no entendían, la intención de las frases era clara: el momento de pagar por lo que estaban haciendo llegaría.

—No solo los alemanes terminarán en el banquillo de los acusados —gritó uno de los hombres—. ¡Ustedes también la van a pagar muy caro!

Amanda y Bérénice escuchaban.

—Drancy ya no da abasto —afirmó Bérénice, sacudiendo la cabeza.

Lina, con su vestido limpio y el abrigo cerrado, estaba sentada a la entrada de la barraca, lejos de los otros niños.

—Aún no se siente bien —la observó Amanda, preocupada aún por el incidente de la mañana—. Cuando se pone el sol le regresa la fiebre y esa tos... Ahora parece que va a llover, era lo único que nos faltaba.

—Necesitamos mucha agua. A ver si limpia un poco la amargura de este lugar. —Bérénice se frotó los brazos con furia.

Amanda fue a sentarse junto a Lina, observando cada movimiento, cada reacción. Había cronometrado las entradas y salidas de la cocina, el cambio



de guardia en la caseta, quién frecuentaba más las letrinas. Los sábados los guardias se descuidaban, se desentendían de lo que sucedía en las barracas. Una distensión que obraba a su favor. Pero también se ponían a beber garrafas enteras de vino a la vista de los sedientos hombres abandonados, y no pocas veces aquella exhibición vergonzosa terminaba en violencia. En ocasiones se les escuchaba cantar, y alguno terminaba entonando *La Marsellesa* con grandilocuencia patriótica. Los hombres de las barracas les respondían con el mismo himno y les gritaban que a ellos lo que les tocaba cantar era una balada alemana.

A las seis de la tarde se cerraba el cobertizo de la leña, y Bertrand era el responsable de abrirlo y cerrarlo cada día. Pero no esa noche.

La llovizna era persistente. Bertrand se apoyó en la pared contraria a la entrada, en la penumbra. En el suelo, varias botellas vacías, trozos de madera, restos húmedos de carbón. Habían acordado que la esperaba en el lateral más cercano a la alambrada que daba al bosque.

Amanda dejó en la puerta a Lina, desprotegida de la lluvia y tiritando de frío, y se dirigió hacia la alacena. Estaba convencida de que la transacción sería rápida, sin necesidad de diálogo, ni de gestos seductores o caricias vagas. La negociación había concluido, ahora solo quedaba el intercambio: la entrega y la recompensa. Al acercarse, vio a Bertrand empujándose una botella de vino media vacía y advirtió sus ojos enrojecidos. No se preocupó. Él la necesitaba a ella. Ella era su futuro.

—Bertrand —le dijo con el tono de complicidad de una amante—, sería mejor que no bebas más por hoy.

Él sonrió y tomó otro largo sorbo de la botella. Después la lanzó a lo lejos, vacía. Se desabotonó torpemente la camisa y extendió los brazos, listo para recibirla.

Ella se acercó con cautela, dilatando el encuentro.

—Tengo a mi hija fuera, esperando bajo la lluvia —lo apremió mientras se acercaba a él.

—Está bien donde está. Ven aquí.

—Es que tiene fiebre. Hace varios días. Sería mejor llevarla y entregarla. Después puedo regresar contigo —dijo, retrocediendo.

Él soltó una carcajada y la miró con deseo.

—Ven aquí —insistió con los brazos abiertos y una sonrisa ebria.

Al ver que ella no respondía, la haló con fuerza hacia él. Amanda bajó la cabeza y repitió su nombre.

Intentó zafarse del abrazo. Él la aferró con más fuerza. Amanda lo empujó y él tiró de su vestido hasta zafar, con violencia, su sostén. Algo cayó. A sus pies resplandecía el tesoro prometido. Ahí estaban el brazalete y el anillo de diamantes, con su resplandor espectral azul turquesa.

Con una mano la retuvo, atenazándole el cuello, y la lanzó contra la pared del cobertizo. Allí quedó arrinconada, inmóvil, buscando aire.

—Así que tus amigos eran los que iban a traer el brazalete... ¿Qué pensabas, que te iba a dejar escapar con tu hija y con el botín? ¿Por quién me tomó la señorita de sociedad, la viudita del cardiólogo? Aquí todo se sabe.

Las palabras iban y venían sin sentido, y la golpeaban como ráfagas secas. No se atrevía a hablar; él la tenía acorralada y apenas le permitía respirar.

Con una mano de Bertrand en la garganta y la otra entre las piernas, Amanda sintió como si la alambrada que esperaba atravesar la perforara. Cada punta oxidada se enterraba con rabia en su carne. Comenzó a gemir mientras él se movía dentro de ella acompasadamente.

—Ya estás acostumbrada —le dijo sofocado, lamiéndole el oído—. No me digas que ahora te molesta.

Ella intentó recuperar el aire perdido, fingió un breve desvanecimiento y lo dejó hacer.

—Mi hija me está esperando —insistió una vez más.

Bertrand se empeñaba en obtener todo el gozo posible. No iba a desperdiciar la noche del sábado; dormiría tranquilo, desahogado y satisfecho. Se detenía por momentos, buscaba los ojos de ella y sonreía, alucinado.

Con lentitud, Amanda llevó su mano derecha al bolsillo del abrigo y tanteó el mango frío del metal oxidado. Lo empuñó con sumo cuidado, cerró los ojos y a ciegas, como dominada por un impulso ajeno, como si el brazo no le perteneciera, lanzó una cuchillada contra la yugular del hombre que la tenía abrazada. Un golpe más y sintió cómo el desvencijado puñal atravesaba fatigoso los músculos del cuello. Bertrand, aún dentro de ella, dejó de moverse. Amanda clavó la hoja una vez más, y otra y otra. Con toda su fuerza, con toda su rabia.

—«Y en el séptimo día Dios terminó el trabajo que había hecho, y descansó» —balbució en hebreo muy cerca del cuello de Bertrand, como si fuera a besarlo. Lo besó. Sintió correr la sangre por su boca, por su mano, y solo reaccionó cuando el líquido viscoso y tibio atravesó el abrigo y amenazó con llegar a su pecho. Extrajo con cuidado el cuchillo y lo dejó caer. Introdujo con frialdad los dedos en la herida, intentando buscar una señal apagada de vida, el último latido, y sintió que el cuerpo palpitaba aún, como si se alimentara de ella. Retiró los dedos de un tirón y, en ese instante, Bertrand expiró.

Inmóvil, comenzó a sentirse inundada por una calma profunda. Ya no tenía nada que perder. Su hija sería libre. El brazaletes y el anillo de diamantes continuarían con ella. La muerte de Bertrand le había proporcionado una paz extraña. Incluso, un desconcertante orgullo. Lina estaba a salvo.

El cadáver permanecía de pie, entre la pared y ella, firme, con los ojos desorbitados y un rictus en los labios que Amanda apenas pudo descifrar en

la oscuridad. Se separó, y el cuerpo cayó sin vida sobre la tierra convertida en lodo.

La lluvia cesó y la luna asomó entre las nubes. Un destello plateado descendió sobre el rostro del hombre con el cuello perforado. Amanda se sentó a su lado, confusa, como cuando terminaban de acariciarse durante sus noches de negociación. No había prisa, aquel era un encuentro nocturno más entre el oficial sediento y una de las prisioneras de la barraca. Nadie preguntaría por él hasta el amanecer.

Se acomodó el vestido, caminó de regreso a la barraca y encontró a Lina dormida, temblorosa, hirviendo de fiebre. La tos débil, como un gemido. No había por qué preocuparse, lo peor ya había pasado. Le colocó el brazalete y el anillo en el bolsillo interior del abrigo, en el otro guardó la carta con las instrucciones para Viera. Sin saludar, sin despedirse.

Aún tenía en su poder la carta del verano, aquella que nunca terminó, la última carta. Miró distante la hoja del libro mutilado, que continuaba en blanco. *No, no hay tiempo para despedirse*, estaba convencida. Con imprecisión esbozó un primer trazo, una letra, luego una sílaba. Sí, debía completar la palabra, pero le llevó algunos minutos conseguirlo. Al final de la hoja en blanco, «Mamá». Esa era su despedida, qué más podía necesitar Viera. Estaba convencida de que su hija, todas las noches, escuchaba antes de dormir su canción de cuna. Se extasió en la blancura de aquella hoja marchita con la imagen descolorida de la *Anagallis coerulea*. La contempló con distante regocijo hasta que terminó de escribir la palabra solitaria, la única, la verdadera, la que podría salvarlos y recuperarlos a todos del olvido. Una sola palabra sería suficiente.

Dobló la carta y la colocó también en el abrigo de la niña.

—Lina, es hora de irnos.

La sacudió con cuidado. Intentó cargarla, pero no le quedaban fuerzas. La

niña se desperezó y, sin preguntar qué hacían ni hacia dónde iban, se aferró a la mano ensangrentada de su madre.

Amanda y Lina cruzaron en silencio las alambradas. A lo lejos, el bosque entero oscilaba ante sus ojos, nublados por un sentimiento de odio completamente nuevo para ella. El frío comenzó a secar la sangre, que se convirtió en cristales sobre su piel. Amanda iba en busca de la salvación de Lina, sabiendo que era otra hija que tendría que abandonar.

Se volvió a mirar el terreno a oscuras, abandonado, ajeno. Dejaba atrás un pasado que nunca debió existir. Su hija olvidaría los agravios, la fiebre, la huida, la desidia, el rechazo. Despertaría en los brazos de Claire y olvidaría su nombre. Tendría que olvidarlo, era la única vía para salvarse.

Antes de la salida del sol, ella regresaría a la barraca y limpiaría la sangre con agua bien caliente en la cocina. No quedaría rastro en ella del infame que la traicionó, que la convirtió en una asesina. Buscaría un vestido en la maleta y ya limpia, y sin culpas, se despediría de Bérénice y de Frau Meyer. Abrazada a ellas, les diría: «Lo logré. Mi hija está a salvo. Es hora de olvidar.» Después regresaría al cobertizo a cerrarle los ojos a Bertrand.

Luego buscaría un guardia, uno cualquiera, y lo conduciría hasta la escena del crimen. Al amanecer el campo despertaría en medio de un bullicio ensordecedor. Los guardias franceses tendrían ahora otra razón para alimentar sus temores. Ella declararía su culpa y sería condenada una vez más. A los pocos días sería deportada en un tren hacinado de almas moribundas y terminaría, como ya había predicho, en un horno. Ya no le temía al fuego. O, tal vez, al retornar al campo, la recibirá un tiro en la frente. Así de simple. Sin dolor.

El bosque era una enorme sombra que separaba el campo de confinamiento del pueblo más cercano. Amanda y su hija se adentraron, desorientadas, hasta que a lo lejos divisaron dos siluetas. Escucharon, en penumbras, los pasos sobre las hojas marchitas. Se detuvieron a esperar, con prudencia. No debía alejarse demasiado del campo, en un par de horas a lo sumo debía estar de regreso. Amanda sintió la presión de la mano pequeña de Lina y se inclinó hacia ella para que pudiera escucharla.

—Mirarás hacia la copa de los árboles, bien arriba, y buscarás las estrellas. Solo te pido, por favor, que no mires hacia atrás, pase lo que pase. Yo estaré aquí, o en cualquier parte, pero siempre velando por ti y por Viera.

La niña se aferró a su cuello.

—Ahora, prométeme algo, vas a comenzar una vida nueva, y me vas a perdonar por haberte hecho sufrir tanto.

—Mamá, no me abandones.

—Cómo vas a pensar que te estoy abandonando, mi pequeña Lina. Mira quiénes están aquí.

En medio de la oscuridad, Lina solo pudo distinguir la mano que le tendía un hombre alto como una montaña.

—Contigo llevas la carta que le debes enviar a Viera, la última. Cuando llegue el momento, ella te buscará y recuperarás tu nombre. Nuestro nombre.

En ese instante la niña reconoció, en penumbras, el rostro de Claire. Su respuesta instintiva fue un gesto de rechazo, como preguntando: «¿Por qué me quieres separar de mamá?» Comenzó a temblar, incontrolablemente. A su lado reconoció al padre Marcel.

Con los ojos cerrados, contó los acelerados latidos de su corazón.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

Abrió los ojos y gritó con todas sus fuerzas una frase en alemán: «*Mama,*

*verlass mich nicht*», y se desvaneció. El padre Marcel la tomó en brazos y Claire le puso la mano sobre la frente. La fiebre la consumía.

Cuando Claire se volteó, ya Amanda había desaparecido. Acercó su rostro al de la niña y la besó.

—Vamos a casa, Elise. A partir de ahora tu nombre es Elise.



Primavera, 1942

*Mi pequeña Viera:*

*Recuerdo el severo rostro de mi madre el día que se despidió, aterrada, porque sabía que estaba por morir. Recuerdo la mirada temerosa de mi padre el día que me entregó en el altar. Recuerdo las tardes de verano junto al lago, cuando jugábamos a ser felices. Recuerdo el cálido abrazo de tu padre en las noches de invierno, mientras yo temblaba, no de frío, sino temerosa de los silencios entre nosotros. Recuerdo su última carta, palabra por palabra. Recuerdo el aroma de los libros antiguos del Jardín de Letras, mezclado con el humo de la hoguera en medio de la plaza, y el crujir de los cristales rotos por doquier. Recuerdo las largas y apacibles tardes de té con Hilde, sin saber cuál sería nuestro destino. Recuerdo el día que naciste y que por primera vez sentí el miedo premonitorio de no verte crecer. Recuerdo el día que descubrí que estaba embarazada de tu hermana y comencé a temblar, otra vez de miedo. Recuerdo los ojos soberbios de Frau Meyer cuando te abandoné al pie del tobogán.*

*Pero no puedo recordar tu mirada, ni tu sonrisa. No recuerdo siquiera haberte tenido en brazos, ni cuando diste tus primeros pasos o dijiste tu primera palabra.*

*Ahora lucho todas las noches con mi débil memoria. Ya no tengo fuerzas contra el olvido.*

*Cómo pude haberte abandonado, mi pequeña Viera. Cómo pude protegerme olvidándote. No ha sido culpa de los nazis, ni de la guerra, ni del odio que ahora guía mi mano sobre esta hoja marchita llena de alhelíes. Ha sido culpa del miedo.*

*El miedo me condujo al olvido.*

*Esta será la última carta, tal vez, que pueda escribirte. Mi único ruego es que tu hermana y tú lleven siempre la cadena con sus nombres grabados. Es la más preciada posesión que tienen. Así nunca se olvidarán de quiénes son.*

*El día que este infierno se acabe, busca a tu hermana, protéjanse y recuperen su nombre. Para salvarse, ella ahora deberá olvidar quién es. Tú no.*

*Mamá*

Cinco

El abandono

*Haute-Vienne, 1942-1947*

Durante seis días y seis noches, el cuerpo lacerado de la niña permaneció oculto bajo las sábanas húmedas de una habitación donde se le había negado la entrada al más mínimo haz de luz. Solo el reflejo de la luna podía penetrar para darle un poco de vida al rostro inerte.

La fiebre había disminuido gradualmente, pero la respiración continuaba siendo trabajosa, como si ya se hubiese rendido. Con los ojos cerrados, movía apenas los labios y un temblor incontrolable la dominaba cada vez que Claire le deslizaba trozos pequeños de hielo entre los labios para hidratarla. La niña se negaba a comer, tomar agua, sonreír o llorar.

Reaccionaba a las caricias, o al menos eso quería pensar Claire, que no se separaba de su lado. A los rezos del padre Marcel respondía con suspiros aislados, y ambos sonreían, animados por la esperanza de que sobreviviría. De noche, Danielle entonaba canciones para ella, anhelando un gesto que le permitiera saber que su alma no se había quedado extraviada en el bosque.

Tras permanecer inconsciente durante una semana, el padre Marcel decidió que habría que llevarla al hospital de Limoges. No podían mantenerla un día más sin comer, incluso sin beber agua. La cargó sin dar tiempo a que Claire se negara. Los brazos le colgaban como ramas quebradas, la cabeza cayó, ladeada, entre el hombro y el cuello del padre.

—Solo tiene siete años y no tiene a nadie más que a mí —imploró Claire, y en ese instante el padre Marcel sintió cómo la niña se hundía en su pecho.

Al pie de la cama vacía, Claire continuaba hincada, orando por un milagro.

El padre tomó un trozo de hielo y dejó caer unas gotas frías sobre la frente, sobre el rostro violáceo y los labios cuarteados de la niña.

—Claire —la llamó con suavidad—. Va a estar bien.

Ella se acercó y lo abrazó al ver que la niña había abierto los ojos y le dedicaba una pálida sonrisa. En ese instante volvieron a estar tan cerca, o quizás más cerca aún que cuando él había velado por ella durante una semana. Las enfermedades los unían.

Entre los dos, la niña comenzó a moverse. Con ella en brazos, Claire tomó la mano del padre y sollozó. El padre Marcel rogó porque ese abrazo se extendiera y le pidió a Dios que lo perdonara una vez más. No quería que nada empañara aquel instante de regocijo. La niña se había salvado, y Claire estaba cerca. Concentró todo el poder de su mente en la pequeña y oró con todas sus fuerzas por ella, por Claire y por él.

Amanecieron juntos, a ambos lados de aquella niña escuálida que comenzó a devorar con ansiedad todo cuanto le acercaran a la boca, y se atrevieron a abrir las ventanas por primera vez desde que la recuperaran en el bosque, en espera de que el ángel piadoso que la había devuelto los acompañara mientras la tuvieran escondida en la granja.

—Mi niña, mi niña —le susurró Claire—, tu nombre es Elise, y desde hoy yo seré tu mamá —repitió, como si fuera una canción de cuna—. Mi pequeña Elise...

En la entrada de la habitación, Danielle contemplaba la escena con cierto recelo. No recordaba haber estado enferma, ni que su madre se hubiese entregado a ella día y noche, como ahora lo hacía con Elise.

Deambuló por la casa a solas y suspiró.

De día, Elise aprendió a vivir escondida, dedicada a leer las enrevesadas

historias de una biblia desportillada, en un francés que le resultaba casi ininteligible. Así se fue enterando de frutas prohibidas y serpientes, besos y traiciones, ángeles, vírgenes, apóstoles y santos, coronas y cruces. Podía recitar de memoria versículos enteros, aunque carecieran de sentido para ella. La cadencia y el lenguaje desusado la cautivaban. Se adentró en las páginas sobre la memoria y los impíos, y se vio condenada en la tierra de las bienaventuranzas, donde perdonar era olvidar.

Para Elise, el pasado se limitaba al instante en que había despertado en los brazos del padre Marcel, el resto eran sombras. El principio era una lejana huella en la memoria, un latido del corazón, el sabor confuso del miedo.

Asumió la orden de esconderse del sol como si estuviera enferma, como si los rayos fueran a traspasar su epidermis y desintegrar cada célula. Aprendió que su destino durante el día era el desván, como un murciélago relegado a lo más oscuro de su nuevo hogar.

Por las noches, en la oscuridad, jugaba fuera de la casa con Danielle, que la protegía con devoción maternal mientras Claire las contemplaba.

Durante el otoño y el invierno, Elise se sentía acompañada porque la familia acostumbraba a refugiarse al calor de la chimenea, pero en el verano la acosaban oscuras premoniciones. Ya hacía un año que la habían abandonado en el bosque y aún tenía que serenarse, repitiendo su nombre hasta el cansancio: *Elise, Elise, Elise... Mi nombre es Elise.*

Veneraba el tiempo que podía pasar con Danielle. Se convirtió en la centinela del desván, donde intentaba distraerse contándose historias de tierras lejanas que nadie la llevaría a conocer. Soñaba con irse a vivir a un continente olvidado, donde los rayos del sol se atenuaran hasta desaparecer antes de hacer contacto con la superficie de las cosas; los días serían largos y oscuros, y los inviernos, helados.

Era difícil sobrellevar el encierro en aquella mazmorra sin ventanas, y

soñaba con un amigo a quien proteger, ya fuese un soldado herido, un perro abandonado, una pelota raída, un insecto, algo a quien nombrar, alguien con quien hablar para que sus palabras no rebotaran vacías contra las paredes rugosas.

Lo que al principio era una especie de juego, ahora era una tortura. Encerrada, sola como una lombriz, pasaba las horas orando en silencio, mientras Danielle asistía con Claire a la misa del padre. Con la llegada del vértigo de cada verano, comenzó a aborrecer los días de calor. Apenas había cumplido ocho años y sentía que el tiempo se disipaba. Ella crecía y el lúgubre desván se le convertía cada vez más en una minúscula prisión.

Una noche se despertó atemorizada y sudorosa, con un presentimiento que la hizo taparse los oídos y cantar furiosamente, intentando borrar la imagen que todavía despierta la acosaba. Un día se iban a olvidar de ella, atrapada en el desván, y un huracán de fuego destruiría casas, granjas, y hasta la iglesia del padre Marcel.

La vida nocturna había hecho que los colores se difuminaran y que el mundo a su alrededor se matizara de un plateado uniforme. Esperaba con ansiedad que las hojas se desprendieran, las rosas se marchitaran y los campos de lavanda desaparecieran hasta terminar en el aliento helado y seco del invierno.

Una mañana descubrió a su lado una larva estática, congelada junto a una pequeña bola que parecía estiércol seco. Se preguntó si no se trataría de una trampa de su imaginación de niña solitaria, pero al acercarse más al cuerpo transparente y diminuto pudo ver que en su interior una sombra se movía con lentitud. Estaba vivo.

—¿Quién eres? —le preguntó en voz baja, con el temor de que un leve soplo destruyera al ser que se gestaba ante ella.

Sus oraciones habían sido escuchadas, no estaba sola. Bajó a buscar un

trozo de pan, un grano de azúcar, una gota de agua para alimentar a aquella lombriz minúscula y comenzó a fantasear en qué se convertiría su larva solitaria. Quería un insecto sin alas, para que no pudiera huir; uno que, como ella, se deslizara por el suelo.

A los pocos días ya se precisaba una armadura oscura. En la cabeza, dos ojos enormes, y cuatro patas con espinas diminutas comenzaban a definirse. Se separó del animal y lo contempló desde lejos.

—¡Un escarabajo, ha nacido un escarabajo! —exclamó, sorprendida de su creación—. Jepri, te llamarás Jepri y serás mi amigo.

Recordó la frase que su padre citaba en alemán, llegada desde un pasado que pretendía olvidar. *Un niño puede aplastar un escarabajo, pero ni siquiera un catedrático podrá crearlo jamás.*

Con la llegada de Jepri los días se hicieron cortos y las noches, largas. Elise se colocaba a su altura y lo observaba tan de cerca que el animal aparecía, ante sus ojos, como un gigante salvador. Lo contemplaba comer y refugiarse en la oscuridad, en una rutina que ella estudiaba e intentaba modificar cada día, verificando la capacidad de un insecto para ser entrenado, para convertirse en una verdadera mascota.

Sabía que su vida sería corta y que, como buen escarabajo, resucitaría recreándose a sí mismo. No estaba dispuesta a verlo morir, y prefirió que su amigo la guiara, con él, al país de las sombras.

—Vivirás en mi corazón, querido Jepri —balbució mientras se llevaba el escarabajo al pecho, esperando un aguijonazo mortal.

Al despertar, descubrió a su lado el cuerpo sin vida de su amigo. Jepri, el escarabajo, se había opuesto a su instinto y se dejó morir en los desechos antes de atacarla a ella. La había salvado. *Al final, los escarabajos no pican,* se dijo en silencio.

Ahogada por la emoción salió a la superficie con la esperanza de que Jepri



renaciera. Con su único amigo muerto decidió sepultar las vagas imágenes de un pasado que aparecía en sueños. Un padre sin rostro, una hermana que se deshizo en la proa de un barco, una madre que la abandonó en el bosque. Ahora sería Elise. Con la partida de Jepri había terminado su infancia.

La mañana del 10 de junio de 1944, el sol atacaba con furia los graneros. Desde la ventana de la sala, sin importarle que la descubrieran, Elise se detuvo a contemplar a los vecinos, que corrían espantados a lo lejos. Un poco de luz la ayudaría a sobrellevar el luto por su amigo.

Danielle la apartó de la ventana y corrió a indagar qué podía haber desorientado así a los granjeros. Sin acercarse demasiado, comprendió que los alemanes, en una cantidad alarmante, habían llegado al pueblo. Escuchó que una caravana de soldados se apostaba en las entradas, habían cerrado el puente, habían bloqueado incluso la línea del tranvía. Aquellos uniformes eran inconfundibles. Danielle reconoció las letras infames, SS, y corrió de vuelta a casa, sin aliento.

—¿Las SS? —se preguntó Claire—. No sé qué pueden buscar aquí. Tendrían que quedarse en Limoges.

Se quitó el delantal y durante varios minutos se lavó las manos con los ojos fijos en el agua. Vivían en un pueblo insignificante, cuyos habitantes habían aceptado la ocupación con estoica apatía. Más allá de las cartillas de racionamiento, la guerra no había cambiado las rutinas, y la resistencia era una fantasía, una leyenda que los hombres preferían ignorar a la hora del café en la Rue Emile Desourteaux. No le encontraba explicación a esa incursión desproporcionada. Las historias de valientes que volaban una línea del tren o secuestraban a oficiales alemanes sucedían en otros lugares, como Saint-Junien o Saint-Léonard-de-Noblat, algunos a sesenta kilómetros de Limoges. Allí no pasaba nada.

La única falta grave, tal vez, había consistido en recibir a refugiados de Moselle o Charly, despojados de sus casas por las SS. Y también a algunos judíos alemanes que Cuba había rechazado tiempo atrás, pero que habían sido deportados poco después durante una redada masiva. *¿A quién buscaban ahora? ¿A una niña indefensa escondida en un desván?*, se angustió Claire.

En el pueblo se vivía en paz, irreal tal vez, pero ninguno de sus habitantes estaba interesado ni dispuesto a desafiar a los ocupantes.

*Vienen por mí, vienen por mí*, temía Elise. *Pero el espíritu de Jepri me salvará. Él es inmortal.*

Claire salió al camino y detuvo a una de las vecinas.

—Estoy preocupada —le dijo la mujer, apesadumbrada—. Algo va a suceder. Todos tenemos que ir a la plaza. Es una orden de los alemanes.

Al instante, Claire regresó a la casa y, sin dar explicaciones, comenzó a preparar, con calculada precisión, una maleta.

—Comeremos algo y nos iremos al pueblo —dijo con serenidad—. Esperen tranquilas, que no pasará nada.

Danielle se sentó a la mesa. Elise permaneció a su lado. Claire evitó mirarlas y entró en el cuarto de las niñas. Elise se levantó y la siguió a hurtadillas. La vio ordenando cartas en una caja de madera donde acomodó, también, un pequeño cofre púrpura. Cerró la maleta y se acercó a la ventana. Necesitaba aire fresco.

—Pase lo que pase, ustedes van a estar siempre juntas, ¿entendido? —La voz de *Maman* Claire, en los momentos difíciles, se convertía en una caricia. En silencio, las niñas asintieron.

Claire las abrazó y recostó su cabeza en la de Elise, la más pequeña. Con mesura, comenzó a recorrer con la vista las escasas fotos familiares: la imagen de su esposo en las colonias, Danielle de bebé en sus brazos; ella, enfundada en una gruesa gabardina, sonriendo con la torre Eiffel a sus

espaldas, el único retrato que conserva de su viaje a París, aún soltera. Se separó de las niñas con un suspiro leve. Fue al espejo, se cepilló el pelo y sonrió. Estaban listas para partir.

—¡Combi! ¡Llevemos también a Combi! —exclamó Elise, y corrió a buscar el viejo balón que guardaba debajo de la cama, desinflado y raído.

—No es necesario, Elise —trató de convencerla Danielle—. Volveremos en un rato.

Pero Elise se aferró al balón, que sería su equipaje personal.

Al salir, Claire se detuvo en el portal y vio que los campos de lavanda pronto florecerían.

Dejaron la granja atrás y se incorporaron a los pequeños grupos de vecinos que acudían a ponerse a disposición de los ocupantes.

Elise caminaba atemorizada ante los ojos de todos como la hija de Claire, convencida de que la reconocerían, al menos las niñas de la escuela. Mientras Danielle le apretaba la mano al andar, ella respiraba a todo pulmón la mañana de verano. *Soy una más, nadie va a notar la diferencia.* Al vencer la primera calle del pueblo, Elise escondió el rostro en el costado de Claire, que se detuvo y le acarició la frente.

—Todo va a estar bien, pequeña —repitió—. Lo importante es que nunca, pase lo que pase, te separes de Danielle. Ella es tu hermana. Síguela siempre, ¿de acuerdo?

Aquellas instrucciones de Claire resonaban en la mente de Elise y, en lugar de serenarla, la hacían intuir un cambio que no lograba discernir. En ese instante, Danielle sintió que su madre estaba más preocupada por Elise que por ella. Con solo doce años, debía hacerse responsable de otra niña.

*Solo tengo tres años más que Elise, Maman. Yo soy tu verdadera hija,* quiso decir, pero no pudo.

Al adentrarse en el pueblo, le sonreían a todo el que se cruzara con ellas.

Atravesaron la estación del tranvía que ya había salido esa mañana para Limoges. Era un sábado como cualquier otro, las casas desocupadas mantenían las puertas y las ventanas abiertas a la brisa del verano. Llegaron a la calle principal, y en el café de la esquina permanecían algunos hombres agitados.

—Estos no son alemanes cualesquiera, son de la segunda división SS Das Reich —dijo uno, orgulloso de su precisión, secándose los labios con el antebrazo—. Estos son de temer.

Ellas continuaron rumbo a la plaza y allí vieron a los soldados formando un círculo, una especie de frontera. Abrieron las puertas de la iglesia, y las mujeres y los niños entraron a refugiarse del calor.

—¿Dónde está el padre Marcel? —preguntó Claire a la espera de que alguien le respondiera—. ¿Han visto al padre Marcel...?

A los hombres comenzaron a formarlos y dirigirlos hacia una granja al sur del pueblo. Nadie se despedía. ¿Para qué? Era una operación de rutina, uno de aquellos conteos absurdos de la guerra.

Los soldados hablaban francés entre ellos, y Danielle y Elise observaban los uniformes para tratar de diferenciarlos. Elise reconoció una insignia parecida a un anzuelo para lobos alineado horizontalmente en el pecho de uno de ellos, que no dejaba de sonreírle. Una mujer los interrumpió para aclararle al oficial que había dejado un pastel en el horno, pero no pudo escuchar su respuesta porque la masa, empujada por los soldados, la arrastró consigo hacia la iglesia.

*Maman Claire es la única que se ha traído una maleta*, advirtió Elise cuando una explosión la arrojó sobre las piedras ardientes. Claire se abalanzó sobre ella para protegerla. Lanzada lejos, Danielle apenas podía distinguirlas, en medio de los gritos, la humareda y las llamas que salían de la iglesia. Cuerpos sobre cuerpos, zapatos por doquier.

La primera explosión la ensordeció y la siguiente la sintió punzante, cerca de la planta de los pies. En ese instante, Elise supo que el miedo era corpóreo, que puede rasgar la piel, arrancar el cabello, perforar los dientes. Sobre las piedras de la plaza, percibió el cuerpo de *Maman* Claire protegiéndola y cerró los ojos. Escuchó a lo lejos una canción de cuna ¿*en alemán*? Notas intermitentes, una frase perdida. *Maman*? Los gritos de un niño rompieron el vacío hasta que fueron silenciados por un disparo.

Sobre ella aún caían escombros, o sobre *Maman* Claire, que la cubría, caliente, húmeda, pesada. El polvo gris se diluyó con lágrimas que se negaban a secarse y se volvió piedra.

—*Maman* —dijo casi en un suspiro, pero el silencio la hizo gritar—. ¡*Maman* Claire!

Una sirena aguda le taladró los oídos y le hizo recordar que estaba en la plaza, frente a la casa del alcalde, en la esquina del café de Madame Beauchêne, frente a la iglesia en llamas del padre Marcel. Las campanas sonaban enloquecidas y eran silenciadas por el rugido de los altoparlantes. No podía ver la pastelería, ni el cementerio, solo los muros del Hotel Beaubreuil que emergían de la humareda.

Elise intentó abrir la boca, pero sus labios secos estaban adheridos por el polvo.

—*Maman* —logró repetir, temerosa, pero no alcanzó a decir nada más.

La tercera explosión pareció detonar dentro de su propia cabeza. La onda expansiva la liberó y dejó de sentir el peso del cuerpo que la protegía. Había perdido a *Maman*, se había quedado sin coraza.

Abrió los ojos despacio, allí estaba *Maman* Claire, tendida boca abajo en el polvo. Calzaba un único zapato, la media de seda rota. *¿Dónde está el otro zapato?*, buscó Elise, inmóvil. Tenía que encontrarlo, pero no podía moverse, solo alcanzó a girar apenas la cabeza.

El pequeño ángel barrigón se mantenía de pie en la vieja fuente de piedra. De la boca minúscula, un chorro de agua brotaba con temor y caía en la base de la fuente, creando destellos naranjas y azules que traspasaban la polvareda.

Elise se movió con cuidado y sintió una punzada en el hombro derecho. La plaza había desaparecido. Ahora solo quedaba el polvo, y un ángel desnudo que flotaba sobre un charco de aguas negras.

La visión de aquel infierno la dejó sin aire. Trató de respirar y sintió que estaba a punto de ahogarse. Entonces dio un alarido y al instante recobró de golpe el aliento. Estaba viva, había sobrevivido una vez más.

—¡Elise, levántate! —exclamó Danielle desde algún sitio indefinible. Pero Elise era incapaz de moverse. Miraba en derredor, a través de la polvareda, por encima de los cadáveres. Muda. Danielle consiguió acercarse a ella y le tomó la mano—. Espera.

Junto al cuerpo de Claire, bajo una espesa capa de polvo y piedras, estaba la maleta. Danielle se abrió paso hasta ella, la recuperó de un tirón y regresó a Elise.

—¡Vamos! —fueron sus únicas palabras.

—*Maman* Claire... —musitó Elise.

—*Maman* está muerta —sentenció Danielle.

No había tiempo. Los guardias iban a regresar en busca de testigos. Solo estaban esperando a que el fuego se aplacara. Ellas, ahora, eran el peligro; dos niñas entre los escasos supervivientes del pueblo, sepultado por una nube oscura y espesa.

Se detuvieron por un segundo, intentando orientarse en medio de la nada, encontrar un punto cardinal hacia donde huir. Detrás del humo que salía de la iglesia distinguieron el cementerio. Podían atravesarlo, o correr en dirección contraria hacia la abadía, bordeando el cauce del río, aunque podía ser peligroso. *Serán varias horas de camino*, pensó Danielle, que dudaba. No acababa de entender de quién huían, quién era el enemigo.

Habían perdido el sentido del tiempo, era imposible definir cuánto quedaba del día, si estaba por anochecer. Con las manos aferradas, temblaban de terror y de angustia.

—Escondámonos aquí —ordenó Danielle—. Tenemos que esperar a que oscurezca.

¿Escondarse? Elise no la entendía. No había un árbol, ni una esquina o una casa donde refugiarse. No obstante, Danielle se dejó caer junto a la maleta y cerró los ojos.

Las plantas de los pies le ardían, sentía arena en los ojos y la garganta reseca. No se atrevió a decirle a Danielle que tenía sed, que era necesario encontrar agua antes de caminar hasta la abadía. Y quién sabía si los alemanes ya habían pasado por allí también haciendo lo mismo: encerrar a las mujeres y los niños en el edificio para luego hacerlo estallar. Pero Danielle dormía o fingía dormir. No tenía respuestas para las preguntas de Elise.

Derramó lágrimas por primera vez, en silencio, evitando despertar a Danielle. Le dio la espalda y sollozó pensando en *Maman Claire*, que la había salvado del horror. Era necesario llegar a la abadía en busca de ayuda, al menos para dar sepultura a todos aquellos cuerpos despedazados.



O quizás lo mejor era no pensar, cerrar los ojos, tratar de dormir y olvidar. Intentó hacerlo cuando sintió la primera gota. Miró al cielo, ahora pesado y oscuro, y percibió cómo las nubes se aglomeraban. Una lluvia fina comenzó a aplacar el polvo. El aire se llenó de olores siniestros.

El estruendo de una caravana de camiones marcados con esvásticas y llenos de soldados despertó a Danielle. Marchaban en dirección contraria a la abadía. Se miraron esperanzadas, aunque al instante se aterrizaron. Tal vez regresaban de allá después de haber aniquilado incluso al padre Marcel, el único que hubiera podido ayudarlas.

Se incorporó y se apartó unos pasos de Danielle. En ese momento, la luz roja del último camión la iluminó por unos segundos. Un soldado la descubrió, se colocó el casco y la miró fijamente. Elise no sintió miedo y mantuvo la mirada de aquel chico tan joven que se alejaba de prisa, haciéndose diminuto a través de la lluvia y el polvo.

*Los soldados huyen, avergonzados del crimen,* quiso soñar.

No regresarían solo por ella, estaba segura. El soldado alemán debió de haberla confundido con un espectro. O quizás no la vio porque ya no existía, había muerto horas antes, como todos los vecinos del pueblo. En la iglesia, en la plaza, en el granero.

Había muerto también dos años atrás, aquella noche en el bosque, para resucitar un día, febril, en brazos de *Maman* Claire. Ahora estaba viviendo otra de sus muertes. Sabría Dios de cuántas otras muertes tendría que huir.

*Hasta los peores asesinos pueden tener un ápice de piedad,* pensó. Al no denunciarla, Elise intuyó en el joven soldado algo parecido a la compasión, aunque hubiese preferido ser conducida al pueblo más cercano. Allí le hubieran dado agua, y quizás hasta un pedazo de pan. El soldado no la había salvado, concluyó, la había abandonado a su suerte. A su muerte.

—Debemos mantenernos lejos de la carretera —le advirtió Danielle

incorporándose, y comenzó a caminar sin mirar a Elise, que la siguió en silencio.

—No creo que pueda seguir caminando sin tomar agua...

La lluvia había durado muy poco. Apenas alcanzó para mojarse los labios. Danielle continuó sin responder, no podían desviarse hasta el río; sería peligroso. Estaba segura de que la noche comenzaría a disipar el calor. El momento no era oportuno para detenerse a buscar agua. Y, mucho menos, comida.

Se enfrentaron a una curva que las devolvía al mismo sitio, sin posibilidades de escape, un camino sin salida. Estaban turbadas.

—Cuando lleguemos a la abadía hablemos lo menos posible. Nos mantendremos juntas todo el tiempo. No sabemos si los alemanes estarán allí también, tendremos que averiguarlo antes. Resiste un poco más, ya falta poco. ¿Puedes? —precisó al fin Danielle, que seguía hacia delante.

Elise no respondió. Caminaba detrás de Danielle sin detenerse, evitando apoyar el calcañal derecho. Era difícil no caminar por la carretera; el lecho del bosque en verano desprendía un vapor caliente que las desorientaba. En un claro rodeado de arbustos decidieron pararse a descansar. Abrazadas, compartieron un sueño lleno de sobresaltos.

Entrada la mañana reemprendieron el camino. En la medida que se acercaban a la abadía, Danielle ralentizaba el paso, arrastraba la maleta en una mano, con la otra sostenía a la niña, que cojeaba, y la imagen de su madre entre los escombros la atormentaba. Avanzaba sostenida apenas por la solemnidad de una promesa.

«Cuida a Elise como si fuese tu hermana», le había pedido su madre

mientras colocaba en la maleta una biblia, un cambio de ropa para cada una y tres abrigos gruesos. *Para qué*, había pensado, *si estamos en pleno verano...*

Era una carga pesada y fastidiosa, pero debía llevarla consigo. Intentaba comprender por qué su madre había acudido al pueblo con una maleta cuando nadie más lo había hecho, qué había sucedido en realidad, por qué habían sobrevivido. Qué sabía su madre, qué presentía. La maleta era una huella, un registro de la memoria dispersa. *La maleta es Maman*, se dijo, y continuó caminando.

Ambas experimentaban la noción de haber muerto junto a su madre, en la plaza. El camino a la abadía era una ilusión. Ellas seguían allá, junto al cuerpo de Claire, a la espera de una fosa común que les diera sepultura.

Al avistar los muros de la abadía en el horizonte, el miedo regresó, punzante. No había alemanes a la vista. El gran edificio se alzaba silencioso en el resplandor del atardecer y se fueron acercando, resignadas. Danielle apretó la mano de Elise, se miraron por unos segundos y se dispusieron a cruzar el enorme portón de roble con refuerzos de hierro oxidado.

Quizás estaban a salvo, por ahora.

Por doquier había niños que gritaban, corrían, caían, lloraban y reían en la nave central. Había olor a estiércol y a manteca, a sudor y a queso rancio, a cañería rota, a agua podrida. La luz leve tornaba los rostros ojerosos, marchitos y con mejillas hundidas, en visiones de un ocre patético.

En una esquina flanqueada por columnas de piedra carcomida, el padre Marcel estaba de pie, con la cabeza ensopada en agua para mitigar el calor que lo aturdí. Las niñas no lo reconocieron, aun cuando lo habían visto por última vez en una de sus cenas de los viernes, dos semanas atrás. Llevaba días sin afeitarse, con el cabello negro y grasiento pegado al cráneo, la sotana manchada de fango y manchas blancas en el pecho y las axilas.

A su derecha, sentado, el padre Augusto inscribía en el pesado libro de registro bautismal de la abadía los nombres de los niños que llegaban. Con la torpeza de sus manos ancianas, anotaba en unas hojas separadas los detalles circunstanciales de los recién llegados: quién los había traído a la abadía, de qué pueblo eran, a qué escuela asistían, la profesión de sus padres y, si tenían hermanos, pedía también los nombres y edades y los agregaba a cada nota. Una niña estaba frente a él y le respondía en murmullos que lo desesperaban. Con un gesto, la mandó a sentar junto al resto de los huérfanos.

Estaba por cerrar el libro cuando el padre Marcel lo detuvo.

—Acaban de avisar que han llegado dos niñas más. Espero que sean las últimas por hoy.

Tomó en sus brazos a un pequeño de unos dos años que había estado llorando por horas. Se sacó un pañuelo de la sotana y le limpió la nariz

mocosa. El niño se dejó caer en su hombro y lo abrazó con ansiedad hasta comenzar, poco a poco, a relajarse. Aquel parecía ser su primer contacto físico en mucho tiempo.

—Aquí están las niñas —confirmó el padre Augusto al verlas entrar en la nave, y el padre Marcel acomodó al pequeño en un banco para recibirlas.

Al reconocerlas, se abalanzó hacia ellas y las abrazó. Permanecieron en silencio por unos minutos, no era necesario hacer preguntas, no había nada que explicar. Estaban a salvo. El padre cerró los ojos, y dio gracias. Sus oraciones no habían caído en el vacío.

—Danielle y Elise Duval —le dictó desde la entrada al padre Augusto—. Son hermanas, yo las bauticé.

Danielle sostuvo con todas sus fuerzas la mano de Elise, que comenzó a respirar agitadamente. El padre Marcel les acarició la cabeza, y las condujo a la cocina.

—Confíen en mí, todo va a estar bien. Ahora coman algo —les dijo. Al notar que las niñas continuaban ensimismadas y temerosas, prosiguió, sin dejar de mirarlas—. Terminaron los secretos, ¿entendido? Ya buscaremos al hermano de Claire en América. Tu tío —miró a Danielle— se hará cargo de ustedes. Falta poco para que esta maldita guerra termine.

Danielle y Elise, más tranquilas, corrieron en busca de un vaso de agua y Marcel regresó a completar la documentación con el padre Augusto. Era importante que los niños aparecieran inscritos en el registro. Era una especie de garantía de legalidad para los alemanes, y sería de ayuda después de la guerra, cuando los familiares los buscaran. Quería que todo lo relacionado con Elise y Danielle estuviera en regla, más aún cuando parecían ser, hasta ese momento, las únicas supervivientes del pueblo. Pensó, incluso, en cambiarles la ciudad de nacimiento. Su única misión era proteger a aquellos huérfanos, y para eso era capaz de cualquier cosa, hasta mentir. Ya Dios lo

perdonaría. Tenía los ojos inyectados en sangre por la falta de sueño, la impotencia y la angustia de no poder hacer nada más que limpiar narices, arrodillarse ante el altar y bajar la cabeza.

Intuía que el crimen cometido contra sus feligreses era un acto desesperado de rendición. Los alemanes tenían la guerra perdida, el final se hacía cada vez más inminente. Pensaba que haber sobrevivido era un castigo en su azarosa salvación, él debía haber estado con todos allá, en el pueblo, en la plaza. Tenía la seguridad de que su presencia hubiera frenado la bestialidad de aquellos soldados sedientos de venganza. *¿Qué esperaban encontrar?, ¿armas? Todo lo que había allí era un pueblo de gente indefensa, dócil, y, no obstante, desataron su furia contra ellos. Ya pagarán,* se repetía, sin poder conciliar el sueño. En momentos así, la Biblia no era su mejor aliado. No podía evitar sentir odio y le pedía a Dios que le permitiera maldecir para que sus heridas sanaran. Todos eran culpables, estaba convencido, por haber aceptado la ocupación alemana como una incómoda rutina.

Se sintió tentado de regresar a la parroquia, y entre las ruinas renegar de Dios, el Creador que cerró los ojos ante el crimen de sus criaturas.

Concentrado en sus oraciones, hincado ante el altar, orando por todos los huérfanos de los cuales era responsable, vio el rostro borroso de Claire a la luz de un atardecer de verano, años atrás. Intentó conciliar el sueño, pues sabía que aquella visión podía salvarlo, pero no conseguía distinguir la intensidad del azul de sus ojos, ni la cadencia de su voz, o la palidez de su tez cubierta de pecas. Solo sentía sus delicadas manos en las suyas, pidiéndole ayuda, porque, le explicaba, si estaba poniendo en peligro a su familia era porque sentía que era su deber cristiano, y le imploró conmiseración. Ahora era su deber proteger a esas niñas.

Después de varias horas de desvelo, al conseguir recordar finalmente la voz dulce y melodiosa de Claire, Marcel pudo conciliar el sueño.

Al amanecer se dirigió al dormitorio. La nave que una vez había albergado peregrinos ahora refugiaba a una veintena de niños. Comprobó que Danielle y Elise estuvieran allí y las vio rendidas, abrazadas, tal vez compartiendo la pesadilla de continuar vivas. No quería ni imaginar por lo que habían pasado.

Claire ya no podría hacerlo, pero él estaría allí para ellas.

Elise fue la primera en despertarse. Regresaba de un sueño profundo, sin pesadillas. Durmió toda la noche abrazada a Danielle, que dormía aún sin que la alteraran los sollozos de un chiquillo que, al ver el rostro de Elise, comenzó a gritar. Tal vez pensó que ella debía sacarlo de la cama, darle de comer o llevarlo al baño, sin comprender que ella no era más que otra niña abandonada.

La paz de su sueño, ahora pensaba, debía agradecérsela a aquella fortaleza protegida por los brazos fornidos del padre Marcel, que como caballero defendía los predios de la abadía y nadie, ni los malditos alemanes, podría atacarla allí; nadie se atrevería a traspasar la muralla milenaria que los rodeaba. El padre Marcel era el héroe de su historia de aventuras.

El niño se bajó de la cama y corrió hacia ella con pasos torpes, como si hubiese aprendido a caminar solo pocos días atrás. Se sentó a su lado, le sonrió y comenzó a tocarle el cabello, ahora oscuro de polvo y sudor. Acercó su dedito a los ojos de Elise.

—Azul —balbució, como si jugara a adivinar colores en un sitio en el que predominaban las sombras, con paredes de piedra ennegrecidas y maderas oscuras de humedad.

Tal vez ella, una niña, le recordaba a su madre. Elise sintió que apestaba, tal vez porque apenas se había lavado la cara y las manos. El resto de su cuerpo estaba aún lleno de polvo, de sudor, de sangre ajena. No sabía qué hacer con el pequeño, y permanecieron sentados al borde de la cama, a la



espera de que Danielle se despertara y les dijera si debían salir al patio, a la cocina o a misa, en caso de que la hubiera.

—¿Qué hace esa aquí? —vociferó en la puerta un adolescente del pueblo al reconocerla, señalándola con desprecio.

Elise le devolvió la mirada, bajó la cabeza y el niño, aún a su lado, le tomó la mano.

—Lo mismo que tú —se limitó a contestar el padre Marcel, que apareció en el umbral—. A la capilla, vamos —ordenó.

El chico se retiró sin protestar, pero antes de salir miró con odio a Elise. Ella ya estaba acostumbrada al rechazo, a que la tildaran de enemiga, a que la vieran diferente. Al final, era siempre la otra, la que no pertenecía a ninguna parte, la que había llegado a ocupar un espacio ajeno, la que debía vivir en la oscuridad. La historia no hacía más que repetirse en la abadía.

Condujo al niño de regreso a su cama. Intentó que se acostara y lo arropó como pudo, pero él comenzó a reírse como queriendo jugar, y en sus ojos vio la súplica de que no lo dejara solo, que no lo olvidara.

—Creo que es mejor que salgamos —comenzó a decirle al pequeño, que le sonreía—. Debemos aprovechar el sol del verano, salir a respirar aire fresco.

El niño le tendió los brazos. Ella lo sacó de la cama y juntos atravesaron un largo pasillo oscuro, iluminado al final por los vitrales que daban al jardín trasero, una especie de huerto abandonado. Por primera vez en dos años se sintió libre. No tenía que vivir en la oscuridad, lejos de miradas inquisidoras. Había dormido bien. Tenía un amigo nuevo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, y recibió una carcajada como respuesta—. Yo soy Elise.

Cuando se acercaban al patio interior de la abadía, descubrieron un pequeño pasillo que conducía a las habitaciones traseras de la cocina. La puerta estaba entreabierta y el ruido de varias voces se sumaba a las noticias

de la radio. No podía descifrar las palabras, la transmisión era imprecisa. El pequeño soltó la mano de Elise y corrió hacia el cuarto al distinguir al padre Marcel sentado frente a la radio, como intentando sintonizarla mejor. Elise corrió detrás de él y lo detuvo justo en la entrada.

—Más de seiscientos muertos —se escuchó una voz tensa y grave—. Esos cabrones acabaron con el pueblo. No dejaron nada en pie. Y nosotros aquí, sin hacer nada, solo pendientes de las noticias y esperando que vengan, que nos saquen al patio a punta de pistola.

Elise no pudo identificar la voz bronca, que se atascaba al final de cada frase. Le hizo una señal al niño para que se mantuviera callado, y le acarició la frente. En la radio alguien había dado inicio a una arenga, y el volumen bajó todavía más. Escuchó voces ininteligibles que gritaban, y pudo identificar aplausos y vítores.

—Los aliados están ya en territorio francés —afirmó otra voz—. Ya comenzaron los bombardeos. Pronto nos vamos a librar de los *boches*.

—No vamos a poder seguir recibiendo niños. Es un peligro. —Era la voz del padre Marcel, que se incorporó y apagó la radio—. Si alguno se enferma o muere, nos vamos a meter en problemas.

El padre Marcel retrocedió hacia a la puerta y divisó a Elise y al niño. Sonrió, los invitó a entrar y abrió los brazos para recibir al pequeño, que corrió hacia él.

Había solo dos hombres junto al padre, que ahora tenía la frente despejada y estaba recién afeitado. Se había puesto una sotana limpia, menos gastada que la del día anterior, y llevaba en la mano derecha varios papeles impresos que intentaba esconder en sus bolsillos cuando uno cayó al suelo. Elise se inclinó a recoger la hoja y percibió el olor de la tinta fresca. Uno de los hombres, bajo y regordete, se lo impidió, se llevó la hoja al bolsillo de su

chaleco, y Elise advirtió que tenía en el antebrazo izquierdo una herida profunda y reciente.

El hombre más viejo, con una camisa blanca recién lavada y arrugada, se acercó a la ventana, encendió un cigarrillo y miró a Elise con incomodidad. Sus ojeras, tan oscuras como su barba incipiente, contrastaban con la blancura del cabello y la camisa. Elise observó perpleja aquella habitación, que no parecía ser parte de la abadía. No había imágenes, ni bancos, ni biblias. En una esquina vio un conejo blanco en una jaula metálica, un sombrero de copa negro y un bastón con el mango dorado. Había también un mapamundi enrollado sobre una mesa de madera alta y estrecha, inclinada, medio coja, y encima, una pecera vacía. Elise se acercó al conejo, que no se movía. De no haber sido por los estremecimientos eléctricos que lo sacudían, pensaría que estaba disecado. Observó a los hombres, intentando adivinar cuál de ellos podría ser el dueño del conejo y del resto de la parafernalia circense.

El niño no le prestó interés al conejo, quizás ni siquiera lo vio. Toda su atención se concentraba en el padre Marcel, que lo levantó en brazos, le hizo cosquillas y comenzó a llamarlo por su nombre.

—¿Saben que Jacques es invisible? —El padre lo regresó al suelo y comenzó a jugar con él como si lo hubiera perdido. Iba de un extremo a otro, tropezando, ignorando al pequeño, que se mantenía inmóvil, reprimiendo las carcajadas.

Elise sonrió al conocer el nombre del niño inquieto. Jacques corrió hacia el conejo y golpeó la jaula, pero el animal seguía sin responder, a la espera de una orden o de un silbido para actuar. No había hierba ni zanahorias a su alrededor, y no importaba que el niño estremeciera su jaula o le soplara cerca del hocico para hacerlo saltar. Simplemente se negaba a reaccionar, aquellos no eran espectadores reales.

Sobre la mesa había restos de pan y queso. El padre los convidó con un gesto y Jacques devoró las migajas y engulló de prisa lo que quedaba de queso. Solo dejó un trozo pequeño y se lo acercó al conejo, que lo olfateó sin interés. Elise reía de buena gana contemplando aquella escena, y se dio cuenta de que era la primera vez que lo hacía en mucho tiempo.

—Que no se te ocurra volver a meterte con mi hermana —remató Danielle, mirando implacable a los dos chicos que tenía enfrente y que no dejaban de hacer saltar una pelota. Hizo énfasis en la palabra «hermana», mientras fijaba la mirada en cada uno.

—Ella no tiene que estar aquí. Es una *boche* —respondió desafiante el chico más alto, que llevaba pantalones cortos y tenía las rodillas llenas de rasponazos—. Ella es culpable de todo lo que nos está pasando.

—Es mi hermana, ya lo aclaró el padre Marcel. Ella tiene el mismo derecho que yo de estar aquí. —Rígida, Danielle parecía querer abalanzarse sobre él—. Si tienes miedo, lárgate. Este patio es de todos.

—Deberían haberlas matado a las dos —respondió él, y escupió en el suelo.

Danielle sostuvo con repulsión la mirada del chico y se dispuso a enfrentarlo. Se adelantó y, cara a cara, le arrojó el aliento en las narices, se llevó las manos a la cintura, evitó parpadear y lo provocó.

—Atrévete —le dijo en voz baja, sin pestañear. El chico permaneció en silencio, impresionado—. Eres un cobarde. ¿Por qué no sales y te bates con los alemanes? Con ellos es con quienes tienes que hacerte el valiente, no con nosotras. La guerra es fuera de estos muros, no aquí adentro.

Al ver que el padre se acercaba con Elise y Jacques, los chicos se alejaron hacia el otro extremo del patio y dejaron tranquila a Danielle, que tenía el ceño fruncido, los brazos cruzados y se mordía el labio inferior, como cada vez que se sentía retada.

—Vivimos tiempos difíciles —comenzó el padre Marcel intentando aliviar la tensión—. Estamos en guerra y antes no nos dábamos cuenta. Ahora la podemos ver, la sentimos...

—No nos quieren aquí —lo interrumpió Danielle—, no nos quieren en ninguna parte.

—En la guerra sale a flote lo peor de nosotros —continuó el padre Marcel con serenidad—. Es un simple acto de supervivencia. Tenemos que ser pacientes, tenemos que entender a los demás. Nadie quiere morir, y el miedo nos puede hacer caer muy bajo.

El padre Marcel comprendió que sería mucho sugerirle que se arrodillara ante el altar y pidiera por esos chicos arrogantes. Orar no era una opción para ninguno de aquellos niños que se despertaban cada día con la única idea de sobrevivir.

—Tengo algo para ti —le anunció el padre mientras le entregaba un pequeño libro sin carátula—. ¿Cuándo fue la última vez que leíste?

Los ojos de Danielle se iluminaron y el padre creyó verla sonreír. Lo último que leyó, que pudiera recordar, habían sido las páginas sueltas del libro de botánica de Madame Sternberg, pero de eso era preferible no hablar. Tomó el cuadernillo y agradeció al padre solo con la mirada, por temor de sonar todavía furiosa.

El hombre de las ojeras, con un cigarrillo en la boca y casi sin aliento, se abrió camino entre los niños y se acercó al padre, le mencionó algo al oído y ambos se retiraron de prisa.

Danielle no le prestó mucha atención al incidente, pero Elise la miró con complicidad y, sin que nadie pudiera escucharla, le reveló sus sospechas.

—El padre Marcel es de la resistencia.

Danielle permaneció en silencio por unos segundos y luego se echó a reír. La idea de Elise le parecía descabellada, una pirueta de su fantasía infantil.

Recordaba que, durante las cenas de los viernes, el padre alababa a quienes se enfrentaban a los alemanes arriesgando la vida, pero que él fuera uno de ellos, no lo creía. Últimamente, de todos los hombres que abandonaban el pueblo se decía que lo habían hecho para unirse a los partisanos.

—Algo están tramando, estoy segura. Y uno de ellos se va a disfrazar de mago para burlarse de los alemanes —afirmó convencida, a la espera de que Danielle dijera algo—. Tengo pruebas —insistió, e hizo otra pausa—. Los vi esconder unas octavillas.

—Si son de la resistencia, es mejor que no lo sepamos. Es muy peligroso lo que estás diciendo. —Danielle sabía que no podía alimentar la imaginación incontrolable de Elise, pero tampoco podía evitar que su hermana hubiera plantado la duda en ella.

Jacques estaba entretenido en medio del patio con los otros niños de su edad, que recogían piedras y las tiraban a la fuente seca. Elise tomó de la mano a Danielle y la condujo a la supuesta habitación de los conspiradores. Ahora la puerta estaba cerrada y se detuvieron. Elise miró a su alrededor para asegurarse de que nadie las hubiera seguido y Danielle se aventuró a hacer girar el picaporte. Abrió apenas una rendija y, al comprobar que el sitio estaba vacío, decidió entrar.

—¿Lo ves? No hay nadie. Ni conspiradores, ni alemanes, ni magos —la enfrentó burlona. Pronunciaba las palabras pausadamente, como intentando también asegurarse de que estaban protegidas en la abadía. La inquietaba la idea de que podían estar en compañía de conspiradores, pero al mismo tiempo sentía un cosquilleo de satisfacción: alguien cercano estaba dispuesto a darle un escarmiento a los malditos ocupantes.

Elise recorrió cada esquina del cuarto buscando una prueba para que Danielle no la considerara una niña malcriada y fantasiosa. Estaba segura de lo que había visto y oído. Se detuvo en la ventana y a lo lejos vio el claustro

de los monjes, flanqueado por el cementerio abandonado en el que reposaban frailes y abades desde épocas inmemoriales.

La jaula con el conejo, el sombrero de copa y el bastón habían desaparecido. Solo quedaban el olor a tabaco y las cenizas de cigarrillo en el piso.



Mientras Danielle se refugiaba en cualquier rincón con el primer libro que encontrara, Elise deambulaba por la abadía con Jacques, a quien había convertido en su compañero de juegos. Se entretenía más deambulando con su amiguito, que no se separaba de ella. Se ocupaba de él con devoción, lo acostaba, lo despertaba, le daba de comer, lo llevaba a tomar el sol. Le hablaba como si fuera su madre y el niño se divertía, cómplice. Desde la muerte de su escarabajo, el pasado había quedado enterrado.

Se acostaba todas las noches a su lado e inventaba para él historias de temibles dragones y batallas colosales. Velando las pesadillas de Jacques alejaba las suyas. Desde que había comenzado a ocuparse de él, no la atormentaban sus alucinaciones nocturnas ni se despertaba con la zozobra de lo que les depararía el día. El futuro se concentraba en los juegos que le regalaría a Jacques al levantarse.

Después que el niño se dormía y ella se iba a la cama que compartía con Danielle, se enredaba en confusas especulaciones antes de que el sueño la venciera. Estaba convencida de que nadie vendría por ellas después de la guerra. No habría tíos, ni padres ausentes, ni primos perdidos en tierras del otro lado del mundo.

Con la mañana, regresaba la alegría de ver a Jacques rozagante y feliz. El pequeño devoraba trozos de mantequilla como si fueran queso, y bebía la sopa como si se tratase de agua. Su temor era que un día apareciera un familiar y se lo llevara lejos de ella, a alguna ciudad en Alsacia, donde decían que nadie se sentía francés porque la frontera alemana estaba ahí, tan cerca

que terminaban confundiéndose las aceras, las casas y hasta los ríos, que iban de un lugar a otro sin pedir permiso.

Los días del verano se alargaban, y Elise decidió consumirlos, la mayor parte del tiempo, en la cocina de la abadía, donde la luz entraba por unas ventanas altísimas. Cada mañana, Elise se sentaba junto a Jacques en la penumbra de las esquinas, a esperar que apareciera Marie-Louise, la cocinera, que llegaba a la abadía antes de que despuntara el sol. Como Elise dormía poco, y Jacques aún menos, se deslizaban en silencio a la cocina para saludar a su nueva amiga. A la niña no le gustaba mucho pelar papas o cebollas, mucho menos estar cerca del agua hirviendo o de las llamas rebeldes de las hornillas, que volaban en todas las direcciones. No era amante del fuego, pero sus visitas a la cocina le permitían saber todo lo que acontecía en la abadía: quién estaba enfermo, si había llegado un niño nuevo, si los alemanes se estaban alejando, si los aliados venían conquistando los pueblos de los alrededores, si el obispo era o no un colaboracionista y, lo más importante, si habría suficiente comida para subsistir una semana más.

Marie-Louise se sentía cómoda con ella, porque Elise era de pocas palabras y ella de muchas. Jacques, con algo que comer, se quedaba tranquilo, aunque podía representar un peligro, pues devoraba todo lo que encontraba por el piso como si fuera un manjar exquisito.

—La gente pierde siempre, durante la guerra, la facultad de escuchar —decía la cocinera mientras pelaba papas y las tiraba a una enorme caldera tiznada y llena de abolladuras.

Le gustaban los silencios largos y Elise había aprendido a no interrumpirlos. Permanecía callada junto a Marie-Louise hasta que las palabras comenzaban de nuevo a salir disparadas como ráfagas de la boca de aquella mujer buena y sabia.

—Todos tienen una opinión, todos piensan que tienen la razón, pero ¿qué

consiguen con eso? Nada. Nadie hace nada. —Levantaba el brazo y acercaba el codo a la cara intentando limpiarse la nariz, que le chorreaba—. Yo, por lo menos, cocino papas y le mato el hambre a mucha gente.

Aunque no lo aparentara, Marie-Louise era una mujer de ciudad. De su época dorada solo conservaba el cuello largo y una cabellera saludable. Sus pechos eran enormes, y tan pesados que tendía a inclinarse hacia atrás en busca de un equilibrio imposible. Sus ojos habían sido verdes, decía, y con los sufrimientos de la guerra se habían vuelto de un lamentable gris amarillento. Su piel seguía siendo blanca y tersa, aunque a veces se le enrojecía alrededor de la nariz.

Al escuchar las historias de otros, Elise olvidaba la suya, o más bien la colocaba en un lugar donde no pudiera lastimarla. Una mañana, Marie-Louise comenzó a contarle sobre su pasado. Había tenido un pequeño café en Le Marais, cerca de la Place des Vosges, herencia de un tío ruso por el lado de su marido. Hasta la llegada de los alemanes, sus clientes eran «los infieles», como llamaba a la mayoría de los que vivían en el barrio.

—Yo era muy joven, recién llegada a París, y lo conocí en el café que acababa de heredar. Tenía el pelo negro como el azabache. Cómo podía imaginar que aquella cabellera tan hermosa iba a terminar blanca como la nieve. Cuando supe que era infiel —Marie-Louise percibió que Elise no comprendía—, quiero decir, judío —añadió en voz baja, mientras Elise tragaba en seco—, decidimos que no íbamos a traer a un niño a este mundo para que sufriera.

A su marido se lo llevaron un día de verano. El café fue destruido y ella decidió regresar al pueblo, a la casa que su madre le había dejado y que le alquilaba a una familia de París que había decidido dejar la ciudad el mismo día de la ocupación.

—A los parisinos les sale lo peor cuando hay una crisis —afirmó.

Siguió otro largo silencio. Elise esperaba con calma que la cocinera continuara con su diatriba contra los de la capital.

—Cuando se lo llevaron, nos tiraban la puerta en las narices. Nadie nos tendió una mano. Nadie nos brindó abrigo. Muchos de nuestros antiguos clientes, a los que a veces ni les cobrábamos, nos dieron la espalda. Basura, eso es lo que son. Basura.

Marie-Louise no vio nunca más a su marido. Dos años antes, junto a todos los infieles del barrio, lo arrastraron hasta el velódromo de invierno y de allí quién sabe adónde.

—Nunca olvidaré esa noche del dieciséis de julio del cuarenta y dos —dijo—. Me quedé sola.

Decidió dejar atrás París y regresó al pueblo donde había nacido, y donde aún la casa de su madre seguía en pie.

—¿Y qué hicieron después los inquilinos a los que por tanto tiempo tuve en mi casa? Pues vender los muebles. Sí, los muebles de mi madre. ¿Por qué? Porque tenían hambre, me dijeron.

Ahora dormía en un colchón en el piso, pero aclaraba que no necesitaba nada más.

—Mi familia son ustedes, el padre Marcel, el padre Augusto. La basura al basurero. —Con nuevos detalles, la cocinera repetía esas frases a diario—. Los franceses hemos perdido la dignidad. Nos queman un pueblo, matan salvajemente a seiscientos, ¿y qué hacemos? Huir.

Llegada a ese punto, Marie-Louise chocó con los ojos húmedos y el cuerpo contraído de Elise.

—¡Ay, discúlpame, niña mía! ¡Discúlpame, por favor! —exclamó con la voz quebrada y se acercó a ella—. No puedo imaginar por lo que tú y tu hermana deben haber pasado. Pero aquí me tienes. Para lo que necesites.

La cocinera la abrazó, y la cara de Elise se hundió en los pliegues del

delantal sucio. Pudo percibir un olor a cebolla y a sudor que no le impidieron sentir ternura por la mujer que la había acogido y que ahora sentía como parte de su nueva familia. Se refugió entre los pechos de la cocinera como un cachorro protegido por su madre, y se olvidó del miedo, de los alemanes y del chico que desde su llegada a la abadía no había dejado de agredirla.

El padre Marcel las interrumpió con un trozo de mantequilla envuelto en papel encerado.

—Aquí tienes, son casi cuatro libras —dijo, mientras ponía la bola deforme sobre la mesa—. No creo que vayamos a conseguir más por un buen tiempo. Mi contacto se ha marchado.

—Dentro de poco el altar va a quedarse desnudo —reflexionó en voz baja la cocinera—. Un rubí por un pedazo de mantequilla. A lo que hemos llegado, por Dios.

Elise imaginó a los santos y las vírgenes desnudos, el cáliz sin rubíes, las vinajeras y los candelabros de plata desaparecidos. La homilía tendría que limitarse al signo de la cruz.

—Para esta tarde me prometieron un trozo de carne —continuó el padre.

—Por lo visto, hoy cenaremos bien... ¿Y mañana? —añadió la mujer al rato. Le dolía que el padre tuviera que sacrificar el altar, lo único valioso que conservaba la vieja abadía.

—Prefiero cambiarlo por comida a que vengan los alemanes y se lo lleven todo —añadió el padre sin remordimientos.

—Solo le faltan las gafas oscuras y el paraguas para parecer un chico de la ciudad, de esos que protestan contra la ocupación. Si no fuera por la sotana, parecería un *zazou*, un provocador, deambulando por la Place du Trocadéro —decía entre dientes la cocinera, gesticulando—. Ya lo verás de rodillas, rezando padrenuestros —continuó al oído de Elise para que el padre no la escuchara, aunque él la miraba de reojo y sonreía—. Está cargando con todos

los pecados. ¿Para qué? A un buen hombre como él, decente y de buen corazón, la guerra lo ha llevado a robar en su propia iglesia. Porque, en definitiva, se mire por donde se mire, lo que está haciendo es robar.

Elise se convencía cada vez más de que Marie-Louise era una mujer digna, y que algún día sería santificada, como aquellas de vestido blanco que aparecían con los ojos vueltos al cielo en las estampillas que guardaba *Maman* Claire en el mueble de su habitación. Tan compasiva como el padre Marcel. Era bueno sentirse protegida por ambos. Y saber que protegían también a Danielle y al pequeño Jacques.

—Desde que comenzó la guerra los huertos están marchitos —dijo la cocinera—. Nada es fértil en esta abadía.

Una mañana la sorprendió que Jacques no hubiera corrido a su cama a despertarla. Asustada, Elise le preguntó a Danielle si lo había visto, si había ido a buscarla, pero su hermana dormía todavía y apenas musitó una respuesta sin sentido. Corrió a la cocina, y ahí estaba ya Marie-Louise con su ajetreo matutino. Le bastó mirarla para darse cuenta de que Elise venía desesperada. No tuvo que hacer preguntas. Se detuvo junto a la mesa y la observó con ternura, apiadándose de ella. Una niña tan pequeña no merecía tantas pérdidas.

—Sabes que aquí todos estamos de paso, ¿no? Esta no es nuestra casa, ¿no es cierto? —La cocinera medía con cuidado cada frase, pero Elise no comprendía adónde quería llegar—. Hay demasiadas bocas que alimentar, y no sé cuántos candelabros queden para contrabandear por comida. En unos meses, quién sabe de qué vamos a vivir. ¿Por cuánto tiempo más podremos mantener a tantos niños pequeños aquí?

Sus explicaciones no parecían hacer efecto en la desesperación de Elise, así

que decidió hablarle sin más rodeos.

—Hoy al amanecer, el padre Marcel se llevó a Jacques —le comunicó, y le volvió la espalda. No quería ver el rostro encolerizado de Elise, ni tampoco sabría cómo arreglárselas con su llanto. Ese día se había levantado con el espíritu fatigado.

El silencio se prolongó, y Elise no tenía intenciones de romper la regla establecida tácitamente entre ellas. Sabía que Marie-Louise tenía su propia cadencia para contar una historia, y esa historia era muy importante para ella; necesitaba saber qué había pasado con Jacques. Hasta ese momento nadie se había interesado por él, y en cierto modo ella sentía que el niño le pertenecía. Lo había cuidado, le había dado de comer, le estaba enseñando, ¿qué más podían exigirle? Sabía que era demasiado pequeño, que los niños que eran aceptados debían valerse por sí mismos, pero para eso estaba ella, para ayudarlo, y hasta ahora no había recibido ni una sola queja.

—El padre Marcel encontró a un primo del chico. Un bordelés. ¿Te imaginas? Jacques se va a Burdeos. —Soltó otra de sus sonoras carcajadas para intentar aliviar la tensión—. Se marcharon en un auto a la estación de trenes. Allí lo esperaba alguien.

Elise se contrajo al escuchar aquel «alguien». No era el primo. Habían enviado a un desconocido a recibir al pequeño. Pero qué más daba, el primo era también otro desconocido.

—Va a tener una vida mejor, Elise. De eso puedes estar segura. Creo que deberías alegrarte por él.

Elise se sorprendió de no tener lágrimas en los ojos, ni la más mínima intención de llorar. Lo que experimentaba era más bien un vacío; la partida de Jacques le había dejado un agujero y se sentía más liviana. Ya no tendría que estar pendiente del niño, ocuparse de entretenerlo, de cuidarlo. Era mejor así, porque si después de la guerra ella y Danielle lograban irse a París no iban a

poder ocuparse de una boca más que alimentar, como decía Marie-Louise. Recorrió mentalmente todos los beneficios de no tener a Jacques a su lado y se sintió aliviada. Uno más al país de las sombras.

—Al menos, no se lo llevaron a Alsacia, y a partir de mañana podré dormir las mañanas —intentó ironizar, pero no había terminado de pronunciar la última frase cuando comenzó a sollozar. Debió haberse mantenido callada. No quería que sintieran lástima por ella.

Marie-Louise miró al techo, sacudió la cabeza y le sonrió.

—Este fin de semana duermes en mi casa. El padre Marcel ya lo sabe. Necesito que me ayudes el domingo por la mañana.

Fueron palabras mágicas. Elise se fue calmando rápidamente. Se le iluminaron los ojos y corrió a avisar a Danielle, que continuaba enfrascada en sus libros de carátulas desgastadas. Marie-Louise pudo dedicarse a sus labores. No tenía tiempo para consolar a una niña cuya tragedia se concentraba en haberse quedado sin su amigo.



En medio de la carretera, a pocos metros de las primeras casas, Elise notó que Marie-Louise respiraba sofocada y sudaba copiosamente. No parecía que el calor fuera a disiparse con la caída del sol; los adoquines hervían y de las piedras de las casas brotaba un vapor fastidioso. Las calles, las ventanas, las tiendas y los cafés estaban desiertos, como si todos los habitantes del pueblo hubiesen huido al sur y los pocos que quedaban estuvieran refugiados a la sombra. Una ciudad recogida antes del toque de queda.

Al llegar a la casa de dos plantas, Elise observó que todas las viviendas eran diferentes, dispuestas en una línea desorganizada, como si cada una necesitara a la otra para sostenerse. Marie Louise intentaba abrir la puerta, apenas iluminada por el farol de la calle, cuando las luces de un auto que se acercaba despacio la cegaron.

Ambas se detuvieron a examinar el auto negro cubierto de polvo, que se estacionó dos casas más abajo. La puerta se abrió y Elise divisó una pierna de mujer con medias de seda y zapatos de tacón. Al instante, la casa de enfrente se iluminó.

—Es la mujer del panadero —observó Marie-Louise—. No pierde pie ni pisada de lo que sucede en el barrio.

El motor del auto seguía en marcha. Era evidente que el chofer no tenía intenciones de pasar la noche en aquel pueblo insignificante.

La mujer de las medias de seda, una chica joven, demoró la despedida, y al salir le dedicó una sonrisa a la vecina de enfrente, que aquella rechazó con un escupitajo en la acera. La chica bajó la mirada, avergonzada, y buscó en su

cartera las llaves de su casa. El auto se había marchado y se sentía desprotegida. Marie-Louise confrontó a la mujer del panadero con los brazos cruzados y le sonrió a la joven.

—La cerda de Viviane —rezongó en voz alta la mujer del panadero para que Marie-Louise la escuchara—. La cerda del barrio. ¿Quién puede llevar hoy día medias de seda, sin agujeros? Ella. Y hasta tiene el descaro de asomarse a la ventana con un pedazo de chocolate en la boca. ¿Quién consigue chocolate en estos días? Ella.

Elise contempló la costura perfecta de las medias de seda que destellaban a la luz mortecina de la farola y desaparecieron detrás de la puerta que la chica cerró con violencia. La cocinera aspiró el aire caliente hasta llenar sus pulmones, extenuada.

—Mañana es día de la cartilla de racionamiento. A ver qué nos toca.

Al entrar, Elise siguió a Marie-Louise al piso de arriba a través de viejos escalones maltrechos y paredes desconchadas. El verde se mezclaba con el rosa pálido de antaño, y en algunas esquinas se imponían la piedra y la viga de madera firme, imperecedera.

—Desde que mamá murió no hemos podido alquilar la tienda de los bajos. A nadie le interesa comprar telas ni tapizar muebles —explicó Marie-Louise.

Elise estaba ansiosa por saber más sobre la chica del auto y conocer el hogar de la mujer que a diario les daba de comer en la abadía, pero Marie-Louise no encendió las luces, sino un par de cirios, como los de la sacristía, que fueron la única iluminación.

—Todos los viernes prendo una vela en memoria de mi marido. Es lo único que puedo hacer por él. Ya verás mañana cómo entra la luz del sol en esta casa.

Elise se separó de las velas con aprensión. A la luz temblorosa de los cirios

recorrieron las habitaciones, y pudo divisar que aún quedaban varios sillones y mesas, algunas sillas, fotografías y adornos.

—Mujeres como Viviane dejan muy mal paradas a las francesas, lo sé. ¿Qué puede estar haciendo de vuelta en el pueblo? —Marie-Louise no era una gran conversadora, más bien se especializaba en soliloquios—. Pero a esa mujer indigna que ahora desean escupir, no soy yo quién para juzgarla.

Colocó una vela sobre la mesa de noche y arrojó a Elise entre almohadones de pluma. La niña se sentía en el paraíso entre las sábanas blancas y recién lavadas.

—Al final, le tengo lástima a Viviane. Es una víctima —continuó, fatigada—. Cuando regresé sola al pueblo y supo que mi marido era un infiel y que lo habían detenido, fue la única que se compadeció. Los demás vecinos me despreciaron.

Marie-Louise no esperaba respuestas, pero Elise solo quería cerrar los ojos, sumergirse en sus fantasías parisinas y olvidar a la chica indigna.

—Todos somos víctimas de esta guerra —continuó la cocinera, en voz muy baja—. El tiempo está en contra nuestra. Un día, Viviane y la mujer del panadero se despertarán y una no tendrá más el auto que la traiga protegida hasta el pueblo. Tomará el tren y la veremos llegar desde nuestras ventanas, arrastrando los pies sin medias de seda, sin un triste pedazo de chocolate que llevarse a la boca. La otra habrá perdido al infame *milicien* de su hijo, que le permite nadar entre dos aguas. Y será muy tarde para pedir perdón. —Apagó la vela con los dedos—. No hay perdón que valga. Ni para ellas, ni para nosotros, ni para nadie.

Se detuvo en la puerta, a mirar por unos segundos el sueño de Elise. *Y a ti, de dónde te habrán traído*, se preguntó entre dientes.

Llenó de agua hirviendo la bañera de porcelana y le añadió restos de las sales que quedaban en el frasco malva. Una niebla perfumada cubrió la

superficie del agua. Marie-Louise se sumergió con delicadeza, evitando salpicar el perfecto mosaico blanquinegro del baño.

Como de costumbre, Elise fue la primera en despertarse. Caminó hasta el salón principal, abrió las ventanas y todo se iluminó. Estaba rodeada de libros. Un pesado sillón tapizado de verde y una lámpara de pie habían sido los únicos supervivientes de la avaricia de los inquilinos.

Los libros se amontonaban en diferentes tamaños, grosor y color. Los había con tapas de piel o papel, en rojo o dorado, algunos estaban muy dañados. Al verse rodeada de libros, Elise se estremeció y se acercó con cautela a los libreros abarrotados. Leía fascinada los nombres: Racine, Balzac, Flaubert, Dumas. Todos franceses. Esa faceta de Marie-Louise era una novedad para ella, aunque, en realidad, más allá de su triste historia parisina, Elise no sabía en realidad quién era aquella cocinera que siempre tenía una respuesta para todo.

—Mis libros fueron lo único que me traje de París —escuchó Elise a sus espaldas—. Pero ya no vale la pena leer. Es cosa del pasado. Además, no tengo tiempo. A mi marido y a mí se nos iban las horas en la librería de la Rue de l'Odéon...

Elise siguió a Marie-Louise a la cocina y en el corredor descubrió una colección de fotografías familiares. Una bebé cubierta de encajes y cintas, un hombre con bombín, una mujer vestida de negro detrás de un mostrador colmado de rollos de tela, que debía de ser la madre. Elise tuvo la sensación de que la mirada severa de la señora las seguía y las juzgaba. Aquel retrato había perseguido a Marie-Louise toda su vida, siempre lanzando hilos invisibles. La madre estaba convencida de que su hija había elegido al

hombre inapropiado, y repetía hasta el cansancio que aquel matrimonio terminaría en desgracia.

El aroma del chocolate caliente la transportó a sus días felices con *Maman Claire*, y Elise sonrió con la placidez de aquel recuerdo amable. La esperaban otros manjares: tortilla, queso y una rebanada de pan con mantequilla. ¿Qué más podía pedir? Era amiga de la cocinera, y se sentía en la gloria.

—Algún día también viviré en París —dijo con satisfacción—. Y también iré a la librería de la Rue de l'Odéon. Un París sin soldados —continuó, mientras saboreaba el chocolate.

Marie-Louise observaba a la niña soñadora sin ver ningún futuro en París ni en Francia para ella, pero prefirió no decirlo. No hubiera sido justo quitarle la ilusión. El padre Marcel se dedicaba cada noche a escribir cartas para localizar a familiares lejanos o cercanos de los niños. También albergaba esperanzas de que los desconocidos se compadecieran y aceptaran a algunos de los mayores, que podían ser de ayuda en el campo o las labores domésticas. Hacía pocos días había escrito a la arquidiócesis de Nueva York para encontrar el paradero de Roger Duval, el tío de Danielle y Elise, que había partido de Francia tiempo atrás, pero no tenía sentido inquietarla ahora. Quién podía garantizar que algún sacerdote aburrido en Nueva York se dedicara a rastrear a aquel francés que tal vez no deseaba ser localizado. Y aun cuando lo encontraran, tenía todo el derecho de argüir que no podía asumir a las dos niñas. Pero el padre Marcel, que lo recordaba de joven en la villa, aseguraba que el tío era un hombre de alma bondadosa, un fiel creyente, y que respondería en cuanto supiera que su hermana había dejado descendientes.

Pero, ¿en París? No, no la veía en París, de eso estaba convencida.

—París ya no es lo que era, y nunca volverá a serlo —sentenció, con un pedazo de pan en la boca—. El día que la esvástica ondeó en la plaza de la

Concordia y los franceses optamos por el autoconservacionismo, el espíritu de la ciudad se esfumó y la magia terminó en la letrina. —Soltó una de sus carcajadas mordaces—. Pensaban que al permitir ondear la bandera, o que las coristas alemanas cantaran en la escalinata de la Ópera, nos iban a dejar en paz, con el periódico en la mesa y una *madeleine* sumergida en la taza de café. Elise, París no es más que una fantasía.

Marie-Louise le pidió que dejara la cocina en orden mientras ella cumplía con una misión del padre Marcel, y la niña, mientras lavaba los platos del desayuno, dio rienda suelta a su imaginación. Ahora tenía la seguridad de que aquella que todos creían una simple cocinera era una mujer de mundo, una intelectual rebelde, una luchadora de la heroica resistencia encabezada por el padre y los dos magos misteriosos.

La vio salir con varios rollos de tela enormes, y desde la ventana pudo seguirla hasta que entró sin llamar en la casa de la chica de las medias de seda a plena luz del día. Pero Marie-Louise no tenía nada que temer. *Después de haber perdido a su marido y su añorado café, ser rechazada una vez más no le iba a quitar el sueño*, pensó Elise. Quizás Viviane no era en realidad una mujer indigna como todos pensaban, sino que había tenido que crearse una fachada para poder transmitir los mensajes de la resistencia parisina al grupo de hombres que se ocultaba en las murallas de una abadía venida a menos. También era posible que Viviane tuviera la misión de envenenar a su amante, un temible oficial alemán, responsable de la muerte de varios héroes franceses que se habían enfrentado valientemente contra el enemigo.

Unas horas más tarde, Marie-Louise regresó sofocada, cargada con tres pesadas bolsas. Las colocó sobre la mesa sin dar explicaciones y se retiró a dormir una siesta.

El domingo, justo antes de que saliera el sol, Marie-Louise y Elise se encaminaron a la abadía. A la niña le tocó llevar una bolsa enorme, pero no se atrevía a quejarse. Antes de salir de casa, la mujer sacó del bolsillo un pedazo de chocolate envuelto en papel plateado, lo partió por el medio y lo compartió con Elise.

—Nosotros también tenemos derecho a esta delicia —fue lo único que dijo en relación con su visita a la indigna. Elise devoró con placer aquella suerte de hostia oscura, que se le disolvió en la boca con la velocidad de un suspiro.

—¿No extrañas nada de París? —insistió.

—Sí, claro que extraño. Pero ¿sabes que es lo que realmente extraño? Los álamos al pie del Sena.



Elise se sentía renovada, y regresó a la abadía ansiosa por contarle a Danielle sus peripecias en el pueblo. Estaba convencida de que la inofensiva cocinera era una valiente *maqui* que, en lugar de refugiarse en el bosque, había convertido la abadía en su secreto centro de operaciones para eliminar a los alemanes no solo de Francia, sino de todo el continente.

Antes de llegar al dormitorio sintió una algarabía. Algunos niños gritaban y el estruendo hacía vibrar las paredes de piedra. Vio a lo lejos que el padre Marcel corría en su dirección y con cautela se apresuró a entrar en el dormitorio, todavía en penumbras. Danielle, a horcajadas sobre el chico que no había dejado de hostigarla, atenazaba el cuello flaco entre sus manos, profería con rabia frases imperceptibles para los demás. El chico respiraba afanosamente y sus ojos estaban a punto de salirse de las órbitas cuando el padre Marcel levantó a Danielle de un tirón. En una esquina de la cama que las niñas compartían, la valija de *Maman* Claire estaba abierta; los abrigos, desperdigados por el suelo; la caja de ébano, en un ángulo; una fotografía y cartas, por doquier; en otro extremo, una cadena de oro. Elise comenzó a llorar mientras recogía sus pertenencias, la herencia adorada de *Maman* Claire. Otro chico, alto y delgado, se acercó a defenderla y le lanzó una mirada desafiante al agresor, que sollozaba aún, asustado.

—No se te ocurra volver a meterte con ellas. ¿Me entiendes? —amenazó el chico alto—. Una vez más, y vas a tener que arreglártelas conmigo.

—*Boche* —le dijo el chico agresor con alevosía a Elise, en voz tan baja que nadie más pudo escucharlo. Se arrastró hasta una esquina de la

habitación, avergonzado, y se contorsionó por unos segundos hasta yacer estático, contraído de dolor y rehuyendo la vista de los demás.

—Soy Henri —se presentó con voz grave aquel nuevo defensor de las niñas. Con el dorso de la mano, le secó las lágrimas a Elise mientras la ayudaba a guardar los abrigos, la foto y las cartas dentro de la maleta—. Confíen en mí, ese patán no volverá a meterse más con ustedes.

—Es mejor que guardemos esa maleta en mi habitación —concluyó el padre Marcel, que desde su altura había observado en silencio la escena y le pasó el brazo sobre los hombros a Danielle. Elise había cerrado de nuevo la maleta. El padre se acercó al chico que todavía se quejaba junto a la pared y lo levantó por una oreja—. A la sacristía. ¡Ahora mismo! ¡Andando!

Danielle rescató la maleta y descubrió que debajo de la cama había quedado el pequeño cofre púrpura. Henri se dio cuenta, se echó al suelo para recuperarlo y se lo devolvió. La niña lo recibió temblando y agradeció el gesto con una mirada. Todavía el pecho le reventaba de rabia. Podía haber matado a aquel maleante y habérselo quitado de encima de una vez por todas. Debió haber escapado con Elise mucho más lejos, a otro pueblo donde nadie las recordara, donde nadie las reconociera. Aún no entendía por qué continuaban expuestas a la angustia de las delaciones. *La celda del padre no sería suficiente. ¿Por qué no encerrarlo en el claustro, donde solo pueden entrar los monjes? Los alemanes no se atreverían a cruzar el umbral de los que se dedican solo a rezar,* intentaba buscar una solución.

Con la maleta en la mano salió del dormitorio, escoltada por Elise y por el chico larguirucho con nombre de soldado de la resistencia. Para Elise, Henri era otro héroe que había llegado a defenderlas, un *maqui* arrojado y decidido a cualquier cosa. Lo percibía más alto de lo que era, con brazos musculosos y vistiendo un desaliñado uniforme de montañés. En realidad, Henri no era más que un escuálido muchacho de unos quince años, con pantalones de caqui que

dejaban ver sus calcetines empercudidos, y camisa de mangas cortas con tres botones perdidos y un bolsillo a punto de desprenderse de la tela.

A la entrada de la celda del padre Marcel, las detuvo con solemnidad.

—Vamos a ganar. Estamos ganando. —Hizo un silencio teatral—. Aquí nos queda poco.

Danielle y Elise permanecieron calladas, se miraron entre sí. No tenían a nadie más en quien confiar.

Desde aquel momento, Henri se transformó en el aliado inseparable de las niñas. Su expresión dulce contrastaba con una cicatriz mal curada en la frente, sus tristes harapos, sus zapatos llenos de huecos y una sutil cojera que intentaba disimular.

Pocos días después, los tres se aburrían en el patio.

—Tenemos que irnos a las montañas, cerca de la frontera con España. Caminaremos días y noches, atravesaremos puentes y a veces ríos a nado, pero llegaremos —interrumpió el silencio Henri. Su voz sonaba cada vez más como la de un adulto—. Aquí no podemos quedarnos un día más. Los alemanes están desesperados porque saben que están a punto de perder la guerra, y lo primero que harán en cuanto se sientan derrotados será venir a aniquilarnos.

—Cuenta conmigo —respondió Danielle en tono grave. Estaba decidida a dejar atrás, de una vez por todas, a la víctima en que la habían convertido los nazis. Una huérfana sin hogar, sin familia que la reclamara, a la espera de que apareciese un tío redentor al otro lado del Atlántico. La maleta la podría dejar con el padre Marcel, iba a estar más segura con él.

Ya regresaría a buscarla cuando fueran libres.

—Si bajamos bien al sur, no vamos a encontrar ni a un asqueroso *boche* en

varios kilómetros —continuaba explicando Henri con absoluta determinación—. El peligro es la *milice*, esos malditos franceses que le hacen el trabajo sucio a los alemanes. Un *milicien* es mil veces peor que un *boche*. Pero no se preocupen, porque los granjeros nos van a dar una mano, ya lo verán. Encontraremos refugio de pueblo en pueblo hasta llegar a nuestro destino.

—Pero ¿cuál es nuestro destino? —preguntó Elise, indecisa, temerosa de atentar contra el ánimo rebelde de su hermana y de su nuevo amigo.

—Ser parte de los que se enfrentan día y noche a los alemanes. Ese es nuestro destino —repuso Henri en tono de arenga, imaginándose a una multitud que lo escuchaba expectante y enardecida—. Dentro de muy poco comenzarán los bombardeos en París. Los ingleses, los americanos y los soviéticos están decididos a eliminar a los nazis de la faz de la tierra. No va a quedar ni uno vivo. —Hizo una pausa larga antes de continuar, sombrío—: Pronto, tal vez veamos caer una bomba aquí también. La abadía se convertiría en una ruina y todos quedaríamos sepultados en el olvido. Quién sabe.

Se quedaron en silencio, con la vista perdida en las piedras del edificio, que ahora se les antojaba una choza endeble, tan frágil como las casas de paja y barro de los trabajadores provisionales del campo.

Apenas unos segundos transcurrieron antes de que Elise se incorporara de un salto.

—¡Sígueme! —los conminó. Había adoptado su mejor pose conspirativa.

Danielle y Henri titubearon unos segundos.

—¡Sígueme, es importante! —insistió, y comenzó a andar hacia la cocina. Los chicos se incorporaron, curiosos, obedeciendo con recelo.

Los guio hasta la habitación misteriosa, donde aquella vez había visto el conejo, el sombrero de copa y el bastón. Aquel cuarto donde —y eso era lo importante— había descubierto los documentos comprometedores que el padre Marcel se precipitó a esconder.

—¿Otra vez con la historia del mago? —se burló Danielle.

Henri, por el contrario, se mantenía atento. Estaba entrando por primera vez en un terreno que lo apartaba de la vida monótona de la abadía. Sabía que ya el padre Marcel había localizado a un hermano mayor, hijo del primer matrimonio de su padre, que vivía en Alsacia. Ahora estarían negociando su partida, por eso quería precipitar su plan, irse, recorrer caminos desconocidos, escapar. Prefería morir de hambre y sed antes que vivir con un hermano al que consideraba colaboracionista por haberse casado con una francesa que se sentía alemana. Se negaba a ser enviado a uno de aquellos pueblos fronterizos donde el francés tenía una aberrante cadencia germánica que lo exasperaba.

Entró en la habitación e inspeccionó cada rincón, a la manera de un perito en busca de huellas comprometedoras. Era el comienzo de un juego fascinante. Danielle comprendió que no podía quedarse atrás, y decidió dejarse llevar por la curiosidad de Elise y el entusiasmo de Henri.

Después de asegurarse de que nadie los seguía, Elise se apoyó con fuerza sobre la mesa de roble que ocupaba el centro de la habitación y la empujó a un lado. Henri y Danielle se miraron, tratando de adivinar lo que vendría después. La mesa reposaba sobre una gran alfombra oscura y deshilachada que Elise intentó levantar, y Henri se dispuso a ayudarla. Bajo la pesada alfombra se escondía una compuerta secreta. Elise los miró, triunfante.

—Cierra con llave —le ordenó a Danielle, que se precipitó a obedecerla. Ahora tenía el control, y nada podía hacerla más feliz que percibir el efecto que su descubrimiento había suscitado en Henri. Entre los dos, se dispusieron a abrir la compuerta.

—¿Cómo supiste que había un pasadizo secreto? —le preguntó Danielle, temerosa.

—Simple. —Elise hizo una pausa, como restándole importancia al

descubrimiento y con un gesto de los hombros que sugería la obviedad de la pregunta de su hermana, la miró fijo a los ojos—. Una mesa de roble que está contra las paredes cuando el padre Marcel conspira con sus amigos, y que cuando la habitación está vacía aparece en el centro y sobre una alfombra no necesita más explicaciones —declaró con infantil arrogancia, orgullosa de su habilidad deductiva.

Finalmente, lograron abrir la entrada al escondrijo. El primero en bajar fue Henri, seguido de Elise. Danielle, más precavida, era la última. La luz de la habitación de arriba, la única referencia en aquel hueco hediondo, les permitió divisar el final de la escalera, que terminaba en un piso de tierra.

Henri se cubrió la nariz y Elise sintió vértigo. El lugar olía a estiércol y a orina. Lo primero que vio Elise, haciendo un esfuerzo para que sus pupilas se adaptaran a la oscuridad, fue el sombrero de copa. A su lado, apoyado contra la pared, estaba el bastón. Y desde su jaula, todavía vivo, los observaba el escuálido conejo; inmóvil, como antes.

—¿Ahora me crees? —le preguntó a Danielle, sin volverse.

—¡*Combat!* ¡Son ediciones de *Combat!* —exclamó Henri y se llevó una de las revistas al bolsillo. Todavía a tientas, trataba de definir los límites del sótano, cuán grande y profundo podría ser.

Ni Elise ni Danielle comprendían su entusiasmo por aquellos panfletos viejos.

—¡Es la revista de la resistencia! ¡Por esto nos podrían mandar a todos a la cárcel! —agregó, orgulloso.

Elise y Danielle no le dieron demasiada importancia al hallazgo; en cualquier parte podrían encontrarse montones de periódicos de otras épocas. El calor mantenía seco el jardín de la abadía, pero abajo el aire era gélido. Formando un grupo compacto, tomados de las manos, avanzaron algunos

pasos más, intentando penetrar hasta el final del escondite, cuando sintieron el ruido de algo que se arrastraba velozmente.

—Debe de haber cientos de ratas. Este hueco no lleva a ninguna parte. Solo en caso de bombardeo podría ser un lugar seguro... ¡Claro, es eso! —exclamó Danielle, dispuesta a regresar—. ¡Es el refugio!

Henri y Elise la hicieron callar al mismo tiempo. Les había parecido ver un reflejo sobre el suelo de tierra, junto a un cubo desbordado de excrementos. Allí se adivinaba un brillo blanquecino cuya naturaleza no conseguían discernir. En un instante desapareció y regresó, como un pestañazo, cuando un leve quejido los paralizó.

—*Wasser... Wasser.* —Era un hilo de voz que reverberaba como un eco en los cimientos—. *Wasser* —escucharon una vez más, y la luz desapareció.

Temblaban, inmóviles. Henri fue el primero en acercarse, despacio, midiendo cada paso.

—Es un *boche*, un *boche* —balbució Henri, y la voz quebrada se apagó al final de la frase.

—¿Qué hace un alemán en el sótano? ¡Salgamos de aquí! —gritó Danielle, aún inmóvil, sin poder orientarse.

—*Wasser!* —Se escuchó de nuevo la voz.

Sin notarlo, se habían acercado lo suficiente para distinguir los ojos y el verde gris del semblante del hombre que yacía junto al muro. El cuerpo quedaba en el ángulo más oscuro y aún no podían definirlo. Tenía la mirada turbia, los labios ensangrentados y la piel escamosa, con costras secas alrededor del cráneo.

—Tenemos que buscarle agua —afirmó Elise mientras se acercaba con cautela al moribundo e intentaba que el olor nauseabundo no la hiciera desvanecer.

—Espera. ¿No se dan cuenta? —ordenó Henri, con una calma desconocida

—. Miren bien.

Las niñas se acercaron hasta casi sentir la débil respiración que escapaba de la boca reseca y comenzaron a detallar al hombre maltrecho. Danielle apretó la mano de Elise y soltó un débil quejido. No era un *boche* cualquiera. A través de la oscuridad y la podredumbre pudieron vislumbrar las insignias militares. ¡Era un oficial!

—¡Vámonos de aquí ahora mismo! El juego se acabó. —Danielle intentó arrastrar a Elise, que permanecía inmóvil—. ¡Elise! Es una orden.

Henri la miró con la misma calma de antes y cruzó los brazos, desafiante.

—¿De qué tienes miedo, Danielle? ¿No ves que este cerdo alemán no puede ni con su alma...?

El oficial imploró agua una vez más. Su súplica era un murmullo. No movía la cabeza ni el cuerpo, parecía llevar días postrado en aquella confusión de excrementos, comida putrefacta y sangre seca. Tal vez semanas. De una herida en la oreja, muy cerca del cráneo, comenzaron a salir unas larvas blancas que se deslizaban despacio, amontonándose a ciegas.

Danielle, con la mirada paralizada de terror, temblaba sin decidir hacia dónde escapar. Tenía la certeza de que los alemanes o, aún peor, los *miliciens*, estarían esperándolos fuera. Con toda seguridad ya habrían detenido al padre Marcel y al padre Augusto, y ultimado a aquellos dos hombres que se hacían pasar por mimos de un circo itinerante. Cuando salieran, todos los niños estarían agrupados en la sacristía y les lanzarían una granada, una bomba o una llamarada que los convertiría de inmediato en polvo y ceniza. *La desgracia trae desgracia*, pensó, y tenía la convicción de que aquel alemán los estaba condenando a muerte no solo a ellos tres, sino a todos los refugiados de la abadía, a todo el pueblo y quizás a toda Francia.

—Ese alemán está muerto —balbució Danielle, llorosa.

—Los muertos no deliran, y este está suplicando por una gota de agua. ¿No



lo ves? —discurrió Henri, impaciente—. Vámonos de aquí.

Una vez más, el chico tomó la delantera y emprendieron el regreso con la prisa de quien acaba de hacer un descubrimiento siniestro. Dejaron al oficial en medio de lo que consideraron sus últimos estertores, y comenzaron a subir, ya sin miedo, pero con un perturbador sentimiento de culpa.

Al igual que Danielle, Elise pensó que debían haberle dado algo de comer, haber tratado de aliviar el dolor de sus heridas. Si alguien no iba a rescatarlo de inmediato, los gusanos terminarían devorándolo. Habían entrado en un sepulcro, en un cuarto de tortura abandonado, en un infierno localizado debajo de la casa de Dios.

—¿Por qué íbamos a tener compasión por un asesino? —preguntó Henri, para calmarse, para calmarlas, para aliviar el peso de la culpa que los agobiaba, pero al mismo tiempo irritado por sus propias dudas.

A salvo, ya de regreso a la habitación, colocaron la alfombra y la mesa lo más exactamente posible a la posición en que las habían encontrado. Elise se detuvo para cerciorarse de que cada esquina estuviera orientada hacia el ángulo justo con respecto a las ventanas.

Camino al dormitorio, bordearon la capilla y escucharon los ecos monótonos de los rezos del rosario. Los tres compartían la ferviente ilusión de que, al despertar del día siguiente, descubrirían que todo había sido un sueño, o más bien una horrenda pesadilla. De pronto, Henri recordó que conservaba una prueba del delito: en el bolsillo de su pantalón asomaba la copia de *Combat*, de la que ahora no sabía cómo deshacerse. Aunque la destruyera en pequeños pedazos o buscara la manera de incinerarla, siempre quedaría un rastro. Hasta el polvo lo podría delatar.

Sin despedirse, cada uno fue a su cama. Henri estaba tan exhausto que se rindió al instante con la convicción de que un ejército de pesadillas lo

torturaría. Quizás hubiera sido mejor esperar tranquilo por la respuesta de su hermano, el colaboracionista. La culpa lo agobiaba.

A Danielle le dolía cada músculo del cuerpo. Se sentía tan agotada como después de haber caminado con la maleta desde la plaza incinerada a la abadía el día de la masacre. Sabía que nada bueno saldría de aquella aventura. Había sido testigo de un crimen y era tan culpable como el criminal, o más, por su silencio. Cerró los ojos tan pronto como sintió a Elise acostarse a su lado, y se dejó llevar por la primera ensoñación amable que la rescatara de la pesadilla que acababa de vivir.

Iba en la proa de un gigantesco trasatlántico y ya podía divisar los rascacielos de Nueva York. Habían dejado atrás la centelleante estatua de la Libertad. Abajo, en el puerto, divisaba al tío Roger, que la saludaba con la mano. Ella le respondía con una sonrisa. Fue la primera en bajar y su tío, al verla, la rodeó con sus brazos, la miró de cerca y la besó en la mejilla.

—Cómo te pareces a tu madre —le decía el tío con voz cálida—. No sacaste el azul de sus ojos, que eran los de tu abuela, pero tienes su misma mirada, la misma sonrisa.

Danielle desbordaba de felicidad, y partía con el tío en un auto perfumado con esencia de jazmín. Recorrían la ciudad llena de coches, mujeres elegantes con sombrero paseaban del brazo de señores con traje. No había militares, no había soldados, no se escuchaban sirenas, solo la música alegre de los autos y las carcajadas de los niños que jugaban sin miedo en las aceras.

Llegaban a una casa con un jardín florecido de violetas y alguien la conducía a su cuarto. Desde la ventana podía divisar un parque lleno de árboles y tulipanes. Más sosegada por las amables imágenes de su fantasía, consiguió quedarse dormida.

A la mañana siguiente despertó sobresaltada. En su alucinación, su hermana no existía.

La lluvia, en lugar de apaciguar el calor, lo había intensificado. Elise buscó a Danielle y la encontró en la capilla, sola, arrodillada delante de la virgen vestida de blanco y azul que miraba al cielo, como ignorando las plegarias. Elise se arrodilló junto a ella. Contempló las manos unidas, los ojos cerrados, los labios que marcaban el compás de las plegarias, en paz. Danielle sonrió, temiendo no poder mantener la calma o el silencio después de no haber buscado agua o comida para un hombre que también tenía derecho a encontrar su redención.

—Ya nos mataron una vez, Danielle —le comentó Elise con tono resignado, y se encogió de hombros—. No pueden matarnos dos veces.

Danielle alzó los ojos, tratando de llegar al fondo de la calma de Elise, que ahora hablaba como lo hubiera hecho *Maman* Claire. Sonrió, a su vez, como si eso fuera suficiente para detener las lágrimas que ya estaban ahí, a punto de rodar por sus mejillas.

—Necesito quedarme sola aquí por un rato más, Elise. Vete a jugar, pero bien lejos del sótano. Henri tiene que deshacerse de ese periódico.

—¿Crees que Dios te escucha? —le preguntó la niña.

—Elise, tal vez Dios no, pero *Maman* sí —respondió Danielle, aunque sin esperanzas de que aquella niña sabía a quien llamaba hermana la comprendiera. Cerró los ojos, acercó la barbilla a las manos y continuó con sus plegarias. Su cabeza era un torbellino incontrolable, y la presencia de Elise la perturbaba aún más.

Arrodillada, Elise también alzó sus ojos a la virgen y oró porque los

alemanes fueran empujados lo más lejos posible del pueblo, que la guerra terminara de una vez, y que el oficial moribundo sobreviviera.

Oró de pie, y abandonó la capilla sin darle la espalda a la virgen. Antes de salir imploró misericordia encogida de hombros. Antes de traspasar el umbral, se detuvo.

—Tú sabrás lo que haces —dijo, dirigiéndose de nuevo a la virgen—. Solo te pido que le des fuerzas a Danielle.

Desde la entrada, Elise observó una vez más a su hermana hincada, concentrada en un ruego que le parecía inútil, y decidió esperarla. Pocos minutos después abandonaron cabizbajas la capilla, tomadas del brazo, camino a la cocina. Una vez más, Danielle se dejaba llevar por la niña. Henri las esperaba en la entrada y desde la puerta entreabierta podían divisar a Marie-Louise, que le preparaba al padre Augusto una tisana tan aromática que parecía que los montes hubiesen entrado en la cocina.

Henri se acercó al padre Augusto y lo saludó.

—Creo que el tiempo se está acabando para mí. —El anciano enjuto, de manos temblorosas, se recostó en una de las sillas de madera mientras Henri lo observaba con tristeza—. Este domingo la misa la oficiará el padre Marcel. Tengo la voz un poco acongojada —dijo, y esbozó una sonrisa triste.

—Anímense, muchachos —intervino la cocinera al verlos afligidos, mientras arrastraba hasta la mesa un saco de papas. Henri la ayudó y Marie-Louise bostezó, aliviada y sudorosa.

Sobre la mesa había una pierna de cordero cubierta de moscas, un par de cebollas magulladas y lo que quedaba del bloque de mantequilla blanda, a punto de derretirse.

—Hoy nos daremos un banquete —dijo el padre Augusto. La última sílaba, en un tono más agudo, le provocó un acceso de tos. Se llevó a la boca un

pañuelo blanco que se fue tornando rosa. Con pasos cortos, arrastrando los pies, el padre salió de la cocina sin despedirse, con su tazón humeante.

Marie-Louise observó de reojo a los chicos, sin detenerse en sus quehaceres, considerando por un instante lo que les ofrecería.

Era una mujer sola, que iba a diario a la abadía para darle un poco de sentido a su vida. No esperaba nada de nadie y, para ella, ya la guerra estaba perdida. Había aprendido a sobrevivir, y la idea de que los alemanes llegaran, tomaran el pueblo e incendiaran su casa y la abadía no la amilanaba. El dolor y la derrota de la razón, como llamaba a la ocupación nazi, la habían hecho inmune a la tragedia. ¿Qué más iba a sufrir?

Por todas esas razones rechazaba la idea de comprometerse emocionalmente con aquellos niños, que sí tenían futuro. Sabía que, igual que habían llegado, desaparecerían un día, pero al menos por el momento tenía con quién conversar. Desde que ellos la acompañaban, sus palabras habían dejado de rebotar contra las paredes vacías de la cocina.

—Los tres vendrán conmigo a casa. Los necesito —dijo al fin—. Henri, vas a serme de mucha ayuda. Necesito un hombre fuerte.

Los niños se mantuvieron en un engorroso silencio, sin reaccionar con demasiado entusiasmo a la propuesta de la cocinera. El peso del secreto los mantenía crispados. Quizás, en efecto, necesitaban alejarse de la abadía para desahogarse.

—Pronto los alemanes se marcharán de Francia, la guerra va a llegar a su fin y cesarán los bombardeos en París, pero el daño ya está hecho, y las cicatrices toman tiempo para sanar, si es que sanan alguna vez —reflexionó Marie-Louise—. No esperen una revelación, ni nada extraordinario. La vida en este pueblo, y en especial en esta abadía, seguirá siendo la misma.

Elise estaba lista para la próxima aventura, y Henri miraba a todas partes,

como controlando que nadie lo siguiera. Los ojos de Danielle continuaban ausentes.

—Cuando regresemos el domingo ya se habrán llevado al alemán, o lo que quede de él —le susurró Henri a Danielle, en tono consolador.

El intento de Henri, no obstante, no conmovió a Danielle. Alguien debía denunciar, aunque detestara la palabra, que un oficial alemán yacía moribundo en el sótano. Un día más allí y moriría, estaba convencida.

Los tres intercambiaron una mirada cómplice y se aprestaron a salir con Marie-Louise. Se encaminaron al pueblo detrás de ella, imitando sus pasos cortos, observándolo todo en el camino.

La cocinera presidía la comitiva, sin hacer contacto visual con los vecinos que se asomaban a las ventanas de interiores sombríos. Elise la escoltaba con discreción, sin acelerar el ritmo para no adelantarse. No le interesaba ser vista, tampoco le interesaba intercambiar saludos de compromiso. Durante todo el trayecto guardaron silencio. Marie-Louise percibió la agitación de los chicos, notó que había tensión entre ellos, y supuso que habrían tenido alguna inocente discusión.

Elise reconoció la casa de la indigna y admiró en su ventana un pequeño jardín colgante de florecillas blancas que sobresalían en aquel barrio árido. Entraron callados en la casa, y si se mantenían un minuto más en silencio, Henri explotaría. Lo delataban sus ojos inquietos. Marie-Louise encendió como de costumbre sus cirios, las niñas se retiraron a la habitación y a Henri lo acomodó en el salón de los libros con una colchoneta y una veladora.

Con la vista fija en las vigas del techo, Henri le daba vueltas en la cabeza a algo que venía atormentándolo desde hacía semanas: no podía pasar un día más sin que se integrara a la resistencia. Tan drástica decisión le provocó un sueño profundo.

Reposando entre las sábanas blancas, Danielle se sintió más tranquila y

abrazó a Elise.

—Estoy segura de que el padre Marcel no va a dejar morir al militar —le dijo en voz muy baja a Elise, que ya sentía los párpados pesados—. El padre Marcel tiene un buen corazón y sabe que el alemán, por muy nazi que sea, es también un ser humano. ¿No te parece?

Pero Elise ya dormía, y Danielle decidió que la respiración sosegada de su hermana era una buena respuesta.

A la mañana siguiente, el aroma del chocolate con canela los despertó. Se dirigieron en silencio a la cocina donde Henri, avergonzado, intentaba acallar el estruendo de su estómago. Al escucharlo, Elise soltó una carcajada burlona que contagié a Danielle.

No era un espejismo, ni estaban soñando. Henri daba saltos de alegría al ver el pequeño banquete que los esperaba: panes cubiertos de crema y canela, queso, mantequilla y chocolate caliente.

—Buenos días, mis amores —los recibió la cocinera con una sonrisa—. ¿Quién dice que porque estemos en guerra tengamos que comer como miserables?

Con el hambre saciada, el militar moribundo cayó en el olvido, al menos por unas horas. Después de desayunar bajaron a la tienda a ayudar a Marie-Louise con los rollos de tela. Detrás del mostrador, cubierta al menos por una década de polvo, la cocinera les mostró una compuerta que conducía al sótano y volvieron a sentirse culpables.

*Aquí no vamos a encontrarnos a ningún herido*, pensó Danielle, mientras Henri y Marie-Louise daban manotazos a las densas telarañas y se adentraban en aquella cueva oscura con olor a abandono.

A los pocos minutos las niñas vieron regresar a la cocinera, cargando sobre

el hombro un pesado rollo de tela. Detrás de ella asomaba el famélico y larguirucho Henri, que arrastraba uno más pequeño. Tenía el rostro encendido por el esfuerzo.

Al descubrir aquella tela brocada con filamentos de plata y destellos magenta, los ojos de Elise se iluminaron. Nunca había visto algo tan hermoso, digno de una princesa de tierras frías y lejanas, protegida por un ejército de fieles y robustos soldados a los que los alemanes no se atreverían a desafiar ni en sueños.

Marie-Louise soltó una de sus estridentes carcajadas al ver los ojos maravillados de Elise, mientras la niña regresaba a la realidad de aquel espacio desolado que una vez había sido, sin dudas, un próspero almacén.

Más de diez rollos de tela de distintas texturas y colores salieron a relucir después de haber hibernado sabe Dios por cuántos años, y Henri, ya sin aliento, se desplomó en una esquina, agotado de cargar fardos, pero sin perder el brillo de su mirada insaciable.

*Esos rollos —pensó Elise— se transformarían en libras de mantequilla, en trozos de cordero, en pan, huevos y queso.* Dio gracias a Dios por haber tenido la suerte de conocer a una mujer noble y generosa que les brindara amparo. ¿Qué necesidad tenían de defraudarla o, peor aún, de alarmarla con su enrevesada historia de luchadores de la resistencia y oficiales moribundos, de sacerdotes conspiradores, magos y conejos?

La cocinera eligió con cuidado un rollo pequeño de seda amarilla y cruzó la calle para ir a encontrarse con la indigna. Los niños subieron al salón, y desde allí la observaron, dejando volar sus fantasías.

La mujer del panadero salió de su tienda, dispuesta a chismear sobre la vecina que una vez había cometido el gran error de enamorarse de un infiel. La cocinera, que salía en ese momento de la casa de la indigna con las manos vacías, la confrontó. Sin decir palabra, solo mirándola sin miedo por varios



segundos intensos, hasta que la panadera regresó a su tienda, cabizbaja. Los chicos, boquiabiertos, observaban la maniobra desde la ventana, orgullosos de ver a la mujer que los había acogido con chocolate caliente enfrentar a la chismosa.

Marie-Louise no regresó a la casa. Antes debía ir en busca de lo que pudiera conseguir con su cartilla de racionamiento, que aquella semana se limitó a tabaco y café. En la trastienda del negocio divisó al hijo de la mujer del panadero. Llevaba la chaqueta azul abierta y una camisa marrón. Tenía su boina en la rodilla y parecía inmerso en la lectura de un ejemplar de *Je suis partout*, aquel infame panfleto que lo delataba. A la madre, una mujer enjuta y siempre de mal humor, se le haría cada vez más difícil ocultar que su hijo era un colaboracionista, una vergüenza para todos los franceses.

—Es un *milicien* —le confirmó Marie-Louise a Henri al regresar a casa con el aliento entrecortado—. ¡Es un maldito *milicien*! ¿Cómo se atreve esa zorra a despreciar a Viviane? ¿A acusarla de *collaboration horizontale*? En la guerra es fácil perderse en las tinieblas. Hay algunos que no podrán salir, y vivirán el resto de su existencia como una llama débil, siempre a punto de extinguirse. —Hizo una pausa y continuó—: Porque el fin está cerca.

Los miró con solemnidad y se dejó caer en el sillón, cerca de sus preciados libros. Elise fue a la cocina y regresó con un vaso de agua que saltaba a su paso por la sala.

—Gracias, mi niña —exclamó Marie-Louise, abanicándose con la mano—. Nos estamos desintegrando. Será difícil sobrevivir cuando todo esto haya pasado. ¿Qué va a ser de los franceses?

El rumor de la conversación entre Danielle y Henri llegó hasta ella.

Los observó, intentando adivinar de qué hablaban.

—Qué se traerán ahora...

Elise observó cómo Henri se detenía en Danielle con ojos amables, cómo

la escuchaba atento. Ella ansiaba que él la mirara de la misma manera, y no como a una niña pequeña.

Los niños acudieron a sentarse en el piso frente a la mujer, como a la espera de otro de sus soliloquios, pero Henri no pudo contenerse.

—¡Necesitan de nosotros, Marie-Louise! —Sus pensamientos habían adquirido madurez, pero su voz infantil lo delataba.

Las tres esperaron que Henri se explicara mejor. Al verlas confundidas, él se lanzó de nuevo a uno de sus discursos, dándole vueltas a su retórica de combatiente frustrado.

—Entre los nazis y los comunistas no sé adónde iremos a parar —lo interrumpió Marie-Louise.

—¡Pero Marie-Louise, se trata de sacar de nuestras tierras a los *boches*! —repuso el chico, frustrado.

Las convicciones de Henri le aceleraban el pulso a Elise. En Marie-Louise tenían un efecto diferente, hacían que sus ojos destilaran ternura. Al escucharlo, su pesimismo, su desencanto con los franceses y con la humanidad se esfumaban. Había esperanzas, se dijo, y extrajo unos libros del estante más cercano a ella.

—¡Tú sacarás la cara por todos los franceses de mierda! —exclamó, dándole un pellizco en la mejilla a Henri. Y de inmediato cambió de tono—. Cierren las ventanas —ordenó, y los niños vieron cómo, de detrás de los libros que aún sostenía en una mano, emergía una vieja radio negra, con dos botones en los extremos y una rejilla dorada en el centro.

Al casarse con un infiel, a su familia se le prohibió escuchar la radio o comprar el periódico. Las noticias estaban vedadas para ellos. A esas alturas de la guerra y con el marido desaparecido, qué le podía importar. El sillón flanqueado por la lámpara no tenía aquella posición estratégica para facilitar la lectura. Más bien era un subterfugio, una puesta en escena doméstica. En

aquella esquina de la sala, Marie-Louise se ponía al día, a través de la BBC, con las noticias de su país.

No fue necesario mover el dial al encender la radio. El general francés exiliado en Londres le hablaba a su pueblo y lo exhortaba a tomar las calles.

—¿Ya ven? Ha llegado nuestra hora —afirmó Henri, y las tres lo hicieron callar.

A juzgar por las palabras del general, Alemania ya había perdido la guerra, los aliados avanzaban y el ejército francés estaba a punto de tomar París e izar la tricolor en la Place de la Concorde. La guerra, que antes parecía ser una alucinación, aquello que muchos parisinos llamaron «guerra de broma», se había vuelto cada vez más real.

—¿Qué ejército francés? —preguntó con ironía la irreverente cocinera.

Los mensajes pasaban veloces, dispersos y sin sentido por la mente de Elise, que escuchaba atenta, pero confundida: «La hora de la esperanza», «La *Résistance*», «Espectáculo atroz», «Familias separadas», «Numerosas flotillas», «Los campos este año están más verdes que nunca», «Tus hijos te desean un feliz cumpleaños», «Nada está perdido para Francia»...

Cuando escuchó a uno de los locutores decir que los tanques alemanes se retiraban de París, los labios de Elise palidieron, luego las mejillas, un aire frío le recorrió la espalda y le llegó a la nuca. En ese instante se cubrió la cara con las manos húmedas y comenzó a llorar.

—Aún no se han rendido. No han dicho que se han rendido —repetía la cocinera, ensimismada.

—¡Vámonos a París! —gritó Henri, y se puso de pie, con los brazos en alto—. ¿Qué hacemos aquí? ¡Nuestros hermanos nos necesitan! ¡Vámonos a limpiar las calles de las hordas germanas!

Henri tenía vocación de rebelde, crecía con un halo de héroe, de soldado sin ejército, de salvador de almas perdidas. Elise, aún llorosa, solo esperaba

una orden de Marie-Louise, que aún no podía creer lo que escuchaba en la radio. La pesadilla llegaba a su fin.

Esa noche no pudieron conciliar el sueño. Marie-Louise analizaba, tratando de mantener la cabeza fría, todas las variantes posibles implicadas en el ansiado fin de la guerra. Regresar a su apartamento en Le Marais, recuperar el café, dar con el paradero de su marido, que con el favor de Dios estaría a salvo en uno de aquellos terribles y lejanos campos alemanes, y vivir los últimos años de su vida entre la ciudad y el pueblo; tratando de olvidar, sin pesar, sin remordimientos. Pero ese panorama no la convencía completamente, y no lograba entender por qué. Henri, por su parte, se convencía cada vez más de que su lugar estaba en las calles de París, con sus hermanos de la resistencia, sobre los puentes y los tejados, con la tricolor ondeando en la mano. Danielle y Elise, abrazadas, soñaron juntas que caminaban tomadas de la mano al atardecer por la orilla del Sena y descansaban al pie de la torre Eiffel, como *Maman* en su fotografía de soltera. Juntas, siempre juntas, y en ese instante se durmieron, sosegadas por una paz ilusoria.

Al amanecer, camino a la abadía, se encontraron con la mujer del panadero y con su hijo, que esa vez no llevaba el uniforme de los *miliciens*. Marie-Louise y los chicos aceleraron el paso. Ya corría la voz por el pueblo de que la misa sería oficiada por el padre Marcel.

Antes del servicio religioso, el rumor de las voces reverberaba en el altar. La indigna, sentada en primera fila. La mujer del panadero y su hijo, escondidos en los últimos bancos. Los chicos y Marie-Louise a un costado, por donde debía entrar el padre de la sacristía.

El llanto de un bebé resonó en medio del silencio. La madre, con su hijo en brazos, trataba de calmarlo cantando en voz baja, pero los chillidos continuaban y tuvo finalmente que salir del templo, seguida por la mirada de la nerviosa congregación. Fuera de la iglesia y con el bebé encima se acomodó al sol, junto a una de las ventanas. Nadie quería perderse el sermón del padre Marcel.

Desde un flanco del altar y con suma dificultad, el padre Augusto entró en la nave central y fue a sentarse en la única silla vacía que quedaba, al lado de Viviane. El padre Marcel apareció y, con paso fatigado, se dirigió al altar. Se detuvo debajo del austero crucifijo, cerró los ojos y recuperó poco a poco el aliento. No había tiempo para rituales, padrenuestros ni culpas perdonadas.

—Vivimos en una época de profunda oscuridad —comenzó, e hizo una pausa. Elise se sintió observada, también Danielle. Todos—. Salir de las tinieblas nos va a costar mucho trabajo, pero debemos encontrar las fuerzas,

aunque sean las últimas que tengamos. Sé que las encontraremos. No pereceremos ahogados por la oscuridad.

»¿A quién no han vencido alguna vez los pensamientos más oscuros? Tampoco yo estoy exento, créanme. He dudado, lo confieso, de Dios, sí. He dudado de su misericordia, de su compasión.

Un murmullo recorrió el salón. Algunos asintieron, otros protestaron airados, otros se persignaron ante lo que consideraban una blasfemia.

—¿Ninguno de ustedes ha estado en mi lugar? No creo que haya alguien que tenga el valor de decirme aquí, en la casa de Dios, en nuestra casa, que nunca ha dudado de su misericordia. Yo me pregunto cada día al levantarme, después de orar, e incluso durante la oración: ¿por cuántos pecados más tendremos que pagar?, ¿y hasta cuándo?

Ahora el silencio era abrumador. Una mujer sollozaba. Un anciano cabizbajo asentía, avergonzado. Henri se sentía henchido de fervor patriótico, como si el padre se dirigiera solo a él.

—Dios nos abandonó. Nos depositó en la tierra como mansos corderos, a nuestra merced, y hemos terminado como fieras sedientas de sangre. Vamos de ciudad en ciudad, conquistando y matando, dominando a otros, a quienes no se parezcan a nosotros, como si fuéramos el pueblo elegido. Y creemos que nos asiste el sagrado derecho de decidir quién vive y quién muere. Es hora de levantarnos, de no dejarnos abofetear, de no permitir que nos arrebaten nuestras tierras, que quemen nuestros templos, que nuestros pueblos sean borrados de la faz de la tierra. Es hora de decir no, aunque tengamos que mancharnos, sí, las manos de sangre.

Otra pausa. Las últimas frases resonaban sobre un silencio angustioso. El padre Marcel tenía la mirada perdida, fija en algún punto del vitral de la fachada. Ya no la dirigía a nadie, como si la mirada fuera toda palabras y su

alma estuviera en otra parte, lejos del altar. Tan lejos, que su cuerpo comenzó a temblar, vacío, en el espacio sagrado.

—Oro por ustedes, oro por mí mismo, imploro a Dios misericordia para todos nosotros. —Su voz grave se fue difuminando—. Dudar es de humanos. Y si una mañana nos levantamos sin fe, cerremos los ojos y no los abramos hasta que podamos ver con claridad. Es preferible que nos quedemos dormidos si no podemos actuar con lucidez. Con ustedes aquí, frente a mí, reconociendo cada una de nuestras penas y compartiendo juntos este dolor común, veo la luz. No perdamos la fe, hijos queridos, no la perdamos porque, en los momentos más difíciles, ¿puede sucedernos algo peor? Puedo ver a Dios en cada uno de ustedes. Todos somos Dios. Dios está en cada uno de nosotros.

Amparado en la soledad del verbo y con un profundo suspiro, el padre Marcel se retiró del altar. Los abandonó con un portazo, sin llegar a pronunciar la palabra que todos esperaban: «Amén.»

Un torbellino de polvo se formó en medio del pueblo recorriendo callejones, subiendo a los tejados, doblando esquinas y arrastrando a su paso todo cuanto se encontraba. Los vecinos comenzaron a cerrar las ventanas para evitar que el polvo penetrara en los interiores y debilitara aún más sus frágiles pulmones. En la abadía habían asegurado los crujientes portones de roble, pero las ráfagas tomaron sigilosas el centro del patio, en busca de algo que llevarse. No podían levantar las rocas del color del polvo, ni el tronco del único árbol que resistía, estoico, bajo el sol. Los inclementes vientos del norte arribaron a la abadía cuando menos los esperaban. Y con el vendaval llegaron también los alemanes.

Elise aseguraba que uno puede morir dos y hasta tres veces. Cuando corrió la noticia de que los alemanes se acercaban escoltados por los *miliciens*, su corazón hizo una larga pausa. Quizás se había cansado de palpar, o quizás el miedo había dejado de ser una opción para ella. Tomó las manos frías de Danielle y se mantuvieron una vez más en silencio, detenidas, mirando cómo todos corrían de un lado a otro, como un río revuelto y sin dirección que bajaba por los angostos pasillos de la abadía.

—¡Al patio! ¡Todos al patio, ahora mismo! —escucharon las órdenes.

—Pero ¿la guerra no estaba llegando a su fin? ¿Qué pasó con los aliados, con el ejército francés? Debimos haber huido al sur, bien al sur, lejos, tan lejos como fuera posible, en vez de buscar refugio en la abadía —reaccionó Elise con triste resignación—. Pero yo tenía mucha sed, ¿recuerdas? —volteó la cabeza para mirar a Danielle y sonrió—. ¿Qué más nos pueden quitar? Ya



perdimos a *Maman* y ahora nos separarán de Marie-Louise, de Henri, del padre Marcel. Y nunca conoceremos París.

—Tenemos que ir con todos al patio. Van a mostrarnos un acto de magia. Corramos —ordenó Henri, y ellas lo siguieron, contando cada paso en sincronía, como si pensarán al unísono y no hubiese fuerza que las pudiera separar.

Una vez que todos los niños estuvieron reunidos en la explanada central, llegó el silencio. Elise aspiró el olor del miedo y lo dejó ir, hasta quedarse sin aire. El hombre de las carnes flácidas y el de las ojeras oscuras tenían el rostro pintado de blanco, cubierto con una pasta cuarteada. Los ojos habían sido delineados en negro, y la boca era un hilo rojo que descendía de la comisura de los labios hasta la barbilla, dibujando un gesto de asco o de desprecio. Una imaginaria pared de cristal los separaba del público, atento a sus peripecias. Con las manos abiertas delimitaban el espacio blindado donde nadie, ni los alemanes, podrían penetrar, pensó Elise. Los gestos de los mimos les provocaban a todos una profunda tristeza. *¿No se suponía que debían hacernos reír?*, se preguntaba.

Se escucharon pasos que estremecieron los cimientos de un edificio que había sobrevivido a antiguas invasiones y el público se volteó para buscar una salida, pero en ese momento los mimos reclamaron total atención, y sus espectadores se la dieron.

El padre Augusto era el único que reía con las gracias de los improvisados actores, sentado en una desvencijada silla de madera junto a Marie-Louise. Cruzó la mirada con los niños, les guiñó un ojo con entusiasmo infantil y volvió a los mimos, que ahora eran magos y hacían salir infinitos pañuelos de colores de un enorme sombrero de copa negro. Al tocar levemente el sombrero con el bastón de mango dorado, un conejo blanco se asomó, asustado. Era la única escena para la que había sido entrenado.

Por primera vez, todos aplaudieron, pero Elise sorprendió un destello de terror en la mirada de los mimos.

—No te vuelvas. Ya están aquí —le dijo Henri—. No pueden hacernos nada. Estos deben andar perdidos, lo mejor es ignorarlos.

Las palabras de Henri llegaban como rumores lejanos a los oídos de Elise. Una vez más, dóciles corderos, uno detrás de otro, camino al desfiladero. Una vez más, todo el pueblo congregado en espera del bombardeo. *Debo correr, debo enfrentarlos. Unámonos todos, salgamos al pueblo a ver si tienen el valor de dispararnos por la espalda, pero no encerrados en una iglesia o en un patio sin salida.* Cada uno de sus pensamientos eran sacudidas que podían leerse en su rostro. Danielle los vio. Henri también. Desde su silla, Marie-Louise temió una reacción atolondrada de alguno de los tres.

El oficial alemán, escoltado por dos *miliciens*, se plantó en el centro del patio, exactamente en el mismo lugar que segundos antes ocupaban los mimos.

—Buscamos armas —dijo en perfecto francés, con una calma helada.

*Lo de siempre*, pensó Elise con el rostro contraído.

—Y a uno de los nuestros —añadió.

Henri saltó en su asiento. Danielle cerró los ojos. Elise tragó en seco.

Marie-Louise observaba desde lejos cada gesto de los chicos.

—¿Alguien nos puede ayudar? ¿Han visto algo que les parezca sospechoso en los últimos días?

Silencio.

—Muy bien, entonces hablaremos uno a uno con los niños. Ellos siempre dicen la verdad. —El alemán marcó cada sílaba. Sonreía. Miró a Danielle—. ¿Qué tal si empezamos contigo?

*¿Por qué nos sentamos en primera fila? ¿Por qué no salimos huyendo? ¿Por qué no nos escondimos en el claustro? Sé fuerte, no va a pasar nada,*

*confía en mí, piensa en Maman.* Todo eso quiso decirle Elise a su hermana con varios apretones de mano. Pero Danielle no sentía nada, había perdido su peso y flotaba por encima de la escena, más allá de todos.

Los dos *miliciens* condujeron a Danielle a la sacristía, donde la esperaba el alemán. Elise la vio desaparecer, inexpresiva, y en ese instante su memoria reconoció las primeras partículas volátiles del hedor de la muerte que siempre la había perseguido.

Pocos minutos después la puerta se abrió y Danielle corrió hacia los brazos de Elise. Ahora era el turno de Henri. El chico apretó el paso, entró y les tiró la puerta en la cara a los *miliciens*.

*Solo con el alemán, ¡si yo tuviera su fuerza!*, pensó Elise, que comenzó a contar cada segundo con la mirada fija en la sacristía. Marie-Louise se acercó a ella y a Danielle, preguntándose cómo protegerlas. Pero qué podía hacer ella, una cocinera incapaz de salvar ni a su marido.

—Sé fuerte —le dijo a Elise—. Hoy el padre Marcel me avisó de que mañana vendrá el hermano de Henri a buscarlo.

—¿Dónde está el padre Marcel? —preguntó Elise. Marie-Louise bajó la mirada y se mantuvo en silencio.

Antes de que Henri saliera, los *miliciens* ya habían conducido a Elise hasta la entrada de la sacristía. En la puerta, los dos se miraron.

—Pronto se irán y nos dejarán en paz —afirmó Elise. Con rabia contenida, dejó correr una lágrima por sus mejillas.

Con los ojos enrojecidos, Henri salió de la sacristía y se apresuró a reunirse con Danielle, que se detuvo en el rostro asustado del niño. Tras él salió el alemán, que comenzó a moverse de prisa por el patio hasta detenerse frente al padre Augusto y los mimos. Elise aún estaba en el umbral de la sacristía, sola.

—¿Dónde tienen al oficial? —gritó el alemán muy cerca del anciano, que

permaneció callado. Ordenó a los *miliciens* que comenzaran el registro. Se volvió hacia los mimos y los empujó a punta de pistola hacia la cocina.

Danielle comenzó a temblar y musitaba frases inaudibles. Por el movimiento de sus labios, Henri comprendió que se trataba de un silencioso padrenuestro.

—Tienes que calmarte —le dijo al oído.

—La maleta —dijo Danielle con un hilo de voz—. La maleta está en la celda del padre Marcel.

Los encargados del registro entraron en la habitación contigua a la cocina y encendieron la radio. Subieron el volumen y hasta el patio comenzó a llegar un entrecortado discurso en francés que se interrumpió bruscamente. Le siguieron unos acordes de piano, luego las notas de una trompeta y enseguida la voz de una mujer.

—Es una transmisión de los aliados —explicó Henri, tratando de dominar su exaltación—. ¡Debe de ser una canción americana!

Las frases llegaron como un lamento, fragmentadas por la estática. «*I'll be seeing you, in all the old familiar places...*»

El alemán se llevó a los mimos a la habitación. En el patio solo se escuchaba la voz grave de mujer en la radio, hasta ser interrumpida por golpes, gritos, movimiento de muebles, sillas por los suelos.

Elise clavó sus ojos en Henri y en Danielle.

Entonces sonó el primer disparo y todo quedó en silencio. Tras el segundo, comenzaron los gritos de pánico en el patio. El tercero provocó un vacío abrumador.

Al abrirse la puerta, el alemán salió al patio con la mirada desafiante y una mueca dibujada en los labios. Los miró a todos y abandonó el patio con pasos largos. Detrás de él, los *miliciens* se apresuraban hacia la salida cargando el cuerpo ensangrentado de un oficial alemán.

*Ahora vendrán las explosiones, las llamaradas, nos quemarán vivos y nos lanzarán a una fosa común.* Elise estaba convencida.

Marie-Louise corrió a la habitación y lanzó la radio al suelo de un manotazo. «*I'll find you in the morning sun, and when the night is new, I'll be looking at the moon, but I'll be seeing you...*» El padre Augusto, con esfuerzo supremo, aceleró el paso, detrás iba Elise. Danielle y Henri permanecieron en el patio, donde el tiempo se había detenido.

Marie-Louise se apoyó en la compuerta abierta y comenzó a bajar la escalera gimiendo. Desde arriba, Elise y el padre Augusto vieron a los mimos, cada uno con un disparo en la frente. El blanco descascarado de sus rostros atravesado de rojo. En un extremo yacía el cuerpo del padre Marcel con un ojo perforado; un río de sangre le brotaba de la cabeza. Los gritos de Marie-Louise ahogaron la voz de la mujer en la radio.

—¿Falta mucho para que se acabe la canción? —murmuró Elise, ofuscada, con los labios temblorosos.

Nadie le contestó.

Los vientos se marcharon del pueblo, dejando tras de sí solo polvo y algún que otro rastro de sangre entre las piedras del sótano de la abadía. Elise se encontró olvidada en el dormitorio; tenía el rostro húmedo e intentó entender si eran lágrimas o sudor. No supo cuándo cerró los ojos, no podía recordar cómo había llegado a su cama, si había dormido con Danielle.

Se sintió abandonada. Estaba abandonada.

Se incorporó y fue a la cocina. Encontró a Danielle y a Marie-Louise, que, al verla, callaron. Inmediatamente comprendió que le ocultaban algo. La protegían, evitaban confrontarla con la verdad, aunque ella estaba preparada. Nada peor podía sucederle. París o el tío de Nueva York ya no significaban nada. Estaban condenadas a aquel pueblo barrido por el viento. Su única, su última esperanza, era Henri.

—Buenos días, Elise. ¿Cómo dormiste? —dijo la cocinera sin convicción.

Cuando la pequeña no le contestó, continuó:

—Todo va a estar bien.

Elise ya estaba cansada de escuchar aquella estúpida frase sin sentido. *¿Bien? ¿Cómo es posible que todavía alguien pueda decirme que todo va a estar bien?*

—Henri se fue —dijo Danielle—. Vino su hermano a buscarlo, pero ya se había marchado. Nadie lo vio partir.

El cuerpo de Elise se contrajo.

—¿No estará escondido? También pudiera estar detenido. Pueden haberle

encontrado el panfleto debajo de la colchoneta... —Elise intentaba encontrar una razón.

—Henri huyó, Elise —concluyó Danielle—. Por su culpa mataron al padre Marcel.

—Danielle, no sabes lo que dices. No puedes culpar a Henri.

—Después de que él salió de hablar con el alemán, fueron directo al sótano. ¿Qué otra prueba necesitamos? —pronunciaba cada palabra con desprecio.

—No podemos asegurarlo —intercedió MarieLouise—. Yo le dije que al día siguiente vendrían por él. Tal vez se asustó, no quería irse a vivir con el hermano. Eso ustedes lo sabían.

—¡Henri no tiene la culpa! —exclamó Elise con la voz quebrada. Corrió a una esquina de la cocina y comenzó a temblar—. ¡Él no tiene la culpa, no tiene la culpa! —gritó, ahogada por sus sollozos.

—¡Tampoco nosotros somos culpables! —estalló Marie-Louise—. Nadie es culpable. Esto es una guerra —agregó, cansada de mitigar el dolor ajeno—. Está muy bien que llores. A mí ya no me quedan lágrimas.

La radio había terminado en la cocina, debajo de la ventana, a la vista de todos. Ya no tenían por qué esconderse para escucharla.

Esa mañana, hilos de color violeta surcaban la luz y las partículas de polvo brillaban en el aire como estrellas extintas. Elise las perseguía, una a una, con los ojos cegados por la pena. Ya era hora de que el largo verano comenzara a aplacarse, y pensó en Henri, en su larga caminata bajo el sol, hacia el sur, adonde no llegarían los alemanes. Ella una vez se vio crecer y ser tan alta como Henri. Una vez soñó que Henri la miraría con ojos amables y juntos caminarían de la mano, sin alemanes o *miliciens* que temer. Fue solo un sueño.

Escuchó en la radio las cuatro primeras notas de la Quinta sinfonía de

Beethoven que, según le había contado Henri, representaban la V de la victoria en código morse. Henri lo sabía todo. Ahora había perdido a su amigo, una vez más. ¿Cuántos otros amigos perdería? Ya no habría más batallas de preguntas. Nadie le contaría sus planes de derrotar a los alemanes o izar la bandera en la Concorde. «*Ici Londres! Les français parlent aux français...*» escuchó ahora en la radio. No era un mensaje en clave. Eran frases directas. Las tres se acercaron a la bocina y aquellas irritantes interferencias alemanas se acallaron. «Hoy, 23 de agosto de 1944, las fuerzas francesas del interior liberaron París», «Una fuerza de Estados Unidos ha ocupado Grenoble», «Avance aliado hacia las bases de “Robots”».

—¿Ya no estamos en guerra? —preguntó Elise.

No supieron qué contestar, y Marie-Louise apagó la radio.

—Vamos a casa, de prisa. No comenten nada. Podría ser una falsa alarma o un falso mensaje para asustar a los alemanes. —Se quitó el delantal y salieron de la cocina.

La batalla contra los alemanes podría haber terminado, pero la abadía permanecía en un profundo silencio. El padre Augusto se había encerrado en su celda, un grupo de niños removían el polvo del patio y la habitación contigua a la cocina había sido clausurada. Elise no se atrevió a preguntar qué había pasado con el cuerpo de los mimos y del padre Marcel, si habían ido a parar a alguna tumba abandonada en el cementerio de los frailes, o si habían recibido cristiana sepultura, como les correspondía.

Danielle corrió a buscar la maleta, y se unió a Elise y a Marie-Louise.

—Va a estar más segura en tu casa —dijo, aferrada a su tesoro.

En el pueblo las calles estaban desiertas, aunque detrás de las puertas y ventanas cerradas podían escucharse gritos, aplausos y frases aisladas. Indescifrables, pero en francés.

En la distancia divisaron a un grupo de hombres que pateaban a un animal



que se arrastraba. Habían cazado un venado, pensó Danielle.

*Un boche. Capturaron al asesino del padre Marcel. Que lo hagan sufrir, se lo merece,* se repetía Elise, con rabia contenida.

Encontraron entre el polvo un zapato de tacón rojo. Unos pasos más adelante, mechas largas, castañas. Definitivamente, no podía ser un alemán. Al acercarse comenzaron a escucharse los gemidos y vieron el rostro golpeado de una mujer con la cabeza rapada. Un hombre sin camisa le rasgó el vestido y su cuerpo cayó, desnudo, sobre los adoquines. Sangraba entre las piernas, y se abrazaba como para protegerse el vientre.

—Está embarazada —confirmó en voz baja MarieLouise—. ¡Animales! —gritó, y la turba se dispersó.

Se trataba de la indigna. La cocinera se acercó, le tendió una mano y la ayudó a incorporarse. Viviane la rechazó, agitaba los brazos pidiéndole que se fuera, que la dejara sola.

—Que terminen, deja que terminen lo que empezaron... —Su voz era grave, firme y sus ojos, hostiles—. Ya no tengo nada que perder.

Marie-Louise desafió con su mirada a los atacantes y la levantó del polvo y los escupitajos. Viviane se dejó arrastrar hasta la entrada de la casa. Elise acudió a socorrerla mientras Danielle abría la puerta.

Tenía heridas en el cráneo, aún le quedaban algunos mechones cerca de la nuca, un hematoma le amorataba el ojo derecho, había perdido algunos dientes superiores, y tenía los pechos cubiertos de sangre y lodo.

Marie-Louise se encerró en el baño con ella, y las niñas escucharon el correr del agua opacando los gemidos sordos de Viviane.

—Una guerra terminó —se lamentó Elise—. Pero ahora comienza otra. ¿Y nosotras? ¿Qué va a pasar con nosotras?

Se fueron a la sala y encendieron la radio. Los alemanes habían

emprendido la retirada. El general estaba en camino hacia París. La esvástica, al fin, había sido desterrada de la Concorde.

Pasaron la noche reunidas alrededor de la mesa de la cocina, sorbían en silencio una infusión de hierbas. La cocina estaba en penumbras, y Viviane se había envuelto en un albornoz blanco. Con la cabeza rapada, inclinada sobre el tazón, parecía más joven aún.

—Vámonos a París —dijo Elise, arriesgándose a romper el silencio. Las otras le respondieron con una sonrisa.

Elise no conocía lo que era vivir en paz. Desde que tuvo uso de razón, siempre hubo enemigos al acecho. Desde que tenía memoria, había pensado únicamente en sobrevivir. ¿Cómo sería París sin esvásticas? París era la foto de *Maman* Claire sonriente, delante de la torre Eiffel. Los alemanes podrían estar en retirada, los aliados podrían haber avanzado, el ejército francés podría haber liberado París, pero nada de eso le devolvería a *Maman*.

—Vamos a vivir días, semanas, y quién sabe si meses y años de verdadero caos —dijo Marie-Louise, la sabia—. Este es ahora un país sin gobierno. Sabe Dios cuántos alemanes andarán todavía escondidos por ahí. Y cuántos otros, como el hijo de la panadera, que no sabrán qué hacer con su vergüenza y su miedo. Los desesperados cometen cualquier locura.

Danielle no hacía otra cosa que observar a Viviane. Sentía una gran compasión por la joven. La veía como una víctima de los alemanes, no como la colaboracionista que la gente del pueblo aborrecía.

La indigna bebía su té en pequeños sorbos, evitando las heridas de la boca. Aún le quedaban lágrimas, pero ya no sollozaba. Al darse cuenta de que la observaban, bajó aún más la cabeza.

—Mañana será otro día —musitó, y cerró los ojos.

Ya no sentía vergüenza, ni le importaba lo que pudieran hacer con ella, matarla a golpes o enviarla a la cárcel. Se había dado por muerta hasta que

palpó las sacudidas intermitentes de su vientre, confundidas con el hormigueo que le recorría todo el cuerpo. Llevaba dentro otra vida, sería un hijo de la vergüenza, como le habían gritado, pero era su hijo. Otra patada del bebé le hizo olvidar sus dolores, y esbozó una leve sonrisa o, al menos, eso creyó; las otras no la notaron. Solo podían ver un rostro maltratado, contraído y aún con costras de sangre.

—Yo pude haber cometido un error —continuó con una cadencia monótona—. Pero mi hijo no es un error. Estamos en guerra, el padre de mi hijo es el enemigo, pero la guerra no va a ser eterna. No pienso pasar la vida huyendo o escondiendo a mi hijo. ¿Qué culpa tiene él?

Al día siguiente evitaron escuchar la radio. No querían arriesgar más decepciones. Quizás los alemanes hubieran contraatacado, o los refuerzos que debían estimular al endeble ejército francés se hubieran esfumado en las afueras de París. Quizás ese ejército era en realidad una quimera, como tantos sospechaban.

Se asomaron a la ventana y sintieron cómo la brisa del verano se batía en retirada. Marie-Louise presagió que el invierno sería crudo.

A la caída del sol regresaron a la abadía y Viviane se quedó en casa de la cocinera. Necesitaba descansar, dormir cuanto pudiera, no despertarse en varios días. Elise la escuchó hablar a solas y la vio dar vueltas por la habitación, cabizbaja y abatida por la culpa con la que nacería su hijo. Cuando los dolores en las piernas y en la espalda la vencían, se recostaba en el marco de la ventana cerrada. A los pocos segundos se incorporaba y repetía la misma rutina.

En la abadía, la ausencia del padre Marcel se sentía por todas partes: en los pasillos, en el altar, en el patio. Los rostros apesadumbrados y los ojos tristes

de los niños que aún no habían encontrado a nadie que los acogiera eran los marcos de la desesperación que reinaba tras los muros. Marie-Louise se internó en la penumbra de la cocina, y Elise observó cómo su rostro ajado se contraía de dolor.

—Una vez hubo peregrinos —se decía, sin esperar que alguien la escuchara—. Ya nadie viene a estudiar. ¿Dónde quedó la grandeza de estos muros que dieron albergue a tanta sabiduría milenaria, el resplandor de las imágenes, el olor del incienso, los cantos...?

En ese instante, Elise dejó de ver a la cocinera como la mujer capaz de enfrentar al más temible alemán, de salvar a la indigna de ser lapidada, y al mismo tiempo de darles refugio a dos niñas abandonadas. Ahora no era más que una anciana frágil, recorriendo desorientada sus memorias.

Danielle evitaba a los niños a su paso mientras circulaba entre los pilares de la abadía. Caminaba sin un propósito definido; para ella el fin de la guerra tampoco tenía el menor sentido. Estaba tan desorientada como Marie-Louise. Quizás era preferible seguir viviendo en vilo, en una huida permanente que le daba sentido al despertar de cada día, que dormir sosegadamente después de perder a su madre y haberla sepultado en el olvido. ¿Qué haría?, ¿qué podía hacer de ahora en adelante? ¿Llorar?

Los olores regresaban al pueblo, como si los vecinos se hubieran puesto de acuerdo para encender el horno o sacar de sus despensas las últimas provisiones a la vez. La guerra había terminado, no tenía sentido seguir almacenando, había llegado el momento de darse un buen banquete. Desde la calle podían escucharse las conversaciones de sobremesa, música y hasta disputas familiares que apenas unos días antes se dirimían en silencio. Se sentían libres.

La casa de Marie-Louise era la única en penumbras. Todas las ventanas del pueblo estaban encendidas, menos las suyas. Junto a las niñas subió a oscuras los peldaños de madera que conocía de memoria. Cuál chirriaba, cuál estaba más firme, en cuál había una hendidura, evitando los más ruidosos para no interrumpir el sueño que Viviane, al parecer, había logrado conciliar después de un largo insomnio.

Marie-Louise se detuvo en el umbral del pasillo sin encender la luz. Se volteó hacia Elise, que vio cruzar por sus ojos un destello de terror. Tenía un presagio. Arrastró los pies por el pasillo, con pasos cada vez más lentos. Al ver que la única puerta cerrada era la del baño, se alejó de ella con espanto.

*Uno debe ser capaz de adelantarse al dolor, pensó Danielle. Así, cuando te sorprende, lo recibes preparada.*

El perfil de Marie-Louise en la penumbra se había transformado en una línea recta que bajaba con furia desde la frente hasta los labios. El mentón recogido, las mejillas hundidas, la expresión grave. Elise pudo distinguir que

los labios le temblaban. Marie-Louise parecía haber visto ya lo que estaba a punto de enfrentar. Se adelantaba al dolor.

Hizo girar el interruptor del cuarto de baño desde fuera. La puerta permanecía cerrada, pero un halo brotó por las rendijas del marco. El navajazo luminoso, como una herida perfecta, las convirtió en siluetas. Marie-Louise apoyó la frente en la puerta buscando fuerzas e intentando, inútilmente, repasar todas las posibilidades que ahora perdían sentido. Si se hubiese quedado en la casa, si le hubiese dedicado más tiempo, si la hubiese escuchado. Todavía tuvo la presencia de ánimo para alimentar alguna esperanza y la llamó en voz baja, al tiempo que golpeaba la puerta.

—Viviane —repitió varias veces, esperando un milagro.

Marie-Louise llevó con lentitud la mano al picaporte, con la certeza de que ya su protegida era otra imagen remota. Con el rostro desolado abrió la puerta y en un segundo el color regresó a sus mejillas, y sus pupilas recobraron el verde de antaño.

La ventana del baño estaba abierta y el cielo resplandecía violeta, tachonado de estrellas.

—¿Adónde se fue la luna? —musitó Elise.

Una oleada de frío llegó desde la calle y la niña comenzó a temblar hasta que el aullido de Marie-Louise la hizo saltar. Al caer de rodillas sobre los azulejos cuarteados, descubrió lo que ya había visto Marie-Louise. El cuerpo desnudo de Viviane flotaba en la bañera, cubierto por la densidad de un velo de sangre oscura. Del rostro inocente y pálido de la indigna habían desaparecido las heridas, el rosa le había regresado a los labios y su mirada parecía estar fija en las estrellas. En la boca, una sonrisa estática, sin futuro. En la base del cuello, entre las clavículas, la herida abierta. Parecía como si su cabeza hubiera querido desprenderse y seguir su propio destino. El brazo

izquierdo colgaba fuera de la bañera y muy cerca de la mano teñida de púrpura, con impecable mango de nácar, brillaba una navaja abierta.

Los aullidos de Marie-Louise interrumpieron el grave silencio de la escena. Tenía los ojos fijos en la navaja, un recuerdo de su marido. La había colocado tiempo atrás en el estante de las toallas, junto a una pequeña bolsa de lavanda. Ahora podía imaginar a Viviane entrar en el cuarto de baño y abrir el mueble de madera. Allí, entre las toallas perfumadas, estaba a la vista su única salvación. No podía evitar la certeza de haber sido ella quien pusiera la muerte al alcance de la infeliz Viviane.

Al tomar una toalla, la navaja había caído al suelo. La indigna la abrió y comprobó que aún conservaba el filo para ayudarla en su viaje. Desnuda, libre de todo peso y de todo contacto con la hostilidad del mundo, libre de una culpa que nunca entendió del todo, se prometió en silencio que su hijo no sería llamado el hijo de la vergüenza. Abrió la ventana y se dejó iluminar por el lejano reflejo de las estrellas, que ocultaba piadosamente las huellas de los golpes y las heridas. Se acomodó como pudo en el esmalte helado de la bañera. Estaba en paz. Había pasado el tiempo de dar explicaciones. Ya no tendría que protegerse de nadie.

Tomó la navaja abierta. El filo del metal fue una caricia en su cuello. Ni estertores, ni gritos, ni lágrimas. Con la mano derecha se acariciaba el vientre.

Aquella noche, frente al rostro apacible de Viviane, mientras escuchaba con horror los gritos desolados de su amiga, Elise comprendió que Marie-Louise no regresaría a la abadía. Al mismo tiempo se vio, junto a Danielle, viviendo con ella, y experimentó un breve momento de consuelo.

Las niñas aceptaron, en efecto, convertirse en la familia de la cocinera. Todo era nuevo. Ahora sí tenían un hogar de verdad.

En tiempos de paz las noches se hacían interminables. Elise vivía en perpetuo recelo de la caída del sol. Contaba los segundos para que la noche transcurriese de prisa, se desesperaba por ver desaparecer la última estrella. Desde que Viviane las había abandonado, sentía horror de tener que cerrar los ojos. Despierta o dormida, sus párpados renegaban de las imágenes del presente y se concentraban en el futuro, aunque se opusiera a hacerlo. No se sentía preparada para ver lo que vendría. No le interesaba. Dormir dejó de ser una alternativa. Pasaba el día dando cabezazos y luchando contra el peso de unos párpados que a veces tenían más fuerza que ella.

Danielle le demostraba a Marie-Louise que estaba lista para ser una joven independiente, que no pretendía ser una carga. Le daba órdenes a Elise, siempre distraída. «Recoge la cocina.» «Las toallas se doblan en cuatro.» «Hay que dejar cerradas las ventanas que dan a la calle.» «No malgastes el agua del grifo...» Y lo hacía a toda voz, para que Marie-Louise se sintiera tranquila. Danielle había comenzado a tomar el control de su vida. Y, como hermana mayor, era también responsable por Elise.

Pasaron el invierno desempolvando la tienda y lustrando las maderas del mostrador, las vidrieras y haciéndoles saber a los curiosos del pueblo que el Atelier Plumes, todavía con su descolorido cartel en la entrada, abriría sus puertas y reemprendería a prestar sus servicios con la llegada de la primavera. Marie-Louise rescató del sótano los últimos rollos de tela y se dio a la tarea de iniciar a las niñas en los misterios de los brocados, el terciopelo, la seda y los encajes. Unos tejidos eran ideales para cortinas de decoración; otros, para



aislar la luz; otros, para tapizar canapés, y algunos, para embellecer las esquinas aburridas y otros, rincones inútiles.

—Las telas son grandes amigas —decía—. Debemos definir con cuidado para qué sirven, ser leales con ellas, sin excedernos ni pedirles más de lo que puedan ofrecernos.

Elise, siempre soñolienta, aprendió las diferencias entre la cretona, el *chenille*, el damasco, el lino y el *jacquard*. Hablaba como una experta sobre ligamentos de tafetán blanqueados, o sobre qué telas eran más permeables, duraderas o resistentes con dignidad a los avatares del tiempo. Danielle cargaba los rollos, los extendía sobre el mostrador y Elise hacía que los clientes, en su mayoría mujeres que no podían permitirse el lujo de tapizar su canapé, se quedaran encantadas con aquella niña que hablaba de los algodones crudos como de huérfanos abandonados, y del moaré como de una exótica princesa en cautiverio. Marie-Louise la escuchaba con admiración, y cuando la conversación languidecía, tomaba una muestra de la tela más cara y la estiraba sobre una butaca para que un rayo de luz activara la magia de la textura, obra de un eminente artesano.

Los alemanes y la guerra eran ahora una lejana nebulosa. La radio fue colocada en un estante vacío de la cocina, porque las noticias solo eran portadoras de tristeza. Marie-Louise decidió que, a partir de ese momento, en su casa y en su tienda solo se escucharía música. Rescató del sótano un viejo fonógrafo destartado, limpió con cuidado la aguja, engrasó el brazo y lo instaló en la trastienda.

Los días comenzaban y terminaban con los tangos de Tino Rossi, el cantante favorito del marido de Marie-Louise.

—Al cerrar todas las noches el café, Albert me sacaba a bailar con su pelo engominado y peinado hacia atrás, a lo Tino Rossi —contaba sonriente—. Pero mi Albert era más buen mozo.

La música había traído consigo el nombre que hasta entonces evitara mencionar. Al compás de «Je voudrais un joli bateau», Marie-Louise recorría el salón y tomaba a Danielle, a quien enseñaba los enrevesados pasos de aquel baile que Elise se sabía incapaz de dominar.

—Si tengo que aprender un tango para casarme, creo que me quedaré soltera toda la vida —comentaba, y cada día sonaba más como una anciana en el cuerpo de una niña.

Marie-Louise aún tenía la esperanza de que su marido regresaría el día menos esperado. Y cada vez que Elise escuchaba su nombre abría los ojos con desmesura, tratando de borrar la imagen que la asaltaba: el señor Albert no regresaría jamás, se había perdido al final de un túnel; habían ahogado su alma y quemado su cuerpo.

Abrumada por sus poderes, que habían regresado, Elise maldecía una y otra vez la condena de su clarividencia. No comprendía por qué podía predecir el futuro. Con la llegada del verano, comenzó a buscarles otras interpretaciones a sus augurios que le hicieran la vida más llevadera. El negocio prosperaba mientras la clientela crecía; ya no era visitado únicamente por vecinos indecisos, también a los pueblos de los alrededores había llegado la voz de que Atelier Plumes tenía una exquisita selección de tejidos de antaño, de una calidad imposible de encontrar ni en las mejores tiendas de París.

Ahuyentada la desgracia, con las ventanas abiertas de par en par y sin la neblina de polvo que las había borrado por tanto tiempo, Marie-Louise sentía que era hora de que también Elise disfrutara los días de sosiego. La angustiaba verla insomne, con la mente en otra parte, intentando descifrar sueños sin sentido.

—No podemos pasarnos la vida soñando. Y si no podemos evitarlo, debemos recordar que los sueños son solo eso, sueños, nada más —insistía

una noche mientras acariciaba los cabellos de la niña—. El ahora es lo que importa, el plato de comida que tenemos que poner sobre la mesa para sobrevivir. Si mañana el destino nos lleva a otra parte, bienvenido sea, niña mía. Ni tú ni yo somos Dios para cambiar lo que se avecine. Así que es mejor que no esperes nada, deja que todo llegue en su momento.

—¿Cuándo nos vamos a ir a París? —contestó Elise, como si no hubiese escuchado una palabra.

—¡Otra vez París, por Dios! En París no se nos ha perdido nada. Primero, tenemos que sacar el Atelier adelante. Además, Albert sabe que es aquí donde voy a esperarlo. Fue el acuerdo que hicimos antes de que se lo llevaran.

Elise no se atrevió a decirle que su marido no regresaría, que había ido a parar a un hueco oscuro de donde nunca pudo salir, que desde el día que los guardias franceses se lo llevaron ya estaba condenado a muerte. Ya lo había llorado una vez, no tenía sentido llorarlo dos veces. Su marido estaba muerto. Ella lo había visto.

Buscó el viejo disco de la Columbia Records y Marie-Louise se dejó llevar por la voz embriagadora de su ídolo corso: «*Le plus beau des tous les tangos du monde, C'est celui que j'ai dansé dans vos bras*». Tomó de las manos a Elise y comenzaron a bailar aquel tango como si fuera un vals vienés.

Un año después de la liberación, Marie-Louise decidió que era necesario contratar a un empleado que las ayudara a extender las telas sobre el mostrador, a rellenar los cojines de los asientos, a acomodar los muelles de aquellas pesadas butacas de patas torneadas.

Danielle y Elise compartían la esperanza de que otro niño llegara al Atelier. Así las clases de tango serían más divertidas. Les entusiasmaba la idea de enseñarle a tapizar, de descubrirle aquel mundo que ahora las fascinaba. Pero una tarde, mientras barrían retazos de telas, hilos y tachuelas, Marie-Louise, que había ido a Limoges para abastecer la tienda, apareció en la puerta con dos bolsas enormes, varios rollos de tela y un anciano encorvado que no solo no podía con la carga, sino que parecía no poder ni consigo mismo.

—Ayuden al señor Soto —ordenó, y colocó la mercancía sobre el mostrador.

—¿Habla francés? —le preguntó Elise en voz baja.

—El señor Soto habla francés tan bien como nosotras. Dejen para luego las preguntas impertinentes. Tendrán oportunidades de sobra para averiguar todo lo que quieran, porque además de ayudarnos en el Atelier vivirá aquí, en la trastienda.

El señor Soto era un hombre enjuto, de piel curtida, sin una gota de grasa en el cuerpo. Para Elise, al pobre señor no le quedaba un solo músculo alrededor de los huesos, cubiertos por una indumentaria que alguna vez había sido de su talla. Llevaba atado el pantalón con una cuerda para que no se le

cayera y las mangas de la camisa remangadas hasta los codos. Llevaba también un chaleco negro, quizás para darle algo de estructura a la figura desgarrada. Su cuerpo era tan liviano como una brizna.

Era completamente calvo, aunque con el tiempo se dieron cuenta de que acostumbraba a raparse la cabeza. Una barba rala y canosa le cubría las mejillas hundidas y, en el fondo de unas cuencas profundas, centelleaban las pupilas grises. Parpadeaba todo el tiempo, como intentando enfocar lo que estaba a su alrededor. *El pobre señor Soto no ve bien. ¿Cómo va a poder ayudarnos?*, pensó Danielle. Estaba tan sucio que el tono de su piel resultaba indefinible, pero Elise se asombró de no percibir a su alrededor el habitual hedor a muerto que arrastraban consigo los trabajadores itinerantes después de la guerra. El señor Soto no tenía ningún olor, a qué iba a apestar si aparentaba no haber comido o sudado en años.

Antes de cenar tuvieron que esperar largo rato por el hombre, que pasó horas en el baño. El agua corría sin parar, pero Marie-Louise no daba muestras de preocupación.

—Es un amigo de mi marido, chicas. Perdió a toda su familia en la guerra. Ahora nos necesita, tanto como nosotros a él. Se quedará provisionalmente, hasta ver si aparece algún superviviente por el lado de su padre. Si el señor Soto regresó, mi marido también lo hará.

—¿Está enfermo? —preguntó Elise, pero Marie-Louise la ignoró. En realidad, ella no conocía la respuesta, y se dedicó a contarles lo poco que sabía.

El señor Soto, un español que se había refugiado en Francia, fue a dar en un campo de internamiento junto a su esposa y su hija pequeña por ser considerados *étrangers indésirables*. Allí había conocido al marido de Marie-Louise. Según ella, Albert fue trasladado inmediatamente a un campo en Drancy, y después a otro en Polonia. Aunque tanto el señor Soto como él

compartían ideas libertarias, su marido seguía siendo, a los ojos de franceses y alemanes, un despreciable judío.

Elise escuchaba atenta aquel recuento, aunque en vez de detenerse en el pasado, tenía los ojos puestos en el futuro. El señor Soto no viviría con ellas mucho tiempo. Un día las abandonaría. Cerró los ojos y lo vio marcharse igual que había llegado, desahuciado.

—Su mujer y su hija murieron de tifus poco después de llegar al campo — continuó Marie-Louise—. Cuando fueron liberados, Soto regresó al único pueblo que recordaba; pero su casa no existía, los vecinos no lo reconocieron, le cerraron las puertas en la cara.

Era muy difícil aceptar que en una guerra alguien muriera de tifus. Era mala suerte. En la guerra uno muere en un bombardeo, alcanzado por una bala perdida o de un tiro en la frente, como le hicieron al padre Marcel. *Pero de tifus... Esa es una muerte para tiempos de paz*, se dijo Elise.

Cuando Soto salió del baño y se acercó a la mesa, se había transformado en otro hombre. La frente había recuperado un tono rosado que le imprimía una expresión amable al rostro maltratado. Llevaba una camisa blanca de mangas cortas y un pantalón ancho y bien planchado que habían sido de Albert. Parecía flotar en el interior de la ropa.

Cuando se sentó a su lado, Elise descubrió en el brazo izquierdo de Soto una enorme cicatriz. El hombre retiró el brazo y lo mantuvo debajo de la mesa durante la cena.

Danielle hubiera querido preguntarle cómo era la vida en aquella cárcel, cómo pudo sobrevivir, cómo atravesó países y ciudades hasta llegar al recóndito pueblo donde ahora se dedicaría a tapizar muebles de clientas caprichosas. Pero la mirada severa de Marie-Louise se lo impidió. Había que dejar en paz al señor Soto, ya bastante había pasado.

*Le crecerá nuevamente el pelo*, le deseó Elise, que observaba cada uno de

los movimientos del hombre mientras tomaba la sopa espesa, rebosante de papas.

Después de un buen baño, una sopa de gallina y algunas horas de sueño, el señor Soto cargaba los rollos de tela y cambiaba de lugar sillas, butacas, canapés y hasta sofás como si estuvieran rellenos de plumas.

En las semanas siguientes, después de tanto escuchar a Tino Rossi, Soto se aprendió las letras de las canciones, y descubrieron que aquel hombre, que parecía un moribundo cuando llegó a la casa, tenía una voz potente de barítono. Un día comenzó a cantar melodías desconocidas en un idioma que ninguna de ellas comprendía, pero que él dominaba a la perfección. «Bésame, bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez...» Alrededor de la tercera estrofa, el ídolo y el señor Soto regresaron al francés. Todas aplaudieron.

Una tarde, Elise se quedó a solas con él. Se le acercó, le quitó varias plumas pegadas al chaleco y le dijo sin más preámbulos que era un hombre con suerte.

Soto respiró profundo antes de responderle. Era una niña, no se sentía con derecho a desilusionarla, tampoco a apabullarla con salidas filosóficas que no conducían a nada. Al final, no sabía si Elise se refería al haber sobrevivido al campo de exterminio o a haberse topado con una mujer de buen corazón como MarieLouise. Esbozó una sonrisa deformada por el dolor.

—Tú sí eres una niña con suerte. Tienes a tu familia.

—Tiene razón, sí, me considero una niña con mucha suerte. —Sus ojos se iluminaron con la idea de que alguien que recién la había conocido la viera como parte de la familia de Marie-Louise.

Con el tiempo, el señor Soto se convirtió en un experto tapicero. Habían llegado las navidades y, sin nazis controlando el mundo, Elise pensó que debían celebrarlas con las ventanas abiertas, mucha música y un buen postre. La guerra, tanto para ella como para Danielle, había quedado en el olvido.

Esa tarde, Marie-Louise volvió de Limoges de muy buen talante. No solo se había regalado el nuevo disco de su ídolo, sino que se había cortado el cabello, había conseguido un faisán espléndido y traía la tarta con la que soñaba Elise, la *bûche de Noël*.

Antes de sentarse, colocaron el fonógrafo cerca de la mesa. Marie-Louise fue a buscar el nuevo disco y, con una copa de vino tinto, disfrutaron el presente como nunca lo habían hecho. «*Petit Papa Noël, Quand tu descendras du ciel, Avec des jouets par milliers, N'oublie pas mon petit soulier...*»

A partir de ese instante, *Petit Papa Noël* se convirtió en la canción favorita de Elise, que obligaba a Marie-Louise a hacerla sonar hasta el cansancio. Si bien se sentía afortunada, tenía un presentimiento que intentaba evitar a toda costa. No la acosaba tanto de noche, cuando terminaba rendida de cansancio, sino durante el día, cuando, soñolienta, sus párpados cedían y comenzaba a ver visiones. La tarde de Año Nuevo, Elise se vio a sí misma sola, en un barco en medio del océano y en ese instante supo que sus días felices estaban por terminar.

En la primavera de 1947, el señor Soto se marchó. Había localizado a un hermano en un pueblo pequeño, del otro lado de los Pirineos. La idea no lo



entusiasma demasiado, pero lo necesitaban para sacar adelante la granja. Perder a un empleado en el atelier no fue el problema, porque sabían que otro aparecería en un abrir y cerrar de ojos; las calles estaban llenas de jóvenes en busca de empleo. Lo que las entristeció fue que ninguno, por muy trabajador que fuera, tendría la voz de barítono del señor Soto. Para Marie-Louise fue como haber perdido a Tino Rossi.

La misma tarde que el señor Soto se marchó con las manos vacías, igual que había llegado, pero con varias libras de más y una cabellera floreciente, recibieron un mensaje de la abadía. El padre Augusto las esperaba con urgencia; había recibido una carta desde Nueva York del tío de las niñas.

Danielle tuvo un sobresalto y salió trémula a buscar la maleta. El camino a la abadía transcurrió en silencio. Elise, de la mano de Danielle, seguía con cautela a Marie-Louise. No quería vaticinar el futuro. No podía.

Al llegar, el padre, apoyado en su bastón, las guio hasta la sacristía y se acomodó detrás de la pesada mesa de caoba llena de papeles. Tomó una carta, la abrió y se detuvo a mirarlas.

—El hermano de Claire, el señor Roger Duval, nos contactó —les comentó titubeando.

El rostro de Marie-Louise se iluminó. Esperaba ver la misma alegría en los ojos de las niñas, que continuaron impasibles.

—¿Cuándo nos viene a buscar? ¿Nos tenemos que ir a vivir a Nueva York? ¿No nos podemos quedar aquí? —Danielle formulaba, sin detenerse a respirar, todas las preguntas posibles. Elise permanecía inmóvil, intentando mantener los ojos bien abiertos.

El padre Augusto le pidió ayuda a Marie-Louise con la mirada, tendiéndole la carta. Ella comenzó a leer y dejó de sonreír.

El corazón de Elise comenzó a cabalgar como antes, a una velocidad que la hacía sonrojar. En ese instante el miedo se disolvió. Ya había visto el futuro.

—El tío Roger solo puede recibir a una de ustedes —aclaró el padre.

—Yo no me iré a Nueva York sin Elise, se lo prometí a *Maman* —declaró Danielle con voz firme, tomó la mano de su hermana y dejó caer la maleta.

—Danielle... —La voz del padre Augusto se quebró—. Tu tío solo puede adoptar a una de ustedes, y quiere a la menor.

Marie-Louise contrajo los labios. No podía entender cómo aquel hombre había decidido separar a las hermanas. ¿Sería por problemas de dinero? O tal vez porque la pequeña era la que más se parecía a la madre, o la más indefensa.

Elise comenzó a escuchar sus latidos. *Es hora de contarlos por primera vez desde que me abandonaron en el bosque* —se dijo en silencio—. *Sí, vamos, Elise, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...* ¿Adónde fueron a parar los silencios? *Vuelve a contar, no te dejes vencer*, se repetía.

Abstraída, concentrada únicamente en encontrar vacíos entre sus latidos, no entendió el resto de lo que dijo el padre Augusto. Sus oídos calculaban la velocidad con que corría la sangre por sus venas. Podía sentirla, arriba, abajo, de regreso a la cabeza. Un aire frío entró por la única ventana abierta de la sacristía, y con él, el olor de la lluvia.

—Entonces, Elise se irá a París mañana con MarieLouise.

—¿Por fin nos vamos a París? —reaccionó Elise, mirando con alegría a su hermana.

—¿Puedo retirarme? —fue la única respuesta de Danielle, en un tono de inquietante tranquilidad.

—Hoy dormirán en la abadía —le respondió el padre Augusto. Se incorporó y abandonó la sacristía con paso cansino.

Marie-Louise intentó encontrar las razones por las que Monsieur Duval había escogido a la menor. Tal vez la vería como la más vulnerable, Danielle

ya estaba lista para valerse por sí sola. Los Duval eran inmigrantes quizás necesitados de dinero, solo podían hacerse cargo de una, pensó.

Al anochecer, ya Danielle se había acostado en la que antes había sido su cama. Ocupaba solo una parte, dejándole más espacio a Elise, como cuando dormían juntas. Había puesto nuevamente la maleta debajo de la cama.

Tenía la sensación de haber vivido prestada en la casa de Marie-Louise, en la abadía, en aquel camastro que solo le pertenecía a su hermana. Ella era la otra, la que ahora el tío rechazaba, cuando lo único que había hecho era cumplir las órdenes de su madre, que había terminado siendo la madre de Elise. Era un fantasma vago, sin nombre, sin apellido, sin nadie que la reclamara. Tal vez hasta la elección definitiva del tío —«solo una de ustedes»— estuvo desde un inicio en la mente de *Maman Claire*.

Sintió llegar a Elise, que se tendió a su lado en silencio, pero evitó el más leve movimiento e imploró que el sueño la venciera. No encontró oraciones ni rezos que la ayudaran, porque acababa de comprender que aquella decisión había sido tomada por su madre.

Junto a su almohada, Elise reconoció el pequeño cofre púrpura que Danielle colocó allí. *Me perdonó*, pensó mientras lo guardaba en el bolsillo del abrigo. Para qué quería ella ahora un brazalete y un anillo de diamantes, exhaló. Con el convencimiento de que *Maman Claire* nunca había dejado de velar por ellas, Elise se quedó dormida.

Danielle se deshacía en pesadillas. Una voz le decía que no estaba en sus manos absolver o perdonar a nadie. No había culpables, no había inocentes. Elise crecería como la hija de su madre, su hermana, y ella la protegería hasta los últimos días de su vida, estuviera donde estuviera. «Era su deber cristiano», escuchó la dulce voz de *Maman Claire*.

Pasarían los años y Elise le escribiría, pero Danielle tenía la certeza de que nunca abriría esas cartas, de que tampoco respondería sus llamadas. Su

hermana se había convertido en su condena, desde que había llegado a su vida el mundo se había desmoronado. Su madre había muerto protegiendo a la otra. No a ella.

Se quedaría con las cartas devueltas y las enviaría a Viera, a Cuba. Se lo debía a su madre y a la señora Amanda.

Elise se desveló a medianoche protegida por los brazos de Danielle. Intentó deslizarse con suavidad para no despertarla, para no deshacer el abrazo. Se dio vuelta para contemplar el rostro de su hermana y la besó.

En la penumbra del amanecer, Danielle vio a Elise abandonar la habitación de la mano de Marie-Louise sin mirar atrás. Antes de alejarse, Elise se volvió y distinguió a Danielle, inmóvil, con el rostro deformado por el dolor y la rabia. La vio llorar y supo que eran lágrimas de odio. Elise cerró los ojos y comprendió que esa sería la última vez que vería a su hermana.

Recorrieron aún en penumbras el camino a la estación. Cuando el tren se acercó, Elise descubrió que Marie-Louise se había puesto un vestido de seda azul y una gabardina marrón. Nunca la había visto tan elegante.

Tomaron el tren en silencio y ocuparon asientos opuestos, una frente a otra, distantes. Los campos de mieses pasaban, se disolvían velozmente detrás de la ventanilla y Elise se dejó llevar por pensamientos banales. Debía intentar dormir, sería un largo viaje.

No era la primera familia que abandonaba, no sería la última. Ver lo que se le avecinaba ya no tenía ningún interés. Fuera lo que fuese, estaba lista, qué más podía perder.

Marie-Louise ya dormitaba. Al verse reflejada en el polvoriento cristal de la ventanilla del tren, suspiró. El verdor monótono de los campos la distanciaba de lo que estaba por venir.

París era lluvia fría, charcos oscuros, farolas apagadas, un río de aguas turbias. Cuerpos que corrían de un sitio a otro, como desplazados, sin un lugar donde refugiarse. Marie-Louise, aturdida, intentó orientarse. Las sombras se precipitaban a su paso y se volteaba constantemente, como si tuviera un enemigo pisándole los talones.

Ahora la ciudad no era más que una amalgama de viejos edificios que parecían abandonados. Elise quería robarse cada imagen, quedarse con todas: muebles abandonados, lámparas desvencijadas, borrachos tirados en las esquinas. Una mujer con sombrero y tacones se inclinaba sobre una loma de escombros y, al verla, dos niños se unían a ella. En la ventana de una buhardilla alguien había olvidado una bandera roja y blanca con la esvástica negra. A nadie le importaba. En París tampoco había estrellas.

En el taxi, Elise sacó la cabeza fuera de la ventanilla. La lluvia de París le mojaba el rostro. El barrio era un laberinto de calles estrechas, fachadas despintadas, ventanas torcidas. Marie-Louise iba preparándose para el regreso a su antigua calle. Levantó el mentón lo más que pudo, irguió el cuello con dignidad y sosteniendo la mano de Elise, ajadas por el viaje, entraron en el pequeño hotel. La niña la vio discutiendo con una anciana detrás del mostrador; al rato, se volvió hacia ella. Frunció el entrecejo, la tomó de la mano y subieron a la habitación.

Asomada a la ventana, Marie-Louise recorrió desde lo alto aquel barrio de edificios adosados con grandes portones que una vez fuera el suyo. Le

sobraba pesar, y la nostalgia la hizo retroceder. Fue un gesto tangible en la luz serena de la habitación.

Durmieron en camas separadas por una mesa pequeña. Elise se dejó hundir en el colchón con los ojos tan abiertos que brillaban en la oscuridad como una luz. Comenzó a predecir un mundo de opaca felicidad. *Es el sacrificio de los culpables*, soñó. Porque había sobrevivido, porque no pudo salvar a *Maman* Claire, porque dejó partir a Jacques y a Henri, porque no le tendió la mano a Viviane, porque abandonó al padre Marcel. Y al día siguiente dejaría atrás a las únicas personas que le importaban en el mundo, Danielle y Marie-Louise.

Las despertó un resplandor hostil. Era hora de confrontar la verdad y su angustia, ahora mezclada con odio, se incrementaba. No hubo buenos días, ni miradas amables. Marie-Louise salió a la calle, un fantasma más de la guerra que los vecinos observaban sin curiosidad. No tenía paciencia para detenerse en la entrada del edificio donde había vivido ni en la esquina del que fuera su café. De un solo plumazo borró el pasado, para que doliera menos. Al observarla, Elise comenzó a tener una imagen más precisa de lo que se avecinaba.

Lejos del barrio, se sentaron en un restaurante vacío con un café y una tarta de crema.

—No te muevas de aquí —le ordenó Marie-Louise, y se marchó sin dar explicaciones.

Elise permaneció sentada en la terraza, entre fantasmas que la ignoraban al pasar. Allí estaba París, una ciudad que no recordaría nunca más.

Marie-Louise regresó empequeñecida. Al mirarla a los ojos, Elise se dio cuenta de que había llorado.

—Albert no va a regresar —dijo, y se dejó caer en la silla agobiada por un cansancio infinito—. Está muerto. Lo mataron. —Y se llevó a los labios la

taza de café frío—. Tú vas a estar bien. Vas a salir de esta pesadilla de una vez y por todas —continuó. Ahora su rostro era áspero, como su voz—. Vete, Elise, sal de esta cloaca cuanto antes. París, ¿qué queda de París? ¿Los parisinos? Por suerte te irás lejos.

Elise quiso decirle que ella ya lo sabía, que su marido había muerto en un recinto oscuro, sin ventanas, donde le arrebataron el derecho a respirar, pero comprendió que hubiera sido inútil.

Aquel sería su último día con Marie-Louise. Deseaba lanzarse sobre ella, abrazarla, suplicarle que no la abandonara, pero no se atrevía. Esa imagen pertenecía al futuro. En el presente, atravesaban la ciudad para dirigirse al lugar donde recalaban los huérfanos que algún samaritano había reclamado. Fingió resignación, tranquilidad. No las tenía.

Era mejor callar, seguirla sin pensar, pero lo que en realidad deseaba era gritarle, hincarse en medio de la calle, detener el tráfico parisino y suplicarle un poco de piedad. Era su última oportunidad para huir lejos de todo, del tío desconocido, del destino que la esperaba.

*Si el señor Albert hubiese sobrevivido, tal vez él y Marie-Louise nos hubieran adoptado a Danielle y a mí. Hubiéramos podido celebrar juntos mis doce años. Nunca nadie me ha celebrado un cumpleaños, soñaba.*

En un salón abarrotado de niños que aullaban, a Elise la movían como a un títere de retablo. Se dejó llevar a una esquina para ser fotografiada; luego, a otra para ser bombardeada con preguntas que se negó a responder. Marie-Louise era su voz, su conciencia, su verdugo. Documentos, cartas, formularios con firmas y membretes, un billete de barco, el sello de Nueva York. Su cuerpo estaba allí, pero el alma de Elise ya se había marchado y flotaba a la deriva.

Solo cuando Marie-Louise la abrazó regresó a aquella desesperada dimensión llena de víctimas a punto de embarcar.

—No me dejes, Marie-Louise. Yo no debo estar aquí. No soy como ellos, yo te tengo a ti —suplicó Elise en un último intento.

—Tienes un tío que te reclama, niña mía. Contra eso no puedo, aunque quisiera. ¿Cómo puedes querer vivir con una viuda que solo espera el momento de unirse al hombre que le arrebataron? —No quería que volviera a verla llorar. La única que tenía ahora toda la libertad para hacerlo, para derramar las lágrimas que quisiera, ya fueran de dolor o de odio, era Elise.

—¡Maman, no me abandones! —exclamó Elise, en trance. Marie-Louise, conmovida y asustada, la apartó de sí.

En aquel instante, la niña perdió la inocencia. Su infancia había terminado. *¡No soy yo la que debe irse en este barco! ¡Es Danielle!*, quiso gritar. No pudo.

Vio a Marie-Louise alejarse entre el gentío que abarrotaba el muelle. Una vez más, abandonada. No en un bosque, como había soñado, sino a la deriva, en un trasatlántico. Ahora le tocaría vivir otra de sus muertes y comenzaba otra de sus vidas, que ya había vislumbrado en sueños.

Cerró los ojos. Cuando los abrió se vio sola, sin nombre, en la proa de un barco. En altamar.

*Cuando la guerra termine, viajarás a Francia, a Haute-Vienne, y buscarás a la familia Duval. Allí preguntarás por Claire, por Danielle o por el padre Marcel, en la abadía. Te identificarás y ellos comprenderán.*

*Tal vez ya tu hermana sea una adulta, se haya casado, tenga hijos. Tal vez, incluso, no te recuerde.*

*Ya no se llamará Lina, sino Elise. Es posible que al principio te rechace. Por qué tanto tiempo para descubrir la verdad, te preguntará. Tú insistirás y le mostrarás nuestras cartas, todas, porque a esas alturas ya las habrás recibido.*

*Ella te dirá que tiene otra familia, que cree en un Dios diferente. No importará. Dios es Dios, y tú eres su sangre.*

*Prométeme que la buscarás.*



*Le dirás que yo la amé con toda mi vida, y que hice todo lo posible para salvarla, aunque eso implicara que tuviera que olvidarme, que la hiciera olvidar quién era, de dónde vino.*

*Un día ustedes regresarán juntas a Berlín y les mostrarán a sus hijos dónde estaba nuestro hogar, nuestro Jardín de Letras, y así yo podré descansar en paz. Y también tu papá, porque ambos, siempre, estaremos velando por ustedes.*

*Prométeme que, aunque sea por un instante, las dos llevarán en el pecho la cadena de oro que papá les regaló con la estrella de David. En esa estrella estará inscrito el verdadero nombre de tu hermana: Lina Sternberg.*

Seis

El adiós

*Nueva York, abril, 2015*

—Mamá. —Adèle se acercó a la cama.

Sí, era una mamá, una abuela, una anciana. No estaba en la proa de un trasatlántico, ni en medio del bosque suplicando que no la abandonaran.

*Mis doce primeros años pesan más que el resto de mi vida. He vivido un engaño. Lo único real eres tú. Lo único que he hecho bien es tenerte a ti.* No lo dijo, o tal vez sí. Estaba casi segura de que aún podía hablar.

¿*Me escuchas, Adèle?* Con la mirada recorrió la habitación del hospital. Estaban *Maman* Claire, el padre Marcel y Danielle. Era el encuentro que siempre había esperado, el último, durante el cual cada uno de ellos pasaría frente a ella para juzgarla. ¿Soñaba?

—Estamos en el hospital, mamá —respondió Adèle al leer la pregunta en su mirada.

Era la voz suave de una hija que no la condenaría. Pero ella necesitaba todo lo contrario. Había llegado la hora de confesar, y no estaba dispuesta a aceptar el perdón ni el olvido.

*Al final siempre somos culpables,* se dijo. ¿Qué es la memoria, después de todo? Guardamos lo que nos conviene, es un recurso de supervivencia. En un diálogo sin interlocutores, Elise sacudía la cabeza y comenzó lentamente a mover los labios. Su hija estaba allí solo para sostenerla. Para despedirla.

—Tengo sobre mí tantas culpas —dijo. La voz resonó como un acorde.

—Eras una niña, mamá. No te puedes culpar —intentó consolarla Adèle.

Elise sonrió, conmovida por el gesto de compasión de su hija, aliviada de saber que la escuchaba.

—Lo mejor es olvidar, ya pronto nos iremos a casa —agregó Adèle sin mucha convicción.

Elise sentía que el tiempo estaba en su contra: su llegada a Nueva York en aquel barco, su vida junto a unos tíos que ignoraban que no los unían lazos de sangre, el encuentro con el amor de su vida, el nacimiento de Adèle y el de su nieto, Étienne, eran piezas sueltas, no sentía que le pertenecieran. Una vida que debió haber creado Danielle, la verdadera sobrina, la francesa, y no ella, la impostora. Apenas el azul de los ojos las diferenciaba.

Adèle sonrió, pero inmediatamente contrajo los labios. De pronto, Elise recordó a Amanda, su verdadera madre, que inclinaba la cabeza y fruncía los labios cada vez que evitaba demostrar temor. El mismo gesto que acababa de ver en su hija. Reconoció a su madre en ella por primera vez, y ese atisbo la estremeció.

—¿Sabes, Adèle? He vivido tantas vidas, que no sé cuál de ellas es la que se termina.

—Todas son tuyas, mamá. No lo dudes.

—Recé tantas noches por el alma de *Maman* Claire...

—Ella te salvó la vida. ¿Recuerdas? Yo crecí con las historias de la abuela, que te amparó cuando los nazis borraron aquel pueblo francés de la faz de la tierra.

—Cómo pude haber abandonado a Danielle. Fue a ella a quien los tíos debieron haber adoptado.

—Pero los tíos te eligieron a ti.

—Por una mentira. Por una mentira que acepté.

—Recuerdo que le escribiste tantas cartas a la tía Danielle...

—Y me respondió que la olvidara. Que yo había dejado de existir desde el momento en que me alejé de la mano de Marie-Louise. Al morir Danielle tan

joven, ¿no te parece que debí insistir, confesarles a mis tíos que era ella la auténtica Duval, la verdadera hija de *Maman Claire*?

—Tenías que sobrevivir —repuso Adèle—. Ahora debes descansar. Duerme, lo necesitas. Estoy segura de que mañana podremos irnos a casa.

—Espera, Adèle. —Respiró despacio, tomó la mano de su hija con firmeza—. Debes escucharme, aún tengo sobre mí demasiados secretos. —Hizo una pausa dolorosa y continuó—. Traicioné al hombre que me rescató en medio del bosque. El hombre que me hizo confiar en Dios, y también dudar. El que me dio consuelo cuando lo necesitaba y esperanza cuando todo parecía estar perdido.

—Eras una niña, solo dijiste que había un soldado moribundo en el sótano. ¿Cómo podías predecir lo que harían los nazis? Ya hemos hablado de eso, mamá, ¿recuerdas? Poco antes de casarme me contaste todo lo que pasó en Francia. Fueron los estragos de la guerra.

—Por mi culpa, Adèle, por mi culpa mataron al padre Marcel. Yo fui la traidora.

Recorrió pasillos, elevadores y puertas en una silla de ruedas. Debían analizar el estado de su quebrantado corazón. Otros entrarían en sus pensamientos, analizarían cada oscilación eléctrica, verían cómo sus ideas circulaban ahora por los senderos sinuosos de su materia gris, detenida por décadas.

—Cuánto me gustaría que un examen pudiera revelarme por qué mentí... —musitó.

Con los ojos fijos en Adèle intentó ver el rostro de su marido. El hombre con el que había creado una verdadera familia cuando se conocieron en Nueva York, recién graduados de la universidad.

—Tu padre fue muy paciente conmigo. —Entre cada frase, un silencio—.

No quiso saber nada sobre mi pasado. De hecho, yo no tenía un pasado, lo había borrado.

Otra aguja traspasó la piel delgada de su brazo. *Qué podrán leer en esta sangre densa. En cada gota que extraigan verán que no existo, que soy un fantasma sin nombre, una sombra. Y el alma, ¿dónde dejé el alma...?*

—El alma la dejé hace casi setenta años, al otro lado del Atlántico — concluyó, sin mirar a la enfermera que se esforzaba en encontrar al menos una vena que no estuviese marchita.

Sus ideas iban y venían mientras entraba en el campo de resonancia magnética donde descubrirían quién era realmente. Sacarían a la luz cada una de sus mentiras.

—Debe relajarse, no se mueva, por favor —ordenó la enfermera que monitoreaba sus pensamientos.

Al atardecer, cuando Adèle entró en la habitación con un ramo de tulipanes, ya Elise había recogido sus cosas, lista para abandonar el cuarto donde habían conectado su cuerpo a todos aquellos cables que pretendían leer lo que nadie puede descifrar. Con una mano repasaba los hematomas de su brazo izquierdo. En ellos reconoció una de las especies del libro de botánica, las malváceas. Una enfermera con documentos y un asistente la esperaban a la salida de la habitación con una silla de ruedas.

—¿Y mamá? ¿Qué pasó con mamá? —Elise necesitaba todas las respuestas.

—Después de la guerra, la tía Danielle le envió las cartas a Viera con una nota. «Estas cartas son tuyas. Amanda y Lina terminaron en Auschwitz», escribió, sin más explicaciones. —Adèle le hablaba haciendo pequeñas pausas—. Viera siempre pensó que ustedes habían muerto juntas, por eso nunca te buscó.

—Una vez más, Danielle me salvó. —Los ojos de Elise se inundaron de

lágrimas—. Yo debí haberme ido a Cuba en el *Saint Louis*. Con Viera. ¿Te imaginas? Todo hubiera sido distinto.

—Viera tuvo un hijo, mamá, Louis. Y Anna es la hija de él.

—No tienes que decírmelo. En cuanto vi sus ojos comprendí...

Con un gesto de resignación, Elise se incorporó en la cama, se sentó, abrumada por imágenes que se disolvían.

—Creo que debes dejar de pensar. —Adèle, de pie, parecía custodiar la habitación.

—¿Y Viera? —la interrumpió Elise, temerosa.

—Viera murió hace muchos años. Louis, su hijo, tampoco está ya con nosotros, pero antes de morir tuvo a Anna con Ida, la señora que te encontró, la que nos trajo las cartas.

—Las páginas del libro mutilado... —Una sed profunda la inquietó.

—Ida y Anna recuperaron las cartas en Cuba e inmediatamente se comunicaron con el pueblo —continuó Adèle—. Así dieron contigo. En la abadía aún conservan los registros de la guerra, el día que llegaste y el día que te enviaron con el tío Duval. En la abadía salvaron a muchos niños. —Adèle sintió que su madre se estremecía.

—Cuando las cartas llegaron a Cuba ya yo era otra. Al menos, Danielle salvó también a Viera de morir a oscuras. Al leer las cartas habrá comprendido que nunca fue olvidada.

—Ida hizo todo lo posible por encontrarte —concluyó Adèle—. No se detuvo hasta hallar tu nombre en la abadía. Tenemos una gran deuda con ella.

—Y Danielle se sacrificó para salvarme, para cumplir con lo último que le pidiera *Maman* Claire. —Su voz era cada vez más débil—. Mi hermana Danielle... Con ella tengo la deuda mayor.

De regreso a casa, en la acera por donde había deambulado durante las últimas décadas, Elise se detuvo a mirar los árboles del parque. *Aún están verdes*, se dijo en silencio. Subió los escalones sin ayuda, detrás de Adèle, que ya había abierto la puerta. Se apoyó en el marco de la entrada. Su hogar era una celda, enterrada en un búnker de concreto y ladrillos rojizos. Enfrente, un jardín irreal.

El pasillo era un puente infinito que debía cruzar para enfrentarse de nuevo a las cartas. En la pared colgaba una fotografía de su boda. No se reconoció de blanco, con un velo que le cubría media frente. Al otro extremo, la imagen de sus tíos con una niña pequeña. El rostro de la niña no era el suyo. Era el de Danielle.

En el salón la esperaban las cartas, dobladas cuidadosamente dentro de la caja de ébano, como si nunca hubieran caído al piso, como si nunca nadie las hubiese leído, como si aún esperaran ser enviadas al otro lado del mar.

La voz sosegada de Elise interrumpió el silencio. Leyó cada una, las seis, cinco dirigidas a Viera. Todas, menos la penúltima, correspondían a las estaciones del año. Aquella carta sin fecha era una orden, un decreto. Y en ese instante comprendió que estaba dirigida a ella. Por eso su madre no la había encabezado con el habitual «Mi pequeña Viera».

Adèle la miró, intrigada. Su madre estaba leyendo en alemán y repetía frases en voz alta, como intentando descifrarlas. Las palabras sorteaban dibujos de plantas y flores.

—Estas cartas han cruzado varias veces el Atlántico. Y, mira, ahora están con nosotras.

Se llevó la mano al pecho, pero no pudo localizar los latidos, eran demasiado débiles. Quería contarlos uno a uno, como su padre le había enseñado.

—No recuerdo el rostro de papá, solo puedo distinguir a un hombre muy



alto. Mamá veía por sus ojos, nos decía que era un ángel, pero no cumplió su orden de embarcarnos juntas en el *Saint Louis*. —Hizo una pausa, sonrió con tristeza—. Ya ves, nunca contradigas a un ángel...

El vértigo le impidió terminar la frase. El sol comenzó a descender y la luz de la sala se hizo muy tenue. Haciendo un gran esfuerzo entró en la cocina y regresó con dos cirios, los colocó sobre la mesa del comedor y los encendió.

—Sea tu voluntad, Señor mi Dios y Dios de mis padres, que tengas bondad conmigo —dijo en alemán y, mirando fijamente a su hija, agregó—: Esta luz vacilante de las velas nos sacará de la oscuridad. No necesitamos nada más por hoy.

Adèle la observaba sin comprender. Elise se llevó las manos a los ojos, luego se acercó a la cabeza de su hija y se detuvo, con movimientos oscilantes, sobre su rostro.

Se dirigió a su habitación y regresó con un pequeño cofre púrpura apretado contra el pecho. Se detuvo en la puerta de cristales que daba al pequeño balcón con vistas al parque. Mientras miraba la puesta de sol, se dejó caer en su butaca favorita. Acarició el damasco y vino a su memoria el Atelier Plumes, de la querida Marie-Louise. Creyó desvanecerse, y el cofre rodó a sus pies.

—¡Mamá! —gritó Adèle. Y corrió a socorrerla—. ¡Debemos llamar al médico!

—Estoy bien, Adèle, estoy bien. Necesito tiempo, un poco más de tiempo para ordenar mis pensamientos. Y para eso debo estar sola. No hay médico que pueda ayudarme. Alcánzame el cofre, por favor.

Ahí estaban el anillo y el brazaletes de brillantes. Lo que una vez para ella fuera tan grande y pesado, ahora se descubría diminuto y frágil.

—Son tuyos, Adèle —musitó, depositando las joyas en la mano de su hija. En el cofre abierto advirtió un pequeño compartimiento. Introdujo el índice

y sintió un aguijonazo. Retiró la mano, sorprendida, pero intentó de nuevo descubrir lo que se escondía en aquel rincón secreto. Palpó con cuidado y cerró los ojos.

Cuidadosamente fue extrayendo del escondite una cadena de oro. Al final, apareció la estrella de David. Comprendió que el regalo de su padre había estado siempre con ella. No tuvo que buscar las gafas para leer la inscripción grabada en aquella minúscula estrella de seis puntas.

—Durante todos estos años tuve la verdad al alcance de mi mano y preferí mantenerme ciega. —Hizo una pausa y balbució antes de continuar—. Papá, ahora sé que siempre estuviste conmigo.

Se quitó el crucifijo que la había acompañado desde que cruzó el Atlántico y, con un gesto, le pidió a Adèle que le colocara la cadena con la estrella de David. Después se despidió de ella con un largo abrazo.

—Quiero estar a solas —insistió con voz débil.

Adèle la miró con ternura y se marchó sin hablar.

Desde el sillón, regresó a sus sombras. Sintió que el tiempo se dilataba, que su cuerpo, ya opaco, se contraía.

En su delirio, se sintió lanzada a un barco repleto de niños. Tras dos semanas en altamar, una isla llena de rascacielos aparece en el horizonte. Han llegado a su destino. El destino de otros. A lo lejos, la estatua de la Libertad erguida, solitaria. El barco llega al puerto.

Corre hacia un oficial de aduanas, que le corta el paso. El oficial es un muro, la frontera entre el hoy y el ayer. El tío que la espera en el muelle se acerca y le pregunta quién es. *Mi nombre es... Yo no soy quien soy. Maman Claire no es mi mamá. Mi mamá...*

El oficial la lleva de vuelta al barco. Está sola, nadie más navega en aquel trasatlántico a la deriva. El tío le dice adiós, el adiós definitivo, el adiós que le correspondía. A su regreso, Danielle la está esperando y se abrazan. Esta vez,

Danielle no la mira con resentimiento; le sonríe, quiere jugar con ella, pero no hay tiempo, el barco est a al zarpar. Es su última oportunidad.  Vamos, Danielle! Ese es tu lugar. All a est a el tío, esperándote con los brazos abiertos. Así debió haber sido.

En el mismo puerto ve a su madre con una maleta, Viera est a a su lado. Elise corre hacia ellas y caminan juntas. Viera ya no es una niña, ahora es tan alta como su madre. Atraviesan un puente, cruzan un río y descansan al pie de una montaña. Están a salvo, no hay soldados, nadie lleva esvásticas en el brazo, nadie las persigue, nadie las rechaza. La madre sonríe, feliz.  Y papá? Papá nos está esperando.

La madre saca de la maleta el libro de botánica del abuelo, intacto. No hay cartas, nunca las hubo. Ni rezos, ni súplicas, ni cirios encendidos.

Suben por la montaña hasta donde comienza la nieve, no importa si es verano o primavera. All , en la cima, todo es blanco, y el blanco es impecable, sin una mancha, sin un error. En el punto más cercano al cielo, donde la nieve y las nubes se confunden, abren una puerta, suena una campanilla y se ve rodeada de libros. A su memoria regresa el aroma de la tinta envejecida, el pegamento, la esencia dulzona de la almendra y de la vainilla, la piel seca y curtida de los viejos tomos. Era el olor de su madre, y se dejó caer en su regazo. Estaban en el Jardín de Letras, invisible para los otros.

Tomó la sexta carta de su madre, su despedida, y se la llevó al pecho. Cerró los ojos y acarició la cadena, sintiendo en sus dedos las seis puntas de la pequeña estrella, el regalo de su padre. Con las fuerzas que le quedaban contó en silencio, por última vez: *Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...*

En la habitación a oscuras se escuchó un rumor.

—Mi nombre es Lina, Lina Sternberg.

*Verano, 1942*

*Shalom.*

*Mamá*

## Nota del autor

### *Oradour-sur-Glane*

La mañana del sábado 10 de junio de 1944, miembros de la Tercera Compañía del Regimiento Der Führer, la temida división paramilitar del Waffen-SS del Tercer Reich, cercaron el pequeño pueblo de Oradour-sur-Glane, en el Haute-Vienne, en la región de Limoges. Le ordenaron a la población agruparse en la plaza central y encerraron a las mujeres y a los niños en la iglesia.

A los hombres, en su mayoría, los condujeron a varios graneros cercanos y allí fueron ametrallados. Las mujeres y los niños fueron quemados vivos en la iglesia. En total fueron asesinadas 642 personas, de las cuales 207 eran niños.

La población, de unos mil quinientos habitantes, incluía judíos y refugiados españoles del régimen de Franco. Los nazis, en cuyas filas había también reclutas alsacianos, quemaron las casas y los negocios del pueblo, para intentar borrar las huellas del crimen. Algunos niños supervivientes de la matanza buscaron refugio en una abadía cercana y fueron rescatados por los monjes.

Unos días antes, un oficial de las SS había sido ajusticiado por los partisanos en la zona.

Tras el fin de la guerra, el gobierno de Charles de Gaulle decidió mantener las ruinas de Oradour-sur-Glane como la villa de los mártires, un memorial de la devastación nazi en territorio francés.

## *MS Saint Louis*

La noche del sábado 13 de mayo de 1939 zarpó del puerto de Hamburgo el trasatlántico *Saint Louis*, del Hamburg-Amerika Linie (HAPAG), con destino a La Habana, Cuba, con más de novecientos pasajeros. En su mayoría, refugiados judíos alemanes.

Los refugiados poseían permisos para desembarcar en La Habana emitidos por Manuel Benítez, director general del Departamento de Inmigración de Cuba. Habían sido adquiridos a través de la compañía HAPAG.

Una semana antes de que el barco zarpara de Hamburgo, el presidente de Cuba, Federico Laredo Brú, emitió el decreto 937 (nombrado así por el número de pasajeros que transportaría el *Saint Louis*), con el cual invalidaba los permisos de desembarque firmados por Benítez.

El barco arribó al puerto de La Habana el sábado 27 de mayo, y las autoridades cubanas le prohibieron atracar en la zona correspondiente a HAPAG, su compañía matriz, por lo que tuvo que anclarse en medio de la bahía.

Solo cuatro cubanos y dos españoles no judíos fueron autorizados a desembarcar, así como veintidós refugiados que habían obtenido permisos del Departamento de Estado de Cuba con anterioridad a los emitidos por Benítez, que contaba con el apoyo del jefe del ejército, Fulgencio Batista.

El *Saint Louis* partió rumbo a Miami el 2 de junio y, ya muy cerca de sus costas, el gobierno de Franklin D. Roosevelt le negó la entrada a Estados Unidos. La negativa se repitió por parte del gobierno de Mackenzie King, en Canadá.

El *Saint Louis* debía, entonces, regresar a Hamburgo. Pocos días antes de tocar puerto, el Comité Europeo para la Distribución Conjunta (JDC, por sus

siglas en inglés) negoció un arreglo para que varios países recibieran a los refugiados.

Gran Bretaña aceptó a 287; Francia, a 224; Bélgica, a 214 y Holanda, a 181 refugiados. En septiembre, Alemania declaró la guerra, y los países de la Europa continental que habían aceptado a los pasajeros fueron ocupados por Adolf Hitler.

Solo los 287 pasajeros del *Saint Louis* que fueron acogidos en Gran Bretaña estuvieron a salvo. Los otros, en su mayoría, sufrieron los estragos de la guerra o fueron exterminados en campos de concentración nazis.

Nueva York, 5 de marzo de 2018



**Tras el éxito del best seller internacional *La niña alemana*, la segunda novela de Armando Lucas Correa narra un nuevo episodio desconocido de la Segunda Guerra Mundial.**



Basada en hechos reales, *La hija olvidada* es la crónica de una de las atrocidades más terribles cometida por los nazis en la Francia ocupada; una conmovedora saga familiar sobre el amor, la supervivencia y la esperanza contra todas las barreras.

Nueva York, 2015. A los ochenta años, Elise Duval recibe la llamada de una mujer que la devuelve a un tiempo y un lugar que había abandonado en el olvido. De repente, siete décadas de secretos salen a la luz.

**«Probablemente, Armando Lucas Correa, visionario como son los novelistas, no sepa todavía cuán necesaria es *La hija olvidada*, porque de olvido se trata. De olvido, y de odio. De dolor. Lucas Correa convierte ese dolor en conocimiento. Cuán necesario es conocer, jamás olvidar.»**

*Zoé Valdés*

**«*La hija olvidada* es una gran historia que nos arrebató sin rehuir el dolor y la tragedia. La nueva y memorable novela de Armando Lucas Correa nos recuerda que es en los jardines más oscuros donde se siembran las semillas más brillantes de la esperanza.»**

Kristin Harmel, autora de *La lista de los nombres olvidados*.

**«Un libro que expresa la verdadera esencia de la tragedia del St. Louis»**

Eva Wiener, nacida Safier, superviviente del St. Louis

**Armando Lucas Correa** nació en Cuba. Escritor y periodista, actualmente es el jefe de redacción y principal portavoz de *Español*, la revista hispana de mayor venta en Estados Unidos, con siete millones de lectores mensuales. También aparece con frecuencia en los programas de televisión en lengua española.

Ha recibido numerosos premios periodísticos, entre ellos el de la National Association of Hispanic Publications y el de la Society of Professional Journalism. *La niña alemana* es su primera novela y se publica de forma simultánea en inglés y castellano.

Vive en Nueva York.

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2019, Armando Lucas Correa

Publicado de acuerdo con el editor original Atria Books, una división de Simon & Schuster, Inc.

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: Alejandro Colucci

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6655-8

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

La hija olvidada

Uno. La visita. Nueva York, abril, 2015

Capítulo 1

Dos. La huida. Berlín, 1933-1939

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Tres. El refugio. Haute-Vienne, Francia, 1939-1942

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Cuatro. El regreso. Haute-Vienne, agosto, 1942

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Cinco. El abandono. Haute-Vienne, 1942-1947

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Seis. El adiós. Nueva York, abril, 2015

Capítulo 50

Nota del autor

Sobre este libro

Sobre José Zoilo Hernández

Créditos